LUNA MASON



DETONATE

DISPARO AL ALMA

Matchstories

Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
Nota de la autora
Prólogo. Grayson
1. Maddie
2. Grayson
3. Maddie
4. Grayson
5. Maddie
6. Grayson
7. Grayson
8. Maddie
9. Grayson
10. Maddie
11. Grayson
12. Maddie
13. Grayson
14. Maddie
15. Grayson
16. Maddie
17. Grayson
18. Maddie
19. Grayson
20. Maddie
21. Grayson
22. Maddie
23. Grayson
24. Maddie
25. Maddie
26. Maddie
27. Maddie
28. Grayson
29. Maddie
30. Grayson

31. Maddie
32. Maddie
33. Grayson
34. Maddie
35. Grayson
36. Maddie
37. Grayson
38. Maddie
39. Grayson
40. Maddie
41. Grayson
42. Maddie
43. Maddie
44. Grayson
45. Grayson
46. Grayson
47. Maddie
48. Grayson
49. Maddie
50. Grayson
51. Maddie
52. Grayson
53. Maddie
Epílogo. Grayson
Epílogo extra. Maddie
Grayson
Maddie
Grayson
Créditos

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Nota de la autora

Prólogo. Grayson

1. Maddie

2. Grayson

3. Maddie

4. Grayson

5. Maddie

6. Grayson

7. Grayson

8. Maddie

9. Grayson

10. Maddie

11. Grayson

12. Maddie

13. Grayson

14. Maddie

15. Grayson

16. Maddie

17. Grayson

18. Maddie

19. Grayson

20. Maddie

21. Grayson

22. Maddie

23. Grayson

24. Maddie

25. Maddie

26. Maddie

27. Maddie

28. Grayson

29. Maddie

30. Grayson

31. Maddie

32. Maddie

33. Grayson

34. Maddie

35. Grayson

36. Maddie

37. Grayson

38. Maddie

39. Grayson

40. Maddie

41. Grayson

42. Maddie

43. Maddie

44. Grayson

45. Grayson

46. Grayson

47. Maddie

48. Grayson

49. Maddie

50. Grayson

51. Maddie

52. Grayson

53. Maddie

Epílogo. Grayson

Epílogo extra. Maddie

Grayson

Maddie

Grayson

Créditos

Landmarks

1. Portada

Detonate

Disparo al alma

Luna Mason

Traducción de María del Puerto Barruetabeña Diez

matchstories

Este libro está dedicado a todas las lectoras
que se merecen que las traten como princesas
pero que no quieren un príncipe que pretenda
hacerlas caer rendidas a sus pies.
Que prefieren que el villano del cuento les diga
que se agarren bien al cabecero de la cama
y se porten bien.
Porque los villanos follan mejor.
Y Grayson os está esperando...

Nota de la autora

Detonate es una novela romántica independiente ambientada en el mundo de la mafia. Incluye contenido y situaciones que les pueden resultar incómodos a algunos lectores.

Este libro tiene lenguaje y contenido sexual explícito, y está catalogado para lectores mayores de dieciocho años.

En la página web de la autora, lunamasonauthor.com, se puede encontrar una lista completa de elementos potencialmente conflictivos.

Prólogo

Grayson

Agosto de 2015

Durante diez años he respirado, he vivido y he sobrevivido en una guerra.

Es lo único que conozco.

Cazar, disparar, matar.

Me encamino al edificio en ruinas. La información de inteligencia confirma que el par de cabrones terroristas a WWcon los dedos el M4 Carbine mientras sigo caminando bajo el calor abrasador de Afganistán.

Casper, mi mejor amigo de toda la vida, está a mi izquierda.

Nos alistamos en los marines juntos y hemos ido subiendo de rango a la vez. Joder, si no fuera porque los dos estábamos todo el tiempo metiéndonos en peleas cuando éramos adolescentes, nuestros padres no nos habrían enviado al ejército. Tengo que agradecérselo a él. ¿Dónde habría encontrado una forma de aplacar mi enorme necesidad de dar salida a toda mi ira? Una forma que no esté fuera de la ley, se entiende.

Las bisagras de la puerta de madera están medio arrancadas. Dos de los nuestros, Chase y Paul, vienen corriendo desde el otro lado del edificio.

Estos terroristas son los responsables de los bombardeos en el aeropuerto de Kabul, que acabaron con la vida de cientos de inocentes. Han estado fuera de nuestro radar durante los tres años que han pasado desde el ataque.

Abro la puerta de una patada y apunto hacia delante mientras examino lo que hay alrededor.

A mi izquierda, unas escaleras que se caen a pedazos, y a mi derecha, lo que queda de ese estercolero. Piso trozos de espuma que se han escapado de un desvencijado sofá. Veo papeles tirados por todas partes, libros destrozados y trozos de los electrodomésticos destruidos.

¿Cómo demonios ha podido vivir aquí alguien durante tanto tiempo?

—Las imágenes de la cámara térmica indican que hay alguien arriba —me confirman los de inteligencia por el pinganillo que llevo en la oreja.

—Recibido —respondo, y le señalo a Casper las escaleras.

Subo con cuidado y giro la esquina para revisar la zona. El hedor insoportable que sale del baño me provoca una arcada. Solo se ve una puerta cerrada. Tienen que estar ahí dentro.

Le hago una seña a mi amigo y la abro bruscamente.

En un rincón que hay a la derecha, una mujer con apariencia frágil abraza a un niño pequeño contra su pecho. Sus gritos me taladran los oídos.

Algo no va bien. ¿Qué es esto? ¿Una distracción?

Mierda.

Recorro la habitación en busca de algún lugar donde puedan estar escondidos, pero no hay nada.

Joder.

—¡Fuera! ¡Ya! —le grito a Casper, que está de guardia junto a la puerta.

¿Dónde coño están Chase y Paul?

Casper baja las escaleras a la carrera, conmigo pisándole los talones. En cuanto entiendo qué pasa, aviso a mi amigo.

—Casper, para. No salgas de...

Los disparos ahogan mis palabras. Me agacho bajo un agujero que hay en la pared. Se oye el eco de más disparos y una bala silba sobre mi cabeza antes de impactar en la piedra destrozada que tengo detrás.

Veo algo blanco que cruza la habitación. Me pongo en cuclillas y voy hasta el extremo del lugar, más allá del sofá hecho pedazos, y espero. Uno de ellos tiene que salir enseguida. Por la mira del M4 veo a un hombre con una túnica blanca que lleva un arma.

Aprieto el gatillo y el cabrón cae al suelo. Chase y Paul asoman por la esquina. Me hacen un gesto para que vuelva adentro mientras resuenan más disparos.

Casper... Tengo que encontrar a Casper.

Voy a cuatro patas hasta la entrada, con el arma lista para disparar.

El sol me ciega cuando salgo al exterior. Es un desierto. Hacía tiempo que no se me presentaba una oportunidad tan divertida. Me encanta salir a cazar.

Pero el mundo se me cae encima cuando veo a mi amigo tirado sobre la arena en un charco de sangre que sale de su vientre. Se aprieta la herida con las manos y le cuesta levantar la cabeza.

Voy corriendo hasta él y caigo de rodillas.

—Joder, Casper. —Saco el kit de emergencias de mi chaleco.

Paul y Chase vienen también.

Paul monta guardia mientras nosotros ayudamos a Casper.

—Tenemos tres bajas confirmadas. No hay movimiento —informa Paul.

Abro la camisa de Casper de un tirón, buscando el origen de la sangre. Me tiemblan las manos mientras mi amigo hace lo que puede por respirar.

—Grayson, no —murmura entre jadeos irregulares.

Le quito el pasamontañas negro para que respire mejor.

—Casper, te vamos a ayudar.

Él niega con la cabeza y sus ojos castaños se fijan en los míos, casi suplicándome que pare. Le caen lágrimas sin parar.

—Grayson, lo... lo siento, joder. Es... Espero... que me per... perdones. Te... Te quiero, hermano.

¿Perdonarlo? ¿Por qué me está pidiendo perdón?

—No me pidas perdón. No te me vas a morir aquí. —Se me quiebra la voz al final de la frase.

Él tose y le sale sangre por la boca.

Lo apoyo en mi regazo.

—Lo... Lo siento —repite.

—¿Qué es lo que sientes? Todo va a salir bien.

—Siento haberme tirado a Amelia.

Una oleada de ira me hace apartar la pierna de debajo de su cabeza, que golpea el suelo con un ruido seco. Su confesión me atraviesa y veo ante mis ojos la cruda realidad.

Todas esas noches en que mi mejor amigo y mi mujer estaban ambos, casualmente, demasiado liados para quedar conmigo. Pero Casper no tiene ni siquiera la decencia de darme tiempo a odiarlo.

—¡No, no, no, no!

El mundo empieza a darme vueltas.

Me aparto de él y noto como el polvo me raspa el interior de la nariz mientras me quedo allí sentado, viendo a mi único amigo exhalar su último aliento. Sus últimas palabras siguen resonando en mi cabeza.

Mi mejor amigo. Que se ha estado follando a mi mujer durante Dios sabe cuánto tiempo.

—¡Apártate, Amelia! —le grito a la zorra de mi mujer.

No para de dar vueltas a mi alrededor, histérica, agarrada a mi manga, suplicándome que no la deje. Necesito todo el autocontrol que puedo reunir para no darle un golpe que la lance al otro lado de la habitación.

Guardo en la maleta toda la ropa que tengo.

—Grayson, no me abandones, por favor. Te prometo que no lo volveré a hacer. De todas formas, tampoco tienes nada de qué preocuparte, porque Casper está muerto.

Le arranco el tirador al cajón y lo tiro contra la pared de enfrente.

¡Pero qué gilipollas he sido! Esta mujer es despreciable, repugnante. ¿Cómo no me he dado cuenta antes? Casper era mi mejor amigo, el hermano que nunca tuve, y mi mujer y él lo han destrozado todo.

Me acerco a ella con los puños apretados. Ella se aparta hasta quedar contra la pared, con una expresión de miedo.

—Esta es la última vez que me vas a ver en tu vida, y no te atrevas a volver a pronunciar mi nombre. No lo mereces. Quítate de mi vista ya. Me das asco.

Ella se desploma en el suelo sin parar de sollozar.

Qué patético.

Me voy al aeropuerto decidido a empezar una nueva vida, dejando toda esa oscuridad atrás, donde pertenece. Ya me he despedido de mi mejor amigo. Era lo único que me retenía aquí.

En Nueva York voy a montar un gimnasio de boxeo. Con suerte, así tendré suficientes peleas para poder descargar parte de esta furia.

La nueva regla de mi vida: «Las mujeres, para una noche nada más».

1

Maddie

Enero de 2022

Cierro los ojos y acerco los dedos al borde de mi ropa interior. La única forma que tengo de lograr llegar al clímax es imaginarme a Grayson y todas las cosas sucias que sabe hacer con la boca.

Subo y bajo, deslizando los dedos por mi sexo, mientras recuerdo el día en que Grayson salvó a mi mejor amiga.

Aparcamos delante del apartamento del exprometido de Sienna, el cabrón que la había secuestrado. Veo a Keller sacar a Sienna y meterla en otro coche para llevarla al hospital. Nico, el guardaespaldas taciturno que la acompañaba, me ha dicho que está bastante mal.

La lluvia repiquetea contra la ventanilla del coche y yo no le quito ojo a la entrada del apartamento de Jamie. Aparecen hombres por todas partes y entran en el edificio.

Grayson sale por la puerta con gesto impasible. Se pasa la mano por la cara y acaba esparciéndose la sangre que le cae del pelo. Su camisa blanca está manchada de rojo.

Siento un gran alivio cuando veo que está bien. A pesar de que llevo varios meses peleándome constantemente con él, nunca he querido que le ocurriera nada, aunque tampoco estoy dispuesta a dejar de sacarlo de quicio. Me encanta ponerlo de los nervios.

¿Por qué demonios me importa tanto?

Durante todo este tiempo su existencia me ha irritado. Pero ahora mismo solo me preocupa su seguridad.

Luca le grita desde detrás, Grayson se gira y veo que lleva un arma plateada en la mano.

Agarro el tirador de la puerta del coche e intento abrir, pero está cerrada. Me invade el impulso de correr hacia él. Necesito su consuelo, y

saber que Sienna está bien. Tengo que enterarme de lo que ha pasado. Ha sido todo culpa mía.

—¡Nico, abre la puerta! —grito.

—No es seguro, Maddie. Ni siquiera debería haberte traído aquí. El jefe me va a matar.

—Abre la maldita puerta o te mato yo —lo amenazo.

Oigo el ruido del cierre automático y salgo a toda prisa del vehículo. Debido a las prisas, solo me ha dado tiempo a ponerme unos vaqueros y una camisa blanca. La lluvia me cae con fuerza sobre la piel y me empapa por completo. Voy corriendo hacia Grayson. Él se queda helado cuando me ve. La sangre y el agua le resbalan por la cara y su pelo rubio mojado se ve más oscuro que de costumbre. Incluso en ese estado está guapísimo. Su cuerpo alto y poderoso me hace sentir segura al instante. Sé que no me puede pasar nada si él está a mi lado.

Me lanzo a sus brazos y acerco mi cara a la suya.

—Cielo, ¿qué haces aquí? No es seguro —murmura.

Un cosquilleo me recorre todo el cuerpo cuando su aliento cálido me roza el cuello.

—Tenía que asegurarme de que Sienna y tú estabais bien. Todo esto ha sido culpa mía. No debería haberla dejado sola. No sabía lo que estaba ocurriendo —digo con voz quebrada.

Él me acaricia el pelo para calmarme.

—Tranquila. Sienna se va a recuperar. Y te prometo que yo estoy bien. Nada de esto es culpa tuya.

Nuestras narices se rozan. Siento el cuerpo lleno de deseo por este gigante tatuado tan sexy y protector al que he estado deseando desesperadamente en secreto.

Su mirada baja a mis labios y después vuelve a mirarme a los ojos.

A la mierda todo. Estoy loca por este hombre.

Aprieto mis labios bruscamente contra los suyos y noto que todo su cuerpo se queda rígido. Cuando me aparto, siento vergüenza y giro la cara para que no me vea.

—A tomar por el culo —exclama.

Entonces me coloca la mano en la parte de atrás de la cabeza y me devora la boca. El sabor metálico de la sangre se cuela en nuestro beso. Me atrae hacia él, y su lengua no para de bailar con la mía.

Ese beso hace que me lata la entrepierna y que se me curven involuntariamente los dedos de los pies.

Es uno de esos que te quitan el aliento.

—Grayson, tenemos que irnos, ¡ya! —ordena alguien detrás de nosotros.

Él se aparta, sacude la cabeza y acerca su frente a la mía.

—Tienes que irte, Maddie. —Suspira—. Joder —murmura entre dientes justo antes de darme la espalda y alejarse, dejándome bajo la lluvia, con los labios hinchados. Lo veo meterse en un Mercedes negro y desaparecer, todo sin mirar atrás ni una sola vez.

Me muerdo el antebrazo para contener los gemidos cuando se acerca la liberación. No estoy acostumbrada a vivir sola y no tener que ocultar el ruido de mis orgasmos. En mi mente, el beso no para ahí, sino que a continuación él me lleva a casa y me folla hasta la extenuación.

Y ahí está mi problema: no puedo dejar de imaginarme en la cama con Grayson.

Aunque Gregory, el contable, me ha besado hace un rato.

Yo esperaba un beso de esos que te cambian la vida y te estremecen de la cabeza a los pies, como el que tuvimos Grayson y yo el año pasado.

Pero, en cuanto los labios de Gregory han tocado los míos, mi cerebro ha vuelto a aquel día. Ese que parece que ha gafado mi vida amorosa y que además me ha dejado muy frustrada sexualmente. Desde entonces nadie es capaz de excitarme. Cada vez que lo intento, veo los intensos ojos azules de Grayson y su cara manchada de sangre. Por eso decidí quedar con Gregory esta noche, para intentar pasar página.

Ahora que él ya no está, la soledad y la frustración me van a consumir una noche más.

La felicidad de Sienna es contagiosa, pero estoy harta, porque tres son multitud.

Suspiro mirando mi copa de vino blanco, apoyada en la barra de desayuno de su extravagante cocina azul medianoche. Keller abraza fuerte a Sienna. Creen que no oigo las palabras guarras que le está susurrando al oído. Su hija de cuatro meses, Darcy, un verdadero rayito de sol, está acurrucada junto al costado de Keller.

—A ver, chicos, que algunas seguimos estando solteras y solas en la vida, y no necesitamos precisamente presenciar estas cosas —digo con un mohín exagerado.

—Ay, Maddie, pero ¿no estabas con Gregory? —pregunta Sienna, todavía rodeada por los brazos de Keller.

—Por ahora no es nada serio, solo estamos viendo a ver qué tal.

Yo ya sé qué tal. Fatal, pero no quiero renunciar a él todavía. Es majo y nos llevamos bien, pero únicamente como amigos.

—¿Y Grayson? —interviene Keller y finge toser. Sienna le da un codazo en el vientre a su marido cubierto de tatuajes—. ¿Qué? —Mira a Sienna con una ceja levantada.

Solo oír su nombre me produce una enorme frustración.

Grayson Ward, que es todo lo contrario a lo que yo necesito: un donjuán mujeriego que me saca absolutamente de quicio. Lo ha hecho desde que lo conocí el año pasado en el club de Keller, el End Zone. Nos ponemos de los nervios el uno al otro. Al menos así era hasta el beso que no voy a volver a mencionar. Desde entonces me ha estado evitando.

—¿Maddie?

Oír a Sienna decir mi nombre me saca de mi ensoñación.

—¿Qué?

—Te he preguntado si has sabido algo de Grayson últimamente —repite con una sonrisa amable.

—No. ¿Por qué iba a saber algo yo? —Fulmino a Sienna con la mirada. Ojalá dejara el tema.

—No sé. Keller dice que ha estado raro desde el día del secuestro.

—El día del secuestro... —Me río nerviosa—. ¿Te refieres al día en que estuviste a punto de morir por culpa de tu exprometido loco? —Ese día todavía me atormenta. Si no la hubiera dejado sola, seguramente no habría pasado nada.

—Maddie... Míranos: estamos a salvo y bien, y nunca hemos sido más felices. Para de culparte. Solo me alegro de que no te hiciera nada a ti.

Es la mujer más fuerte que conozco. Son una pareja perfecta, destinados a estar juntos, verdaderas llamas gemelas. La prueba viviente de que el amor puede con todo. Ella ha aceptado que su marido y su hermano controlaban a la mafia y le parece bien. Es una locura.

—Pero ¿por qué el humor de Grayson va a tener algo que ver conmigo? —pregunto, deseando cambiar de tema de conversación.

Ojalá no le hubiera contado a Sienna lo del beso con ese hombre al que me niego a nombrar. Han pasado cuatro meses desde la última vez que lo vi, el día que vine a conocer a la pequeña Darcy. Cuando escupió la cerveza y se marchó hecho una furia y sin mirar atrás después de que

Sienna me preguntara por mi cita con Gregory. No comprendo a ese hombre.

—¿Vosotras dos no tenéis que ir a arreglaros? El taxi vendrá dentro de una hora —interviene Keller, interrumpiendo el incómodo silencio que reina en la habitación.

Asiento y vacío la copa. Las burbujas que bajan por mi garganta me dan el empujoncito que necesitaba. Es la primera noche de chicas oficial de Sienna desde que dio a luz, y estoy decidida a que sea una noche para recordar.

—¡Sí! —chilla ella, me coge la mano y me arranca de la encimera—. Me tienes que hacer un cambio radical. Parezco una mami —dice con ojos suplicantes y pasándose la mano por el pelo desaliñado.

Yo me echo a reír mientras me arrastra por el pasillo.

—Puede que sea porque eso es lo que eres, Sienna. Una madraza.

Sonríe y me abraza fuerte.

Yo hago lo mismo y suspiro contra su hombro. Echo de menos tenerla a mi lado todos los días.

—Gracias, Maddie. No sé qué haría sin ti.

—Ya te lo he dicho, estaré contigo siempre. Te quiero, mejor amiga.

—Yo a ti también.

Vamos al dormitorio principal. Mi amiga tiene una casa de ensueño. Es demasiado bonito que Keller le comprara esa casa para ella, para los dos, para que pudieran convertirla en su hogar. Es una maravilla, y en ella caben perfectamente los diez hijos que dicen que quieren tener.

Mientras Sienna se ducha, yo me pongo el vestido dorado de lentejuelas que me he traído. Se me ciñe al cuerpo en los lugares adecuados. Después, despliego todo mi arsenal en su tocador.

Para cuando termino, ya ha salido de la ducha. Me pinto los labios de un rojo fuerte para completar el conjunto. Tengo que reconocer que estoy para comerme entera.

—Vaya, Maddie, ¡estás espectacular!

—Gracias, Sienna. Vete a secarte el pelo para que pueda ponerte guapa.

Cojo el móvil y me acomodo en su cama, dejándome caer sobre el colchón. Mierda, creo que es la cama más cómoda en la que me he tumbado en la vida. Ahora solo quiero quedarme aquí tirada, mirando Instagram, aunque no me interese nada de lo que hay ahí.

—¿Has visto a tus padres últimamente? —me pregunta Sienna.

No puedo evitar poner los ojos en blanco al pensar en mi madre.

—Eh... No. Hace bastante que no los veo, gracias al cielo.

—Dios, Maddie. ¿Tu madre sigue con eso de «te tienes que casar antes de que se te pase el arroz»?

—No lo dudes. Está desesperada porque lleve a alguien a la comida familiar de San Valentín. Te juro que creo que la organiza todos los años para recordarme que estoy soltera. Nada de lo que hago es lo bastante bueno para ella, nunca. No como Eddie, el capullo de mi hermano perfecto, con su mujer ideal y su trabajo maravilloso.

—No me gusta nada que sea así contigo, Maddie. —Se sienta al borde de la cama, a mi lado—. Estoy segura de que encontrarás al hombre perfecto para ti. No dejes que ella te empuje a hacer nada.

Ojalá no sintiera la necesidad de complacer a mi madre. De hecho, incluso he empezado a evitar a mi padre, aunque lo echo de menos. Pero es que no puedo soportar el incómodo juicio de mi madre sobre todos los aspectos de mi vida. Se mete en todo, hasta en lo que peso, por Dios.

—Sí, puede ser. —Es muy vergonzoso—. Solo quiero a alguien que me haga sentir segura y que me quiera, ¿sabes? Pero parece que no encajo con nadie, por muchas citas a las que vaya.

—Puede que estés buscando en el lugar incorrecto. —Asiente, me da una palmadita en la mano y después se levanta de la cama y regresa al baño.

¿Qué quiere decir con eso?

Un golpe en la puerta principal resuena en toda la casa. Sienna enciende el secador de pelo y yo bajo de la cama.

Los golpes no paran y se vuelven cada vez más fuertes. Me acerco a la escalera. Dios, alguien tiene muchas ganas de entrar. Si Keller ha logrado dormir a Darcy y quien sea la despierta, seguro que lo mata.

—¡Un momento, ya voy!

Estoy deseando soltarle un comentario de los míos a este imbécil.

2

Grayson

Mientras estoy empapando el almacén con gasolina, me distrae el zumbido constante que noto en el bolsillo. Miro a los tres hombres que están un poco más allá, atados y amordazados. La sangre que les cae por la cara se mezcla con sus lágrimas.

«Sí, soy un puto monstruo. No queda más remedio que aceptarlo».

Paro un momento de verter el líquido, porque los efluvios hacen que me arda el interior de la nariz. El subidón de adrenalina que te da saber que estás a punto de quemar todo un edificio hasta los cimientos es una pasada.

Saco el móvil del bolsillo de atrás y veo el nombre de Keller parpadeando en la pantalla. Él es la única persona a la que siempre le cojo el teléfono cuando me llama, pase lo que pase.

—Frankie, tengo que contestar. Sigue tú con la gasolina —le grito a mi compañero y le tiendo el bidón.

Está metiendo las drogas en el coche. No quería mancharse su traje azul marino nuevo. Es la última adquisición de Luca. Al parecer estaba de guardaespaldas de los Capri en Italia, pero ha tenido que volver a Nueva York por no sé qué rollo familiar.

Frankie viene hasta donde estoy yo y se remanga.

—Vamos a prenderles fuego a estos cabrones. —Su fuerte acento italiano es música para mis oídos, y en sus ojos grises veo la misma oscuridad que hay en los míos cuando me da la espalda y sigue esparciendo el líquido por el espacio.

Me río para mis adentros y le cojo el teléfono a Keller.

—El mismísimo Asesino. —No puedo evitar utilizar su famoso apodo de boxeador para picarle. Keller Russo, el Asesino, es el nombre con el que jaleaban miles de fans a un asesino de verdad, un sicario de la

mafia. Aunque ya eso quedó atrás y ahora se ha convertido en un hombre de familia. Y lo cierto es que nunca lo he visto más feliz.

Cuando abandonó la oscuridad, me dejó vía libre a mí para entrar en ella. Luca, el capo, me ofreció una forma de dar salida a toda esta rabia acumulada. La vida tan bien construida que le muestro al mundo, la del entrenador de boxeo de las estrellas, el mujeriego, el multimillonario, no es más que una máscara que oculta mi yo auténtico y la oscuridad que me consume.

Estoy entrenado para matar.

Es lo que se me da bien.

Hasta aquel día había conseguido mantener la fachada indiferente y profesional que me había creado cuando le di la espalda a la vida que tenía en Chicago y me mudé a Nueva York. Pero, cuando salvé a Sienna tras matar sin pestañear a cinco de los hombres que la retenían, Luca vio la rabia que había en mí y reconoció mi potencial. Y ahora lo utiliza para su beneficio. Bueno..., y también para el mío.

Desde entonces, no he mirado atrás ni una sola vez.

—Grayson, ¿qué haces? —me interroga Keller.

—No preguntes, Keller, porque si te lo digo te va a dar envidia.

—Lo dudo —contesta entre risas, y después añade—: ¿Quieres venir a casa a tomarte una cerveza? Sienna va a salir con Maddie esta noche y voy a acostar a Darcy enseguida.

Maddie... Mierda. Mi entrepierna reacciona solo con oír su nombre.

No puedo evitar las imágenes que inundan mi cerebro al recordarla corriendo hacia mí, delante del apartamento de Jamie, para lanzarse a mis brazos y abrazarme con fuerza mientras mis manos se posaban en su trasero como si estuvieran hechas para estar allí. No me podía creer que la mujer que pensaba que no me soportaba acabara de tirarse a por mí de esa forma. Y, cuando sus labios se encontraron bruscamente con los míos, todo cambió.

Hacía siete putos años que no besaba a una mujer.

Y, madre mía, fue el beso más increíble que me habían dado en la vida, y sigue siéndolo.

No he conseguido olvidarlo, por muchas duchas frías que me he dado.

Así que recurrí a lo que siempre hago después de estar con una mujer. Ignorarla.

Pero esa mujer que irradia tanta luz como el sol no tiene intención de desaparecer. No se va a ir a ninguna parte. Y no deja de iluminarme, aunque yo prefiera permanecer en las tinieblas. No me gusta la luz, pero es que no puedo sacármela de la cabeza.

Aunque no somos compatibles, no consigo librarme de este deseo imparable de poseerla. Cuando la tengo cerca, lo único que quiero es obligarla a agacharse y follármela hasta hacerla callar.

No puedo evitarlo.

Es como una adicción. Totalmente inaceptable.

—Claro, te veo dentro de un rato. Que esas cervezas estén bien frías.

—Sí, tranqui —asegura y cuelga.

Saco el mechero del bolsillo interior de la chaqueta del traje y le echo un último vistazo al almacén. La verdad es que es una ruina. Si no fuera por los tres cadáveres del interior, les estaría haciendo un favor.

Los Falcone se habrán pensado que habían ganado cuando nos robaron este cargamento, pero no tenían ni idea de lo fácil que ha sido recuperarlo y acabar con sus hombres. Gilipollas.

Sonrío a los esbirros, abro el Zippo y observo la llama bailar ante mis ojos. Después lo tiro al suelo, a su lado, y unas llamas furiosas les envuelven el cuerpo. Ha llegado la hora de largarme de allí.

Frankie sale detrás de mí, riéndose.

Me acomodo en el asiento del conductor de mi Audi RS 6 blanco.

Frankie se sitúa en el del acompañante.

—Joder, esa forma de morir es una mierda —apunta.

—Se me ocurren otras peores. Las pondremos en práctica la próxima vez.

El motor ruge cuando arranco y salgo en dirección a las luces parpadeantes de Manhattan.

Aparco delante del maldito casoplón de Keller. Hasta el camino de entrada de gravilla es extravagante. Tras dejar el coche al lado de la enorme fuente, apago el motor, sacudo la cabeza y me echo a reír. Sí que se ha empleado a fondo para darle a esa mujer todo lo que podría desear.

Llamo a la puerta de madera y meto las manos en los bolsillos. Siento unos nervios que no sé de dónde salen. No me gustan. Nada de nada.

Pasan un par de minutos sin que me abran. Llamo más fuerte.

Sé que ella está ahí dentro. Lo noto.

Casi tiemblo por la anticipación y tengo el corazón acelerado. El efecto que tiene esa mujer sobre mí es inquietante.

—¡Un momento, ya voy! —Oír su voz hace que me quede sin aliento.

Sé que va a estar cabreada conmigo, más arisca de lo normal. Ella no sabe nada de mi norma de no dar besos, ni tampoco de mi pasado. Pero, aunque acababa de matar a los secuestradores de Sienna y estaba cubierto de sangre, ella no dudó lo más mínimo. No le doy miedo, ni le asusta quién soy.

Tampoco es consciente de que, cuanto más se enfada, más me pone. Ver cómo intenta resistirse con todas sus fuerzas hace que mi miembro reaccione.

La puerta se abre de par en par y sus ojos se topan con los míos. Sus sentimientos son más que evidentes cuando arruga la nariz y entorna los párpados.

Vaya, está muy enfadada.

Me la como con los ojos. Esta mujer está mucho más que buena. Va con un vestido corto, ceñido y brillante que le llega justo al final de los muslos, y apenas le cubre ese sexo con el que llevo soñando desde hace meses. Subo la vista un poco más y me encuentro con unas tetas que llenan el vestido a la perfección y se unen en un escote delicioso.

Cuando por fin llego hasta su cara, la veo cruzar los brazos a la altura del pecho y observarme con el ceño fruncido. Se ha puesto ese collar de plata con un sol sobre las clavículas. Es una belleza incluso en este momento en que da la impresión de que quiere ahogarme con sus propias manos. Su mirada esmeralda me llega al corazón y esos labios carnosos parece que están pidiendo envolverme la polla.

Mierda, necesito echar un polvo. No puedo seguir pensando en ella así. Aunque tampoco es que eso me haya ayudado hasta ahora.

—Joder, cielo, estás increíble —reconozco con la voz ronca.

Ella levanta una ceja.

—Vaya, gracias.

Veo que se le enrojece el pecho. Por lo visto tengo el mismo efecto en Maddie que ella en mí.

—¿Te vas a quedar ahí plantada o piensas dejarme entrar? —pregunto sonriendo.

Sus dedos delgados agarran con fuerza la puerta y tiran de ella para abrirla un poco más. Yo paso por su lado. Mi brazo derecho le roza el costado y siento corrientes eléctricas por todo mi cuerpo. Inspiro

bruscamente con los dientes apretados al notar ese contacto mientras ella cierra la puerta y se vuelve para mirarme.

—Menudos zapatos. Creo que podrías sacarle un ojo a alguien con ellos si fuera necesario. —Le hago un guiño. La verdad es que una parte de mí piensa de verdad que algún día llegará a hacerlo.

—Te lo voy a sacar a ti como no te calles ahora mismo, porque la niña está dormida —replica—. Un momento... Se me había olvidado que ahora eres uno de esos malos de la mafia, así que tal vez debería callarme yo. —Y entonces pone los ojos en blanco.

De verdad que esta mujer sabe cómo sacarme de quicio.

Quizás debería dejarle ver lo que puede ocurrir si se pasa de la raya.

Voy directo hacia ella, que da un paso atrás y choca con la puerta. Yo estrello ambas manos contra la madera, por encima de su cabeza, y sus labios forman una O perfecta.

—Será mejor que no me pongas a prueba, cielo.

Ella levanta la barbilla, desafiante. Me mira a los ojos y sonríe con picardía.

«A ver qué va a soltar».

—Teniendo en cuenta que me lo dice un hombre que no tiene los cojones para hablar con una mujer después de un beso, vamos... No te tengo ningún miedo —asegura.

—Pues deberías —le susurro al oído, y veo que se le pone la carne de gallina en el cuello.

—Venga, Grayson. De todas formas, fue un error. —Ha dudado al decir la última parte.

—Uf, eso ha dolido, nena. —Le rozo con el dedo índice la suave piel de la mejilla y después bajo por el cuello—. Es una pena que tu cuerpo te traicione. Estoy seguro de que si te meto mano por debajo de ese vestidito ceñido que llevas, me encontraré que estás empapada solo con verme.

Ella abre la boca y enseguida la vuelve a cerrar. Creo que he conseguido por fin que se calle sin tener que llenarle esa boca seductora con mi miembro.

Maddie se sobresalta cuando oye a Keller carraspear detrás de mí. Se pone roja como un tomate y se le ve la misma cara de culpabilidad que a un niño cuando lo pillas robando caramelos.

Suspiro y me aparto de ella. Maddie se agacha rápidamente para escabullirse bajo mi brazo y se tira del dobladillo del vestido, incómoda.

Yo paso por su lado, mientras ella sigue ruborizada, para ir a darle un gran abrazo a la mujer de mi amigo.

—Estás preciosa, Sienna —digo cuando me separo de ella.

No me hace falta verlo para saber que Keller me estará fulminando con la mirada. Nunca ha conseguido superar que técnicamente yo conocí a Sienna antes que él.

—Querido Asesino, ¿dónde está esa cerveza? Estoy un poco acalorado. —Me giro y le guiño el ojo a Maddie, que me atraviesa con una mirada letal.

La risa grave de Keller resuena en la habitación y Sienna se gira hacia su amiga con cara de no entender.

—Ven por aquí —responde Keller, sin dejar de reír.

Pero entonces coge a su mujer y empieza a meterle la lengua hasta la campanilla delante de nosotros. Yo echo un vistazo a Maddie y levanto las dos cejas, divertido. Ella se muerde el labio inferior para contener la risa.

Y en ese momento el corazón comienza a latirme con fuerza en el pecho. Como me ocurre siempre que ella sonríe.

Me lo tomo como una señal para quitarme de en medio.

Me despido con la mano mientras me dirijo a la cocina.

—Pasadlo bien, chicas —grito para indicarle a Keller que mueva el culo y venga conmigo.

—Joder, qué maravilla —exclamo con un gruñido cuando la cerveza fría me baja por la garganta.

—Oye, ¿qué coño hacías con Maddie? —pregunta Keller cuando pasa a mi lado para ir a coger el botellín que he sacado de la nevera para él.

—Tomarle un poco el pelo.

—Entonces, ¿no tiene nada que ver con el beso? —sigue interrogándome Keller con una sonrisa burlona.

Escupo la cerveza al oírlo. Pero ¿cómo coño sabe...? «Claro, Maddie...».

—Eso no fue nada.

—No me puedo creer que no me lo hayas contado. ¿Qué tal fue tu primer beso en..., cuánto, ocho años?

—Siete —respondo muy serio.

Debería habérselo dicho; es mi mejor amigo. Joder, he estado entrenando con él prácticamente todos los días durante los últimos seis años. Juntos hemos conseguido que lograra ser el campeón mundial

indiscutible de los pesos pesados. A estas alturas quedan muy pocas cosas que no sepamos el uno del otro.

Pero no me parecía bien contarle cosas de Maddie.

—Fue un beso, nada más —insisto, aunque no estoy seguro de a cuál de los dos quiero convencer.

—Sí, por eso llevas huyendo de ella como de la peste desde hace meses. Vamos, tío, los dos sabemos que estás loco por ella. Es evidente desde la primera vez que la viste.

Sí, me vuelve loco, y ese es el puto problema.

Nunca he querido estar con una mujer más de una noche. Pero Maddie me hace imaginar todas las formas en que podría follármela y fantasear con ella gimiéndome al oído y gritando mi nombre. La única estrategia que se me ocurre para frenarme es evitarla. Cuanto más la veo, más la deseo.

—Déjame en paz, Keller —respondo, y agarro el botellín con más fuerza antes de dar otro sorbo.

—Vale —dice levantando ambas manos en un gesto de rendición—. ¿Y qué tal te van las cosas con Luca? Parece que os lo habéis estado pasando en grande.

—Es una verdadera carnicería. Y me encanta.

—Quién lo habría dicho... Mi entrenador ocupando mi puesto como sicario de la mafia. No sabía que tenías eso dentro. Al menos todo ese entrenamiento en las fuerzas especiales te ha servido para algo. Pero te necesitamos en el King's Gym, coño. Tenemos inscripciones nuevas todos los días.

El King's Gym es nuestro bebé, el resultado de todo el trabajo de nuestra vida. Desde que Keller se convirtió en el campeón mundial indiscutible de los pesos pesados el año pasado, hemos tenido boxeadores aficionados haciendo literalmente cola en la puerta del gimnasio para apuntarse y poder entrenar y pelear con el mejor del mundo.

—Estoy en ello. He tenido una semana muy ajetreada. Ya sabes que no te voy a dejar tirado.

Asiente.

—Venga, vamos a ver el combate de Andre —propone.

Me masajeo el puente de la nariz para aliviar parte de la tensión acumulada, porque sigo pensando en Maddie.

Tengo que largarme de aquí antes de que Sienna y ella vuelvan a casa.

3

Maddie

La típica noche de viernes en el End Zone. Está a reventar, pero una de las ventajas de que Sienna esté casada con el dueño es que siempre tenemos a nuestra disposición nuestro reservado VIP favorito. Me dejo caer en el sofá de cuero negro y admiro la selección de chupitos que hay sobre las mesas de oro y la gigantesca botella de champán que lo preside todo.

Tras el altercado con Grayson, necesito mucho alcohol.

Ese hombre enciende un fuego en mi interior que no consigo sofocar. Por eso me encuentro así otra vez, con una enorme frustración sexual por culpa de un hombre que no puedo tener.

Me bebo un tequila de un trago y noto que el líquido me abrasa la garganta.

—¿Qué te ha pasado antes con Grayson? —pregunta Sienna mientras se sirve una copa de champán.

—No tengo ni idea. Ese tío está mal de la cabeza.

Mi amiga sabe lo del beso y que me quedé muy afectada después, pero creo que he conseguido ocultar muy bien mis verdaderos sentimientos durante el tiempo que ha transcurrido desde entonces.

Grayson no se equivocaba con lo de que tenía las bragas empapadas. Solo verlo ya me provoca ese efecto.

—Los dos habéis estado muy raros desde el beso. ¿Eres consciente de que él no había besado a nadie desde hace... no sé, años? Keller no tiene ni idea de por qué.

Casi escupo mi champán por toda la mesa.

—No digas bobadas. Sabes tan bien como yo que ese hombre se tira a cualquiera que tenga vagina.

Menos a mí, al parecer.

—No he dicho que no se haya follado a nadie, sino que no ha besado a ninguna mujer, Maddie.

Bueno, ya empezamos. Desde que se lo conté, no ha parado de agobiarme para que admita lo que siento y deje de salir con Gregory. Pero no hay nada que admitir. Grayson no es el hombre que me va a dar lo que quiero: matrimonio, una familia y amor incondicional.

—Sienna, Grayson no es el hombre que busco para una relación larga.

—¿No crees que tal vez deberías dejar de obsesionarte con hacer feliz a todos los demás y hacer algo por ti? Puede que haya una razón para que las cosas no te funcionen con nadie: que eso no es lo que te conviene.

Mierda.

Decido centrarme en lo que sé hacer bien: cojo otro chupito y me lo bebo de un trago. Le paso uno a Sienna, esperando que la distraiga y así se olvide de los consejos maternales.

—Vamos, Sienna, es la primera noche de chicas que tenemos desde hace muchísimo. Olvidémonos de los tíos un rato y dediquémonos a beber y bailar. Eso es lo que mejor me vendría ahora mismo —pido, y le doy un sorbo al champán para quitarme el sabor del vodka que todavía noto en la lengua.

Asiente, con aire de derrota, se bebe el chupito y tose. Yo me echo a reír porque empiezo a notar que el alcohol por fin me está haciendo efecto.

Dos horas después, todos los chupitos de la mesa y la botella de champán están vacíos. Yo no me puedo mantener erguida en el asiento y no paro de reírme. Hace mucho que no estaba tan borracha. Sienna está entretenida escribiéndole mensajes en medio de la borrachera a Keller que la hacen sonrojarse.

—Sienna, voy al baño un momento —anuncio, y cojo el bolsito, que está en sofá.

No sé cómo puedo formar una frase entera, y mucho menos caminar recto. Con las piernas tambaleantes y apoyándome en la pared, logro llegar hasta el baño.

Me siento en el váter con la tapa cerrada y me sujeto la cabeza entre las manos. Con los codos apoyados en las rodillas, intento concentrarme en conseguir que la habitación deje de dar vueltas. Tengo que salir de aquí y llevar a Sienna a casa. Ella está aún peor que yo.

Busco mi bolso por el suelo pegajoso y de repente me doy cuenta de que lo tengo en el regazo.

«Dios, Maddie, céntrate». Saco el teléfono y entorno los ojos para distinguir los botones. Pulso el icono verde y aparece la pantalla para escribir un mensaje. Seguro que Gregory viene a buscarnos, es un encanto. Se lo voy a pedir.

Selecciono su nombre y empiezo a escribir sin saber bien lo que hago. No veo del todo claro, así que me guío un poco por instinto.

Yo: Hola, cariño. Estoy borrachísiiima. Necesito que me lleves a casa, pro favro.

No necesito decirle nada más.

Me paso un buen rato sentada en el baño, mirando fijamente al suelo, pero no me llega ninguna respuesta, así que suspiro y me levanto. Parece que ha dejado de darme vueltas todo. Abro el grifo, me echo un poco de agua en la cara y bebo directamente del chorro.

Cuando consigo volver al reservado, me quedo parada en seco. Está aquí. Despatarrado en el sofá, con los brazos apoyados en el respaldo, la pura imagen del dios del sexo que sé que es. Aunque va con vaqueros y una camiseta blanca ceñida, los músculos que se le marcan me hacen babear. Tengo que reconocer que, por mucho que me irrite, está buenísimo. Y me encanta su pelo: ya no lo lleva rapado corto, como antes. Se lo ha dejado un poco más largo por arriba y le sale una onda. Perfecto.

Inspiro bruscamente e intento contener el deseo que hace que me hierva la sangre. Estoy borracha y cachonda y sigo excitada por sus palabras de antes. Madre mía, esa forma de invadir mi espacio como si fuera de su propiedad... Me ha puesto a su merced sin apenas tocarme.

—Ah, ya has vuelto. Puedes dejar de mirarme así y venir a sentarte aquí, Maddie. No te voy a morder, al menos no para hacerte daño —dice burlón, señalándome su regazo.

Me está comiendo con los ojos y eso hace que me derrita allí mismo. Entonces me recuerdo que ese hombre es todo lo que no quiero en mi vida, y sacudo la cabeza para salir de esa ensoñación provocada por la lujuria.

Ignoro su gesto y me acomodo al lado de Sienna.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto a Grayson.

—Me has mandado un mensaje, cielo. Y aquí estoy, a tu servicio —continúa de coña, observándome con una de sus sonrisas sexis que dejan ver sus dientes blancos. No puedo parar de mirar esos labios que tantas ganas tengo de besar.

«Ya basta, Maddie, estás muy borracha».

—No, le he escrito a Gregory —contesto, saco el móvil y abro el último mensaje. Mierda, sí que se lo he mandado a él.

—Hola, Maddie —saluda una voz grave masculina detrás de mí. No la reconozco.

Un tío con el que he estado bailando hace un rato se me acerca sonriendo. Yo le devuelvo la sonrisa con dulzura, y siento que Grayson me fulmina con la mirada.

—Hola.

El hombre, cuyo nombre no recuerdo, echa un vistazo a Grayson y duda antes de continuar.

—¿Te apetece otra copa y bailar un rato? —pregunta sin dejar de sonreír.

Solo oigo el irritante carraspeo de Grayson. Tiene la mandíbula tensa y los puños cerrados sobre la mesa. Lo miro con una ceja levantada, intentando trasmitirle que se vaya a la mierda sin tener que decírselo delante del hombre que quiere bailar conmigo.

—Ya se iba —contesta Grayson sin apartar los ojos de mí, y eso hace que me revuelva en el asiento.

—¿Ah, sí?

Recurro a mi amiga en busca de apoyo, pero ella se encoge de hombros, mira a Grayson y se ríe. «Muchas gracias por la ayuda, Sienna». Grayson da un golpe seco con los puños en la mesa y se levanta. Es tan alto y corpulento que mi compañero de baile parece diminuto en comparación. Se me acerca con una expresión que dice claramente: «No me toques los cojones, anda». Lo cierto es que no tengo fuerzas para meterme en medio de esta competición de machos ahora mismo. Suspiro y me dirijo a mi nuevo amigo:

—Perdona, pero es verdad. Nos vamos ya. Tendremos que dejarlo para otro día —me disculpo.

El hombre asiente y sale del reservado.

—O mejor no —añade Grayson con los dientes apretados, y me tiende la mano.

Su forma de comportarse no tiene nada que ver con lo que dice. La mayor parte del tiempo me evita como hace mi padre con el abogado de divorcios, pero cuando hay otros hombres cerca, se vuelve muy posesivo.

—Grayson, vete a la mierda —contesto molesta, me levanto sin su ayuda y le aparto la mano de un manotazo—. Sienna, ¿estás lista?

Ella asiente, sale del reservado, viene a mi lado y entrelaza su brazo con el mío.

—Vosotros dos tenéis que follar de una vez para que se os quite la tontería. Cuanto antes —me dice al oído, claramente borracha, y se echa a reír.

Sacudo la cabeza y me dirijo con ella a la puerta de atrás y después al elegante Audi blanco de Grayson, que cobra vida cuando nos acercamos.

—Entrad —farfulla malhumorado, pasa con prisa por mi lado y nos abre la puerta de atrás y la del acompañante. Nos mira y alarga la mano para apartarme con cuidado el pelo de la cara.

—Tú delante —me ordena, y enseguida se va.

Casi echo de menos que me acorrale, como antes. Sienna ríe entre dientes y se sienta atrás. Yo me quedo mirando fijamente la puerta que tengo abierta delante. «¿Por qué tengo el presentimiento de que esto es una muy mala idea?».

Hacemos el trayecto en silencio. Grayson está agarrando el volante con tanta fuerza que se le ponen los nudillos blancos.

Nada más llegar, Keller abre la puerta del coche y saca en brazos a Sienna, que se ha quedado dormida.

—Gracias por traerla. Vosotros dos, divertíos —añade riendo.

A mí se me cierran los ojos. Con la calefacción calentándome la cara, me cuesta mucho seguir despierta. Me sujeto la cabeza con la palma de la mano y me apoyo contra la fría ventanilla del coche.

—Cielo, ¿tienes a mano las llaves?

Estoy tan cansada que apenas puedo levantar la cabeza, así que solo asiento. Lo siguiente que noto es que estoy flotando, rodeada por sus fuertes brazos, y el latido rítmico de su corazón hace que quiera volver a dormirme.

—Hmm, qué bien hueles.

—Gracias, cielo, tú tampoco hueles mal. Una mezcla de algo dulce y tequila —murmura.

—Me gusta cuando no eres tan quejica e irritante —confieso. El filtro que normalmente tengo entre el cerebro y la boca no está funcionando.

—Y a mí cuando tú no amenazas con matarme o no paras de mandarme a la mierda.

Cuando subimos la escalera hasta mi apartamento, me deja en el suelo despacio.

—¿Tienes café decente? —pregunta con una media sonrisa.

—Vivo básicamente de eso, de modo que sí —contesto mientras abro la puerta—. Aaah, esta sensación es casi orgásmica —gimo por el alivio de quitarme por fin los tacones.

Grayson tose detrás de mí al intentar contener una carcajada.

—Cielo, si eso te parece orgásmico, no sabes cuánto lo siento por ti.

—No, haces bien. —Voy hasta la cafetera y de camino cojo dos tazas rosas.

Veo en el reloj del horno que son las 3:09 de la madrugada.

«Mierda, qué tarde es».

Bostezo mientras contemplo cómo el líquido oscuro llena la taza. Necesito descansar los ojos un par de minutos.

—Vamos, cielo, tienes que irte a la cama.

Abro los ojos y me encuentro acurrucada contra su pecho, otra vez.

Me deja con mucha delicadeza sobre la cama y noto que mi cabeza se hunde en la almohada. Cuando me arropa con la manta y me aparta el pelo de la cara siento algo raro. Le agarro por la muñeca antes de que pueda alejarse.

—Quédate.

—¿Me prometes tener quietas esas manos? —pregunta con sorna.

—Lo prometo. —Hago un mohín.

Sus bíceps se tensan cuando se agarra el dobladillo de la camisa y se la quita por la cabeza para dejar al descubierto su cuerpo cincelado. En ambos pectorales tiene unos tatuajes oscuros, parecidos a unos tribales. Sabía que era musculoso, pero, joder, ese cuerpo es una verdadera obra de arte. Solo quiero recorrer con las manos la perfecta uve que se le ve por encima de la cintura de los pantalones.

—Mírame a los ojos, cielo. —Su voz grave me saca de mi ensimismamiento.

Se quita los vaqueros y veo otros tatuajes que salen de debajo de los bóxeres y bajan por sus fuertes muslos hasta los tobillos. Abro los ojos como platos cuando veo la silueta de su pene empujando la tela. «Joder,

no puede ser tan grande». Él se echa a reír y niega con la cabeza mientras dobla la ropa y la deja sobre mi cómoda. Luego viene hacia mí con los ojos llenos de deseo.

—Vaya, vaya, veo que el tamaño no es un problema para ti. Aunque estoy segura de que no sabes usarla, es una pena —lo provoco mientras me tapo hasta el cuello con la colcha.

Noto mariposas en el estómago cuando se acerca a la cama.

—Uy, Maddie, sé muy bien qué hacer con ella. Lo que es una pena es que tú nunca lo vayas a comprobar —asegura apartando la colcha—. Déjame sitio.

Me quedo mirándolo inexpresiva. No puedo concentrarme en nada que no sea en lo atractivo que es. Mi cerebro está hecho un lío y el latido que siento en la entrepierna no me ayuda precisamente a pensar con claridad.

Ruedo para desplazarme al otro lado de la cama. El lado frío en el que nunca duerme nadie. Las lentejuelas del vestido se me clavan en los brazos. Bueno, si él se ha quedado en ropa interior para meterse en la cama, lo normal es que yo haga lo mismo. Sonrío cuando levanto las caderas, me bajo la cremallera del vestido y me lo bajo por el trasero para luego sacármelo por las piernas y dejarlo caer al suelo.

Mierda, se me ha olvidado que no llevo sujetador.

Me ruborizo, pero ya no puedo hacer nada para remediarlo. Además, ya me ha visto las tetas antes..., por accidente, pero bueno.

Él retira la colcha y los pezones se me endurecen al instante.

Mantiene la ropa de cama levantada y, cuando sus ojos se topan con mis pechos al aire, se queda mirándolos con la boca abierta. Se pasa la otra mano por la cara y gruñe.

—Joder, cielo. Estás decidida a no ponérmelo fácil, ¿no?

No tengo ni idea de lo que quiere decir. Cuando me rechazó después del beso, supuse que no le atraía. Pero sus acciones y sus palabras indican otra cosa.

—Métete en la cama, hace frío —pido, porque de repente me siento demasiado expuesta.

—¿Por eso tienes los pezones así de duros? —Se muerde el labio inferior. Sus ojos no se han apartado de mis tetas ni un segundo.

El colchón se hunde cuando su enorme cuerpo se tumba en la cama. Se gira hacia mí. Nuestras narices casi se rozan. En la habitación solo se oyen nuestras respiraciones aceleradas. Se nota una electricidad que

llena el aire mientras los dos nos quedamos ahí tumbados, mirándonos a los ojos.

—Tienes que dormir, cielo —murmura.

Yo suspiro, decepcionada. No sé por qué me sorprende; a este tío no le intereso. Y yo tampoco quiero nada con él, ¿no?

Se acerca un poco y me da un beso en la frente. Sus fuertes brazos me rodean y me atraen hacia él. Yo le pongo una pierna sobre la suya y, al hacerlo, le rozo el miembro durísimo.

—Esta noche no, cielo —suspira.

Sé que eso es lo mejor, y además estoy demasiado cansada para discutir con él.

—Buenas noches, Grayson —murmuro, cerrando los ojos y acurrucándome contra él.

Su respiración tranquila me acompaña mientras me duermo plácidamente.

4

Grayson

Las suaves ondas de su pelo rubio me rozan la nariz e inhalo su aroma a vainilla. El ritmo lento de su pecho al subir y bajar me indica que sigue profundamente dormida. Yo ya he descansado las cuatro horas que necesito y estoy listo para cualquier cosa, igual que mi polla, al parecer.

Será mejor que salga de aquí antes de que acabemos haciendo algo de lo que nos vamos a arrepentir.

No dejo de pensar en el cambio de actitud de Maddie conmigo. La distancia desapareció y lo que salió a la luz fue su parte divertida. No me odia tanto cuando se ha tomado unas copas, está claro. Esa forma de humedecerse cuando me quité la ropa... Joder, ahora tengo grabadas en mi cerebro esas tetas respingonas. He necesitado de toda mi fuerza de voluntad para no meterme esos pezones rosas en la boca anoche.

Y ahora la tengo aquí, acurrucada bajo mi brazo, con la espalda contra mi pecho y mi mano a punto de rozarle una teta. Esto no tiene nada que ver con sus ganas de apuñalarme.

Saco despacio el brazo de debajo de su cabeza, intentando no despertarla. Necesito largarme de aquí. El autocontrol de todo hombre es limitado, sobre todo cuando tengo a la mujer que llevo meses soñando con follarme desnuda y con el culo pegado a mi entrepierna.

Ruedo para apartarme y ella se revuelve a mi lado. La tapo otra vez y le doy un beso suave en la coronilla.

—Adiós, cielo.

Ni siquiera sé por qué; ya ha reventado mi norma de no dar besos a nadie. Y ahora parece que no puedo parar. Esos labios carnosos son los únicos que quiero.

Y los únicos que no puedo tener.

Por eso tengo que interrumpir esto ya. No puedo seguir haciendo el tonto con ella más tiempo, sobre todo ahora que sé que ella está tan

pillada como yo. Anoche noté el cambio total en el ambiente entre nosotros. Una discusión más y las cosas podrían pasar el punto de no retorno y destrozarnos a los dos. Esa sensación tan rara que tengo cuando está cerca, como si el corazón tirara de mí desde dentro, casi hace que no me vista de nuevo. Pero lo hago. Me pongo la ropa y me dirijo a la puerta del dormitorio sin mirar atrás.

—¿Ya podemos volver a odiarnos? —Su voz pastosa por el sueño hace que me detenga.

Apoyo el brazo en el marco de la puerta y la observo. Sus mejillas sonrosadas la traicionan enseguida.

—No te haces una idea del efecto que tiene en mí verte cabreada, Maddie.

Levanta las dos cejas y se queda con la boca abierta. He conseguido dejarla sin palabras.

—Nos vemos, cielo. Y no cojas por costumbre lo de enviarle mensajes borracha a los tíos y después enseñarles las tetas. Tienes mucha clase para eso.

Ella coge una almohada y me la tira. Cae a un metro de mí. Miro primero el objeto que me ha arrojado y luego su cara con el ceño fruncido.

—Créeme, va a ser la última vez que las veas.

Ojalá no lo fuera.

—Tengo la imagen grabada en mi cerebro para siempre, no te preocupes —contesto burlón.

—Adiós, Grayson —dice con un resoplido, y se oculta bajo la colcha.

—Hasta luego, cielo.

Creo que anoche me acerqué demasiado al sol.

5

Maddie

Gruño y ruedo hacia el lado frío de la cama. Me masajeo el puente de la nariz pensando que ojalá parara el dolor de cabeza que noto detrás de los ojos. Aparto la colcha de mi cuerpo y, en cuanto el aire frío me toca la piel, se me endurecen los pezones.

Hay un vaso de agua y dos analgésicos en la mesita de noche.

Yo no los he dejado ahí. Después de unas cuantas copas, a la Maddie borracha no le importa una mierda la resaca de la Maddie sobria a la mañana siguiente.

«Grayson».

Ya me ha visto las tetas dos veces. Me doy una palmada en la frente por el cabreo y ese gesto me provoca una mueca de dolor. Me da la sensación de que el aire que me rodea acaba de salir de un horno cuando me siento en la cama, desnuda y a punto de morirme de vergüenza. Joder, si se lo cuenta a Keller, Sienna no me va a dejar en paz.

Pero no se lo va a contar, ¿verdad?

Cojo las pastillas que hay en la mesita y me las trago con un sorbo de agua. Gimo encantada, porque el líquido fresco me calma la garganta seca. Pero no es el café que el cuerpo me pide a gritos ahora mismo. Con un suspiro, salgo de la cama, me pongo la sudadera con capucha negra y grande que está tirada en el tocador y voy a la cocina.

Desde que Sienna se fue de la casa, aquí hay demasiado silencio. No necesito una compañera de piso, pero me vendría bien tener compañía para que me distrajera de la vida y de lo sola que me siento.

Cuando doblo la esquina para ir a la cocina, me quedo parada, sin poder creérmelo. Joder, ¿ha limpiado? Tengo las encimeras resplandecientes. La cafetera tiene delante una taza con una carita sonriente estampada. Demasiado alegre para mí ahora mismo.

La verdad es que debería darle las gracias. Me trajo a casa, borracha como una cuba, me acostó y al parecer me ordenó el apartamento en plena noche. Coloco la taza debajo de la máquina, que cobra vida, y el líquido negro empieza a llenarla. Dios, estoy deseando tomármelo. Saco el teléfono del bolso plateado que hay sobre un taburete y miro las notificaciones.

Veinticinco *matches* nuevos en mi perfil de la aplicación de citas. Puede que el hombre perfecto sea uno de ellos. Reviso la avalancha de perfiles, ojeando las fotos.

Poco después suspiro y cierro la aplicación. Estoy demasiado cansada y resacosa como para enfrentarme a eso hoy; como si no fuera suficiente con la ansiedad postalcohólica por haberme quedado casi desnuda delante de Grayson otra vez. No puedo añadirle a eso la preocupación por no encontrar al «hombre adecuado».

Oigo el pitido del teléfono que indica que tengo un mensaje y el corazón se me acelera cuando lo leo.

Grayson: Buenos días, cielo.
¿Qué tal esa cabeza? Tus pendientes se quedaron en mi coche.

Acabo de recordar por qué me saca de mis casillas ese hombre. Actúa todo el tiempo como si fuera un regalo de Dios para cualquier mujer. Y se tira a todo lo que se mueve, menos a mí. Aunque tampoco es que yo quiera acostarme con él. Pero que me rechace me duele un poco.

Yo: Los pendientes no son míos, capullo.

La respuesta no tarda ni un segundo.

Grayson: Ups.

¿Lo dice en serio?
Cuando voy a dejar el teléfono, me llega otro mensaje.

Grayson: ERA BROMA.
No te preocupes;)

Niego con la cabeza cuando me doy cuenta de que le estoy sonriendo al teléfono como una adolescente enamorada. «No es un buen hombre, Maddie».

Yo: Me da igual a quién te tires. Después de todo, saliste huyendo después de un simple beso.

Sienna no debería haberme dicho lo de su regla de no besar a nadie. Me imagino su cara de concentración mientras busca algo que decirme que me cabree. Esto ya casi se ha convertido en algo habitual en mi vida: nos dedicamos a picarnos hasta que uno de los dos acaba lo bastante cabreado y para.

Grayson: Hasta ahora no he recibido quejas sobre lo que soy capaz de hacer con la boca.

Yo: Yo tampoco.

¿Está la calefacción puesta o es que yo estoy a punto de explotar? Necesito frenar todo esto. Ya. Este intercambio de mensajes es la prueba de que ese hombre es un peligro con patas y de que tengo que tacharlo de mi lista inmediatamente. Si quiero encontrar un hombre para mí y demostrarles a mis padres que soy respetable, tengo que parar de hablar con este imbécil. Me distrae. Aquel beso me distrae. Si lo dejo correr, podré relajarme y ser feliz.

Al menos voy a estar una temporada sin encontrármelo. Y pensando eso me voy a la ducha y abro el grifo del agua caliente.

Nada más quitarme la ropa, oigo que llega otro mensaje. Salgo del baño para leerlo.

Grayson: Te veo el fin de semana que viene, cielo.

¡Joder! Echo atrás la cabeza y oigo la señal de que tengo otro mensaje. Dios, ¿es que no me puede dejar todo el mundo en paz en el estado en el que estoy?

Mamá: Hemos reservado una mesa en La Brasserie el viernes 12 de febrero. Como está tan cerca de San Valentín, puedes traer a alguien. Supongo que a estas alturas ya estarás viendo a algún chico.

Suelto un gruñido al leerlo. ¿No me puede dar un respiro? Está obsesionada. No tengo fuerzas para contestarle. No podría soportar su sermón sobre que sigo soltera y que mi reloj biológico no se para.

Esa discusión se va a quedar para otro día.

Tiro el teléfono a la cama y me meto en la ducha.

6

Grayson

Entre el trabajo en el gimnasio todos los días, donde no paro de darles caña a los nuevos alumnos, y que Luca me tiene vigilando a la hija mayor de Marco Falcone la mayoría de las noches, estoy hecho una mierda. Pero me siento aliviado de que todo eso me mantenga la mente ocupada con algo que no sea Maddie. No sé si me voy a recuperar tras pasar la noche junto a su cuerpo desnudo, delgado y perfecto acurrucado contra mí.

Por eso tengo esa norma de no besar a las mujeres. Es para evitar la intimidad. Desde que la zorra de mi exmujer me hizo polvo, juré que no iba a volver a dejar que otra mujer llegara hasta mi corazón. Pero, cada vez que estoy con Maddie, siento como si su presencia fuera erosionando ese juramento un poco más. Cuando la veo humedecerse los labios, quiero tenerlos para mí. Los he probado ya y sé que son una delicia.

Y, cuanto más intento alejarla, más la cabreo. No puedo mantenerla a distancia, ni seguir aguantando sin tocarla. Es una tentación insoportable todo el tiempo, y no sé cuánto más voy a poder resistirme.

Me pongo unos vaqueros y una camisa blanca. Incluso me peino el pelo y me recorto la barba. Siempre me he preocupado de ir arreglado, pero, como sé que voy a ver a Maddie esta noche, quiero esmerarme un poco. No puedo evitarlo cuando se trata de ella.

Tras aparcar el Audi delante la mansión de Keller, voy hasta la puerta y llamo. Me pregunto si ya habrá llegado. No tengo ni idea de cómo actuar después de lo del fin de semana pasado. Y nunca puedo predecir cómo se va a comportar cuando está conmigo. Pero la verdad es que hoy estoy nervioso. Sobre todo ahora que sé lo bien que encaja su cuerpo con el mío y lo mucho que me gusta dormir abrazado a ella.

La puerta se abre y aparece una Sienna radiante con un vestido azul marino vaporoso y una chaqueta gris. Lleva apoyada en la cadera a la pequeña Darcy, que se queda observándome.

—¡Grayson, has conseguido venir! Pasa.

—Hola, Sienna. Hola, pequeña Darcy. —Cruzo el umbral y le acaricio el pelo negro a la niña, que se echa a reír—. Eres la cosa más bonita del mundo. Te he echado de menos —digo, haciéndole arrumacos a Darcy —. Estás preciosa, Sienna.

—Gracias, Grayson —responde con una sonrisa.

En este último año, ella se ha convertido en parte de mi familia. Siempre le estaré agradecido por salvar a mi mejor amigo de todo, incluso de sí mismo.

—¿Dónde está el hombre de la casa?

—En la cocina. Me he cansado de que me diga cómo hacerlo todo, así que lo he dejado allí para que se las apañe solo. Aunque para vosotros es una suerte, porque él cocina mucho mejor. —Se le ilumina la cara cuando habla de él.

Cierro la puerta y cruzo el salón. Veo a Keller junto al fogón, con una cuchara de madera en la mano. Luca y la señora Russo están charlando en italiano, sentados a la mesa.

—Hola, Luca.

—Bienvenido al caos —responde.

—¡Tío Grayson! —grita Max, que salta de la silla, viene corriendo hacia mí y me abraza.

—¡Mi estrella del boxeo favorita! —lo saludo, y le alboroto el pelo.

—He estado practicando los ganchos con Keller como me dijiste.

—Muy bien. Así puedes enseñarme el jueves lo que has aprendido —digo sonriendo, y él se va.

Keller se gira. Tiene la camisa negra manchada de una salsa blanca.

—Grayson, ¿me traes una cerveza, por favor? Me muero de sed —pide.

Niego con la cabeza mientras me río de camino a la nevera, de donde saco tres botellines.

—Keller, ve a sentarte con tus amigos, yo me ocupo de la comida. Llévate a Darcy, por favor. —Sienna le pasa a la niña a Keller, que la coge en brazos, y le arrebata la cuchara.

Cuando ella pasa por su lado, Keller la agarra por la muñeca, la acerca a su costado, la envuelve con un brazo y le besa la coronilla. Cuando se

pone a susurrarle al oído, yo me esfuerzo por no oírlos. El rubor que le sube a Sienna por el pecho me basta para saber qué le está diciendo. Abro las cervezas y voy hasta el comedor. Me siento entre Keller y Luca, con la señora Russo un poco más allá, a mi izquierda, presidiendo la mesa.

Echo atrás la cabeza y le doy un trago largo a la cerveza. La puerta principal se abre de repente y aparece Maddie.

—Ay, Dios, perdón por llegar tarde. Es que a mi cliente no le ha gustado el tono del maquillaje dorado que le he puesto. —Pone los ojos en blanco en un gesto muy dramático. Después va a la cocina y le da un abrazo a Sienna—. Huele delicioso —añade antes de mirar a los que hay en la mesa.

Está hecha un desastre, pero igual de guapa que siempre.

Un desastre precioso.

Me revuelvo en la silla porque noto el pene apretándome contra la cremallera de los pantalones, como me ocurre cada vez que la tengo cerca. Esa mujer tiene algo que me afecta.

Me mira, pero enseguida sus ojos pasan a Luca y después a la señora Russo, que está sentada en la cabecera de la mesa. Sus zapatos de tacón de aguja repiquetean contra el suelo de mármol cuando corre de esa manera tan rara en que lo hacen las mujeres que llevan tacones, como si fueran pingüinos, para acercarse a la señora Russo.

—Me alegro de verla otra vez, señora Russo —dice con una sonrisa deslumbrante y auténtica.

—Aaah, Maddie. Estás estupenda. ¿Ya te han cazado? —La señora Russo le coge la mano izquierda a Maddie, para ver si lleva anillo.

De repente tengo la sensación de que me aprieta el cuello de la camisa, porque asoma el fantasma de los celos.

—Todavía no —contesta ella con una risa nerviosa.

Todos sabemos que ese tema le afecta, así que carraspeo y ella se vuelve hacia mí. «Hora de jugar un poco, cielo».

Aparto la silla y me doy unas palmaditas en el regazo.

—¿Quieres sentarte aquí y contármelo? —pregunto, y me esfuerzo por contener la risa.

No me canso de sacarla de sus casillas. Ver cómo se le enrojecen las mejillas y sus labios hacen cada maldita vez ese gesto perfecto que parece que dice «fóllame» tiene en mí el efecto deseado. Me digo que lo

hago para cabrearla, pero en realidad es porque me encanta cómo se pone.

Ahí está... Las mejillas se le han puesto de ese color rojo que tanto me gusta.

Me mira con el ceño fruncido.

—Preferiría sentarme en el suelo, gracias.

—Oye, creía que ya éramos amigos. —Me encojo de hombros y le pongo cara de perrito abandonado.

Alza la cabeza para mirar a Sienna, horrorizada.

—¡Un momento! ¿Vosotros dos habéis follado por fin? —pregunta Luca—. Keller, me debes diez mil pavos.

—Ese lenguaje, muchacho —le reprende la señora Russo con su fuerte acento italiano, y eso sirve para que todo el mundo se calme.

Apoyo los codos en la mesa, me inclino hacia delante y miro a mis dos amigos con las cejas levantadas.

—¿Me contáis lo de esa apuesta?

Antes de que tengan tiempo de responder, Maddie interviene.

—No, no hemos hecho nada de eso. Así que, Keller, no hace falta que le pagues. Creo que Luca nunca va a conseguir esa pasta. —Y se dirige muy decidida a la silla que tengo enfrente, la saca, se deja caer en ella con los brazos cruzados y me mira como si quisiera matarme.

Perfecto. Justo como más me gusta.

Yo vuelvo a acercarme a la mesa y le rozo la pantorrilla con el pie. Enseguida noto un dolor en la espinilla porque me ha clavado el tacón.

—¡Joder, Maddie! —exclamo, y ahora soy yo quien la fulmina con la mirada.

Veo la sombra de una sonrisa traviesa en su boca. Cojo la botella de champán que tenemos delante y le sirvo una copa.

Alarga una mano delgada y los anillos que lleva en la mayoría de los dedos brillan. Mierda, si me da un puñetazo, creo que me haría daño. Cuando rodea la copa con los dedos, le cubro la mano con la mía para detenerla. En cuanto nuestras manos se tocan, noto que la sangre se me acumula en la entrepierna.

—Seguro que ahora me vas a decir «gracias, Grayson» —la provoco.

Ella intenta liberar la mano, pero yo se la aprieto más.

—Gracias —responde por fin, con una de sus sonrisas falsas.

El olor del pollo al ajillo hace que me ruja el estómago cuando Keller me pone un plato delante, sobre el mantelito de color azul marino, con

un movimiento poco elegante.

—Gracias, tío. —Le hago un gesto con la cabeza.

Suelto la mano de Maddie a regañadientes. Ella resopla y se lleva la copa a los labios carnosos y brillantes mientras echa la cabeza atrás para tomar un sorbo.

Lo que daría por probar esos labios otra vez, joder.

Una gota de champán le cae por la comisura de los labios. Ella se la limpia con el dedo corazón. Tengo que morderme el interior de la mejilla para no gemir. No ha apartado sus ojos de los míos ni un segundo.

«¿Qué?», pronuncia en silencio con una sonrisita. Madre mía, se está metiendo en un juego peligroso.

Sacudo la cabeza, fingiendo que no me afecta. Por suerte, no ve mi erección empujando la tela de los vaqueros. Si fuera cualquier otra mujer de este planeta, ya me la habría tirado. Pero no puedo hacerle eso. No es una mujer de una sola vez. Seguiría yendo a por más hasta acabar destrozándola. Y entonces perdería a mi familia. Todos los que están en esta mesa ahora mismo me odiarían. Así que, si tengo que masturbarme como un loco bajo una ducha de agua helada cada vez que la vea, es lo que hay.

—¿Estás bien, tío? Pareces un poco nervioso —dice Luca.

No necesito mirarlo para saber que está sonriendo de oreja a oreja, disfrutando de llamar la atención sobre lo mal que lo estoy pasando. Ese hombre es inteligente, demasiado. No se le escapa nada.

—Estoy perfectamente bien —contesto sin apartar los ojos de Maddie.

Después cojo el cuchillo y el tenedor y me pongo a comer. Doy el primer bocado y el pollo se me funde en la boca.

—Joder, Sienna, esto está buenísimo —reconozco sin dejar de masticar.

—La señora Russo me ha enseñado un par de cosillas. —Sienna me mira con una sonrisa de orgullo.

Keller acaricia con la mano tatuada el largo pelo oscuro de su mujer, con una expresión de obvia adoración en la cara.

—Dios, tengo que encontrar una mujer que sepa cocinar así. —Las palabras salen de mi boca sin que me dé cuenta de lo que estoy diciendo y, cuando lo hago, casi me atraganto. No me atrevo a mirar adonde está Maddie.

—¿Y para eso no tendrías que salir con alguien primero? —interviene Keller, levantando una ceja con gesto divertido. Será capullo.

—Creo que estoy bien así. —Me encojo de hombros y sigo comiendo, a pesar de que se me ha quitado el apetito de repente.

Maddie me mira de vez en cuando. Terminada la comida, abandona la mesa y empieza a recoger los platos. Primero se ocupa de los de los demás y al final se detiene a mi lado.

Lo bastante cerca para que pueda inhalar ese olor que se ha convertido en mi favorito.

El suyo.

Cojo mi plato para dejarlo sobre los demás, y le rozo la mano a propósito después de hacerlo. Una decisión de la que me arrepiento en cuanto nuestras pieles entran en contacto. Noto una corriente eléctrica que me recorre la mano. Y por la forma en que ella arquea las cejas, veo que lo ha sentido también.

Luca, que está a mi lado, se revuelve en su asiento, busca en los bolsillos y saca un paquete blanco de tabaco. Me ofrece un cigarrillo.

—Gracias —digo, cogiendo uno por el filtro marrón y colocándomelo en la oreja.

Maddie se da la vuelta y se dirige a la cocina. Luca se pone de pie y me da un golpecito en el hombro. Yo aparto la vista de Maddie a regañadientes y salgo con él al jardín.

Veo que tiene una mirada muy similar a la que le vi la noche que lo conocí. Sentado en un pub irlandés de Times Square, solo, bebiéndose una copa de whisky. Me pareció que los dos compartíamos estado de ánimo, así que pedí otras dos copas de su mejor whisky.

—Me parece que los dos nos sentimos igual. Toma. —Le pongo un vaso lleno al lado del suyo que está casi vacío.

Me mira con los ojos inyectados en sangre y me señala un asiento que tiene enfrente.

—Siéntate. Podemos sentirnos como una mierda en silencio los dos juntos.

Me río entre dientes, saco el taburete tapizado de verde oscuro y dejo en el suelo la bolsa de deporte en la que llevo todo lo que poseo en la vida.

Luca mira la bolsa y me observa con recelo.

—No has venido a matarme, ¿verdad?

Pero ¿qué coño...?

—No. Si así fuera, ya estarías muerto.

Se encoge de hombros y apura lo que le queda de la copa.

—Tampoco sería tan malo.

—Venga, no puede ser para tanto.

Examina la sala antes de inclinarse sobre la mesa y decir:

—Acabo de perderlo todo.

—Sé lo que es eso, créeme. Acabo de mudarme aquí después de enterarme de que mi mujer se estaba tirando a mi mejor amigo, que ahora está muerto.

Él se atraganta con el whisky.

—Espero que lo mataras tú.

—Un disparo en Afganistán. Me lo contó cuando estaba agonizando.

—Qué dos hijos de puta. Pero, bueno, si quieres que alguien mate a tu mujer, dímelo. Estás hablando con el nuevo capo de la mafia. Supongo que a eso es a lo que me dedico ahora.

Veo claramente el conflicto en su mirada. No es un asesino por elección. No como yo. No disfruta quitándole la vida a otra persona con sus propias manos.

—¿Y por qué no estás contento? Creía que ser el pez gordo es lo que quieren todos los que se dedican a eso.

Él suelta una risa amarga.

—No he tenido elección. Yo no pertenecía a ese mundo. Estaba en las calles, peleando con mi hermano e intentando convertirme en profesional. Hasta que aparecieron los esbirros de mi padre, que me abandonó al nacer, y me sacaron de las calles contra mi voluntad. Resulta que el cabrón de mi padre no estaba contento con joderme la infancia solamente, sino que también me ha condenado a una vida en el infierno de adulto.

—¿Has dicho que participabas en peleas callejeras? Yo fui boxeador y entrenaba a los hombres de mi batallón.

Parece quedarse pensativo.

—¿Necesitas trabajo?

¿Trabajar para la mafia? ¿Quiero hacer eso? Lo que pretendo es reconstruir mi vida, empezar de nuevo, intentar controlar esta sed de sangre, calmar esta ira.

—¿Qué tipo de trabajo?

—Entrenar a mi hermano. Es bueno, acaba de hacerse profesional. Peso pesado. Aunque te aviso que no te va a hacer ni puto caso. Pero yo sé que puede conseguirlo. Solo necesita un buen entrenador. Necesita

alguien que invierta en su gimnasio de boxeo, un socio. Yo te puedo dar alojamiento en uno de mis apartamentos.

Me froto la barba. No tengo otras opciones y dispongo del dinero para poder invertir.

A la mierda.

Saca su teléfono y me lo acerca. Veo en la pantalla a un tío más o menos de la misma altura y corpulencia que yo, que entra en un ring de boxeo destartalado. Va tatuado del cuello a los pies y tiene una expresión asesina en la cara.

—Acepto. —Le tiendo la mano—. Me llamo Grayson, por cierto. Grayson Ward.

Él me estrecha la mano con firmeza.

—Luca Russo. Y el de la pantalla es Keller Russo.

Solo llevo treinta minutos en Nueva York y ya estoy relacionado con la mafia.

¡De puta madre!

Luca abre su mechero Zippo, se enciende el cigarrillo y me lo pasa. Yo acerco la llama al mío y doy una calada. Las sustancias químicas tóxicas me queman los pulmones.

—¿En serio no te la has follado todavía? —pregunta Luca y suelta el humo.

—No.

—No lo entiendo. ¿Por qué no lo hacéis y os olvidáis del tema, para que no sigas obsesionado con ella? Sería lo mejor para ti. Es obvio. —Se encoge de hombros.

No puedo hablar de esto con Keller, porque me arriesgo a que se entere Sienna. Y esa mujer no sabe guardar un secreto, aunque le vaya la vida en ello. Así que Luca es el único que lo entiende. Ha confiado en mí durante siete años, tanto para entrenar a Keller como para ser su mano derecha. Le confiaría mi vida a ese cabrón.

—No podemos follar y ya está. No quiero hacerle daño.

—Todos sabemos que tienes la polla muy grande, Grayson, pero no creo que a ella le importe estar un poco dolorida después. —Me guiña un ojo.

—Joder, Luca, no me refiero a eso. Todos somos conscientes de que lo que busca no tiene nada que ver conmigo. Y no puedo tirármela una vez y dejarla. No sería capaz.

—Hasta ahora no te ha supuesto ningún problema tirarte a otras y dejarlas después.

—Pero ella es diferente, Luca.

—Has permitido que te bese —añade mientras apaga el cigarrillo.

—Ese día ya había perdido la cuenta de a cuántos hombres había matado. No estaba en mis cabales.

—Pero ¿no fue el mejor beso de tu vida?

—No puedo, tío. Dejémoslo así.

—Peor para ti. Alguien te la va a quitar y entonces te arrepentirás. Te lo prometo.

—Ya, puede ser.

Solo pensar en que alguien le ponga un dedo encima, que vaya a tenerla de todas las formas en que yo no puedo, hace que sienta una opresión en el pecho.

El sonido del teléfono interrumpe nuestra conversación.

—Es Nico —anuncia—. Se está ocupando de los Falcone. Llegará enseguida. Tenemos que irnos pronto. —Se acerca el teléfono a la oreja y se va hacia la zona de césped.

Yo apago el cigarrillo y vuelvo a entrar.

Maddie está tarareando una canción mientras friega los platos, y el resto, charlando en la mesa. Sin pensármelo, voy directo adonde está ella.

—¿Te ayudo? —pregunto tras situarme a su lado.

—No, gracias —contesta, muy concentrada en el cuenco que tiene en la mano. Se muerde el labio inferior y me mira de reojo.

Coge el trapo negro que tiene al lado para secar el cuenco con él. Después se pone de puntillas para llegar a la puerta del armario que tiene por encima de la cabeza. Yo la encierro con mis brazos y ella me roza la bragueta con el culo. «Joder».

—Déjame a mí —digo con voz áspera, estiro el brazo y le abro el armario. Maddie se entretiene frotando el culo contra mi erección.

—Para —le advierto.

Ella se gira entre mis brazos y apoya la espalda en la encimera de mármol. Le quito el cuenco de las manos y lo meto en el armario de arriba.

—Oblígame. —Alza la barbilla y cruza los brazos de una forma que hace que le sobresalgan las tetas por encima del escote de la camiseta.

Veo deseo en sus ojos. Ladeo la cabeza y me la como con los míos. Ella no se mueve ni un milímetro, porque no está dispuesta a ceder.

Su olor a melocotón me consume cuando inhalo bruscamente. Dios, es deliciosa.

Le acaricio la mandíbula con la nariz y voy subiendo hasta su oreja.

—No quieres que te obligue, te lo aseguro, cielo —le susurro.

Veo una sonrisa maliciosa aparecer en sus labios y frunzo el ceño. Arquea la espalda. Yo no puedo apartar la vista de sus tetas, hasta tal punto que no la veo llevar la mano izquierda detrás de ella, hacia el fregadero lleno de líquido jabonoso.

Entonces me abofetea con la mano mojada y después la baja por mi mejilla. El jabón hace que me escuezan los ojos. Tengo que cerrar los párpados con fuerza y dejo escapar el aire con los dientes apretados.

La risa histérica de Maddie me resuena en los oídos. Está agachada, agarrándose el vientre, porque le cuesta respirar. Noto que todos los presentes nos miran.

Yo me inclino sobre su cuerpo doblado por la mitad. Ella está distraída riéndose y no se da cuenta. Recojo la esponja empapada, me aparto un poco y levanto la mano, con el agua resbalándose entre mis dedos. Coloco la esponja justo por encima de su cabeza.

—¿Te hace gracia, cielo? —digo en tono divertido.

—No puedo... —contesta casi sin aire, abrazándose el pecho.

El mío también se agita cuando le escurro la esponja en la cabeza. Ella da un respingo mientras el agua le cae por la frente.

Me pone la mano en el pecho y me empuja. Yo no me muevo. Su camiseta blanca mojada ahora trasparenta. El sujetador blanco de encaje no puede ocultar sus pezones endurecidos que apuntan directamente hacia mí, tentándome.

No está enfadada. Ese tono rojo de sus mejillas no es por el cabreo; está cachonda. Veo que sus ojos me recorren todo el cuerpo para detenerse en la erección que no deja de latirme. Sé que estos pantalones no son capaces de esconder la reacción que me provoca.

—¡Grayson, tenemos que irnos! —grita Luca detrás de mí.

El cuerpo de Maddie parece hundirse contra la encimera. Joder, no sé qué hacer. Así que opto por lo que mejor se me da: huir.

—Nos vemos, cielo.

—¡Ya! —vuelve a gritar Luca, y eso hace que me ponga en marcha.

Maddie asiente, se muerde el labio inferior y me da la espalda. Yo cojo la chaqueta, que estaba colgada en el respaldo de la silla, y les doy un beso en la mejilla a Sienna y Darcy.

—Te veo el lunes —me despido dirigiéndome a Keller.

Veo que tensa la mandíbula cuando Luca sale corriendo de su casa. Sé que está preocupado por su hermano. Keller siempre lo ha protegido, y creo que ahora le resulta difícil no estar a su lado tanto como antes.

—Yo lo mantendré a salvo, Keller. Ya lo sabes.

Me mira con una sonrisa tensa y Sienna le envuelve la mano tatuada entre las suyas.

—Gracias. Nos vemos el lunes —contesta, y centra la atención en su mujer; el recordatorio de por qué no puede seguir protegiendo a su hermano.

Yo echo un último vistazo a Maddie. Ella pronuncia en silencio «ten cuidado» y no sé cómo reaccionar, joder. Me despido de la señora Russo con la mano y salgo corriendo.

No puedo soportar seguir ahí ni un minuto más.

7

Grayson

Me acomodo en el sofá de cuero negro que hay en el centro de la habitación de la mansión de estilo gótico de Luca. Él no para de deambular de un lado a otro. El día de la reunión familiar, los Falcone consiguieron secuestrar a Nico, nuestro hacker, sacándolo de su casa. Desde entonces, no hemos parado de buscar en todos los sitios que se nos han ocurrido donde podrían tenerlo escondido. Pero hasta ahora no ha habido suerte.

Han pasado dos semanas, pero todavía no hemos encontrado ningún cadáver, así que es probable que siga vivo. Los Falcone no desperdiciarían la oportunidad de regodearse si hubieran logrado acabar con uno de los nuestros.

—Tenemos que demostrarles que para nosotros es muy fácil llevarnos a uno de los suyos en plena calle —afirma Luca, sin dejar de caminar.

—Pues hagámoslo.

No será difícil. Seguro que para llevarse a Nico necesitaron meses de planificación.

—Tenemos que atraerlos para que salgan de sus guaridas. Marco es un puto psicópata. Pero ¿de dónde saca a todos esos hombres? Cada vez que acabamos con alguno, parece que se multiplican —dice con rabia.

—No debemos subestimarlos. Sobre todo después de lo que le hicieron a Sienna. Son descuidados, pero son muchos. Hasta este momento hemos neutralizado todos sus ataques. Ahora tenemos que demostrarles que podemos llegar hasta alguien que esté muy cerca de él. ¿Y si les hacemos llegar una amenaza y exigimos la liberación de Nico a cambio?

Si cometemos un error, pondremos en riesgo la vida de Nico. Los Falcone son unos ignorantes, pero justo por eso son más peligrosos.

—¿Qué opinas de acercarte a su querida prima, Amara? Es la pariente rebelde, ya lo sabes. Sal con ella un par de veces. Eso hará que respondan y así podremos hacerles llegar el mensaje.

«Genial, salir por ahí con una Falcone. ¡Justo lo que necesito!».

Como si notara mi desagrado, continúa:

—Tampoco te va a costar tanto. Está buenísima.

A mí solo me interesa esa rubia despampanante y un poco salvaje que parece ocupar todos mis pensamientos.

—Vale, utilizaré mis encantos a ver qué consigo —acepto con un resoplido y cojo la taza de café de la mesa.

—Venga, no será para tanto. Y tampoco te vendría mal echar un polvo, la verdad. —Ríe.

No se equivoca. Pero, aunque sea cierto, no me va a servir de nada a menos que lo haga con Maddie para quitarme esta obsesión de la cabeza. Y eso no va a pasar.

—¿Algo sospechoso con el cargamento de droga de anoche? —pregunto para cambiar de tema.

—No, parece que las cosas se han calmado en ese frente.

Estupendo. Al menos tenemos una parte del negocio bajo control.

8

Maddie

Es el viernes antes de San Valentín. Una noche perfecta para salir a cenar con mis padres. Todavía soltera. Y no solo eso, sino que tengo que ver a mi madre, que está obsesionada con mi vida amorosa, o, más bien, la falta de ella.

No he visto a Grayson desde ese momento tan raro y a la vez tan excitante que tuvimos en casa de Sienna. Eso fue hace más de tres semanas. Desde entonces me he estado concentrando en olvidarme de él y del maldito beso. He salido con unos cuantos tíos, pero con ninguno sentí esa chispa al conocerlos. Todos me aburrieron soberanamente. Tuve que oírlos hablar sin parar de su trabajo y su situación financiera. ¡Qué rollo!

Todavía me da vergüenza recordar que le dije a Grayson, el implacable sicario de la mafia, que tuviera cuidado. No sé en qué estaba pensando. Fue algo demasiado personal.

Me pongo un vestido de punto negro con cuello vuelto, medias y un par de botas de cuero con tacón. Y termino con un poco de rímel en las pestañas largas y espesas, solo lo justo para que destaquen mis ojos verdes. Me he pasado una hora alisándome el pelo; tengo tanto y lo llevo tan largo que tardo muchísimo. Pero tengo que conseguir que mi madre no me mire con desaprobación. Si estoy perfecta, una cosa menos que podrá criticar. «Dios, ¿por qué accedí a esta cena?».

Me bebo lo que queda del prosecco y dejo que las burbujas me cosquilleen en la lengua. Voy a necesitar bastante alcohol para aguantar esta noche. Mi teléfono, que está en la encimera, pita para avisarme de que ha llegado mi Uber. Cuanto antes pase esta noche, mejor. Suspiro, cojo el bolso y la chaqueta de cuero, que está colgada en el taburete.

El trayecto hasta La Brasserie, en Midtown, es rápido y sin contratiempos. Cuando salgo del coche, el aire frío que me envuelve el

cuerpo hace que me estremezca.

Abro la puerta de cristal del restaurante y me recibe una adolescente muy sonriente, demasiado animada para mi estado de ánimo actual. Me embargan el miedo y la ansiedad.

—Buenas noches, señorita, ¿tiene usted reserva? —pregunta tocando la pantalla de su iPad.

Examino el comedor y es imposible no ver a mis padres sentados justo en el centro. Mi padre me sonríe y me saluda con la mano, mientras mi madre levanta la vista de lo que supongo que es la carta de vinos y enseguida vuelve a centrarse en ella.

Buen comienzo.

Sonrío a mi padre y lo saludo también, después miro de nuevo a la chica de la entrada.

—Voy a cenar con mis padres —respondo señalándolos.

La camarera me saca la silla de madera oscura. Yo me quito la chaqueta y me siento, colocándola con cuidado, junto al bolso, en la silla que tengo al lado. En la que se suponía que debería sentarse mi novio.

—Hola, cariño. Estás muy guapa —dice mi padre, y le da un codazo a mi madre con la intención de conseguir que me preste atención.

—Hola —contesto, intentando que no se me note el malestar en la voz.

—¿Qué tal Gregory? ¿Alguna novedad? ¿Por qué no lo has invitado a venir? —pregunta mi madre con voz aguda.

Yo me masajeo el puente de la nariz, anticipando el dolor de cabeza. ¿Por qué le he hablado de él? Ya lo sé: porque me paso la vida tratando de impresionarla.

—Hemos salido unas cuantas veces, mamá. Todavía no estoy segura de nada. Es agradable. Simpático.

—Maddie, por favor, baja de las nubes. Agradable es suficiente. Es estable. Es lo bastante bueno para ti. Me refiero a que no eres más que una maquilladora, por Dios.

—¡Carol! —la reprende mi padre, y me mira con cara de disculpa.

—¿Qué? —Ella se encoge de hombros, indiferente.

Mi padre siempre me apoya y hace todo lo que puede por defenderme. Pero ella es incansable, tengo que reconocérselo; no hay gran cosa que él pueda hacer. No quiero que se pelee con ella por este tema tampoco. Lo único que hace mi padre es quererme como soy.

—Tengo mi propio negocio y mi apartamento. Me va bien, muchas gracias —contesto. Me empieza a hervir la sangre.

La puerta se abre y entra una ráfaga de aire frío en el restaurante, acompañada de una risa falsa que me llama la atención, y no puedo evitar girarme. Me quedo sin aliento cuando lo reconozco. De repente el comedor se ha convertido en una sauna. Cada vez que lo veo, se me acelera el corazón por mucho que intente evitarlo.

La chica que va con Grayson parece una modelo y lleva un vestido con mucho escote del que prácticamente se le escapan las tetas operadas. No hace más que acariciarle el brazo musculoso. Él está guapísimo con su traje a medida negro, lo bastante ajustado para que se le marquen los músculos. La camisa blanca impoluta hace que destaque su piel, un poco bronceada, y su pelo rubio y corto. Quiero apartar la vista, pero no puedo. Como en un trance, contemplo cómo agacha su enorme cuerpo para susurrarle algo al oído.

Entonces su mirada se encuentra con la mía. Pongo los ojos en blanco y él me sonríe. Solo con eso ya tengo la ropa interior empapada. No quiero darle la satisfacción de saber que estoy aquí babeando por él, así que me giro hacia mi madre. Que les den a él y a esa sonrisa tan sexy que tiene.

Cojo la carta y la abro para ocultar que me he ruborizado. Ahora mismo no podría soportar un interrogatorio sobre eso.

Unos pasos resuenan detrás de mí y vuelvo a oír esa risa irritante que está a punto de hacer que me sangren los oídos. Cuanto más se acerca, más electricidad me recorre el cuerpo. Saco un pie por un lado de la mesa.

Se tropieza con él y tiene que apoyar la mano bruscamente en nuestra mesa. Lo hace con tal fuerza que todos los cubiertos salen volando.

—¿Qué está pasando aquí? —grita mi madre, alterada.

Yo hago todo lo que puedo por contener la risa, todavía escondida detrás de la carta. No necesito mirar para saber que quiere matarme ahora mismo.

—Disculpe, señor. Ha tropezado con algo. ¿Se encuentra bien? —pregunta la camarera, sorprendida.

Yo bajo la cara despacio y me topo cara a cara con mi némesis, que es impresionantemente guapo.

Tiene la mandíbula tensa y me observa con una ceja levantada.

—Hola, cielo —saluda.

—Hola, Grayson —contesto con tono neutro.

Esperaba que estuviera enfadado, pero lo que me encuentro son sus ojos ardientes recorriéndome todo el cuerpo. Acerca la cara y se detiene a solo unos centímetros de la mía. No puedo respirar y el corazón está a punto de salírseme del pecho. Aproxima los labios a mi mejilla y me da un beso casto. Tengo que contenerme con todas mis fuerzas para no soltar un gemido. Después se yergue de nuevo. Suelto un suspiro de alivio porque por fin ha salido de mi espacio.

—Perdonen, no sé lo que ha pasado. Les dejo para que cenen tranquilos —les dice a mis padres sonriendo.

Apoyo el codo en la mesa y la barbilla en la mano, mirándolo con una sonrisa dulce e inocente, pero todo el tiempo reprimiendo las ganas de saltarle al cuello y quitarle esa estúpida sonrisa de la cara.

Se va y la chica que lo acompaña lo sigue.

La nerviosa camarera nos toma nota. Yo pido un filete con patatas fritas y todas las guarniciones.

De vez en cuando miro de reojo a Grayson.

—Si te relacionas con hombres así, nunca vas a encontrar a uno que se comprometa contigo. Quiero decir, ¿cuántas citas has tenido y todavía no te ha salido nada? Es muy vergonzoso —refunfuña mi madre, y me saca de mi ensoñación.

No tengo fuerzas para discutir con ella ahora. Estoy concentrada en no echarme a llorar. Algo que a ella no le gusta nada.

—Perdonadme. Tengo que ir al baño.

Lo que significa que voy a tener que pasar al lado de Grayson y su espectáculo de seducción. Dios, ojalá no me afectara tanto ese hombre. Ojalá ese no hubiera sido el mejor beso de mi vida.

Mi padre me da un apretón en la mano cuando paso por su lado, y ese gesto hace que los ojos se me llenen de lágrimas. A pesar del tiempo que ha pasado, mi madre sigue sabiendo cómo hacerme daño y yo se lo permito. Estoy desesperada por demostrarle que soy especial.

Bajo la cabeza y paso corriendo junto a la mesa de Grayson. No sé cuánto tiempo más voy a poder seguir guardando las distancias. No puedo negar que estoy celosa. Sobre todo de que no le importe tirarse a cualquiera menos a mí.

Cuando llego al baño, me encierro en un cubículo, echo el pestillo y se me escapa un suspiro de alivio. Necesito un minuto de tranquilidad

antes de la siguiente andanada de mi madre. La cena no debería ser para tanto. Y no ayuda que los labios tan atractivos de Grayson no dejen de tentarme. Ni tampoco ver la sonrisa torcida que tiene mientras flirtea con esa mujer, que es prácticamente lo opuesto a mí. ¿Es eso lo que le gusta? No debería dolerme, pero sí que lo hace.

El ruido de la puerta al cerrarse interrumpe mis pensamientos. Tengo la espalda apoyada en la puerta del cubículo.

—Cielo, ¿estás aquí?

Al oír esa voz masculina se me pone toda la carne de gallina. No puedo dejar que me vea así. Será mejor que no haya venido hasta aquí para provocarme.

Abro la puerta despacio y me pongo mi máscara de autosuficiencia para enfrentarme a él. Solo así puedo protegerme el corazón.

—¿Qué quieres, Grayson? —Salgo y me choco directamente con su amplio pecho.

Soy bastante alta para ser una mujer, pero es que él es enorme; debe de medir uno noventa y cinco. Me saca una cabeza. Y todo su cuerpo irradia fuerza y poder.

Me aparto un poco y alzo la barbilla para mirarlo a la cara. Me sorprende verla llena de preocupación.

—Cuando te has levantado de la mesa, parecía que estabas a punto de echarte a llorar. Quería saber si estabas bien. —Alza ambas manos en un gesto de indefensión—. No me grites, por favor. Ya estoy bastante avergonzado por haberme tropezado contigo delante de mi cita. —Sonríe. Dios, qué capullo. Pero qué guapo.

Esa sonrisita hace que siempre acabe con la ropa interior empapada.

Aprieto las piernas y cruzo los pies. Ese es el efecto que tiene en mí, sobre todo cuando invade mi espacio. Su olor fuerte se me cuela en la nariz. Es demasiado. Me hierve la sangre por el deseo, algo peligroso si lo sumamos a la furia y los celos.

—Ha sido un accidente —explico, encogiéndome de hombros y apartando la mirada.

Me coloca el dedo índice bajo la barbilla y se agacha para poner su cara junto a la mía. Veo deseo en sus ojos. Se me acelera la respiración cuando empieza a inclinarse hacia mí.

«No, Maddie. Está teniendo una cita con otra mujer».

Cierro los ojos y giro la cara. Él inspira hondo, acerca los labios a mi oreja y me acaricia la piel sensible de la zona.

—No creo que lo fuera. Me parece que estás un poco celosa.

No se equivoca.

El cerebro me grita que me vaya de allí, que lo mande a la mierda y me olvide de él. Pero las palabras de mi madre resuenan en mi cabeza: «Agradable es suficiente».

Vuelvo a mirarlo y veo sus labios muy cerca de los míos.

—¿Y qué pasa si lo estoy? —pregunto, y me muerdo el labio inferior.

—Creía que no te acostarías conmigo aunque fuera el último hombre de la tierra. Recuerdo que me dijiste esas mismas palabras la Navidad pasada, en la mesa, justo antes de amenazarme con apuñalarme con el cuchillo de trinchar si me atrevía a tocarte otra vez. —Se echa a reír.

—Y lo habría hecho. —Sé que no sueno ni remotamente convincente, porque se me ha quebrado la voz a la mitad de la frase.

—¿Y por eso te sonrojas? ¿Tanto te cabreo? ¿O es que quieres follar conmigo?

—Las dos —respondo con total sinceridad.

Él levanta una ceja.

Hasta ahora nunca he sido tan sincera sobre lo que me provoca. Durante el último año he estado dándole caña sin parar, esperando que me dejara en paz y así desaparecieran esos sentimientos. Pero no se han ido.

Me agarra la cintura con las manos y me acerca a él.

—Esto es una muy mala idea, cielo —susurra.

—Lo sé. —Le rodeo el cuello con los brazos y le sonrío con dulzura.

Él se humedece los labios y fija la vista en los míos. Dios, esa boca...

—Ya sabes que yo no salgo con nadie.

—Teniendo en cuenta que has venido con una cita, permíteme que lo dude —contesto.

—Maddie, ya sabes a qué me refiero —replica.

Suspiro, derrotada, y aparto las manos de su cuello, pero él me las agarra antes de que lleguen a sus pectorales.

—Mira, no pasa nada. Olvidémoslo. Volvamos a lo de no llevarnos bien. Es más fácil.

—Solo uno de los dos está jugando a eso, cielo. Lo que yo siento por ti es justo lo contrario, ese es el problema. No puedo dejar de pensar en tus labios perfectos y en esas tetas respingonas. Cada vez que te cabreas conmigo, solo quiero meterte la polla en esa boca deliciosa para

hacerte callar. He permitido que intentaras alejarme, porque no creo que podamos parar esto si empezamos.

Al oírlo, un escalofrío me recorre la espalda. Todo este tiempo él me ha estado apartando por la misma razón. Le encanta sacarme de quicio.

—Esto es lo que quiero. Enséñame todo lo que tienes, grandullón.

Y un segundo después me empuja contra la pared cubierta de azulejos.

—Deberías tenerme miedo. Sabes quién soy y lo que hago. Pero no puedes evitar sacarme de mis casillas. Es una estupidez por tu parte —me provoca mientras me sube el vestido y me agarra las caderas. Me clava los dedos en la carne para levantarme apoyada en la pared. Yo le rodeo con las piernas y su erección aprieta contra mi sexo.

Al notar ese contacto, se me escapa un gemido.

—Dime que pare, cielo. Que esto es una idea terrible.

Me mira a los ojos, pero no encuentra lo que busca en ellos.

—No puedo. No te atrevas a parar.

No dejamos de mirarnos a los ojos durante lo que parece una eternidad, con su pene apretándose contra mí y la respiración trabajosa de los dos llenando el aire.

—No digas que no te lo advertí.

Tras decir eso, mis pulmones se quedan sin aire cuando sus labios se estrellan contra los míos. El beso se vuelve desesperado enseguida y su lengua atrapa la mía. Yo entierro los dedos en su pelo y él gime. No puedo respirar, pero ahora mismo me da igual. Me cubre la cara con la mano áspera y me muerde el labio.

—¡Ay!

—Cállate, nena. Te encanta —responde antes de volver a pegar sus labios a los míos.

Tengo la espalda aplastada contra la pared y él me sostiene por el trasero con la otra mano.

—Dios, tienes un culo perfecto. Estoy deseando follártelo —murmura contra mis labios y yo gimoteo.

«Vaya, es un hombre al que le gusta hacerlo por el culo».

Desplaza los dedos hacia la parte de delante. La sensación hace que me estremezca. Llega a la cinturilla de las medias.

—Precisamente hoy te has tenido que abrigar. —Se ríe entre dientes, mete la mano bajo la goma y me envuelve con ella el sexo ardiente por

encima del tanga de seda—. Joder, cielo, estás empapada —dice con voz grave, entierra la cara en mi cuello y me besa la clavícula.

Yo echo la cabeza atrás para que llegue mejor y me olvido de todo, incluso de dónde estamos.

Me aparta la ropa interior y me abre los labios con los dedos. Después me acaricia despacio desde la entrada hasta el clítoris. Es una sensación increíble y tengo que poner los ojos en blanco.

—Hmm, sí, sigue —digo entre jadeos, moviendo la cadera al ritmo que él marca—. Dios, joder —grito cuando introduce dos dedos en mi interior. Mi cuerpo se tensa y los aprieta. Él levanta la otra mano y me tapa la boca para amortiguar mis gemidos.

—Mantén esa preciosa boca cerrada por una vez —me dice. Yo asiento y él quita la mano—. Lo digo en serio. Si no, tendré que encontrar otra forma de mantenerte calladita.

Esas palabras y el tono autoritario me provocan corrientes de placer que van directas a mi sexo. Él acelera la velocidad de los dedos. Yo me muerdo el labio muy fuerte para no emitir ningún sonido, tanto que estoy segura de que me estoy haciendo una herida. Traza círculos con el pulgar alrededor del clítoris. El ruido que hacen mis fluidos cuando él entra y sale es lo único que se oye en ese espacio. Estoy muy cerca del clímax, tanto que casi se lo digo.

—Quiero probarte. Me muero de hambre. Los camareros aquí van lentísimos —asegura.

Revisa el baño, como si notara mis dudas sobre el sitio en el que estamos. Vuelve a ponerme las manos en las caderas y yo lo aprieto más con las piernas. Me lleva hasta la puerta de entrada al baño y me empuja contra ella. Lo miro sorprendida y él me contesta con esa sonrisa suya.

Me apoyo en el suelo, con las piernas temblorosas, y él se pone de rodillas delante de mí, observándome con un deseo abrasador. De repente me siento un poco insegura.

Aunque tampoco es que me dé mucho tiempo para pensar. Me sube el vestido y me baja las medias y las bragas de un tirón.

—Joder, no te vuelvas a poner medias —refunfuña.

Me coge un pie y me quita una bota y después hace lo mismo con el otro. Luego se deshace de las medias y la ropa interior y mis piernas quedan al aire.

—Ponme las piernas en los hombros —me ordena cuando retoma su posición. Me las coge y me las coloca donde me ha dicho.

Todo el peso de mi cuerpo descansa sobre él y me apoyo con la espalda en la puerta. Sitúo las manos a ambos lados para sostener la parte superior de mi cuerpo.

—Dios, no sabes cuántas veces me he imaginado haciendo esto —asegura.

Me llena de besos el interior de los muslos y eso vuelve a encenderme de puro placer.

Su lengua entra en contacto con el clítoris y empieza a lamerlo. Va alternando entre lamer y chupar, pero de repente me introduce los dedos, pillándome por sorpresa, y comienza a meterlos y sacarlos de mi interior. Yo me llevo el antebrazo a la boca y me lo muerdo para acallar los gemidos.

La presión aumenta, siento la sangre atronándome en los oídos y todo el cuerpo me arde. Cierro los ojos con fuerza y dejo que la sensación me recorra el cuerpo.

—Mírame. Quiero que veas cómo te como entera mientras te corres en mi cara. —Su aliento me acaricia el sexo.

Abro los ojos para mirarlo. Sus impresionantes ojos azules están llenos de puro deseo mientras continúa. De repente todo se vuelve demasiado. Encuentra el punto clave y mi interior se tensa a su alrededor mientras él disfruta de mi orgasmo y lame el resultado.

—Dios mío, Grayson —grito. A la mierda las reglas. Mi orgasmo no cesa.

Él baja el ritmo y yo sigo jadeando apoyada en la puerta.

Joder.

Cuando saca los dedos, siento un enorme vacío. Me deja despacio en el suelo, para que me apoye en las piernas inestables. Estoy hecha un desastre.

Me baja el vestido para taparme y se levanta, pero se queda a pocos centímetros de mí. Me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja, acerca los labios a los míos, que están ya hinchados, y noto el sabor dulce de mis fluidos que le cubren la boca.

—Yo... yo... —Estoy sin palabras. Sus dedos me las han arrebatado todas. Le pongo la mano en la bragueta, encima de su enorme erección, y pregunto—: ¿Y tú?

—¿Crees que solo lo he hecho para que disfrutes tú?

Su risa profunda resuena en el baño vacío y hace que el estómago se me llene de mariposas.

—Esto lo vamos a repetir, cielo. Puedes hacer conmigo lo que quieras. —Se pasa la mano por la cara y resopla.

¿Qué demonios está ocurriendo?

Le rodeo el cuello con los brazos y lo acerco a mí. Intento acercar los labios para darle un beso suave, pero gira la cabeza y mis labios aterrizan en su barba.

—¿Qué coño te pasa, Grayson? Me acabas de masturbar hasta dejarme sin palabras y ahora me apartas la cara cuando te intento besar. ¿En serio?

Veo dolor en su cara cuando le apoyo la mano en el pecho para empujarlo, pero él se niega a alejarse.

—Quítate, Grayson. Da igual, no tenemos que volver a hacerlo. Lo entiendo, seguro que tienes también la norma de hacerlo solo una vez y yo ya he tenido mi oportunidad. No te creas que voy a llorar por eso. Vuelve con la chica esa. Puedes metérsela a ella para acabar la faena.

Me agacho para coger la ropa y las botas del suelo y paso por su lado en dirección a los cubículos.

—Por el amor de Dios —murmura detrás de mí.

Yo pongo los ojos en blanco y sigo mi camino.

Abro la puerta del cubículo, entro y me vuelvo para cerrarla, pero el brazo fuerte de Grayson aparece y la mantiene abierta. Me mira como un loco.

—Fuera —le grito.

—No.

—Hemos terminado.

Se cierne sobre mí.

—Maddie, te deseo. Eso no lo dudes —asegura, y se queda a solo unos centímetros de mí.

—¿Y por qué no me quieres besar?

—Es complicado, cielo.

—Pues yo no quiero saber nada de cosas complicadas.

—Creo que sí. Pero deja que te facilite un poco las cosas —susurra contra mis labios. Me cubre las mejillas enrojecidas con las manos y eso hace que un hormigueo me recorra el cuello.

Cierro los ojos y me dejo llevar por el beso más suave del mundo. Nuestras bocas se exploran la una a la otra de una forma muy sensual.

Podría seguir haciendo esto toda la vida.

9

Grayson

La forma en que sus labios carnosos bailan con los míos y cómo gime en respuesta es perfecta. Y peligrosa.

No sé qué me ha hecho seguirla al baño. Verla pasar corriendo junto a mi mesa, conteniendo las lágrimas, me ha hecho sentir raro. Tengo que reconocer que hacerme tropezar delante de mi «cita» ha sido una jugada maestra. No puedo esperar menos de mi rubia despampanante. Ambos sabemos que no me odia. Joder, me acaba de dejar lamerle el sexo de arriba abajo contra una puerta, maldita sea.

Dios, si eso ha sido el aperitivo, estoy deseando probar el primer plato.

Va a reventar cuando le enseñe lo que es que te follen bien.

Sé que no debería estar haciendo esto, pero después de casi un año acumulando tensión sexual, era inevitable que terminara así. No había otra forma.

Ha pulverizado mi norma de no besar a ninguna mujer, y ahora no hay más que verme, acariciándole los labios con suavidad y explorando toda su boca con la lengua, percibiendo el sabor del dulce prosecco.

Creo que esta mujer va a acabar con todas las normas.

Me separo de ella y veo que me mira con el ceño fruncido. La beso en la frente y acerco su cuerpo menudo al mío para distraerla y que me deje escuchar.

Tengo el presentimiento de que algo no va bien.

Tras años de entrenamiento en las fuerzas especiales, he aprendido a confiar en el instinto. Noto el peligro antes de que aparezca. Y hoy he salido a cenar con Amara, la prima de Marco. Sabíamos que eso los provocaría, pero que Maddie estuviera en el restaurante era algo que no estaba en los planes. Ella es la última persona que quiero ver metida en esto.

Oigo unos gritos furiosos en italiano y eso hace que acerque la mano a la pistola semiautomática que llevo en la cintura de los pantalones. Estoy deseando sacarla. Me llega el eco de disparos en el comedor. Maddie hace una mueca cuando resuenan en el baño. La abrazo más fuerte contra mí y envuelvo la culata de la pistola con los dedos.

—Grayson, ¿qué ha sido eso? Mis padres están ahí —dice con voz temblorosa.

Está temblando como una hoja contra mi cuerpo.

Esto es lo normal en mi día a día.

—Me aseguraré de que están bien. Tengo que irme. No salgas de este baño bajo ninguna circunstancia. Echa el pestillo y no abras a nadie más que a mí, ¿entendido?

Ella asiente mientras le caen lágrimas por la cara.

—Cielo, estoy entrenado para esto. Voy a salir, eliminar el problema y después te llevaré a casa. —Debo conseguir que ella aguante. No puedo permitir que se exponga a ningún peligro.

—¿Y si acabas herido? —susurra.

—No pasará. No tienen nada que hacer conmigo. —Le guiño un ojo, le doy un beso breve en los labios y saco la pistola de los pantalones.

Ella abre los ojos como platos al ver el arma que tengo en la mano.

Salgo rápido del cubículo y me acerco a la puerta del baño que da al restaurante para escuchar. Necesito saber cuántos gilipollas hay, antes de decidirme a hacer nada en un comedor lleno de civiles inocentes.

—Señor, por favor, vamos a tener que llamar a la policía si no baja el arma —le pide una mujer al hombre que hay allí. Por ahora voy a pensar que solo hay uno.

—Amara, ven aquí ahora mismo. Pero ¿qué coño crees que estás haciendo? Menuda imbécil estás hecha, joder —grita un hombre con un fuerte acento italiano. Se oyen exclamaciones por todas partes cuando se le acerca. Este era el plan.

Esa chica es la rebelde que se niega a obedecer a su primo. He podido examinar el restaurante en muchas ocasiones. He elegido la mesa perfecta, cerca de los baños. Tenía previsto ir al baño, pero la presencia de Maddie no estaba en los planes. Ha sido una feliz distracción.

No hago ningún ruido para poder oír los pasos. Justo cuando llegan adonde estoy, abro la puerta de repente y agarro al italiano bajito por el cuello. Veo miedo en sus ojos mientras levanta desesperado el arma

hasta que me pone el cañón delante de la cara. Le tiembla la mano, así que le aprieto más la garganta.

Él no me va a disparar por la misma razón por la que yo no lo he matado allí mismo. Hay demasiada gente observándonos.

—No se te ocurrirá —le digo con los dientes apretados y un tono cargado de violencia.

Por mucho que me gustaría reventarle la cabeza, no puedo. Aquí no, al menos. He venido a trasmitir un mensaje porque, al parecer, reducir a cenizas su almacén con tres de sus hombres dentro y recuperar nuestro cargamento de cocaína no ha sido suficiente. Han sido tan idiotas como para vengarse secuestrando a Nico.

Le golpeo la mano de la pistola con la mía y el arma acaba tirada en el suelo. Saco un cuchillo del bolsillo de atrás y se lo coloco en la frente. Hago la fuerza suficiente para atravesarle la piel y unas gotas rojas empiezan a salir de la herida. Después sigo rajando la piel de la frente hasta llegar a la mandíbula. Él inspira bruscamente y se muerde el labio. Noto que ha comenzado a temblar.

Tiene que parpadear para apartar la sangre que le cubre los párpados. Entonces lo agarro para acercarlo, me agacho un poco y le digo al oído:

—Cuéntale a Marco lo fácil que ha sido para mí tener a mi merced a uno de sus familiares sin que él haya podido hacer nada. Si sigue por el mismo camino, acabarán en mis manos todas las personas que le importan, una por una. Tiene doce horas para devolvernos a Nico, ileso. Si no lo hace, ya puede despedirse de la preciosa Amara, que nos acompaña hoy aquí —advierto señalando con la cabeza a una Amara indiferente, que se está mordiendo las uñas con una manicura perfecta.

Aparto su arma de una patada y lo suelto. Él se lleva la mano a la garganta y boquea para introducir aire en sus pulmones. Asiente, me da la espalda y sale corriendo hacia la puerta de atrás del restaurante.

Los padres de Maddie lo han estado contemplando todo con horror. Durante la interacción de solo dos minutos que he tenido con su madre ya me he dado cuenta de que no me cae bien. Supongo que es porque Maddie se ha levantado de la mesa llorando. Una vez oí a Sienna hablar con Keller de lo preocupada que estaba por Maddie. Decía que su madre la presionaba demasiado para que encontrara un novio y se casara.

Yo diría que ha tenido suerte por haber evitado el matrimonio hasta ahora.

Inspiro hondo y sonrío para tranquilizar a Maddie. Pero no tengo ni la más mínima intención de dejarla irse con ellos. Si la tratan así, no se merecen a una mujer con tanta luz como Maddie.

Me acerco a su mesa y su madre me recibe con una sonrisa tensa, pero su mirada la delata. Me tiene miedo. Como debe ser.

—Señor Peters. Señora Peters —los saludo y les tiendo la mano. Tengo sangre en los dedos, así que me la limpio en el pantalón y se la ofrezco de nuevo.

El padre de Maddie me la estrecha, a pesar de su cara de horror.

—Llámeme Robert —responde.

—Grayson, ¿no? ¿Sabe dónde está Maddie? —pregunta su madre con tono condescendiente.

—Está en un sitio seguro. La voy a llevar a su casa.

—No podemos dejarla ir con este loco. ¿Has visto lo que acaba de hacer? —le grita la madre a Robert.

—Le aseguro que estará a salvo conmigo. Y no les estaba pidiendo permiso. Que tengan buena noche —contesto. Necesito interrumpir esta conversación, que ya me está aburriendo, y volver con Maddie.

Me dirijo al baño y le guiño el ojo a Amara al pasar. Ella alarga un brazo y me agarra la mano, pero yo la aparto inmediatamente.

—No me importa lo que diga mi primo. Ven, siéntate y tómate una copa conmigo. Después podemos follar hasta reventar —propone, y cruza las piernas en un extraño intento de seducción.

—No, gracias —respondo, y ella me mira con la boca abierta.

Sigo hacia el baño y abro la puerta. Me consume una necesidad imperiosa de llegar hasta Maddie.

—Cielo, soy yo. Puedes abrir la puerta.

Oigo el pestillo y ella sale, con los ojos hinchados y rojos y todo el maquillaje corrido. Me mira a los ojos y después me examina el cuerpo, como si quisiera estar segura de que de verdad estoy delante de ella.

—Gracias a Dios que estás bien. Estaba muy preocupada. —La veo hundir los hombros por el alivio, con la mano apoyada en mi pecho.

—¿Estabas preocupada por mí?

No recuerdo cuándo fue la última vez que alguien se preocupó por mi bienestar.

—Claro que estaba preocupada. ¡Has salido corriendo hacia un hombre con una pistola! —Se oye claramente el pánico en su voz.

Abro los brazos.

—Ven aquí, cielo.

Ella se apresura a lanzarse a mis brazos, me rodea la cintura con las piernas y apoya la cabeza contra mi cuello.

—¿Ves por qué esto es tan mala idea? —Me destroza decir esas palabras, pero es cierto. Mi vida es así.

Me mira con una expresión muy seria en sus bonitas facciones.

—Esto sigue siendo lo que quiero.

Tiene la entrepierna contra mi bragueta y eso hace que mi pene vuelva a la vida. Juraría que noto incluso el calor que irradia. Le agarro las nalgas, le pego los labios al cuello y chupo.

Deja escapar un gemido y yo sonrío.

—Grayson, quiero..., no, necesito que me folles. Pero si se te ha pasado por la cabeza siquiera hacérmelo en un baño, no sabes la que te espera.

Ah, mi chica peleona.

—Pues entonces será mejor que salgamos de aquí antes de que te ponga contra el lavabo y te lo haga aquí mismo. Porque, como sigas apretando tu entrepierna contra la mía un minuto más, no voy a poder hacer otra cosa —le digo bajito, y eso le provoca otro gemido.

Creo que oficialmente ya hemos pasado el punto de no retorno.

Ella baja las piernas y yo la sujeto por las caderas hasta que apoya los pies en el suelo de baldosas.

—Tengo que despedirme de mis padres —anuncia mordiéndose el labio.

—No hace falta. Ya les he avisado de que te venías conmigo.

Alucinada, se queda clavada en el sitio.

—Estoy deseando hundirme hasta lo más profundo dentro de ti. Vámonos. —Le ofrezco la mano y ella me la coge con una sonrisa en los labios.

Me dirijo a la salida trasera, que da al aparcamiento. Le abro la puerta del acompañante y la ayudo poniéndole la mano al final de la espalda. Resulta raro ser tan amables el uno con el otro.

Ella no deja de sonreírme desde el otro lado de la ventanilla y no necesito más para apartar todas las dudas de mi mente.

Sabe que soy un monstruo y quiere acostarse conmigo de todas formas.

10

Maddie

Dejamos atrás las luces brillantes de Times Square hace mucho rato. No tengo ni idea de dónde vive, pero creía que era cerca de allí.

Aunque ¿qué sé de Grayson en realidad?

Aparte del zumbido del motor, lo único que se oye es su respiración profunda. No me atrevo a mirarlo, porque si lo hago no sé si podré evitar lanzarme sobre él y tirármelo aquí mismo. Todo en él me pone cachonda, incluso la forma que tiene de agarrar el volante, que hace que las venas de las manos sobresalgan.

—No sabía que vivías tan lejos —digo por fin, y me vuelvo para mirarlo.

—No vamos a mi casa. —Su voz, grave y un poco ronca, hace que se me acelere el corazón.

—¿Adónde vamos entonces? ¿A un hotel?

—No. —No aparta los ojos de la carretera.

Varios minutos después, Grayson gira a la izquierda de repente, hacia la más profunda oscuridad. No hay ni una sola farola que ilumine los alrededores. Siento un hormigueo de miedo por todo el cuerpo al pensar en el tipo de hombre que tengo al lado en este coche.

Uno que trabaja para la mafia. Mierda, alguien que mata para ellos.

—No tiene gracia, Grayson. Me estás asustando. Llévame a mi casa. —El pánico tiñe mi voz.

Él sonríe burlón, como si disfrutara de ese miedo.

Reduce la velocidad cuando nos acercamos a lo que parecen las ruinas de un edificio industrial. Entorno los ojos para ver mejor, pero allí no hay más luz que la que emiten los faros del coche.

Estoy sola con él en vete a saber dónde.

El silencio es demasiado.

Me está mirando muy fijamente y veo en sus ojos un deseo sexual que me llega al alma. Acerca los dedos a mi cara y me acaricia. Yo me aparto un poco al notarlo, pero siento que el deseo crece en mi interior y hace que tenga que cruzar las piernas con más fuerza.

—Grayson, ¿qué estás haciendo? —Mi cuerpo entra en alerta máxima cuando la luz del interior se apaga y nos quedamos envueltos en la oscuridad.

—¿Quieres saber dónde estamos?

Asiento.

—Ahí delante hay un almacén que hice arder hasta los cimientos el día que te vi en casa de Keller. Y dentro hay tres cadáveres calcinados. —Habla con voz firme.

¿Debería temerle aún más? Seguramente.

Pero da igual lo que diga o haga, mi corazón no deja de sentir una extraña atracción hacia él.

—¿Y? Sabes que entiendo lo que eres. Y que no me das miedo. ¿Por qué me has traído entonces?

—Necesito que seas consciente de que no soy tu príncipe azul, cielo. No hay nada romántico aquí. Quiero follarte. He deseado hacerlo desde la primera vez que te vi, hace meses. Pero no puedo amarte. Y la verdad es que no quiero romperte el corazón.

Espero a digerir esas palabras. Duelen, pero sé que es cierto lo que dice. Me estremezco por el aire frío que se cuela en el coche. Por una vez en mi vida, voy a hacer algo solo por mí. Esto es lo que quiero.

—Pues hazlo... —Antes de que me dé tiempo a terminar la frase, me agarra por la parte de atrás de la cabeza y me besa con brusquedad.

Me posee por completo. Su lengua da vueltas alrededor de la mía y noto el sabor del whisky.

Le rodeo el cuello con los brazos y tiro de él hacia mí. Él sonríe contra mis labios, pero se aparta. Sigue la silueta de mis labios con los dedos y tira del labio inferior hacia abajo suavemente con el índice.

—Chúpamelo —ordena, y me mete el dedo en la boca, tan adentro que casi choca con el fondo de la garganta.

Yo se lo muerdo y él suelta una exclamación.

—He dicho que lo chupes, no que lo muerdas, cielo. —Su aliento me roza la mejilla y provoca un estremecimiento que me recorre la espalda. Sus labios suaves me van dando besos por toda la mejilla y yo obedezco.

—Muy bien. Imagínate que es mi polla. Visualiza cuánto te voy a llenar esa boca preciosa cuando te la meta ahí —susurra, y me muerde el lóbulo de la oreja. Mi ropa interior se empapa al instante.

Saca el dedo despacio, con un ruido seco. Tiene esa sonrisa torcida suya en la cara perfecta.

Yo estiro la mano por encima del cambio de marchas para desabrocharle los pantalones. Él se tumba más en el asiento, para facilitarme el acceso. Le bajo la cremallera y veo su grueso miembro apretado contra la tela de los calzoncillos. Me humedezco los labios y lo miro con una sonrisa tentadora. Él se pasa la mano por la cara, gruñe y se baja los pantalones y la ropa interior para dejar al aire la erección. Se la envuelvo con los dedos y me pongo a subir y bajar. Con el pulgar de la otra mano le limpio una gotita blanca que asoma en la punta, y después me lo llevo a la boca y me lo chupo para saborearlo. El sabor salado me inunda la lengua.

—Joder, cielo —gruñe mientras yo sigo con el movimiento. Echa la cabeza atrás, contra el reposacabezas. Tiene los párpados cerrados con fuerza.

De repente extiende el brazo izquierdo, me rodea el cuello con los dedos y aprieta. Le suelto el pene y me aferro a su antebrazo musculoso para intentar apartar la mano que me presiona la tráquea, pero sin éxito. Trato de echarme atrás, zafarme. Él sonríe al ver mi intento de huida y me acaricia el cuello con la nariz. Una parte de mí quiere escapar, pero sobre todo lo que quiero es que siga, porque me pone muchísimo. No puedo pensar en otra cosa que no sea su miembro hundiéndose en mi interior y haciéndome chillar hasta que ya no pueda más.

Entonces me libera la garganta e inspiro hondo. Siento un gran alivio, que enseguida queda reemplazado por puro deseo.

«Lo necesito. Ya».

—¿No me habías prometido que me ibas a follar, Grayson? —digo con la respiración entrecortada.

Él se envuelve un dedo con un mechón de mi pelo y tira, provocándome una punzada de dolor en la cabeza. Me obliga a mirarlo y a estirar el cuello, que queda totalmente expuesto.

—Mi chica me pide que me la folle. Qué mujer más guarra e indecente. —Su voz ronca reverbera en esa piel tan sensible y hace que me hormiguee todo el cuerpo.

«Joder, ha dicho que soy su chica».

Le agarro la cara y le chupo el labio inferior. Coloca la mano en mi nuca y me tira del pelo tanto que hace que me arda el cuero cabelludo. El dolor solo intensifica el deseo abrasador que siento por él. Sus manos suben por debajo de mi vestido hasta la cintura de las medias.

—Estas putas medias... —refunfuña irritado, y me las rompe. Después me arranca los zapatos y me levanta el vestido hasta la cintura —. Hay muy poco espacio aquí, joder. Necesitamos más para lo que tengo en mente —anuncia. Se aparta y vuelve a sentarse en el asiento del conductor, dejándome medio desnuda, jadeando y a punto de explotar.

—¿Estás hablando en serio?

Él ríe entre dientes, abre la puerta del coche, sale y la cierra.

«Pero ¿qué coño...?».

Un segundo después se abre la puerta del acompañante, sobre la que estoy apoyada, y me caigo para atrás.

—¡Grayson! —chillo, y me preparo para el golpe que se va a dar mi cabeza contra la gravilla.

Pero me coge en volandas con sus fuertes brazos y me saca del coche. En su cara tiene una expresión perversa. Yo le rodeo la cintura con las piernas y su durísima erección se me clava en el culo.

Le da la vuelta al coche conmigo en brazos. Los faros son la única fuente de luz en ese descampado. Me sienta despacio sobre el capó caliente y noto el motor encendido, vibrando bajo mi cuerpo. Me obliga a echarme hacia atrás y se cierne sobre mí.

—Mucho mejor. Así puedo follarte bien —murmura. Me da un beso suave en los labios y me acaricia la mejilla con el dorso de la mano.

—Por favor, Grayson —suplico.

Él chasquea la lengua y me recorre todo el vestido con un dedo hasta llegar a la ropa interior. Cierro los ojos y echo la cabeza atrás. Me arranca el tanga y noto el aire helado en la piel cuando me separa las piernas y me deja completamente expuesta.

—Dios, estás bien mojada y preparada para recibirme, ¿eh, cielo?

—Hmm... —ronroneo.

Me acaricia el interior del muslo, apenas rozándome la sensible piel del sexo, y no me queda más remedio que gemir por la frustración.

—Ya veo que todavía quieres más. —Desliza el dedo índice desde el clítoris hasta mi entrada y esa sensación ya consigue que me tiemblen

las piernas.

Él vuelve a reír y mete los dedos en mi interior con fuerza.

—¡Oh, joder, sí! ¡Más, Grayson! —le pido a gritos entre gemidos, arqueando la espalda. La brusquedad de sus movimientos me está llevando al límite.

—¿Mi putita ya está lista para que le meta la polla?

Nunca me han dicho cosas como esas y la verdad es que me gusta. No me importaría ser su putita cuando quiera.

—Por favor...

Saca los dedos de repente, y me deja con una sensación de vacío. Me agarra la cintura con una mano fuerte y me gira para ponerme bocabajo. Me apoyo en las palmas para amortiguar el impacto contra el capó caliente que no para de vibrar. Siento que desliza el pene por mi sexo, de arriba abajo, y tengo que morderme con fuerza el labio inferior para contenerme.

Se envuelve el puño con mi pelo, tira para obligarme a echar atrás la cabeza y dejar el cuello expuesto. El dolor me hace gritar. Al mismo tiempo me penetra con fuerza y todo mi cuerpo se estremece por el placer.

—Madre mía, Grayson.

Se inclina sobre mi espalda, me acerca los labios a la piel sensible del cuello y muerde con energía, sin dejar de embestirme con furia. Allí, en medio de la nada, solo se oye el ruido de su cadera al estrellarse con mi culo y los jadeos de los dos. Noto que empieza a temblarme todo el cuerpo. Baja la otra mano para agarrarme una nalga y tirar de mi cuerpo hacia él, sin parar de morderme y chuparme el cuello.

—Joder, eres perfecta, cielo —consigue decir entre embestidas.

—Me falta muy poco —advierto jadeando. Aprieto los párpados mientras disfruto de las oleadas de placer que me invaden.

Al oírme, me voltea de nuevo para ponerme bocarriba, mirándolo. Tira de mí para penetrarme otra vez, acerca su cuerpo musculoso y coloca las dos manos a ambos lados de mi cabeza, atrapándome entre ellas.

Con su rostro a solo centímetros del mío, murmura:

—Quiero verte esa bonita cara cuando te corras, cielo. —Y me besa con fuerza, lo que necesitaba para alcanzar el clímax.

La sangre me atruena en los oídos y el corazón está a punto de salírseme del pecho mientras él sigue embistiéndome y poseyendo mi

boca al mismo tiempo. Yo gimo dentro de la suya y le muerdo el labio.

—Grita, cielo. Quiero que todos los demonios del infierno te oigan gritar mi nombre —me pide.

Yo le agarro la cabeza entre las manos y me dejo llevar. Mi cuerpo se sacude violentamente y chillo su nombre a pleno pulmón.

—¡Joder! —ruge él, y alcanza también la liberación, derramándose en mi interior.

Entonces baja el ritmo, aunque sigue entrando y saliendo perezosamente. Mis piernas, que le rodean el cuerpo, no han parado de temblar.

—Joder, cielo. Eso ha sido... Joder —repite.

Lo miro y lo veo pasarse una mano por la cara y resoplar despacio. Él me sonríe y me da un beso suave en la frente.

—Venga, vámonos de aquí. —Me tiende la mano y yo se la cojo.

No me puedo creer que hayamos hecho esto precisamente aquí. Pienso en los cadáveres y decido soltarle la mano y pasar por debajo de su brazo tendido. Él me observa con una ceja levantada, confuso. Yo pongo los ojos en blanco y me dirijo hacia la puerta del acompañante, la abro y entro.

Él se acomoda tras el volante y cierra la puerta con una mirada salvaje.

—¿A qué ha venido eso?

—A nada. —De repente se me cae el mundo encima, con el peso de una tonelada de ladrillos. Este ha sido, con diferencia, el mejor polvo de mi vida. Pero siento una gran tristeza cuando me doy cuenta de que...

No podemos volver a hacerlo. Él nunca será el hombre que yo necesito, así que no puedo dejar que me llegue al corazón.

11

Grayson

Me cago en...

Sabía que el sexo con Maddie iba a ser increíble. Pero ¿esto? Ha sido impresionante. Todo en ella me atrae. Y es como si estuviera hecha únicamente para follar conmigo y solo conmigo.

Ahora que lo he probado, estoy seguro de que no voy a poder renunciar a esto. No soy capaz.

Mientras voy conduciendo hacia mi ático, no puedo evitar echarle un vistazo. No ha dicho ni una palabra desde que entró en el coche, solo ha estado mirando por su ventanilla. Tiene el pelo rubio alborotado y despeinado y solo lleva la mitad de la ropa. Se la ve recién follada y perfecta.

Después de ese maldito beso, debería haber sabido que esta mujer iba a cambiar mi mundo. Le pongo la mano en el muslo y ella suspira. Tiene los ojos hinchados y rojos.

Igual que me ha ocurrido antes, al verla sufrir siento como si me clavaran un cuchillo en el corazón. Joder, creo que esto es peor que cuando me enteré de que mi mujer se había estado tirando a mi mejor amigo. Sabía que eso no era amor. Lo que me pasó el día que me besó Maddie solo lo confirmó. Cuando mi mujer me besaba, nunca sentí ni una pizca de amor. He mantenido las distancias con Maddie porque no quiero arriesgarme a hacerle daño. Este corazón tan negro que tengo no es capaz de amarla como ella necesita, como desea desesperadamente que la quieran.

Pero soy un capullo egoísta, y mientras me deje seguir acostándome con ella, yo pienso hacerlo.

Veo que le cae una lágrima. Se la limpio con un dedo y ella me mira con una sonrisa triste.

—Cielo, ¿qué te pasa?

—Ha sido un día muy largo. Creo que me está superando todo un poco. ¿Me llevas a casa? —pide.

—No. Quiero verte en mi cama esta noche. Está más cerca, además. Te llevo a casa por la mañana, ¿vale? —Las palabras salen de mi boca antes de que me dé cuenta de lo que estoy diciendo. He sonado como un idiota cursi, pero es que una gran parte de mí quiere dormir abrazado a ella.

Maddie asiente y apoya la cara en mi mano.

—Eso es, pórtate bien.

Y en ese momento desaparece la tristeza de sus ojos y lo que veo es que se despierta en ellos un deseo. Sonrío y empiezo a bajar la mano por su cuerpo, hasta dejarla apoyada en su muslo. Vuelvo a notar la erección dentro de los pantalones. Agarro con fuerza el volante y piso a fondo el acelerador. Tengo que llegar a casa rápido, porque si no voy a acabar follándomela otra vez en algún aparcamiento.

Noto los nervios en el estómago cuando aparco en el garaje subterráneo de mi edificio después de saludar a los dos guardias de seguridad, que me abren la barrera.

Llevar a Maddie a mi casa me da miedo.

—Sabes que los edificios son elegantes cuando hay un guardia de seguridad para abrirte la puerta. —Se ríe bajito.

—Elegante es poco decir. Espera y verás —respondo, y le guiño un ojo.

Cuando dejé Chicago y me vine a Nueva York, conocer a Luca y a Keller me cambió la vida. Aparco en mi plaza y apago el motor.

—Vamos, a la cama —ordeno, y su risa resuena dentro del coche.

Salgo del vehículo, le doy la vuelta por delante y voy al lado del acompañante. Le abro la puerta, me agacho y la cojo por la cintura. Ella me rodea con las piernas y me abraza el cuello. Su aliento me roza la piel.

—¿Tienes que llevarme en brazos? Puedo caminar, ¿sabes?

—He visto cómo te temblaban las piernas, cielo. Creo que te estoy haciendo un favor.

—Qué gilipollas eres.

Pongo los ojos en blanco y le doy un azote en el culo. No puedo evitar fijarme en el gemido que suelta, que revela lo que siente en realidad.

Voy hasta el ascensor, lo llamo y enseguida se oye un pitido y se abre. Entro, pulso el botón del piso cincuenta y dos y las puertas se cierran.

Maddie alza la cabeza, que tenía apoyada en mi hombro, y contempla el ascensor lleno de espejos. Levanta una ceja y me mira con una sonrisa seductora.

Un momento después el ascensor se abre, yo inspiro hondo y la bajo al suelo.

—Anda, vaya... Esto es... muy tú —dice Maddie mientras examina el piso.

El ático es un espacio muy abierto, con ventanas murales con vista a los edificios de luces parpadeantes de la ciudad. El interior es oscuro, como a mí me gusta. Todo en blanco y negro. Limpio y ordenado. Le pongo la mano en la parte baja de la espalda y la llevo por el salón hasta la cocina. Ella se acomoda en uno de los taburetes junto a la barra, apoya los codos en la encimera y la barbilla en las palmas y no me quita ojo mientras saco dos vasos.

—¿Algo de beber? —pregunto, tendiéndole uno de los vasos de cristal.

—Agua, por favor.

Se lo lleno de agua fría y se lo pongo delante.

—Hmm —gime de satisfacción mientras se bebe toda el agua.

Le resbalan unas gotas por la barbilla. Alargo la mano y le agarro la mandíbula. Pasan los segundos, los dos con la respiración acelerada, pero ninguno dice nada.

No tengo ni puta idea de lo que estoy haciendo.

Pero esos labios tentadores y brillantes me están pidiendo a gritos que los bese. Me agacho, le pongo la mano en la nuca para acercar su cara a la mía y atrapo sus labios. Es como si fuera adolescente y volviera a vivir un primer beso. Ahora no puedo parar.

Lo hago más profundo y recorro con la lengua toda su boca, que sigue fresca por el agua. Ella gime dentro de la mía. Responde a la perfección a todo lo que le hago. La erección me aprieta tanto contra los pantalones que me duele. Estoy deseando hacérselo otra vez. Bajo la mano por su vestido hasta llegar al dobladillo, interrumpo el beso y se lo quito por la cabeza.

Me paro un momento para admirar la vista que tengo delante: la única mujer que hace que mi corazón se acelere, la que nunca creí que

llegaría a probar, a tener, está aquí, en mi ático, esperando a que me la folle. Otra vez.

«Esto es lo que quería, ¿no?». Entonces, ¿por qué me siento como una mierda aceptando algo de ella cuando sé que no puedo darle lo que quiere? La mente no deja de darme vueltas, pero su voz me devuelve a la realidad.

—Grayson, ¿estás bien?

Sacudo la cabeza y enredo los dedos en su pelo. Ella levanta una ceja, suspira impaciente y se lleva las manos a la espalda. Los tirantes del sujetador le caen por el brazo y se lo quita, lo sostiene con el índice y el pulgar en el aire delante de ella y después lo deja caer al suelo.

Sabe muy bien que me encantan sus tetas.

Una sonrisa traviesa aparece en su boca y cruza las piernas.

—¿Te vas a quedar ahí mirándome o me vas a follar de una vez? Si prefieres la primera opción, te sugiero que me lleves a la cama.

No necesito más para volver a por ella. La deseo como no lo he hecho con nadie en mi vida. Pero esa vocecita insistente que hay en mi cabeza no quiere callarse. Sin decir nada, la cojo en brazos.

La llevo al dormitorio y abro la puerta de una patada. Aparto el edredón, la tumbo sobre las sábanas y la arropo. Ella me mira confundida. Me quito la ropa rápido, la doblo y la dejo en la silla del rincón. Me meto en la cama, la abrazo y la aprieto con fuerza contra mí. Me roza el miembro con su increíble culo. Le envuelvo un pecho con la mano y le doy un beso en la nuca. El dulce sonido de su gemido gutural resuena en mi habitación.

No quiero simplemente follármela.

Quiero hacerla arder. Quiero tenerlo todo. Y que ella también lo tenga todo de mí.

Empiezo a darle besos por toda la columna. Ella arquea un poco la espalda según voy bajando, hasta que me encuentro su culo delante de la cara. Le muerdo una nalga con fuerza, la suficiente para que chille. Me río y le froto la zona del mordisco. Ella se pone bocarriba. Yo le abro las piernas, me coloco entre ellas y comienzo a besarle y lamerle el interior del muslo. Ella reacciona alzando la cadera, pero yo se la empujo hacia abajo otra vez.

—Grayson, por favor —suplica, y vuelve a levantar la cadera para acercarla a mi cara.

Le pongo una mano sobre el vientre y le lamo desde su entrada hasta el clítoris con toda la delicadeza de la que soy capaz, y después bajo de nuevo. Con el más mínimo contacto, sus piernas tiemblan junto a mi cabeza.

Le introduzco el dedo, aunque sé que eso no es suficiente para ella. Lo empapo bien en sus fluidos, lo saco y lo deslizo despacio hacia la parte de atrás. Noto que su cuerpo se tensa cuando le masajeo el ano, esperando a ver su reacción.

Cuando vuelve a levantar las caderas para que tenga el acceso libre a su trasero, no necesito más indicaciones. Pego la boca a su clítoris y se lo chupo a la vez que deslizo el dedo dentro del culo.

—¡Más, Grayson, necesito más! —gimotea cuando empiezo a meter y sacar el dedo.

Lo acompaño introduciendo otros tres en su sexo y los muevo al mismo ritmo que el que tengo en la parte de atrás, sin dejar de lamerla entera a la vez. Tengo el pene a punto de explotar al verla retorcerse contra mi cara, gritando mi nombre con todas sus fuerzas. Me rodea el cuello con las piernas y su cuerpo se sacude.

Sé que no ha llegado al clímax, así que aprovecho la oportunidad. Saco los dedos y me coloco encima de ella, que abre más las piernas para que tenga espacio. Le agarro el muslo izquierdo, le doblo la pierna, se la acerco al pecho, y con la mano libre me sitúo en su entrada. Con una embestida brusca, me hundo hasta el fondo en ella.

—¡Dios mío, Grayson!

—Joder —exclamo con los dientes apretados—. Dime que te falta poco —le pido jadeando.

—Muy poco.

Se retuerce y explota apretándome. Yo también me dejo llevar, y derramo todo lo que tengo dentro de ella, gritando su nombre como un animal. Sin salir, me agacho y le doy un beso. Ella sonríe contra mis labios y yo le aparto un mechón de la cara. A regañadientes salgo de su interior, ruedo para levantarme de la cama y voy directo al baño. Necesito un momento para recuperar la compostura.

Abro el grifo del agua fría y me la echo en la cara, con la esperanza de que sirva para calmarme un poco. Tengo el corazón a mil. «¿Por qué tiene que ser tan perfecta para mí? ¿Por qué no he podido dejar las cosas estar?». Sé perfectamente que no voy a poder contenerme. Desde la primera vez que la vi, tuve claro que era perfecta para mí.

Y ahora que la he tenido, no hay vuelta atrás. Al menos no para mi corazón.

Ese corazón que me va a destrozar cuando por fin encuentre a un hombre que la merezca, que le dé todo lo que yo no puedo.

Me echo un poco más de agua, cojo una toalla y regreso al dormitorio.

La respiración de Maddie es regular. Ni se mueve cuando entro. No se despierta cuando la limpio, así que con mucho cuidado me meto en la cama y me acurruco con ella. Esta ha sido la última vez, esto no va a volver a pasar.

Cuando cierro los ojos, noto que se cierne sobre mí una nube negra.

—Buenas noches, luz de mi vida —murmuro.

12

Maddie

La luz del sol me calienta los párpados. Ruedo para ponerme de costado, esperando encontrar a Grayson dormido a mi lado, pero solo veo la almohada vacía y la soledad me embarga. Dormir rodeada por sus fuertes brazos ha sido genial. Me sentía segura.

Me incorporo, me desperezo y bostezo. No tengo ni idea de a qué hora nos dormimos. La verdad es que no recuerdo haberme metido en la cama.

Solo sé que el sexo con Grayson me hizo olvidarme de todo. Y ahora estoy aquí, en su cama, bajo el edredón negro y suave. Lo aparto y voy a mirar los cajones. Tiene toda la ropa doblada y en montones ordenados por colores. Y lo cierto es que me gusta. Después de vivir con la caótica Sienna durante años, estoy acostumbrada a que todo esté como si acabara de estallar una bomba, pero he encontrado un hombre que se preocupa de hacer la colada y doblar bien todo. Tal vez me he equivocado con él.

Me pongo una de sus camisetas negras. Yo soy bastante alta, pero me queda como si fuera un vestido. Bueno, me ha visto peor vestida.

Voy a baño y me encuentro un cuarto blanco inmaculado. Tiene ventanas murales con unas impresionantes vistas del perfil de la ciudad. No tenía ni idea de que Grayson fuera rico. Veo una deslumbrante ducha con cascada al fondo, en un rincón. Como no quiero tomarme demasiadas confianzas, me conformo con lavarme la cara y cepillarme los dientes.

Después voy a la cocina. He oído ruidos que vienen de ahí y eso me ha despertado la curiosidad.

—Joder, ¿dónde está la puta espátula? —grita Grayson.

Yo me acomodo en un taburete y lo observo. Todavía no se ha dado cuenta de que estoy delante de él, porque está agachado abriendo

cajones y armarios.

—Buenos días —saludo alegremente.

Asoma desde detrás de la encimera con cara de vergüenza. Solo lleva puesto un pantalón corto. Le examino el cuerpo, fijándome en cada músculo fuerte y en los tatuajes oscuros que le recorren los brazos y los pectorales. Un momento, ¿lleva un piercing en un pezón? Me humedezco los labios solo de pensar en morderle el pendiente. Dios, incluso tiene una uve perfecta en el vientre.

—Buenos días, cielo. —Me mira con esa sonrisa que le haría perder las bragas a cualquiera, esa que antes odiaba.

—Vaya, así que también hay desayuno —bromeo—. Creía que no dejabas que nadie se quedara a dormir, así que de lo del desayuno ni hablamos. Dios, sí que debo de ser especial —comento con una sonrisa burlona.

—Hmm... —Es lo único que dice, y después se centra en el contenido de la sartén.

«Qué raro».

Un teléfono vibra en la encimera.

—Es el tuyo —me dice Grayson.

Dios, ni me he acordado de mi teléfono. Me inclino y lo cojo. El nombre que parpadea en la pantalla es el de Gregory. Mierda.

Descuelgo.

—Hola, Maddie, ¿qué tal?

—Hola. Muy bien, gracias. ¿Y tú?

—También bien.

Grayson gira la cabeza de repente y me fulmina con la mirada.

Ay, mierda. Y ahora tose, será capullo... Sabe perfectamente lo que hace.

—¿Dónde estás? —sigue preguntando Gregory.

—Eh... En casa de un amigo.

—¿Qué amigo?

No me gusta el rumbo que está tomando esta conversación.

—Grayson.

—Pero si no lo soportas.

—Se ofreció a llevarme a casa —miento—, pero estaba tan borracha que me he quedado dormida en la suya.

—Ah. Pero ¿no ibas a cenar con tus padres?

Ups.

—Sí. ¿Te veo luego? —pregunto, porque me siento culpable.

Él suspira.

—Vale. ¿Te apetece comida italiana?

—Sí, genial. Hasta luego entonces —respondo antes de colgar.

Mientras pienso en cómo enfrentarme a Grayson ahora, lo oigo decir:

—¿Todavía me odias, cielo? La cantidad de veces que gritaste mi nombre anoche me pareció una prueba de que no.

—No me lo recuerdes —contesto.

Él chasquea la lengua y me coloca delante un plato de huevos revueltos. El olor hace que me ruja el estómago y de repente me acuerdo de que estoy muerta de hambre.

—Gracias. —Me pongo a comer enseguida.

En cuanto esa delicia me toca la lengua, tengo que soltar un gemido.

—Sí, justo así eras anoche: «Hmm, Grayson, más, por favor» —dice, imitándome.

Coge su plato y se sienta en el taburete que tengo al lado. En pocos minutos se lo ha terminado.

—Me siento culpable —reconozco, y fijo la mirada en el suelo. Aunque Gregory no es mi novio; hemos salido unas cuantas veces, nada más.

—¿Por qué?

—Por acostarme contigo cuando debería estar esforzándome en conocer mejor a Gregory, supongo.

Se pone tenso.

—¿También estás follando con Gregory? ¿Y quieres seguir haciéndolo?

No nos hemos acostado y no tengo ganas de hacerlo. Pero no hace falta que Grayson lo sepa; esto es un rollo de una noche que no se va a repetir.

Se baja del taburete. En sus ojos veo rabia. Me coge por la cintura, me levanta de un tirón y mi trasero aterriza sobre la encimera de la isla. Mi cara queda a la altura de la suya. Se me acelera la respiración cuando me acerca la boca a la oreja.

—Vamos a dejar algo claro desde ya, cielo. Si quieres que siga follándote hasta que veas las estrellas, no te puede tocar ningún otro tío. Te lo voy a decir en pocas palabras: Yo. No. Comparto.

¿Por qué demonios esto me está poniendo cachonda?

Su aliento cálido me roza la piel sensible de debajo de la oreja. Tengo que contenerme para no rodearlo con las piernas y suplicarle que me coma entera.

Pero sé que no puedo.

Un hombre como Grayson no va a querer quedarse conmigo. Cierro los ojos y suspiro. No me puedo creer que haya sido tan idiota para meterme en esto. Después de ese beso debería haber sabido que no iba a poder parar.

—Pues entonces supongo que esto definitivamente ha sido solo un rollo de una noche —murmuro.

—Bien. —Se aparta de la isla y de mí.

Tiene la mandíbula tensa cuando me mira, solo un segundo, antes de sacudir la cabeza y marcharse en tromba por el pasillo.

Cojo el teléfono, que está en la encimera, y le envío un mensaje rápido a mi recepcionista para enviarle mi ubicación.

Evie: Llego en quince minutos.
¡Me muero por hacerte UN MONTÓN
de preguntas, Maddie!

«Mierda».

—Grayson —grito. Hoy no tengo energía para andar persiguiéndolo. Me duele todo el cuerpo y me explota la cabeza—. Me voy ya. Nos vemos.

Como no me responde, suspiro, me visto rápidamente, cojo el bolso y meto dentro el teléfono. Me dirijo al ascensor con pasos lentos y vacilantes. Estoy a punto de pulsar el botón cuando una mano me agarra la muñeca y tira de mí.

—Pero ¿qué coño...?

Me obliga a girarme hacia él. Veo dolor en su cara; casi parece torturado.

—No está bien —dice.

—¿El qué? —pregunto y alzo la barbilla para mirarlo. No tengo tiempo para estos cambios de humor.

—No creo que pueda dejar que te vayas sin más. Ni tampoco que te tires a nadie más, Maddie. —Apoya la frente contra la mía.

Su confesión me llega al alma y me quita el aliento. En lo más profundo, sé que yo tampoco quiero parar esto. Y que Gregory no es mi hombre ideal. Es majo y fiable, pero no es para mí. No me despierta lo

mismo que Grayson. Y, bueno, ¿qué hay de malo en que una chica aproveche la oportunidad de tener lo que quiere?

Le pongo las manos en las mejillas.

—Te voy a proponer algo: nosotros seguimos con lo que quiera que sea esto de forma exclusiva. Ninguno de los dos puede acostarse con nadie más, pero yo voy a seguir saliendo con otros tíos. Nadie podrá tocarme, pero quedaré con otros. Y, cuando encuentre a alguien que merezca la pena de verdad, paramos esto —digo señalándonos.

—¿Eso significa que puedo follar contigo cuando y donde quiera? —pregunta mientras acerca los labios a los míos.

Asiento.

—¿Como ahora, por ejemplo? —continúa, me muerde el labio inferior y desliza los dedos por debajo de mi vestido.

«Mierda, Evie...».

Me mira con una ceja levantada cuando lo aparto de un empujón.

—Tengo que escribirle a mi amiga —explico, y busco el teléfono en el bolso. Le mando un mensaje para decirle que no hace falta que venga y que no se preocupe. Ya aguantaré la bronca que me va a echar luego.

Mi teléfono pita para indicar que me ha llegado un mensaje y Grayson mira la pantalla.

Gregory: He reservado una mesa en Rico's a las 7.

—Qué original —dice con mucho sarcasmo.

—Ya, claro. ¿Adónde me llevarías tú para una cita? —Me arrepiento al instante de haberle preguntado eso cuando lo veo levantar las cejas con cara de concentración.

—¿A qué lugar del mundo has querido ir siempre?

—A Londres.

—Pues ahí tienes la respuesta.

—Grayson, lo de las citas no funciona así. No coges a la chica y la subes a un avión para ir al otro lado del mundo. Con ir a un restaurante vale.

—Creo que en eso te equivocas, cielo. Si un hombre te quiere de verdad, no parará hasta que seas solo suya. Pondrá el mundo a tus pies y hará cualquier cosa por conseguir que tu sonrisa ilumine la habitación. Te adorará completamente. —Se acerca y noto el frescor de la puerta del ascensor en la espalda—. Te querrá de todas las formas posibles y necesitará hacerte suya, poseerte y follarte como te mereces.

Un calor se me extiende por todo el cuerpo al oír esas palabras.

—Así lo haría yo —concluye, y me besa con pasión. Domina cada centímetro de mi cuerpo para tener todo lo que quiere y yo se lo permito.

El fuerte sonido que sale de su bolsillo le obliga a interrumpir el beso.

—Joder —murmura mientras lo saca—. Dos minutos. Tengo que cogerlo —dice, y me da un beso en la nariz.

Me duelen las mejillas de tanto sonreír.

—Luca —saluda por el teléfono.

Me quedo allí, con la espalda contra la puerta, con la respiración acelerada, y lo veo alejarse.

—¿Cómo que está muerto? —grita Grayson, y yo me sobresalto—. ¿Qué cojones ha pasado?

Durante un rato se me ha olvidado quién es y qué hace. Y también lo peligrosa que es su vida.

Ahora hablan en susurros. Dios, tengo que largarme de aquí. Grayson vuelve dando grandes zancadas y con los ojos llenos de furia.

—Tengo que irme. Te llevo a tu casa de camino.

—Vale.

Me mira de arriba abajo y un segundo después me coge en brazos. Cuando entramos en el ascensor, pregunto:

—¿Estás bien? ¿Qué ocurre?

—Han matado a Nico. Y han dejado su cuerpo mutilado delante de la verja de la casa de Luca.

—Lo siento mucho. Nico es el que vino a buscarme el día que secuestraron a Sienna, ¿no? El que me llevó adonde estabas tú.

Asiente despacio.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —pregunto, porque me puede la curiosidad.

—Darles caza y matarlos a todos de una forma lenta y dolorosa.

—Ten cuidado, Grayson. Prométemelo.

Levanta una ceja.

—No te preocupes por mí. Sé lo que hago.

—Que me lo prometas.

Suspira y noto que aprieta un poco las manos con las que me agarra.

—Te lo prometo.

—Gracias —acepto, y le doy un beso en la mandíbula cubierta por la barba.

Hacemos el trayecto hasta mi apartamento en silencio. Cuando nos acercamos al edificio, reduce la velocidad. Hago amago de abrir la puerta, pero él me pone la mano en la nuca y me obliga a mirarlo.

—Te escribo luego, ¿vale?

Asiento. Le doy la espalda a regañadientes y abro la puerta. El aire frío me levanta el vestido y entonces recuerdo que no llevo bragas.

—Oye, ¿no me das un beso de despedida? —pide con una sonrisa traviesa.

Yo me encaramo al asiento del acompañante y lo beso. Él inhala con fuerza cuando nuestros labios se tocan.

Interrumpo el beso sonriendo, vuelvo a salir del coche y cierro la puerta. Noto que no aparta la vista de mí hasta que llego al edificio. Abro la puerta y me giro para despedirme con la mano. Necesito una ducha, dormir un rato y helado.

No tengo ni idea de qué estamos haciendo.

Tengo una cita con otro hombre, pero lo único que quiero es volver a meterme en la cama de Grayson.

No puedo parar de sonreír cuando recuerdo todas las formas en que consiguió que llegara al orgasmo anoche.

No puedo resistirme a él.

Tal vez me olvide de tener citas durante una temporada.

13

Grayson

En cuanto Luca me dijo que habían asesinado a Nico, me vino a la mente la imagen de Casper y el momento en el que, agonizando en mis brazos, destrozó mi vida al tiempo que exhalaba su último aliento. No veía nada más y el dolor me atravesó el corazón y me impedía respirar.

La ira, el sufrimiento y la ardiente necesidad de matar se apoderaron de mí y desconecté de todo lo demás que había en mi vida. Hasta que Maddie me pidió que le prometiera que iba a tener cuidado. Su cara de preocupación y la ternura de sus gestos me sacaron a la fuerza de lo más profundo del infierno.

Por eso he mantenido la distancia con ella esta semana. No está bien que se preocupe por mí y por mi seguridad. La verdad es que quiero a Maddie lo más lejos posible de mí, sobre todo ahora. No puedo soportar ni pensar en que le pase algo.

Nos ha llegado una información a través de Carlo, que se ocupa de nuestros cargamentos de droga. Por ahora. A pesar de que en el pasado hizo negocios con los Falcone, ha aprendido la lección y ha demostrado ser una buena fuente de información desde entonces. Nos ha contado que los Falcone se han puesto en contacto con él esta mañana para pedirle que se reuniera con ellos para hablar de futuros cargamentos. Luca le ha dicho que accediera para tenderles una trampa. Si acaban con la vida de uno de los nuestros, nosotros nos vengamos matando a dos de los suyos.

Voy en coche hasta al almacén de los Falcone en silencio. Cada vez que mi mente se acerca a la oscuridad, pienso en la luminosa sonrisa de Maddie. Ella me mantiene alejado del abismo.

Veo el Bentley plateado de Luca nada más entrar en el aparcamiento. Dejo el coche al lado del suyo, apago el motor y me estiro para abrir la guantera y sacar la pistola y el cuchillo. Cuando salgo del coche,

encuentro a Luca allí, fumando un cigarrillo y soltando el humo por la nariz. Le da una calada larga y veo la punta iluminarse hasta alcanzar un color rojo brillante, y después lo tira al suelo y lo aplasta con uno de sus mocasines de cuero negro. Frankie está detrás, con los brazos cruzados y uno de sus característicos trajes azul marino. Con el pelo negro y engominado hacia atrás, Luca y él parecen hermanos.

—Hola, jefe —le digo a Luca y saludo con un gesto de la cabeza a Frankie.

Luca me responde con un leve asentimiento y expulsa el humo hacia arriba.

—¿Listo?

—Siempre. Esos cabrones deben morir.

—Parece que cada vez que matamos a uno, salen otros dos. —Se nota la irritación en su voz.

Se ha esforzado mucho por consolidar su posición como capo de la organización. Pero esta no es la vida que él eligió, sino la que le impusieron.

—Está todo controlado —le contesto para tranquilizarlo, pero la verdad es que no sé cómo terminará esto.

Frankie le da una palmada en el hombro a su jefe.

—Nosotros, juntos, somos imparables. Vamos a demostrárselo a esos hijos de puta.

—Acabemos con esto y después vamos a tomarnos una copa —ordena Luca, que saca el arma de la chaqueta de su traje de Armani, se gira y se dirige a la puerta del destartalado almacén.

Yo lo sigo, apretando la culata de la pistola y notando el cuchillo en el bolsillo de atrás. Pero, antes de llegar a la entrada, agarro a Luca por el codo. Si fuera por él, entraríamos ahí como una tromba, sin siquiera saber cuántos hombres hay en el interior.

—No podemos fiarnos de Carlo. Espera aquí. Nosotros vamos a echar un vistazo para comprobar que solo hay dos Falcone dentro. —Después digo, dirigiéndome a Frankie—: Tú por el lado derecho y yo por el izquierdo.

—Entendido —responde Frankie.

Luca nos mira y pone los ojos en blanco.

Tras diez años de entrenamiento militar, no tengo intención de meterme de cabeza en una trampa mortal.

Con la pistola por delante, me acerco a la puerta. Unas voces resuenan en el edificio. Hablan bajito en italiano; desde aquí solo veo tres personas. La puerta lateral metálica está ligeramente entreabierta. Me asomo un poco por la rendija y miro. Inmediatamente veo a Carlo y a su mano derecha, Dimitri.

Hay otros dos, que llevan trajes grises y camisas blancas. Parece que Carlo quiere compensar los errores que ha cometido en el pasado con nosotros.

Me giro y le indico a Luca con un gesto de la mano que se acerque. Veo una sonrisa en su cara cuando saca la pistola, viene hacia la puerta y pasa por mi lado. Frankie dobla la esquina y se reúne con nosotros.

—Todo bien por mi lado.

Luca abre la puerta de una patada.

—Toc, toc, pedazo de cabrones —grita mientras golpea el marco metálico de la puerta con la pistola.

—Por el amor de Dios —murmuro, y sacudo la cabeza. No habría durado ni diez minutos en el ejército, estoy seguro.

Entro detrás de él, con el arma apuntando al Falcone que está a la izquierda, mientras Frankie hace lo mismo con el de la derecha.

—¡Hijo de puta! —grita uno, que se lanza a por Carlo y lo agarra del cuello.

Él me mira con ojos de súplica. Para ser un tío que se dedica a traficar con drogas, es un blandengue.

El otro Falcone saca una pistola y encañona a Luca. Antes de que tenga oportunidad de encontrar el ángulo, yo apunto y aprieto el gatillo. La bala le atraviesa la frente y la sangre sale disparada por detrás de su cabeza antes de que caiga al suelo. El Falcone restante suelta a Carlo, que se derrumba en el suelo, para poder coger el arma que lleva en la cintura.

—Yo no lo haría —recomiendo. Ahora tengo el arma apuntándolo a él.

No se mueve, pero no pienso correr ningún riesgo.

Le disparo al pecho. No quiero que sea una muerte rápida. Se lleva las manos a la zona y se queda pálido. Una mancha roja se extiende por su camisa blanca impoluta. Cae de rodillas. Me acerco y le apoyo el cañón de la pistola contra la sien.

—Por favor —suplica.

Esto es por Nico.

Saco el cuchillo del bolsillo de atrás, se lo pongo en la garganta y se la rajo de izquierda a derecha. La sangre aparece tras el paso del cuchillo y le resbala por el cuello. El hombre se lleva las manos al cuello y se oye un gorgoteo. La doy una patada en el pecho con la pierna izquierda. Cae desmadejado y se desangra en el suelo de gravilla.

Me vuelvo hacia Carlo.

—Ocúpate de que se los entreguen a Marco esta misma noche.

Él asiente enérgicamente, mirando horrorizado a los dos muertos tirados en el suelo, con los ojos como platos.

—Un placer hacer negocios contigo. Te veo la semana que viene para recoger el cargamento —le dice Luca. Después continúa, dirigiéndose a nosotros—: Vamos. Tenemos que tomarnos un whisky y tirarnos a alguna tía —asegura, y se dirige a la puerta.

Frankie se echa a reír y sale detrás. Yo le hago un gesto con la cabeza a Carlo antes de salir también.

—Te veo en el local, jefe. Voy a limpiarme un poco. Si Keller me ve entrar allí cubierto de sangre, me mata.

Luca se va riéndose entre dientes.

Paso por mi casa para ducharme y ponerme un traje gris oscuro y una camisa blanca. Me dejo el pelo alborotado, pero me retoco la barba. Tengo tiempo; el End Zone no se anima hasta después de las diez.

Aparco junto a la puerta de atrás y abro con mi tarjeta.

Recorro el pasillo, ignoro las puertas negras del despacho y me dirijo en la zona VIP. Saludo con la barbilla a los dos guardias de seguridad que hay junto a la puerta y que me permiten pasar al instante.

Veo a Luca nada más entrar. Se lleva la copa a los labios, echa la cabeza para atrás y se bebe el contenido de un trago, para después dejar el vaso bruscamente sobre la mesa de nuevo.

Niego con la cabeza. Voy al reservado y me acomodo. La camarera rubia viene enseguida y nos pone otro whisky con hielo delante, y al lado un chupito de un licor trasparente. Me mira con una sonrisa tímida y juguetea con un mechón de pelo. Dios, lo único que quiero es ir a buscar a Maddie y hundirme en su sexo perfecto. Inspiro hondo, cojo mi copa y dejo que el líquido me queme la garganta al tragar.

Frankie viene de la barra con una bandeja de chupitos y una sonrisa maliciosa en la cara.

—¿Preparado para emborracharte, Grayson? Me han dicho que cuando sales por las noches eres un animal. —Frankie me guiña el ojo, deja los chupitos en la mesa y me acerca uno.

—Soy un ángel —contesto con una media sonrisa, me bebo el chupito de un trago y alzo el vaso vacío en dirección a Frankie. La sambuca con sabor a regaliz me revienta la garganta. Qué asco.

Frankie se sienta junto a Luca y se toma su chupito.

Mi jefe le da un codazo en las costillas sonriendo con picardía. Miro hacia donde lo hace él y veo a tres mujeres muy poco vestidas, con las tetas postizas casi al aire, que vienen directas hacia nosotros.

—¿En serio, Luca?

—¿Desde cuándo no te apetece echar un polvo? —pregunta con una ceja levantada.

Ha dado en el clavo: desde que cierta mujer llena de luz se coló en mi vida. Desde ese beso no me ha vuelto a interesar divertirme con otras mujeres. Lo he intentado, pero, haga lo que haga, no me puedo sacar a Maddie de la cabeza.

—No estoy de humor esta noche —contesto, y me encojo de hombros, pero evito mirarlo a los ojos.

—Ni de coña. Es por Maddie, ¿verdad?

—No —miento con la cara imperturbable.

Me da una palmada en el brazo y se echa a reír.

—Grayson está encoñado. ¿Quién lo diría?

Frankie gira la cabeza bruscamente para mirarme y suelta una risita.

—¿Y de quién se trata entonces? ¿Tiene alguna amiga que esté buena? —pregunta mientras sube y baja las cejas, divertido.

—Cállate, coño —le digo de malos modos.

—Bueno, pues más para mí. —Luca centra toda su atención en las chicas que se acercan al reservado.

Las dos que tienen el pelo castaño se lanzan inmediatamente a por Luca y Frankie y se acomodan en sus regazos, encantadas de recibir sus atenciones.

La rubia viene a mi lado. Lleva el vestido más corto y ceñido que he visto en mi vida. Las tetas prácticamente se le salen por el escote. Se muerde el labio y se sienta en el sofá a mi lado.

—Lo siento, guapa, pero esta noche no —le digo enseguida, y ella pone cara de decepción.

Ignora lo que le he dicho y se sienta a horcajadas sobre mí, plantándome sus tetas operadas en la cara. Sí, es atractiva, pero la única rubia que quiero instalada en mi regazo no está aquí.

—Igual te hago cambiar de opinión —me dice al oído con voz dulce, pero yo aparto la cara.

De repente cambia la temperatura de la sala y se me acelera el corazón como si estuviera a punto de darme un ataque al corazón. Solo me siento así cuando... Mierda, Maddie.

—Te he dicho que no. Quítate de encima.

Cierro los ojos con fuerza y rezo para que Maddie no acabe de entrar por la puerta. La rubia por fin se entera y se aparta.

—Que te den —me grita y, cuando sale hecha una furia, pasa al lado de Maddie.

Su expresión es... de decepción. Me mira con una sonrisa triste, se da la vuelta y se va.

Joder. Joder, joder, joder.

Doy un golpe en la mesa y se derrama el alcohol de los vasos por todas partes.

—Hostia, Grayson. Vete a por tu chica antes de que acabes matando a alguien —dice Luca.

Me pongo de pie y salgo corriendo tras ella. Puedo soportar a una Maddie cabreada y también a una furiosa, pero no a una dolida. Eso sí que no.

Me abro paso entre la gente, buscando esos brillantes rizos rubios. No tardo en localizarla. Tiene la cabeza hacia atrás y la boca abierta y veo que otro hombre le está echando un licor trasparente en la boca mientras le toca el culo con la otra mano.

Hecho una furia, voy directo hacia ella, con los puños apretados. Necesito toda mi fuerza de voluntad para no estrangular a ese imbécil que le está poniendo las manos encima a lo que es solo mío.

Cuando llego a su lado, toso con fuerza.

—Hola, Grayson. Este es... —Mira a ese tío con una ceja levantada.

—Mason.

—Eso, Mason. Este es mi «amigo» Grayson.

Él me saluda con un gesto de la cabeza y acerca a Maddie más a él.

Ni de coña.

—Ven conmigo, Maddie —gruño.

Ella abre mucho los ojos, pero no se mueve. El vestido negro corto que lleva no puede ocultar lo que siente.

—Ahora no, Grayson —contesta, pero noto un leve temblor en su voz.

—No te lo estaba pidiendo, cielo —replico, y me aproximo.

El imbécil pilla la indirecta, la suelta y se quita de en medio. Ella tiene la espalda apoyada en la barra cuando llego a su lado. Coloco las manos a ambos lados de su cuerpo, dejándola encerrada. Su olor, dulce y floral, me calma.

—Ven conmigo. —La miro fijamente—. Ya.

Ella se pone de puntillas.

—Oblígame.

«Empieza la fiesta».

—Te vas a arrepentir —amenazo en voz baja.

Ella alza la barbilla, desafiante, pero el rubor que se extiende por su cuello la delata.

Mi chica está siendo mala porque quiere que la castigue.

Pues como quiera.

La cojo por detrás de la cabeza, tiro de ella hacia mí y la beso con fuerza. Noto el sabor del tequila en la lengua. Ella gime dentro de mi boca y me muerde el labio inferior. Me da exactamente igual que estemos al lado de la barra de un club nocturno; cuando estoy con Maddie, para mí no hay nada más que ella.

Se ha convertido en una obsesión. La luz que necesito en mis días oscuros. Es la única persona en este planeta cuya felicidad me importa más que nada.

—No quiero que te toque nadie más, Maddie. Ese es el acuerdo al que llegamos hace pocas horas.

Sus labios forman una sonrisita traviesa.

—Me parece que eso también habría que recordártelo a ti, señor «me gusta tener a *strippers* sentadas sobre mi polla».

Me alegro de que esté de acuerdo conmigo en esto.

—Créeme, no quiero que me toque ninguna mujer más que tú. —Le acaricio la mandíbula con los labios—. Y si no me tocas en los próximos cinco minutos, voy a tener que sacarte a rastras de aquí y follarte en un callejón. Tú eliges.

Sus ojos se iluminan.

Aparece una de esas sonrisas contagiosas en su cara y me da un beso breve.

—Buen chico. Pero no vuelvas a cabrearme así.

No puedo evitar reírme y sacudir la cabeza. Siento un alivio enorme.

—¿A qué estás esperando? —susurra.

No necesito que me lo diga dos veces. La cojo de la mano, paso a toda velocidad junto a la zona VIP, me dirijo al despacho y uso la tarjeta para abrir la puerta.

En el centro hay una enorme mesa de roble y una silla de cuero negro.

Me sirve. La meto en el despacho a rastras y cierro la puerta de una patada. Después le apoyo la espalda contra la puerta.

Ella empieza a jadear cuando le agarro las muñecas y se las levanto por encima de la cabeza. Con la otra mano le acaricio las curvas perfectas hasta el dobladillo de ese vestidito negro tan seductor.

Meto dos dedos por debajo y recorro con ellos su sexo al aire.

—Has dejado que otro hombre te pusiera las manos muy cerca de aquí —digo con los dientes apretados mientras le introduzco bruscamente dos dedos.

—No, es que... no pensaba con claridad.

—¿Querías que él te hiciera esto?

Me mira espantada.

—¿Qué? No. De eso nada.

Vuelvo a sentir alivio.

—Así me gusta, que te portes bien.

Acelero el ritmo e introduzco un tercer dedo. Le agarro las muñecas con más fuerza. Ella arquea la espalda, que sigue contra la puerta. Su piel expuesta tan cerca de mi cara me tienta.

Le muerdo en la piel sensible que tiene sobre la clavícula y después se la chupo.

—¡Dios mío, Grayson! —dice entre gemidos. Su pecho sube y baja muy rápido.

Cuando saco los dedos, noto que deja caer su cuerpo sobre el mío, frustrada. Entonces la cojo por la cintura y la llevo hasta el enorme escritorio de Keller, que está repleto de papeles y vasos. De un manotazo vacío el contenido de la mesa. Los vasos se rompen y el suelo se llena de cristales.

Hay una botella de Macallan entre los licores expuestos en una mesita que tengo al lado. Me la llevo a los labios y doy un buen trago.

—Delicioso —aseguro con voz ronca—, pero no tanto como tú.

Dejo la botella en la mesa, a su lado, me agacho y le bajo la cremallera lateral del vestido. Ella levanta un poco la cadera para que pueda quitárselo. A continuación, lo tiro al suelo.

—Preciosa —murmuro recorriendo con la mirada todo su cuerpo.

Tiene las piernas abiertas para dejarme ver perfectamente su entrepierna empapada, esperándome. Sus pezones rosas duros reclaman mi atención.

Me meto uno en la boca y lo chupo. Después cojo la botella y me coloco justo delante de su sexo.

—Échatelo por encima, que te caiga por el vientre. Quiero mezclar su sabor y el tuyo —ordeno, y le doy la botella para que la agarre con dedos temblorosos.

Hace lo que le he pedido. Pongo la boca en el clítoris mientras miro el líquido color ámbar que se desliza entre sus pechos y baja hacia mí.

—Sigue echando.

Con los ojos fijos en los suyos, empiezo a lamer, trazándole círculos alrededor del clítoris, disfrutando de sus fluidos mezclados con el whisky y tragándomelo todo como si lo necesitara más que nadie en el mundo. Cuanto más la toco, más mojada está.

—Joder, nena. No hay nada más satisfactorio que saber que te puedo poner así. —Casi no reconozco mi propia voz—. ¿Quieres probar un poco?

Sus ojos esmeralda me atraviesan y después se muerde el labio y asiente.

Me levanto, tras un lametón final, le quito la botella y me la acabo de un trago. La dejo a un lado, me inclino sobre ella, con la boca llena de líquido, y le envuelvo el cuello con las manos.

Ella se humedece los labios, echa la cabeza atrás y abre bien la boca. El sedoso pelo rubio le cae por la espalda. Vierto el líquido de mi boca en la suya. Los músculos de su cuello se tensan bajo mis dedos cuando aprieto.

Veo el movimiento de su garganta cuando traga.

—Mis dos sabores favoritos —murmuro.

Ella se acerca el dedo corazón a la boca para limpiarse una gota del líquido que le cae por una comisura.

—Así es como un hombre debería echar un líquido en la boca de una mujer —dice.

La miro con una ceja levantada.

—Ahora me toca a mí —continúa, y me agarra la camisa—. Siéntate —exige, y señala la silla de cuero mientras me empuja con la palma.

Joder, que me dé órdenes así es lo más sexy que he visto en mi vida.

Abro las piernas y Maddie se coloca entre ellas. Me desabrocha el cinturón con prisa, me baja la cremallera y saca mi pene durísimo. Se pone encima de mí, me lo envuelve con la mano y lo acomoda en su entrada.

—Móntame, Maddie. Demuéstrame que lo que tienes ahí es mío.

Veo un destello en sus ojos y enseguida se deja caer sobre mi erección. Al instante sus músculos internos me abrazan.

—Eres perfecta —digo con los dientes apretados.

Me aferro con fuerza a los brazos de la silla mientras Maddie sube y baja sobre mí. Me acaricia la mandíbula y se muerde el labio inferior.

—Fóllame como si fuera tuya, Grayson.

La agarro por las nalgas, la levanto y la apoyo en la pared más cercana. Le oprimo la garganta y ella inspira bruscamente. Me clava los dedos en el antebrazo cuando empiezo a embestirla. Cuanto más rápido voy, más presión hago en su cuello.

Con los párpados apretados, uno mi boca con la suya y le quito la mano de la garganta para que pueda besarme en condiciones.

—Mía —susurro entre besos.

Noto un hormigueo por todo el cuerpo cuando se contrae alrededor de mi miembro. Solo aguanto unas pocas embestidas más y llego al clímax.

—¡Joder! —grito, derramándome dentro de ella.

Maddie también se deja llevar y su cuerpo se estrella violentamente contra el mío. Grita mi nombre; es música para mis oídos. Permito que se lleve todo lo que necesita de mí mientras mi pecho sube y baja como un loco.

Apoyo la frente contra la suya mientras los dos recuperamos en aliento. Le doy un beso breve y salgo de su interior a regañadientes.

—¿Vienes a mi casa esta noche? —pregunto.

Ella se muerde el labio inferior y me mira fijamente.

—Vale, pero quiero por lo menos cinco orgasmos antes de irnos a dormir.

Le rozo la mejilla con los labios.

—Si lo dejamos en seis, acepto. —Sonrío con la cara pegada a su piel, le doy un mordisco y después me aparto un poco y le tiendo la mano.

Ella se queda mirándola y luego me la coge con una sonrisa en la cara.

14

Maddie

Hacemos el trayecto hasta su ático en silencio.

Lo miro de reojo. Mierda, me pone incluso su forma de conducir, con esas venas de los antebrazos que le sobresalen cuando sujeta el volante... Me humedezco los labios.

—¿Te gustan las vistas, cielo?

—No —miento, pero tengo que morderme el labio.

Su enorme mano aterriza en mi muslo y me lo aprieta.

—¿Me estás mintiendo?

—N-no —contesto con voz aguda.

—Preciosa, mientes fatal.

Entramos en el garaje de su edificio y aparca. Cuando estoy a punto de salir, veo que él rodea el coche, abre mi puerta, se agacha y me coge en brazos. Después me cuelga sobre su hombro y me agarra el culo con fuerza.

—Grayson, de verdad. Hay solo tres metros hasta el ascensor. —Pongo los ojos en blanco.

—Te he visto bostezar. Quiero que guardes tus energías. Espero que no te enfades, pero me he tomado la libertad de comprarte algunas cosas para que tengas aquí. Productos de higiene femenina y esas cosas.

—Es un gesto muy bonito, gracias.

Subimos en el ascensor, entramos en su apartamento y me lleva directa al dormitorio. Está todo oscuro. Me deja sobre la blanda cama. Estiro los brazos por encima de la cabeza y se me cierran los ojos. Me acaricia la mejilla con los nudillos y yo disfruto de ese contacto tan delicado, pero, en cuanto aleja la mano, me siento vacía. Enciende la lámpara de la mesilla y la habitación se ilumina con una luz cálida. Me levanto, me bajo la cremallera del vestido y lo dejo caer al suelo. Grayson no aparta la vista de mis pechos, ahora al aire. Después me

examina de arriba abajo hasta que sus ojos llenos de deseo se encuentran con los míos. La forma en que lo veo comerme con la mirada me llena de confianza.

Me quito los tacones y él levanta una ceja cuando los ve caer al suelo. Estoy casi segura de que odia el desorden. Todo lo que hay en su vida, incluso su barba y su ropa, está inmaculado. Y yo aparezco aquí y me pongo a tirar cosas por todas partes como si fuera mi casa.

Voy hasta donde está él, me pongo de puntillas y me froto contra su cuerpo, todavía cubierto por la ropa. Siento un cosquilleo de deseo. Me muerdo el labio inferior y él gruñe. Después le recorro la mandíbula fuerte con la lengua y su barba me hace cosquillas en la lengua.

—Tócame —le suplico al oído. Él se tensa contra mí.

Subo la mano por su cuerpo y le voy desabrochando todos los botones, empezando desde arriba y bajando poco a poco. Por el camino le acaricio los abdominales, duros como piedras. Él inspira con los dientes apretados cuando llego a la hebilla del cinturón y se lo desabrocho. Grayson se aparta un poco para quitarse la chaqueta del traje y la camisa. Yo solo puedo babear al contemplar su cuerpo lleno de músculos definidos. Frunzo el ceño cuando se sienta en el borde de la cama, todavía con los pantalones puestos y con las piernas separadas.

Se da una palmadita en el muslo.

—Siéntate.

Siento un relámpago de deseo que va directo a mi entrepierna. Voy hasta él, levanto una pierna para poder sentarme a horcajadas sobre su muslo, con mi sexo mojado apoyado en el pantalón del traje que lleva, y empiezo a mover las caderas despacio. La fricción de la tela me roza en el punto exacto. Él me pone las manos en los pechos y yo arqueo la espalda para facilitarle el acceso. Entonces se mete un pezón en la boca y me clava los dientes en la piel sensible. El dolor intensifica el placer que recorre mi cuerpo. Luego pasa a lamerlo, besarlo y volver a morderlo.

—Más, Grayson —gimo.

—Me estás empapado los pantalones, cielo. Joder, estás mojadísima.

Voy a cogerle el pene, pero él me agarra del antebrazo para detenerme.

—Tú no puedes tocarme. Todavía no.

—¿Qué? ¿Por qué? —me quejo como si estuviera absolutamente desesperada, pero no me importa, porque lo necesito.

Con un último lametón, aparta la boca del pezón.

—Ponte a cuatro patas y agárrate al cabecero. —Su voz profunda me produce corrientes eléctricas que van directas a mi entrepierna. «Dios, qué boca tiene este hombre»—. No me obligues a repetírtelo.

Me bajo de su pierna, me pongo a cuatro patas y me aferro al cabecero de cuero con las manos temblorosas. Se me acelera la respiración cuando él se quita los pantalones, dejando al descubierto su miembro. Se sube a la cama, que se hunde bajo su peso, y se sitúa detrás de mí.

—Joder, cielo... —murmura.

Doy un respingo cuando su lengua me toca el clítoris y empieza a hacer movimientos circulares, mientras va subiendo los dedos por el interior del muslo hacia mi zona más sensible y, un momento después, me los mete con brusquedad.

—Dios, Grayson —exclamo jadeando, con el pecho subiendo y bajando como un loco.

Mi cadera empieza a moverse por su cuenta, siguiendo el ritmo que él marca sin dejar de lamer y chupar. Mi cuerpo pierde toda la fuerza cuando él saca los dedos, que comienza a deslizar hacia atrás. Las paredes de mi interior se sacuden por la acción de su boca. Proyecto la cadera hacia atrás y él introduce un dedo. La sensación es rara, pero enseguida me acostumbro y empiezo a sentir un placer eufórico.

—Estoy deseando metértela por este agujero tan estrecho.

—Eh... vale.

Él aumenta el ritmo y me lame entera con la lengua.

—Me falta muy poco, Grayson.

La sensación ardiente que noto en un extremo, combinada con el delicado movimiento en mi sexo, me está haciendo perder el control. Me tiemblan las piernas y bajo los hombros para apoyarlos en las almohadas.

—No apartes las manos del cabecero.

—Grayson, por favor, por favor, fóllame de una vez. —No puedo soportarlo más.

No tengo que volver a pedírselo, porque al instante noto que deja de tocarme y empieza a frotar su miembro por toda mi extensión.

—Más, Grayson.

—Dios —gruñe con los dientes apretados, y entra en mi interior con energía.

El cabecero se estampa contra la pared. Me da un azote en el culo y me agarra con mucha fuerza con la otra mano.

—¡Grayson! —chillo.

Me arden los pulmones. En cuanto su mano vuelve a estrellarse en el mismo punto, reviento. Mi orgasmo es potente y veo las estrellas. Apenas logro entender las maldiciones que está soltando Grayson, porque la sangre me atruena en los oídos. Solo necesita unas pocas embestidas para llegar también al clímax, gritando mi nombre. Después cubre mi cuerpo con el suyo, empapado de sudor.

—Hostia puta, cielo.

Me da un beso en la espalda y se aparta de mi cuerpo. Yo caigo sobre la cama, con la cara enterrada en la mullida almohada.

Cuando logro calmar mi respiración, Grayson se pone a cuatro patas sobre mí, y giro la cabeza a un lado. Él me abre las piernas y noto un líquido caliente que me resbala por el interior de los muslos.

Él me recorre la pierna con un dedo, limpiando el reguero de semen de mi piel. Me vuelve a meter los dedos y se inclina hacia mí.

—Esto se queda en el lugar donde tiene que estar: dentro de ti.

Madre. Mía.

—Eso que has hecho me gusta —susurro.

—Mañana, cielo. No te preocupes. Ahora tenemos que dormir —dice, apartándome el pelo de la cara.

Me tapa con el edredón y se tumba a mi lado. Mete el brazo bajo mi almohada y yo apoyo la cabeza en su pecho. El ritmo de su respiración me resulta tranquilizador.

—Buenas noches, Grayson.

Me da un beso en la frente. Ese tipo de beso es propio de un novio enamorado, no de un follamigo.

—Que duermas bien, cariño.

Le doy un besito y vuelvo a acomodar la cabeza en su pecho. Su brazo fuerte me envuelve la cintura y así me quedo dormida.

Parpadeo unas cuantas veces para enfocar la vista. Levanto la cabeza del pecho de Grayson y me incorporo apoyándome en un codo. Tiene ambos pectorales cubiertos de tinta negra, y también los brazos. Recorro la silueta de los tatuajes con un dedo e identifico algunos. La mayor parte parecen tribales. Me detengo en una fecha: 22/08/2015.

Siete años atrás... Mierda, ¿tendrá un hijo? Bueno, eso no es asunto mío, pero creo que me gustaría saberlo.

Su carraspeo me sobresalta. Cuando lo miro, me lo encuentro observándome con los ojos enrojecidos y una ceja levantada.

—Buenos días, preciosa —dice con voz ronca.

—Buenos días. Una pregunta... —empiezo a decir. No puedo evitarlo; la curiosidad me puede.

—Es un poco pronto para preguntas, pero házmela.

—Esta fecha... 2015. ¿Qué significa?

Aprieta los párpados.

—Para eso sí que es demasiado temprano —contesta riendo un poco incómodo.

—Vale, en otro momento entonces. No tienes que contarme tu vida, Grayson. Al fin y al cabo, yo no soy nadie importante para ti.

Me coge la mano con la suya y evita que siga acariciando el tatuaje.

—Es la fecha en que mi mejor amigo, Casper, murió en combate.

«Mierda».

—Dios mío. Lo siento mucho. —Le doy un apretón en la mano.

Él sonríe con tristeza y suspira.

—No pasa nada, cielo. También es el día en que descubrí que se había estado tirando a mi mujer.

Dios bendito...

—No... No sé qué decir. Es horrible. —Saco la mano de debajo de la suya y le cubro con ella la mejilla—. Ninguno de los dos te merecía, Grayson.

De repente comprendo por qué tiene tanta aversión a las relaciones.

Le acaricio la cara con el pulgar y lo beso en los labios. Cierro los ojos y pongo en ese beso todo lo que tengo, porque quiero ahuyentar con él todo el dolor. Demostrarle que no todo el mundo le va a romper el corazón de esa forma.

Él interrumpe el beso y me mira a los ojos.

—Sabes que eres especial para mí, ¿verdad, cielo? No eres «una más». Lo cierto es que en muy poco tiempo te estás convirtiendo en mi todo.

No puedo evitar la sonrisa que aparece en mi cara, tan amplia que me duelen las mejillas. Él es todo lo que yo quiero. Nunca antes en mi vida había sentido esta conexión con nadie. Lo miro fijamente a los ojos, contemplando a este hombre guapísimo que tengo delante, y en un instante mi sonrisa desaparece y mi cerebro se empieza a agobiar.

¿Por qué no me puede pasar esto con cualquier otro que no sea él? El hombre que no puede hacer realidad mis sueños. Él no necesita que nadie lo arregle. El amor no va a cambiarlo ni a sacarlo de la oscuridad. Ahí es donde está cómodo. ¿Podría dejar yo que me arrastrara a su mundo con él?

—Oye. —Me levanta la barbilla—. Has desconectado. ¿Qué es lo que se te está pasando por esa cabecita?

—N-Nada.

—¿De verdad crees que no sé cuándo me mientes? Te he estudiado durante el tiempo suficiente como para saberlo prácticamente todo sobre ti —afirma. Se coloca encima de mí y me sujeta las muñecas por encima de la cabeza.

Me he quedado sin palabras.

—Vamos, Maddie. Dime qué te pasa. —Me mira con una sonrisa maliciosa y empieza a frotarse despacio contra mí.

—No es justo, Grayson —gimoteo, y echo la cabeza atrás.

Él aprovecha la oportunidad para chuparme la piel delicada del cuello. Sus labios encuentran los míos y gimo.

—No te pienso follar hasta que me lo digas.

—Capullo. —Intento zafarme de sus manos, pero eso solo sirve para que se restriegue con más fuerza. Siento el deseo creciendo en mi cuerpo.

—Cielo, sabes que lo estás deseando. —Su voz tiene un tono juguetón que me hace sonreír.

—Vale —concedo con un resoplido—. Estoy confundida por cómo hemos llegado a esto, por cómo me siento con respecto a ti. Me da miedo lo que tenemos. Queremos cosas completamente distintas en la vida, Grayson, pero somos perfectos el uno para el otro. Es como si te hubiera puesto en mi camino una cruel maniobra del destino. —Suspiro y evito su mirada.

Aunque nos mandamos unos cuantos mensajes y nos llamamos, la semana pasada lo eché de menos. Lo único que quería todo el tiempo era estar entre sus brazos.

—La gente cambia continuamente, cielo. Tenemos que pensar. —Ahora es él quien suspira antes de unir nuestras frentes.

—Pero...

—No voy a renunciar a esto. Quiero estar contigo. Sé que eso no va a cambiar nunca. Ha sido así desde la primera vez que te vi. Así que...

encontraremos la forma, juntos.

Tal vez... podamos hacerlo.

—¿Quién iba a decir que fueras tan filosófico, señor Ward?

—Hmm... Puedes llamarme así cuando quieras —dice, y cierra los ojos.

Es la primera vez que lo veo realmente relajado de verdad y sin esa oscuridad en los ojos.

—¿Tienes planes este fin de semana? —pregunta.

—No.

—¿Te quedas aquí conmigo? Te quiero entera para mí hasta el lunes.

Cuando asiento, él sonríe de oreja a oreja.

15

Grayson

Maddie se quedó el fin de semana y también una noche sí y otra no desde ese día. No me canso de ella. Me gusta incluso su forma de coger comida de mi plato cuando comemos, «solo para probar». Y también cómo tararea mientras cocina. Me he tirado los últimos siete años sin besar a nadie, pero ahora lo estoy compensando. No dejo pasar ni la más mínima oportunidad de tener esos labios pegados a los míos.

Pero la realidad se impone. Llevamos dos semanas planeando nuestra venganza definitiva. He advertido a Luca que no pierda la cabeza; sé que está muy afectado por lo de Nico, pero no puede dejarse llevar por las emociones en este mundo.

Mira por la ventanilla. El asesinato de Nico ha despertado en él una furia mucho más intensa que de costumbre. Yo he visto campos de batalla, y sé que la forma más fácil de acabar muerto es permitir que te dominen las emociones.

Echo un vistazo por el espejo retrovisor y veo que Frankie pronuncia sin emitir ningún sonido: «¿Está bien?».

Yo asiento, me encojo de hombros y carraspeo para llamar la atención de Luca. Necesito que se centre en lo que estamos a punto de hacer.

Secuestrar a la hija de Marco Falcone, Rosa, su princesita.

Es muy arriesgado, pero demostrarle que podemos acercarnos a su familia no ha sido suficiente.

Si esta operación se va a la mierda, no solo nosotros correremos más peligro, sino que estaré poniendo en riesgo a Maddie. Si se enteran de su existencia, no se lo pensarán dos veces e intentarán hacerle daño. Sé que son muy capaces. He visto lo que les hicieron a Keller y a Sienna. Pero estoy más que seguro de que no voy a dejar que ninguno de esos hijos de puta llegue siquiera a compartir el aire que respira mi chica.

Durante esta semana, Rosa ha salido todos los días, ya sea de copas con sus compañeras de piso o a cenar con alguien. Podría habérmela llevado en cualquier momento. Sé que hay dos guardaespaldas siguiéndola, pero guardando las distancias. Supongo que le habrá pedido a su padre que le deje un poco de espacio.

Esta noche hemos decidido que vamos a ejecutar un secuestro sencillo y rápido. Es viernes, así que seguro que va a salir de fiesta.

Enzo le ha pinchado el teléfono. Es el gerente de la empresa de seguridad más prestigiosa del país, pero eso no le impide hacer cosas ilegales para nosotros. Nos debe una por haber dejado sola a Sienna cuando se suponía que tenía que estar vigilándola. Nos ha enviado un mensaje con la ubicación y los nombres de las chicas con las que va a salir, que son las mismas con las que va siempre: Jasmine y Olivia.

Pan comido.

Rosa, con su larga melena negra, sale de un Mercedes blanco y se dirige a la entrada del Trance. Pongo los ojos en blanco solo de pensar en pisar ese club tan pomposo. Sus guardaespaldas la siguen.

—Jefe, acaba de entrar.

Luca asiente y enciende otro cigarrillo. Me mira con una sonrisa sádica y suelta el humo.

Yo paro el coche en la parte de atrás del club. Frankie, que está sentado en el asiento posterior, se rasca la barba.

—Terminemos con esto —exclama Luca, y tira el cigarrillo por la ventana. Su habitual descaro brilla por su ausencia.

Los tres salimos del coche, cortesía de Enzo, y Frankie se sitúa en el asiento del conductor.

—No te olvides de que solo podemos pasar ahí dentro veinte minutos como máximo. Si permanecemos más tiempo, nos arriesgamos a que alerten a los Falcone y que aparezcan por aquí. Lo último que queremos es un baño de sangre en un club —advierto.

—Entendido.

Asiento y cierro la puerta del conductor. Toco el auricular que llevo para llamar a Enzo. Al parecer, las empresas de seguridad pueden conectarse con cualquier cámara de vigilancia.

—Enzo, entramos. —Miro a Luca y veo que se está guardando otra arma.

—Recibido. El objetivo está en la barra. Hay un guardaespaldas junto a la entrada y el otro al lado del baño.

—Comprendido.

Joder, el baño da a la salida de incendios, que es nuestra única ruta de escape. Rosa es una chica muy mala. Luca solo tiene que enseñarle una bolsilla llena de polvo blanco y seguro que ella lo sigue adonde quiera. Al baño, que es adonde queremos que vaya. Sin embargo, Rosa no es la típica yonqui. Creo que estoy dándole demasiadas vueltas. «¡Joder, céntrate!».

—Luca, cíñete al plan. Yo me ocupo del guardaespaldas del baño.

Asiente.

—¿Preparado, Grayson?

Envuelvo con los dedos la empuñadura del cuchillo que tengo en el bolsillo. Hace tiempo que no mato a nadie y estoy deseándolo.

—Siempre —respondo con una sonrisa torcida.

Él se dirige a la puerta roja. Cuando nos acercamos, oímos el chasquido de la cerradura y la voz de Enzo por el auricular:

—Salida de incendios abierta y baños vacíos.

Luca abre con sigilo la pesada puerta, y de la sala sale un olor a sudor y alcohol barato. Recorremos un pasillo, dejando los baños de mujeres a la derecha. La música está muy alta y reverbera en mi cuerpo.

Yo me detengo cuando llego a los baños de los hombres y pego la espalda a la puerta. Luca continúa y abre las puertas dobles que dan al club mientras juguetea con su cremallera. Dios, sería un buen actor. Saluda al guardaespaldas de Rosa con la cabeza cuando pasa por su lado.

—Luces —susurro al auricular.

En cuanto pronuncio la palabra, el pasillo se queda totalmente a oscuras. Ahora solo me falta rezar para que nadie entre o salga de este baño en los siguientes cinco minutos.

«La hora de la verdad».

Cuando abro la puerta de un tirón, el guardaespaldas, que lleva traje y corbata negros, ni se inmuta. Tiene la vista fija en Rosa y Luca. Ella ha entrelazado su brazo con el de Luca mientras él le susurra al oído. El guardaespaldas tensa la mandíbula mientras mira la escena. Yo aprovecho la oportunidad. Con el cuchillo en la mano derecha, le rodeo el cuello con la izquierda y le obligo a mantener la barbilla levantada con el antebrazo. Le clavo la hoja y le rajo la garganta de izquierda a derecha. Él intenta agarrarme el brazo para tratar de liberarse, pero no

le sirve de nada. Apretándole con fuerza el cuello, me lo llevo a rastras al pasillo.

Noto el brazo empapado con su sangre mientras arrastro el cuerpo inerte. Sus zapatos emiten un chirrido al rozar el suelo.

—La salida está libre.

—Recibido. Equipo de limpieza en camino —responde Enzo.

Me arden los músculos cuando tengo que sujetar al guardaespaldas muerto con una mano para abrir la salida de incendios con la otra. Apoyo todo mi peso en el pie izquierdo y sujeto la puerta con el derecho para salir del edificio. Tiro el cadáver detrás de un contenedor de basura azul que hay al lado, según el plan.

—Luca sale con el objetivo.

Tomo posiciones inmediatamente. Pego la espalda a la pared de ladrillos. Oigo la voz aguda de Rosa, que se acerca cada vez más.

El coche, que está solo a unos metros, arranca. En cuanto se abre la puerta de la salida de incendios, salto. Sus ojos gris claro se abren como platos por el miedo. Le tapo la boca y la nariz con la mano. Ella se retuerce como loca entre mis brazos y noto su aliento cálido contra la palma hasta que por fin se queda inmóvil.

La cojo en brazos, voy hasta el coche y la tumbo en el asiento de atrás. Frankie coge la cuerda y se asoma entre los asientos para atarle las muñecas.

Misión cumplida.

16

Maddie

Abro la puerta de mi estudio de maquillaje y enciendo las luces. Todavía huele a pintura reciente.

Tal vez a mi madre le parezca que lo de ser maquilladora no es gran cosa, pero soy muy buena en mi trabajo y tengo muchos clientes, así que... que le den a mi madre.

Voy hacia la desordenada zona de recepción y organizo el papeleo. Adoro a Evie, pero, Dios, qué caótica es. Me quedan treinta minutos antes de que llegue mi primera clienta.

En mi estudio solo hay una silla, un espejo con luz LED y una salita de espera con un mullido sofá de terciopelo gris a juego con la decoración gris y rosa oscuro. También tengo una diminuta cocina en la parte de atrás, donde hay una cafetera y una mininevera.

Mientras espero a que salga el café de la cafetera, saco el teléfono del bolso. Nunca he estado tan dolorida en mi vida, pero tengo que reconocer que tampoco me han follado nunca de un modo tan salvaje y tantas veces.

«Vaya, ninguna notificación». Suspiro y lo dejo en la encimera. No sé por qué esperaba que Grayson de repente empezara a comportarse como un novio. Solo somos follamigos. Que follan de una manera excepcional y alucinante, pero no es que de pronto vaya a enamorarse perdidamente y no pueda parar de pensar en mí. «¿Y por qué yo no puedo sacármelo de la cabeza entonces?».

Las últimas dos semanas han cambiado totalmente la percepción que tenía de él. No es el sicario brutal ni el mujeriego que yo creía. Está herido, dolido. Aunque, cuando está conmigo, me trata como a una princesa.

Justo cuando termina de salir el café, oigo un pitido que proviene de mi móvil. El corazón se me acelera. Cojo el teléfono, veo una G y el

estómago se me llena de mariposas.

No he sabido nada de él desde que salió de la cama anoche. Prácticamente hemos establecido una rutina casi normal. Pasamos las noches juntos, cenando y viendo la televisión. Casi parece real, demasiado. No quiero parecer una novia agobiante. Eso no es lo que él busca, y me reconcome un poco.

Pero es Gregory. Menuda decepción.

Abro el mensaje y lo leo.

Gregory: Hola, Maddie. Hace siglos que no nos vemos. ¿Quieres que hagamos algo el viernes por la noche? Podrías venir a mi casa, pedimos comida y vemos una película.

Me quedo quieta, con los dedos un poco por encima de los botones. Tengo que cortar esto. Sé que él no es el adecuado para mí. Es agradable, pero es que no es Grayson. Frunzo el ceño mientras pienso en qué responder. Puedo quedar con él y decírselo en persona.

Le contesto rápido, antes de que me autoconvenza de otra cosa.

Yo: Me parece estupendo. Voy a tu casa a las 7. ¿Me envías la dirección?

Él me responde al instante con la dirección.

Entonces se abre la puerta y Evie entra con una enorme sonrisa y las mechas rosas enmarcándole la cara.

—Buenos días, Maddie —dice feliz, se quita el abrigo y lo cuelga en el perchero.

—Buenos días —respondo, sonriendo también.

—¿Sigue en pie lo del cumpleaños de David el viernes por la noche?

«Mierda».

—Claro. ¿Quieres venir a mi casa a arreglarte? —pregunto.

Su cara se ilumina. Me parece que no tiene muchas amigas. Cuando no está trabajando, se dedica a estudiar para ser maquilladora y trabajar conmigo.

—¡Dios mío, por supuesto! —chilla, dando vueltas en la silla giratoria, con los pies levantados, mientras mordisquea un boli.

Le escribo otra vez a Gregory.

Yo: ¿Podemos quedar más tarde?
Tengo que ir al cumpleaños de David.

Gregory: No hay problema.
Puedes quedarte a dormir en mi casa, si quieres.

Su respuesta me provoca un escalofrío.

Yo: No te preocupes. Estoy muy liada al día siguiente y tengo que estar en casa de Sienna temprano. Pero gracias.

Oigo el timbre de la puerta del estudio. Salgo de la cocina con una amplia sonrisa.

—Hola, Francesca. Encantada de conocerte. —Le tiendo la mano a la impresionante modelo que tengo delante. No necesita maquillaje para parecer glamurosa.

—Hola, Maddie. Gracias por hacerme un hueco a pesar de que te he llamado a última hora. He visto tu trabajo, y me parece increíble, así que tenía que probar.

—Ay, gracias. Dame el abrigo y siéntate. ¡Estaré contigo enseguida! —La ayudo a quitarse el abrigo de plumas negro y lo cuelgo en el perchero.

Suena el pitido de mi teléfono, que está en la parte de atrás. Evie me observa con interés, sin parar de morder el boli. Paso adentro para silenciarlo. Lo miro y en la pantalla de bloqueo aparece el nombre de Grayson.

Grayson: Te dejaste esto aquí y he decidido llevármelo al gimnasio hoy.

Levanto una ceja y bajo por la conversación para ver la foto que me ha enviado.

Tengo que taparme la boca al ver la imagen de la atractiva cara de Grayson con unas bragas mías de color rosa entre los dientes blancos.

Me pongo rojísima.

Grayson: Por cierto, me las voy a quedar.

Aprieto las piernas para intentar calmar el latido que siento entre ellas.

Grayson: ¿Estás ocupada todo el día?
Grayson: Cielooo.

No me doy cuenta de que estoy sonriendo muchísimo hasta que empiezan a dolerme las mejillas.

Evie carraspea y eso me devuelve a la realidad.

Escribo una respuesta y le doy a enviar.

Yo: Termino a la 1. ¿Por qué?

Grayson: ¿Comemos juntos?

Yo: Me apetece. Te llamo cuando termine.

Grayson: No me eches de menos demasiado.

Yo: Parece que eres tú el que me echa de menos.

Grayson: Muy cierto. Te veo dentro de nada.

El resto de la semana se pasa volando. Quedo con Grayson para comer todos los días. La mayoría de ellos viene corriendo hasta mi estudio a recogerme. Todas mis clientas babean por él; no pueden ocultar lo atractivo que les resulta, y yo las comprendo. Ese hombre es una cosa de otro mundo. Solo hace falta que aparezca con esos pantalones de chándal grises para excitar a todas las mujeres presentes.

Noto un nudo en el estómago mientras reviso toda la ropa de mi armario. Cuando Sienna se fue del piso, empecé a utilizar su habitación como vestidor, y creo que esa es la única ventaja de vivir sola.

Necesito un vestido bonito para el cumpleaños de David, pero no demasiado sexy para que Gregory no se haga ilusiones. Sobre todo, teniendo en cuenta que le voy a decir que no quiero seguir con él. Llevo toda la semana sin dejar de pensar en Grayson. Cuando no está invadiendo mi espacio personal, está instalado en mis pensamientos.

Escojo un vestido metalizado de color plateado y me lo pongo. El escote pronunciado y los tirantes finos me acentúan el pecho. Ya me he alisado el pelo y me he puesto pestañas postizas y una sombra de ojos también plateada con un poco de brillo. Le he mentido a Grayson y no puedo parar de darle vueltas. Le he dicho que iba al cumpleaños de David, pero no le he contado que voy a ver a Gregory después. Me ha quitado un peso de encima cuando me ha escrito para decirme que no podía venir a verme hoy, porque tenía que atender un «asunto» con Luca. No le he hecho preguntas; no quiero saber nada. Me conformo con que vuelva de una pieza. He pedido un Uber para que venga a por mí a las diez al End Zone y otro para que me recoja en casa de Gregory a las once. No quiero quedarme mucho rato en su casa; la verdad es que tengo una vocecilla irritante en el fondo de mi mente que no deja de decirme que no vaya.

Me siento en el borde de la cama para abrocharme los zapatos de tacón de aguja con pedrería. El teléfono, que está sobre la cama, vibra, y

veo el nombre de Grayson en la pantalla. Lo cojo y lo pongo en manos libres.

—Hola —contesto intentando que mi voz suene neutra. Miento fatal, sobre todo cuando trato de engañarlo a él. Es la única persona del mundo que me lee como si fuera un libro abierto.

—Hola, preciosa —dice con voz grave, y solo con oírlo tengo que apretar las piernas.

—¿Todo bien? —le pregunto, jugueteando con el pelo.

—Voy de camino al End Zone. Luca ha insistido en que nos tomemos algo. Hemos tenido un par de días de mierda. Se me ha ocurrido que tal vez después podría tenerte el resto de la noche para mí solo.

—Eh...

«¡Mierda, Maddie, piensa algo!».

—Me acaba de venir la regla —suelto de repente.

—¿Y...?

—Bueno, que no podemos hacer nada... ya sabes, sexual.

Él se ríe bajito.

—¿De verdad crees que solo te quiero para eso?

—No, pero...

«Un momento, ¿no es así?».

Me interrumpe antes de que pueda terminar la frase.

—No, nada de peros. Solo quiero estar contigo. Te echo de menos.

Se me cierran los ojos al oír esas palabras. No hay nada que me apetezca más que acurrucarme con ese gigante y dormir.

—Yo también te echo de menos —reconozco con un suspiro.

—Qué cosas, ya hemos dejado de pelearnos.

Abro la boca para responder, pero él habla antes.

—Además, hay otros orificios que me pueden venir bien en esta situación.

Abro los ojos como platos cuando entiendo lo que quiere decir.

—Sí, cielo, estoy hablando de follarte ese culo estupendo que tienes.

—¡Grayson!

—Te dejo, que acabo de llegar a casa de Luca y, si sigo pensando en tu culo, no voy a poder aguantarlo más, porque ya tengo la polla a reventar. Y lo último que necesito es que mi jefe me vea con una erección.

No puedo evitar echarme a reír al imaginarme la escena.

—La verdad es que no me parece mal la idea.

Él inhala bruscamente y exclama:

—¡Joder!

—Te veo dentro de un rato —añado con el tono más seductor que tengo, y cuelgo.

Inspiro hondo y me paso la mano por el pelo.

¿Cómo demonios voy a lograr salir de esta?

Cuando llego al club, estoy empapada en sudor. Fuera hace frío, pero la chaqueta de cuero se me pega a los brazos.

Además, estoy nerviosa.

Salgo del Uber. Me he pasado todo el trayecto recordando conversaciones con Grayson, intentando pensar cómo decirle que no me voy a ir con él esta noche.

—¡Maddie! —La voz de David me arranca de mis caóticas reflexiones.

No me había fijado en que estaba en la entrada, fumando. Acelero el paso y se oye el repiqueteo de mis tacones en la acera.

—¡Feliz cumpleaños, David! —exclamo. No me doy cuenta de que todos sus amigos están también allí, observando nuestro saludo.

—Gracias —contesta, y me echa el humo en la cara al hablar.

—Vamos a tomarnos una copa —sugiere un amigo alto y rubio de David, tras tirar el cigarrillo a la carretera. Después entra al club.

—¿Dónde está Evie? Creía que iba a venir contigo —pregunta David. Noto que tiene cierto interés en mi alegre recepcionista.

—Va a venir luego. Ha tenido que llevar a su perro al veterinario. Me parece que hay aquí alguien interesado en cierta recepcionista con el pelo rosa. —Le guiño un ojo y le doy un empujoncito con el hombro, aunque no consigo moverlo ni un milímetro.

David es un hombre atlético, de uno ochenta, con unos buenos abdominales. Pero siempre he tenido la sospecha de que no le gustan solamente las mujeres.

Se sonroja.

—Cierra la boca, Maddie. —Se ríe, da una última calada y tira la colilla al suelo.

—Es broma. Vamos, el chico del cumpleaños necesita un tequila y yo también.

Él entrelaza su brazo con el mío y los dos nos dirigimos hacia los porteros. He venido tantas veces que ya me conocen.

—¿Me vas a contar lo que te pasa? —pregunta David cuando nos acercamos a las puertas dobles que dan al interior del club.

Niego con la cabeza, me quito la chaqueta y se la doy a la pelirroja con cara de aburrida del guardarropa.

—Luego —digo encogiéndome de hombros.

No sé si sabría explicarle la situación en la que me encuentro.

Estoy a punto de decirle a un hombre que no tiene nada de malo que no quiero seguir saliendo con él porque quiero que un exmarine y sicario de la mafia siga follándome hasta que pierda el conocimiento.

Después de todos los años que llevo buscando al hombre perfecto con el que casarme, David se va a reír de mí si le cuento esto. Y ahora mismo no creo que pueda soportarlo.

Él empuja las puertas interiores para entrar y enseguida nos encontramos con una música atronadora y un montón de gente. El olor a sudor y a alcohol invade el aire. Noto el calor en el cuerpo en cuanto ponemos un pie dentro. Voy derecha a la barra. Rodeo la pista de baile, que está a reventar, sin apartar los ojos de la barra. David me lleva cogida de la mano y se va abriendo paso entre el gentío. Mis hombros chocan con la gente al pasar.

Reviso el local, por si veo a Grayson, aunque dudo que esté aquí fuera, con todo el mundo. Creo que nunca lo he visto fuera de la zona VIP. Pero sé que me estará observando. Los reservados tienen vistas de la zona de la barra y la pista.

Necesito una copa. Tengo la boca tan seca que me cuesta tragar.

Por fin alcanzamos la barra y yo apoyo ambos codos en la superficie pegajosa. El camarero joven de pelo oscuro me mira con una sonrisa sexy, se acerca y se inclina sobre la barra.

—¿Qué te sirvo? —Su aliento me roza la mejilla.

—Dos chupitos de tequila, un sex on the beach y un ron con Coca-Cola, por favor.

Asiente y se pone a preparar las bebidas, sin quitarme los ojos de encima. Yo cambio el peso de un pie a otro, incómoda, mientras lo veo servir los chupitos y pasármelos por encima de la barra. Cojo el mío y me lo bebo de un trago. El alcohol me quema la garganta. Cuando intento pagarle con mi tarjeta, él me pone la mano sobre la mía.

—Esta noche invito yo —dice, y me guiña un ojo.

«Mierda, no».

—Gracias, pero no. Quiero pagar las copas, por favor.

Él se inclina de nuevo por encima de la barra.

—Se me ocurren otras formas de que me las pagues.

Doy un paso atrás, con los dientes apretados.

—Joder, ¿lo dices en serio? Pero ¿qué te hace pensar que voy a follar contigo por una copa? ¿Cómo se te ocurre siquiera pedirme algo así? Eres un puto cerdo.

David me agarra del brazo y me aparta.

Tengo las mejillas escarlata y veo que todo el mundo me está mirando.

—Y te aviso de que mañana por la mañana no vas a tener trabajo. Cuando le cuente esto a Keller, no vas a poder volver a poner un pie aquí.

—Nada de mañana por la mañana. Se larga ahora mismo. —Una voz profunda y sexy resuena detrás de mí.

El camarero se queda blanco cuando mira por encima de mi hombro y retrocede.

Mi Grayson.

Me giro hacia él. Está tan cerca que casi le rozo la camisa con la nariz.

—Un segundo, nena —me dice, y me da un beso rápido en los labios antes de agacharse sobre la barra, agarrar al camarero con cara de miedo por el cuello y levantarlo por encima de la barra.

Yo suelto un grito ahogado cuando lo tira bruscamente al suelo.

Ver a Grayson ponerse autoritario y troglodita me excita muchísimo. Se agacha y vuelve a rodearle la garganta con la mano.

—Sal de aquí antes de que te estrangule, capullo —amenaza Grayson.

El camarero sale corriendo, con las manos en el cuello, sin mirar atrás. Grayson me pone la mano en la mandíbula y acerca mi boca a la suya.

—Lo tenía controlado.

—Lo sé. Solo quería reiterar el mensaje. Sé muy bien que tú das mucho miedo cuando quieres, pero no puedo permitir que le claves uno de esos tacones en un ojo a un tío esta noche.

—Eso lo guardo para ti.

—No tienes ni idea de lo cachondo que me pones cuando te comportas así. —Me recorre la mandíbula con el dedo índice y después baja por el cuello.

Yo no puedo fijarme en nadie más que en Grayson. Se inclina y me roza la mejilla con los labios.

—Quiero hacerte cosas muy sucias, cielo. Por haberte portado tan bien.

Solo con oírlo, surge un deseo abrasador en mi interior que hace que casi no pueda controlarme. Si me tocara el clítoris justo ahora, eso ya me provocaría el orgasmo.

—¿Y si hubiera sido mala? —Atrapo su labio inferior entre los dientes y tiro de él.

—Entonces tendría que llevarte a casa ahora mismo y castigarte.

—Le he prometido a David celebrar su cumpleaños con él esta noche. Vuelve al reservado con Luca. Te veo allí a las once y nos vamos a casa juntos. Pero primero tengo que tomarme unas copas con ellos para celebrarlo.

No tengo intención de seguir con la fiesta, pero necesito salir de aquí sin que me vea. Sé que intentar engañar a un exmarine no es muy buena idea, pero es la única que se me ocurre. Tengo que acabar con esto, ya me enfrentaré a las consecuencias después.

—Vale. No puedo dejar a Luca hasta que aparezca Frankie, de todas formas.

Le doy otro beso en los labios. Solo necesito mantener a ese monstruo controlado durante un par de horas. Tal vez ni siquiera se dé cuenta de que me he ido. Eso espero.

—Te veo dentro de un rato, cielo. Y sigue portándote bien. Nadie puede tocar lo que es mío.

17

Grayson

Este reservado tiene muy buena vista de la pista de baile. No puedo apartar los ojos de ella. Es como un imán, y no solo para mí, sino para todos los tíos que hay en el club. Agarro con fuerza el vaso que tengo en la mano desde hace media hora, en la que mi estado de ánimo ha estado alternando entre contener la frustración sexual al verla mover ese culo al ritmo de la música y la ira cada vez que tiene que apartarse de un tío que se acerca demasiado a ella.

—Si sigues apretando, vas a hacer añicos el vaso —comenta Luca, riendo entre dientes—. Venga, no te cabrees. Todos sabemos que al final de la noche se va a ir contigo.

En algún momento se va a dar cuenta de que no soy el hombre que necesita, porque no puedo darle todo lo que quiere.

—¿Qué vas a hacer con Rosa? —pregunto.

—Está encerrada en el sótano. Está a salvo, por ahora. El plan es hacerlos salir utilizándola como cebo y después... ¡bum! —Hace un gesto con la mano que imita una explosión—. Adiós, Marco.

—¿Tu plan maestro es acordar un encuentro y hacer estallar el edificio?

En su cara aparece una sonrisa sádica y asiente.

—Solo tienes que decirme sitio y hora y allí estaré.

—Contad conmigo —dice Frankie antes de tomarse otro chupito.

Luca frunce el ceño mientras observa la pista de baile.

Maddie.

Está al borde de la pista, mirando su teléfono con el ceño fruncido.

«Las diez».

Saco mi móvil y le escribo un mensaje. Ya he aguantado dos horas mirándola; no tengo tanto autocontrol, sobre todo cuando está tan impresionante con ese vestido plateado.

Gira la cabeza hacia donde estoy yo. Veo el rojo de sus mejillas desde aquí. Está a puntito para mí. Dios, no me canso de esa mujer. Y tengo que dejarle claro que esto no es solo sexo, ni mucho menos. Me he dado cuenta de algo cuando ha intentado antes ponerme la excusa de que tiene la regla.

He echado de menos tenerla cerca. Solo han pasado veinticuatro horas. Y ni siquiera tenía en mente el sexo cuando la he llamado; solo quería oír su voz. Dicen que estoy encoñado, pero me da igual. Esa mujer puede hacer lo que quiera conmigo.

Soy todo suyo.

Y ya es hora de que se entere.

18

Maddie

Saco el teléfono para escribirle a Grayson. El plan era irme de aquí para «cortar» con Gregory, pero después de ver a Grayson tan sexy con ese traje, mirándome como si quisiera comerme entera, no puedo resistirme.

Gregory no es una opción ahora mismo. Será mejor que deje de retrasarlo y lo haga ya, aprovechando la valentía que me da el alcohol.

Yo: Hola. Al final no voy a poder pasarme. La verdad es que he estado pensando y creo que mejor quedamos como amigos. Lo siento, quería decírtelo en persona luego, pero me ha surgido algo. Perdona que te haya hecho perder el tiempo.

Oigo un pitido del teléfono enseguida. Es un mensaje de Grayson.

Grayson: ¿Podemos irnos ya? No puedo seguir mirándote el culo, porque me dan ganas de llevarte a rastras al baño y follarte contra el lavabo.
Me estás matando, mujer.

—¡Maddie!

«¡Mierda!».

Es Gregory.

¿Qué demonios está haciendo aquí?

Se me acerca con una gran sonrisa. Lleva el pelo peinado con una pequeña cresta en la parte superior. Está guapo, con vaqueros y un polo de color azul marino, pero él no hace que se me acelere el corazón ni que me lata la entrepierna.

—Hola, Gregory.

Me da un abrazo amistoso y unas palmaditas en la espalda.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

—Se me ha ocurrido venir a buscarte para llevarte a mi casa.

Lo miro son una sonrisa tensa y me muerdo el interior de la mejilla.

—¿No has leído mi mensaje?

«Qué incómodo». Coge el teléfono, que tenía en el bolsillo de atrás del pantalón.

No tengo que girarme para saber que Grayson está detrás de mí. Noto la electricidad en el aire cuando está cerca. Gregory está distraído con el teléfono y no se da cuenta de su llegada.

—En cuanto nuestros labios se tocaron, empezaste a ser mía —me susurra Grayson al oído y me aparta el pelo para dejarme el cuello al aire. Me estremezco con su contacto—. Ahora sé buena y explícale de quién eres antes de que acabe perdiendo las manos por atreverse a tocarte.

Me abraza por la cintura, colocando las manos en mi vientre y empujándome contra su cuerpo.

Gregory me mira a los ojos y después ve al tío enorme que tengo detrás, que está demostrando de todas las formas posibles que soy suya, y asiente.

—Vale, ya lo pillo —dice mostrándome mi mensaje en su teléfono—. Nos vemos, Maddie.

Se da la vuelta y se va. Yo me giro entre los brazos de Grayson y le pongo las manos en el pecho.

—Tengo que hablar con él. Se merece una explicación. Confía en mí, ¿vale?

—Confío en ti.

Le sonrío, atraigo su cara hacia mí y le doy un beso. Pero enseguida me vuelvo y salgo corriendo, antes de perder el valor.

—¡Gregory, espera! —grito.

Él se para. Dios, cómo sudo.

—¿Podemos hablar?

Asiente con la cabeza y los dos nos dirigimos a la salida. El aire helado me pone la carne de gallina en los brazos, que tengo descubiertos.

—Siento lo que ha pasado ahí dentro. Yo no soy así. No quería hacerte daño, pero necesitaba decírtelo cuanto antes. Sé que no estábamos juntos, pero te mereces una explicación. Llevo un tiempo viéndome con Grayson y... es complicado, pero creo que podría convertirse en algo serio. Al menos tengo que intentarlo; si no, me voy a arrepentir toda la vida. Espero que lo entiendas. Eres un tío genial. Te mereces serlo todo para alguien, y yo no puedo darte eso.

—Tranquila, lo comprendo. Aunque me sorprende. Creía que lo odiabas.

—Sí, yo también. Pero me parece que no era odio..., más bien irritación, sí. Y también que me gustaba pero no podía tenerlo.

Él asiente, comprensivo.

—Sin rencores, ¿vale? Te deseo mucha suerte. Eres una mujer increíble. Te mereces encontrar la felicidad, esté donde esté.

—Gracias.

—Nos vemos, Maddie.

—Adiós.

Se aleja por la acera. Yo me vuelvo hacia la puerta y levanto una ceja. Cómo no, Grayson está ahí, tendiéndome la chaqueta de cuero negra. Me acerco y me giro para que me la ponga.

—¿Todo bien? —pregunta.

Asiento.

—Soy tuya, ¿no? —Lo miro y pestañeo coqueta.

—Eso es. —Se agacha y me cuelga de su hombro. El aire frío se cuela por debajo de mi vestido corto.

—¡Grayson!

Me agarra del culo y yo le doy un apretón en las nalgas cuando empieza a caminar. Madre mía, están durísimas. Vamos a un lateral del club, donde se encuentra el aparcamiento.

Me baja y me sujeta por la cintura.

—Gracias por el viaje.

—Cuando quieras. —Me guiña un ojo.

Me rodea para abrirme la puerta.

—Es hora de reclamar lo que es mío —anuncia con voz ronca, y me da un mordisco en la piel sensible de debajo de la mandíbula.

—¿Vamos a hacerlo de verdad?

Es lo que quiero. Lo quiero a él.

—Nena, no era broma lo que he dicho antes. Estoy obsesionado contigo, joder. Con cada parte de ti. No puedo seguir apartándote. Esto es lo que quiero. Todo. —Se queda callado un momento, mirándome fijamente a los ojos—. La pregunta es: ¿lo quieres tú?

Sin dudarlo ni un segundo, entierro la mano en su pelo y acerco su boca a la mía.

—Yo siempre te he querido a ti. Lo que tenemos... es especial. Algo que mucha gente no encuentra en toda su vida. ¿Por qué crees que te

besé? —Le rozo el lóbulo de la oreja con los labios—. Venga, llévame a casa y hazme tuya. Me he portado muy bien, como tú me has pedido.

19

Grayson

Desde la noche del club, no ha pasado ni un día en el que no haya visto a Maddie. Los dos estamos muy ocupados con el trabajo; a veces he tenido que salir de la cama a medianoche para supervisar algún cargamento de Luca. Ahora no se puede arriesgar a que le roben otra vez. Hasta ahora, no ha ocurrido nada más. Frankie y yo hacemos un buen equipo.

Maddie no se quedó en casa anoche, así que cuando volví de entrenar a los nuevos en el King's Gym con Keller, ella ya no estaba. Y no me gustó nada. Lo único que quería era acurrucarme en el sofá con ella. «Pero ¿en quién me estoy convirtiendo?».

No tengo intención de pasar otra noche sin ella, así que he decidido sorprenderla yendo a buscarla al estudio después del trabajo. Creía que habría acabado para las seis, pero resulta que las modelos necesitan maquillaje a cualquier hora del día, así que he estado esperándola más de una hora mientras contemplaba cómo hacía su magia.

Evie me ha tenido entretenido haciéndome un interrogatorio. Me ha preguntado la edad, cómo fue mi infancia, a cuánta gente maté cuando estaba en las fuerzas especiales, mi historial sentimental. Al oír eso, Maddie ha girado la cabeza al instante.

Pero por fin la tengo para mí solo.

Se tumba en el sofá y hace un poco de zapping. Yo saco una botella de sauvignon blanc. Todo esto me parece lo más natural del mundo.

Tenerla aquí le da vida a la casa. Sirvo dos copas y vuelvo con ella. Tiene el pelo recogido en un moño en la coronilla y no lleva nada de maquillaje. Y la verdad es que así está impresionante. Me sonríe de oreja a oreja y alarga la mano para cogerme una copa. Me siento a su lado y me llevo la mía a los labios.

Ella da un trago, cierra los ojos y suelta un gemido al tragar. No tiene ni idea de lo perfecta que es.

—Dios, cuánto lo necesitaba —exclama, y da otro sorbo.

Yo hago lo mismo. El líquido dulce me da una sensación rara en la boca. Yo soy más de whisky. Lo único dulce que necesito en mi vida es a Maddie. Aparte de mi kriptonita: los batidos de chocolate.

—¿Un día duro? —pregunto mientras dejo la copa en la mesita.

—Mucho lío. Evie me ha puesto dos citas a la misma hora, así que he tenido que meter como he podido a dos modelos a la vez. —Pone los ojos en blanco y apoya su copa junto a la mía.

Yo le coloco las piernas en mi regazo y empiezo a masajearle los pies.

—Hmm, qué bien —gime, y apoya la cabeza en el reposabrazos.

—¿Siempre quisiste ser maquilladora? —No conozco los detalles de su vida. En los últimos siete años no he querido saber esas cosas de nadie, la verdad.

Sin embargo, con Maddie, siempre quiero conocer más. Anoche busqué cosas sobre su signo zodiacal después de ver el tatuaje de acuario que lleva. Nunca antes en mi vida había leído un horóscopo, pero ahí estaba yo, a la una de la madrugada, mirando a ver si acuario y tauro son compatibles.

No me quedó claro.

—La verdad es que no. Estudié Sociología en Columbia, con Sienna. Mis padres quisieron que fuera a esa universidad porque allí es donde se conocieron. Escogí la carrera que me parecía menos aburrida. Pero mientras tanto me dediqué a maquillar a todas nuestras compañeras de residencia. En cuanto acabé de estudiar, decidí que eso era lo que quería hacer. Además, se gana mucho dinero. Primero trabajé en un salón de belleza, y me gustó. Pero Keller me dio la oportunidad de abrir mi propio estudio y no me arrepiento. Me encanta la libertad. Puedo echarme una siesta cuando me da la gana. O cogerme días libres. No tengo que rendirle cuentas a nadie más que a mí misma. —Su cara se ilumina mientras me lo cuenta—. ¿Y tú? ¿Qué te hizo empezar a trabajar para Luca? ¿No era suficiente ser un entrenador de boxeo famoso?

—Es lo único que he conocido. Y me encanta. Aparte de que se me da muy bien. Y si con eso puedo ayudar a Luca, me siento útil. El boxeo es genial, pero ya lo hemos conseguido todo. Supongo que no me satisface

tanto como creía. Todo cambió el día que salvamos a Sienna. Fue la primera vez, desde las fuerzas especiales, que me sentí yo de nuevo.

Por no mencionar que fue el día en que su beso me hizo volver a la vida también.

Ella sonríe con tristeza, después se acerca a mi regazo y me apoya la cabeza en el muslo.

—Si no la hubiera dejado sola aquel día, tal vez esto no habría pasado.

—No fue culpa tuya, cariño. Y yo me alegro de que no estuvieras allí. ¿Y si te hubieras quedado y él te hubiera hecho daño? Jamie estaba desequilibrado.

Ella asiente sobre mi muslo.

—Además, al final todo salió bien. Míranos a los dos aquí. No me habrías besado si no hubiera sido por eso.

Es cierto.

Ese día cambió nuestras vidas en más de un sentido. Aquello derrumbó el muro que había entre nosotros.

—Es verdad. Nada como un buen secuestro para unir a dos personas —dice con una sonrisa burlona.

—Así deberían empezar todas las historias de amor.

Ella se muestra de acuerdo y después frota la cabeza contra mi muslo.

—¿Qué te parecería si tuviéramos una primera cita de verdad mañana por la noche? —propongo.

Se incorpora para mirarme, sin dejar de sonreír.

—Me encantaría.

Arrastra un poco el culo, aparta las piernas y levanta la derecha para colocarse a horcajadas sobre mí.

Mueve ligeramente las caderas y noto como me va toda la sangre a la entrepierna.

—Estaba intentando hacer más profunda nuestra conexión emocional —murmuro, repitiendo algo que leí durante mi investigación sobre el horóscopo.

—La única cosa que quiero en un lugar más profundo es tu polla. Bien adentro.

¿Y cómo le voy a negar a esta mujer algo?

No he cenado todavía, además. Y ella es mi bocado favorito.

Me quito la camiseta blanca por la cabeza. Maddie me recorre el cuerpo con la mirada y, joder, esa forma de mirarme como si quisiera devorarme me pone como una moto.

Ella me imita y empieza a desabrocharse su blusa negra seductoramente. Cuando su sujetador rojo de encaje asoma por la abertura, no puedo apartar los ojos de sus tetas. Le coloco las manos en la cintura, justo encima de la falda de cuero.

—Joder, cielo. ¿Sabes lo sexy que eres? Estoy obsesionado.

Ella se ruboriza aún más y yo le recorro con el dedo índice la piel enrojecida, justo debajo de las clavículas.

—Necesito probar un poco, Maddie.

Le rodeo el cuello con una mano, meto la otra bajo la falda y le acaricio con ella el sexo al aire.

Tiro de ella hasta que nuestras narices casi se tocan.

—No me digas que has recorrido medio Nueva York sin bragas —comento con voz grave.

—Están en tu coche. Quería darte una sorpresita.

—Quiero tener la colección completa. ¿De qué color eran?

—Rojas. A juego con el sujetador.

Cuando le rozo el labio inferior con el pulgar, ella gime.

—Qué bien respondes.

Centro mi atención en la piel expuesta de un lado del cuello y se la muerdo. Cuando bajo una mano para cubrirle un pecho, ella empieza a frotar su sexo desnudo contra mí.

Se le escapa un gemido lastimero. Los preliminares nunca han sido lo mío. Ni tampoco los besos, pero con Maddie todo es muy diferente. Quiero alargarlo, ver cómo su cuerpo se retuerce a punto de llegar al orgasmo.

Disfrutarla poco a poco se ha convertido en mi pasatiempo preferido.

—¿Estás preparada para que entierre mi cara entre tus piernas, cielo?

—No lo dudes —dice traviesa.

—Quiero tus labios primero —aseguro cogiéndola por detrás de la cabeza y atrayendo su cara hacia la mía hasta que puedo hacerme con esos labios—. Cada centímetro de ti es delicioso.

La agarro por la cintura para levantarla, la vuelvo a dejar en el sofá y me arrodillo en el suelo. Ella me mira desde arriba, con un brillo en los ojos y las piernas muy abiertas. Me coloco entre ellas, le agarro los

muslos y me acerco su sexo a la cara. Le subo la falda para que quede totalmente expuesta, con la entrepierna reluciente, lista para mí.

Ella me entierra los dedos en el pelo y tira de mí. Mi chica viciosa. Cuelga sus piernas suaves sobre mis hombros y hundo los labios en ese calor que no para de latir. Su sabor dulce me invade la lengua. Ella arquea la espalda cuando la lamo hasta llegar al clítoris para mordérselo, sin dejar de empujarle el vientre hacia abajo.

—¡Dios!

Un zumbido interrumpe el momento. Intento ignorarlo mientras sigo lamiéndola. Ella mueve las caderas al mismo ritmo y las separa del sofá, lo que me da la oportunidad de ponerle una mano en el culo, sin parar de morder y chupar desesperadamente.

Se oye de nuevo esa puta vibración irritante. Ella no parece haberlo notado, así que continúo. Hay algo muy erótico en tenerla así contra mi cara, a punto de asfixiarme.

Cuando el teléfono vibra otra vez, gruño.

—Me cago en todo.

El cuerpo de Maddie se hunde cuando me aparto y me estiro para coger el móvil.

En la pantalla pone «Mamá». Maddie me mira con los ojos entornados, con las mejillas muy rojas. Le paso el teléfono.

—Contesta antes de que lo destroce.

Con las manos temblorosas, se lleva el teléfono a la oreja. Tiene la respiración irregular. No aparta los ojos llenos de deseo de mí.

—Hola, mamá.

Yo me siento en los talones. Maddie intenta cerrar las piernas, pero la agarro por las rodillas y se las abro todo lo posible. Ella me mira con los ojos como platos y cara de horror.

—Estoy bien. Es que acabo de subir por las escaleras.

Le sonrío con malicia antes de volver a meter la cara entre sus piernas y seguir lamiéndola, muy despacio, hasta llegar a su entrada.

Ella cierra los párpados con fuerza y se muerde el labio.

—No puedo. Tengo cosas que hacer el sábado.

La recompenso introduciendo dos dedos y chupándole el clítoris a la vez.

—No, no es por una cita.

Me quejo, sin apartarme de su sexo, para recordarle que sí que lo es.

—No, no es nadie especial y no voy a llevarlo a comer el domingo.

Sus palabras hacen que me detenga. Parece que sí hay una forma de quitarme las ganas. La miro y ella me responde con una sonrisa de disculpa.

«Pero ¿qué coño...?».

¿Por qué es como si acabara de darme un puñetazo en el estómago? Yo no quiero ser su amante secreto. Estoy harto de ocultarle esto a todo el mundo. No oigo el resto de la conversación, porque la mente no para de darme vueltas.

Ella sigue hablando. Saco los dedos, me aparto de ella y me levanto.

Yo me sentiría muy orgulloso de presentársela a mis padres si tuviera ese tipo de relación con ellos. Mierda, hace siete años que no los veo. Hablamos por teléfono a veces. Cuando me fui de Chicago, lo dejé todo atrás, incluidos a ellos. Los dos están jubilados y se pasan la vida viajando por el mundo. Yo siempre fui un inconveniente para ellos, por eso me mandaron al ejército en cuanto di el más mínimo problema. Incluso he llegado a pensar en llamarlos para saber si van a volver a casa pronto para poder presentársela.

Pero qué mal he entendido la situación.

20

Maddie

El dolor que veo en los ojos de Grayson cuando se aleja hace que entre en pánico.

Ni siquiera sé qué me está contando mi madre ahora mismo. Necesito ir con Grayson y arreglar esto. «Joder, ¿por qué habré dicho eso?».

No quería que Grayson tuviera que soportar un interrogatorio de mi madre. Todavía no. Creo que ninguno de los dos está preparado para eso. Se me han escapado las palabras sin pensar. Con ella, hago las cosas prácticamente por instinto. Me preocupa demasiado su opinión, y está claro que no importa si le hago daño a alguien para contentarla. Es muy tóxico.

—Oye, mamá —la interrumpo—, te tengo que dejar. Te veo el domingo. —Cuelgo antes de que tenga tiempo de responder.

El portazo de la puerta del dormitorio me sobresalta.

Ya veo que está de mal humor.

Voy hasta allí y me quedo junto a la puerta cuando lo oigo cerrar con fuerza los cajones. Inspiro hondo, giro el picaporte y abro.

—Grayson, perdona por lo que acabo de decir.

Él ni siquiera se vuelve para mirarme, sino que sigue buscando entre sus camisetas.

—¿Grayson?

—No pasa nada. Vístete y te llevo a casa. Creo que nos vendría bien estar un tiempo separados.

Suspiro, me apoyo en el marco de la puerta y lo veo ponerse un jersey negro. Trago saliva para soltar el nudo que tengo en la garganta.

—Vale.

Vuelvo al salón sin ganas y recojo la blusa negra que está tirada en el suelo. Cuando me estoy abrochando el último botón, Grayson pasa

como una tromba junto al sofá, va hasta el ascensor y pulsa el botón con fuerza.

—Puedo pedir un taxi, no te preocupes.

—No voy a dejar de llevarte a casa y asegurarme de que llegas bien porque esté cabreado, ¿está claro?

Asiento y cojo el teléfono del sofá y el bolso del suelo. El ascensor pita y las puertas se abren. Yo entro con él y los dos nos quedamos allí de pie, en silencio, mirando las puertas.

Casi puedo oír los engranajes de su cerebro desde el otro lado del ascensor. Doy un respingo cuando las puertas se abren de nuevo al llegar al garaje. El aire frío me hace temblar. Voy con él hasta el Audi, sin levantar los ojos del suelo.

Cuando me siento, él ya ha arrancado el motor y se aferra con fuerza el volante.

Mala señal.

Cuando pasamos la barrera, me vuelvo para mirarlo. Tiene la mandíbula tensa. Le pongo la mano en el muslo y él hace una mueca.

—Lo siento —digo, y quito la mano, pero él me la agarra, entrelaza los dedos con los míos y me da un apretón.

—Si no estás preparada para esto, no pasa nada. Puedo esperar. No tengo mucha paciencia, pero, por ti, prometo intentarlo. Aunque creo que nunca voy a ser el hombre que querrías llevar a casa de tus padres, Maddie.

Antes de conocerlo, bueno, antes de darle ese beso, habría dicho que tiene razón. Nunca me habría planteado tener una relación con él por eso mismo.

Pero ahora no quiero perder esto por culpa de lo que piense esa madre tan criticona que tengo. Esta noche me ha quedado claro. No puedo volver a verlo sufrir así por mi culpa. Parece un hombre fuerte y poderoso, pero en el fondo es alguien a quien han hecho mucho daño. Tengo que ganarme su confianza y demostrarle que el amor todavía existe.

—Estoy preparada. Pero todo lo que tiene que ver con mi madre es difícil. Nadie es lo bastante bueno en su opinión. Me gustas mucho, Grayson. Y no quiero estropearlo antes de que empiece. Ella tiene la extraña capacidad de hacerme dudar de todo lo que hago.

—Dejas que te controle.

Ese comentario me irrita.

—No es cierto —replico.

—¿Ah, no? Vamos, entonces, ¿por qué llevas Dios sabe cuántos años saliendo con tíos sin parar, intentando encontrar a ese príncipe con el que ser feliz para siempre? ¿Crees que vives en un cuento de hadas o qué?

—¡Pero ¿cómo te atreves a decirme eso?! —Aparto la mano bruscamente.

—¿No es verdad?

Me quiere sacar de mis casillas. Y le funciona.

—¿Qué tiene de malo tratar de encontrar el amor, Grayson? Ese alguien con quien pasar el resto de tu vida.

Él se echa a reír.

Será cabrón.

Vale. Si quiere cabrearme, yo también puedo hacer lo mismo.

—Debería haber llevado a Gregory a conocerlos. Al menos él me entiende —digo en voz baja, mirando por la ventanilla a las oscuras calles llenas de grafitis.

—¿Qué coño acabas de decir?

Mi cabeza se proyecta hacia delante cuando él pisa el freno bruscamente y se queda parado en medio de la carretera.

—Pero ¿qué haces?

—Sal de mi coche ahora mismo.

—¿Qué? —pregunto con voz ahogada.

Miro a nuestro alrededor. No tengo ni idea de dónde estamos. Las farolas parpadean y hay un grupo de hombres con capuchas rondando al otro lado de la carretera. No pienso salir ahí fuera.

—Que salgas. No puedo soportar más gilipolleces tuyas esta noche. Ya lo pillo, solo soy alguien para echar un polvo. No soy lo bastante bueno para la princesita Maddie. Pues anda, llama a Gregory para que venga a buscarte. A mí me da igual. Me has dejado bien claro cuál es la situación.

—Que te den, Grayson. Yo solo quiero un hombre decente. Está claro que ese hombre no eres tú. Así que sí, voy a llamarlo, porque seguro que Gregory nunca me haría algo así.

Cojo el bolso y salgo del coche. Cierro con un portazo y le hago una peineta antes de alejarme por la calle. Mantengo la cabeza alta, a pesar de que me corren lágrimas por las mejillas.

21

Grayson

Mi mente no para mientras sigo conduciendo en círculos. El enfado empieza a desaparecer. Me rasco la mandíbula, cubierta por la barba, y reproduzco mentalmente la conversación.

«Joder».

«Joder, joder, joder...».

Soy un imbécil integral.

Le doy varios puñetazos al volante y piso el freno a fondo. El coche que tengo detrás se pone a tocar el claxon como un loco.

—¡Que te den! —grito, y doy media vuelta lo más rápido que puedo.

El Audi sale disparado a toda velocidad hacia el sitio donde la he dejado.

«Solo han pasado unos pocos minutos. Seguro que está bien».

Me paro en seco justo en el sitio donde la he dejado, pero no veo a esa belleza rubia por ninguna parte.

«Mierda».

Abro la guantera y saco el arma. Aunque le tenga que pegar un tiro a alguien, nadie se va a inmutar siquiera. Eso aquí ocurre todos los días. El aire frío me congela la cara. Inhalo con fuerza y el fuerte olor a marihuana me embota los sentidos.

Mantengo el arma junto al costado. No quiero llamar demasiado la atención.

Avanzo por la acera. Solo he dado unos pasos y ya me he encontrado a dos mendigos envueltos en sacos de dormir.

—¡Déjeme en paz! —grita una voz femenina.

Busco el lugar de donde ha llegado el sonido. Siguiéndolo, giro a la derecha y miro al otro lado de la calle. Hay un callejón oscuro. Voy corriendo, pero reduzco el paso para acercarme con cuidado.

—¡Dame el puto teléfono! —grita otra voz.

Cuando doblo la esquina, veo los zapatos plateados de tacón de aguja de Maddie que resplandecen con la luz. El hombre, vestido completamente de negro y con un pasamontañas para taparse la cara, está intentando robarle el bolso. Con el arma por delante, me acerco a ellos sin hacer ruido, para no asustarlo. No tengo ni idea de si va armado.

Me llevo un dedo a los labios cuando Maddie me ve de reojo. Ella aparta la vista justo cuando le pego el cañón de la pistola a la nuca a ese gilipollas.

—Apártate de ella. ¡Ya! —Se oye claramente la violencia en mi tono.

Cuando veo un destello plateado (un cuchillo) saliendo de su bolsillo trasero, reacciono por instinto y aprieto el gatillo. Acabo de volarle la cabeza. Mis oídos se resienten por el ruido del disparo, seguido inmediatamente por los gritos de Maddie.

22

Maddie

—Eres un puto monstruo, Grayson. ¡Te odio! —Mi voz se ha vuelto muy aguda y no dejo de temblar.

Él pasa por encima del cadáver del hombre y me abraza. Yo le empujo el pecho con todas mis fuerzas, pero no sirve de nada. Él no se mueve, ni me suelta. No me va a soltar nunca.

—Tienes razón, cielo. Soy un monstruo. Pero soy el tuyo —contesta —. Lo siento mucho —añade, y cierra los ojos, como si no pudiera mirarme.

Sé que no se está disculpando por haber matado a ese hombre.

—Si lo sientes, sácame de aquí y llévame a casa. —Tengo los brazos pegados a los costados y los puños apretados.

Él suspira y me suelta. Yo paso por debajo de su brazo y salgo corriendo. Él me alcanza y me agarra del brazo. Sin decir nada más, vamos hasta su coche y me abre la puerta. Entro y él se sienta tras el volante. Yo miro por la ventanilla. Solo oigo su respiración acelerada y me pone de los nervios.

Hacemos el trayecto en silencio. Se me eriza la piel cada vez que me echa un vistazo. Doy un respingo cuando me acaricia el muslo.

—Quita. Esa. Mano. —Pronuncio cada palabra con desprecio y sin mirarlo.

Me hierve la sangre al notar su contacto. No puedo soportar el ruido de su respiración ni un minuto más, así que subo el volumen de la música al máximo.

Aparca delante de mi apartamento y abro la puerta antes incluso de que haya parado el coche del todo. Salgo y estoy a punto de tropezarme con la acera.

—Joder —exclamo, me recompongo y salgo corriendo hacia el edificio sin mirarlo ni una vez.

Subo las escaleras a toda prisa. Me arden los pulmones cuando llego a mi apartamento. Voy a sacar las llaves del bolso y...

No, no, no.

Mierda.

No tengo el bolso. Estrello las manos contra la puerta del apartamento y apoyo la frente en la madera. Todavía no he recuperado el aliento. Me caen las lágrimas por la cara como una cascada. Todo el miedo y la ira se mezclan en una violenta explosión de emociones.

De repente noto un cambio en el aire detrás de mí. Se me pone el vello de punta. Está aquí.

No me queda energía ni para girarme. No quiero que me vea así, hecha un desastre total. No quiero que sepa cuánto daño me ha hecho.

Él me obliga a darme a vuelta y me sujeta por la cintura. Su contacto hace que me arda todo el cuerpo. Sus ojos azules gélidos me observan.

Me inclina y el ruido de la cerradura al abrirse me hace sentir un enorme alivio. Me zafo de sus manos, cojo mis llaves, entro en el apartamento y le cierro la puerta en las narices con un portazo. Con la espalda apoyada en la puerta, me dejo caer al suelo y me abrazo las rodillas.

La habitación me da vueltas mientras me desahogo. Me cuesta respirar entre los sollozos, estoy casi hiperventilando.

La puerta se sacude contra mi espalda.

—Cielo, déjame entrar —grita.

No me muevo. No puedo.

El corazón me late como un loco y tengo un nudo en la garganta. «Joder, ¿me voy a morir?». Siento como si una mano me apretara el pecho con fuerza y me entra el pánico. Empiezo a ver estrellas. Me pongo a cuatro patas, con los pulmones a punto de explotar.

—¡Ayúdame!

23

Grayson

El corazón se me queda atravesado en la garganta cuando la oigo deslizarse al suelo al otro lado de la puerta. Cada sollozo se me clava en el pecho.

Nunca antes me he sentido culpable por todas las cosas horrendas que he hecho. Pero esto me está matando. Yo soy la última persona que quiere cerca ahora mismo. Lo sé. Está furiosa y dolida. Si otras veces que la he cabreado tenía ganas de clavarme algo, ahora seguro que quiere asesinarme.

Sus gritos se vuelven más desesperados, casi histéricos. Está perdiendo el control. Conozco bien esa sensación. Ese momento en que la realidad empieza a dejar paso a una oscuridad que se va colando y consumiendo todo tu cuerpo. Cuando entras en ese abismo, es muy difícil, muchísimo, volver a salir de ahí. Por eso ahora vivo en el infierno. He aprendido a arreglármelas bien ahí. Maddie tiene razón: soy un monstruo. Pero no voy a permitir que la oscuridad se trague a la luz de mi vida.

—Cielo, déjame entrar.

Nada.

Pego la oreja a la puerta para escuchar mejor. Hago una mueca de dolor cuando oigo que sus sollozos se van volviendo más altos. Parece que le cuesta respirar. Oigo un silbido cada vez que intenta tomar aire.

Joder.

Oigo movimiento y después su mano sobre el suelo de baldosas. Bien, se está apartando.

Inspiro bruscamente.

—¡Ayúdame!

—¡Apártate de la puerta, cielo!

Levanto el pie izquierdo y le doy una patada a la puerta con todas mis fuerzas. Se abre y se estrella contra la pared. Maddie está tirada en el suelo. Su pecho sube y baja a toda velocidad.

Joder.

Voy corriendo hacia ella y me pongo de rodillas. Su aliento cálido me roza la cara. Vale, respira. Le aparto unos mechones de pelo empapados del rostro y le levanto la cabeza del suelo despacio.

—Vamos, cariño, vuelve conmigo —le susurro al oído mientras le acaricio la mejilla helada.

Su cuerpo se estremece contra el mío. Está congelada. Le apoyo la cabeza en mi regazo, la agarro por las axilas, pego su cuerpo al mío y la acuno como si fuera un bebé. Me preocupa que no se haya despertado aún. Miro el reloj. Le doy treinta segundos y, si no, llamo a una ambulancia.

—Cariño, despierta. Vuelve conmigo. —Se me llenan los ojos de lágrimas. Pero ¿qué coño le he hecho?

Me pongo de pie, sin soltarla.

—Grayson... —dice en un leve susurro.

—Hola, cielo.

La llevo al dormitorio y la tumbo en su cama. El colchón se hunde cuando me siento en el borde, junto a ella. Tiene rímel por toda la cara. No se mueve, solo se queda mirándome.

—¿Qué tal te encuentras? —pregunto en voz baja, porque no quiero alterarla.

—Bien.

—¿Te llevo al hospital? ¿Qué te ha pasado?

—Un ataque de pánico, nada más. Nunca he tenido uno así, tan fuerte como para desmayarme. —Su cara está recuperando el color.

Le acerco dos dedos al cuello para comprobarle el pulso. El latido es firme, un poco rápido, pero nada preocupante.

—¿Quieres que te traiga algo? ¿Agua?

Ella niega con la cabeza.

—Necesito que te vayas. Y no me refiero a que te vayas de mi casa, sino de mi vida. Fuera lo que fuera esto, se ha terminado.

Me muerdo el labio inferior con tanta fuerza que noto el sabor de la sangre en la lengua. No quiero dejarla así, pero, si se va a poner peor si me quedo, tendré que irme.

—No puedo dejarte esta noche, Maddie, sobre todo después de lo que ha pasado. Voy a prepararte un baño y a acostarte. Yo dormiré en la otra habitación. Y me habré ido para cuando te despiertes. Solo necesito asegurarme de que estás bien.

Ella suspira y asiente, mirando más allá de mí.

Se está alejando y no puedo hacer nada para evitarlo.

24

Maddie

Me despierto sobresaltada. Estoy tapada hasta el cuello con el edredón. No recuerdo mucho más de anoche después de que Grayson me preparara el baño.

Noto una punzada de dolor en el pecho. Ya me siento vacía sin él. No voy a encontrar otro hombre como él, que me satisfaga por completo. Me quedé colgada de él después de un beso nada más. Pero no puedo perdonarle lo que me ha hecho.

Una cosa es tener una discusión, pero dejarme tirada en medio de una zona conflictiva llena de bandas es pasarse de la raya, y mucho. Voy al baño. Hago una mueca al ver mi reflejo. Me lavo los dientes y me aplico un poco de crema hidratante.

Luego voy a la cocina, enciendo la cafetera y me quedo mirando el líquido oscuro que va llenando la taza. Anoche no comí nada. Me va a dar algo si no ingiero algo pronto. Me pongo de puntillas, abro el armario de arriba y meto la mano para buscar el azúcar moreno.

Tiene que estar por aquí.

Mis dedos tocan algo metálico. ¿Qué coño es?

Consigo agarrarlo con los dedos y me quedo mirando la pistola pequeña y plateada que tengo en la mano. Se me cae, rebota en la encimera y yo doy un salto atrás.

«Pero ¿qué coño...?».

Giro la cabeza bruscamente cuando oigo carraspear a Grayson.

Será cabrón...

—¡Fuera! —grito, y le señalo la puerta.

Veo dolor en su cara mientras sacude la cabeza. Se acerca y yo cojo la pistola de la encimera y le apunto al pecho.

Me tiembla la mano cuando él viene a mi lado.

—Está cargada —aviso, y me tiembla la voz.

Él sonríe y me mira desde arriba.

—Lo sé. La he cargado yo. —Coge el cañón y lo aprieta contra su pecho.

—Vete —susurro.

—No. Solo vas a poder librarte de mí si me matas. Así que, si eso es lo que quieres, hazlo. Me lo merezco. Soy un puto monstruo. Tengo el corazón negro, pero es todo tuyo. Hasta el día en que vaya al infierno, e incluso después de eso, voy a ser tuyo. Así que venga, dispárame, joder.

—No deberíamos haber empezado esto —contesto con la voz quebrada. Las manos me tiemblan como hojas.

—Te equivocas, Maddie. No me puedo arrepentir de esto. Sé que no te merezco, pero tienes que saber que quiero dártelo todo. Siento mucho lo de anoche. Nunca más volveré a hacerte daño. Lo único que sé es que no puedo vivir sin ti. Te quiero a ti. Entera. Y puedo intentar ser el hombre que te mereces. Te lo prometo. Pero... no me dejes, cielo, por favor.

Sus palabras se me clavan en el pecho. Abro la mano y él me quita la pistola. Estoy tan confundida ahora mismo que no puedo evitar echarme a reír. Me agacho y me apoyo las manos en las rodillas para recuperar el aliento.

—Eres un imbécil, Grayson. ¿Por qué has dejado la pistola ahí, sabiendo que estoy cabreadísima contigo?

—No esperaba que me apuntaras con ella. Pero todo lo que he dicho es cierto, Maddie. —Sostiene el arma entre los dos. Abro la boca, sorprendida—. No volveré a hacerte daño. Hasta el día en que me muera. Y si eres tú quien me mata, me parece bien.

Me roza la clavícula con la boca del cañón. El frío metal hace que se me ponga la piel de gallina.

—La verdad es que me ha puesto cachondo —reconoce con voz áspera y baja el arma hacia mis pechos.

No puedo dejar de mirar esa máquina de matar cargada que se desliza por mi piel. Tira de la cinturilla de mis pantalones cortos para apartarla de mi cuerpo.

—Y se me ocurre algo que hacer con esta pistola que me pondría aún más.

A juzgar por su reacción de anoche, estoy segura de que no me va a hacer nada malo.

—Abre las piernas, preciosa —susurra.

Cuando estoy en sus manos, soy como una muñeca, así que hago lo que me pide.

El cañón helado me roza la piel caliente entre los muslos y Grayson lo sube y baja despacio. Se agacha para morderme el lóbulo de la oreja. Yo inspiro bruscamente, con miedo a moverme, pero muy excitada al mismo tiempo.

—No voy a poder volver a usar una pistola sin recordarte a ti así.

El frío en mi sexo, mezclado con la pura adrenalina, me acelera la sangre. Mi cuerpo se relaja cuando aparta el arma. Entonces se la lleva a la boca, sin apartar sus ojos de los míos, y recorre el cañón con la lengua.

—Delicioso —murmura.

La pistola repiquetea cuando la deja en la encimera. Yo me quedó ahí plantada, mirándolo con la boca abierta. «Madre de Dios».

—Bésame. —Las palabras salen de mis labios antes de que me dé tiempo a pensar lo que estoy diciendo.

Él frunce el ceño.

Necesito un último beso. Hay poquísimas probabilidades de que vaya a encontrar un hombre que me produzca el mismo placer que Grayson.

—Por favor —suplico, y me humedezco los labios, tentándole.

Sus labios se pegan a los míos y la entrepierna no deja de latirme. Joder, se le da bien. Mi lengua encuentra la suya y le rodeo el cuello con los brazos para acercarlo y hacer el beso más profundo. Él gime dentro de mi boca y eso provoca corrientes eléctricas en mi cuerpo.

—Si no paramos ahora, voy a subirte a la encimera y a meter la cabeza entre tus piernas para desayunar.

—Hazlo —pido levantando la barbilla. Bajo la mano por sus abdominales marcados y después sigo descendiendo hasta ponerla sobre la erección por encima de los vaqueros—. Aunque creo que voy a desayunar yo primero.

Me pongo de rodillas, le desabrocho los pantalones y le libero el pene. Envuelvo la base con la mano; así parece enorme. Me humedezco los labios y me lo meto en la boca. Su semen salado se desliza por mi garganta.

—Joder —exclama con los dientes apretados—. Métetela toda en la boca, como la putita insaciable que eres —gruñe.

Yo obedezco y me la introduzco más adentro, hasta que choca con el fondo de la garganta. Hago todo lo que puedo para evitar las arcadas.

Me caen lágrimas por la cara, pero empujo más la cabeza para recibirlo entero, relajando la garganta para que quepa.

—Eso, pórtate bien.

Él me embiste la boca y me golpea la garganta una y otra vez.

—Joder. Chupa más fuerte.

Tengo la mano apoyada en sus musculosos muslos y le clavo las uñas en la piel. Él se tensa contra mí; sé que le falta muy poco. Me da un tirón del pelo y me hace daño en la cabeza, pero estoy demasiado excitada ahora mismo para que me importe.

De repente me levanta para subirme a la encimera y noto la superficie fría en el culo.

—Necesito estar dentro de ti. Ya.

Me quita de un tirón los pantalones cortos y las bragas y los lanza al suelo. Me abre las piernas, se coloca entre ellas y tira de mí hacia él.

Con los dedos me acaricia el interior del muslo y después la entrepierna.

—Dios, estás mojadísima. ¿Voy a tener que poner una pistola en el cajón de la mesita de noche?

Me pellizca el clítoris y yo grito. Entonces hunde su miembro en mi interior con una embestida brusca. Sus labios atrapan los míos y su lengua me recorre la boca.

—Mía —murmura con una voz primitiva.

Sigue embistiéndome hasta que desconecto de todo. El ruido del choque de su cuerpo contra el mío es lo único que oigo. Me desnuda por arriba, para dejarme los pechos al aire, y se mete un pezón en la boca.

—Joder, Grayson —gimoteo, y echo la cabeza atrás.

—Grita mi nombre más fuerte, cielo —pide mientras me muerde el cuello. También me traza círculos alrededor del clítoris con los dedos, sin dejar de embestirme con ferocidad—. Mírame. —Su voz es autoritaria.

Abro los ojos y lo miro.

—Córrete para mí.

Oírle decir eso me provoca el orgasmo. Mi cuerpo tiembla contra el suyo y grito su nombre.

—Joder, cielo. —Él se derrama dentro de mí.

Sus labios encuentran los míos y yo le pongo las manos en las mejillas. Es un momento muy íntimo.

Grayson apoya su frente contra la mía.

Esto es demasiado. Deseo a este hombre más que nada en el mundo, pero no puedo vivir así.

Voy a echar de menos esto. Y a él.

—Necesito que te vayas —susurro.

Todavía noto su miembro palpitando en mi interior. Esto no es lo que me pide el corazón, pero sí lo que me está pidiendo a gritos el cerebro que haga.

Veo su nuez subir y bajar cuando traga saliva y asiente.

—Te voy a dar tiempo. Pero nada más. Lo que he dicho era muy en serio. Te prometo que te voy a compensar. —Habla con voz suave y me limpia las lágrimas con el pulgar—. No soporto verte llorar, cariño.

Lo miro a los ojos, a pesar de que veo borroso por las lágrimas. Me da un beso suave en la frente. En cuanto se separa, se sube los pantalones.

—Te veo pronto —promete.

Me coge la mano y le da un apretón para tranquilizarme. Yo estoy conteniéndome. No puedo moverme, ni hablar. Si lo hago, sé que todas las emociones saldrán de mí a borbotones y él no se irá. Sale de la cocina. Yo aguanto la respiración hasta que lo oigo salir. Entonces mi cuerpo pierde toda la fuerza y lo suelto todo.

¿Cómo he llegado a esto en mi vida y por qué me parece que se me ha parado el corazón en cuanto él ha salido por la puerta? Me bajo de la encimera, voy al dormitorio y cojo el teléfono que tengo en la mesita.

Busco el nombre de Sienna y, mordiéndome el labio, la llamo.

—¡Hola, Maddie!

—Hola, Sienna. ¿Tienes un momento?

—Para ti siempre, ya lo sabes. ¿Va todo bien?

Cuando no estás bien y alguien te pregunta si lo estás, duele.

—La verdad es que no, Sienna. Necesito a mi mejor amiga.

—¡Keller! Voy a casa de Maddie. ¿Puedes ocuparte de Darcy, por favor? —grita.

Tiene una conversación en voz baja con su marido y yo mientras tanto me quedo sentada, mordiéndome la piel de alrededor de las uñas.

—Está bien. Me cambio y voy, ¿vale?

—Gracias, Sienna.

Siento un gran alivio. No quiero estar sola.

—No me las des. ¿Es que no te acuerdas de todo lo que hiciste por mí el año pasado? Eres mi mejor amiga, pase lo que pase. No dudes en

llamarme en cualquier momento. Aunque no vivamos juntas, estoy aquí para lo que necesites. ¿Me has oído?

Me echo a reír por su tono maternal, pero lo cierto es que es lo que necesito ahora mismo; alguien que me abrace y me diga que todo se va a arreglar.

—Perfectamente.

—Vale, estoy ahí enseguida. Te quiero, Maddie.

—Yo también.

Suspiro, cuelgo y me dejo caer en la cama.

Necesito recuperar la calma.

25

Maddie

Tras una ducha larga con agua casi hirviendo, tengo que reconocer que me siento un poco mejor. Desde que Grayson salió de mi casa, no he dejado de pensar en él. He llegado incluso a llorar de risa al recordar que he apuntado con una pistola a un sicario profesional. Pero ¿qué coño se me estaba pasando por la cabeza? Luego me he excitado al rememorar lo que ha hecho con el arma después.

No tengo ni idea de cómo están las cosas con él ahora mismo. Los dos la hemos fastidiado. No somos buenos el uno para el otro. Me dejo caer en el sofá de cuero y meto las manos dentro de las mangas de la sudadera con capucha. Enciendo la tele, veo lo que hay en varios canales y al final me quedo con las noticias. Faltan veinte minutos para que llegue Sienna.

Ni siquiera oigo la puerta, solo noto que Sienna me envuelve en un abrazo amoroso y me quita el teléfono de las manos temblorosas.

—Maddie, ¿estás bien? —Me coge la cara entre las manos y me examina.

Yo sorbo por la nariz y niego con la cabeza.

—Vale. Voy a preparar chocolate con extra de nata montada y después me vas a contar qué es lo que pasa. Acabo de dejar a Grayson en mi casa con Keller y tenía tan mala pinta como tú.

En cuanto oigo su nombre, las lágrimas se intensifican.

Ella me da un pañuelo y me acaricia el pelo.

—Todo se va a arreglar. Te lo prometo.

Unos minutos después aparece una taza de chocolate bajo mi nariz.

—Gracias, Sienna.

Se sienta a mi lado en el sofá, cruza las piernas sobre el cojín y le sopla a la taza.

—Venga, cuenta. Desde el principio.

Inspiro hondo. Durante los siguientes minutos, que a mí me parecen horas, se lo explico todo. Desde el beso del año pasado hasta lo de esta mañana. No me hace falta omitir ningún detalle; Sienna está más que acostumbrada a las cosas de la mafia.

—Maddie, ¿no crees que quizá no se trata tanto de lo que la otra persona pueda ofrecerte, sino de cuánto os queréis? Es muy obvio que estáis locamente enamorados el uno del otro, aunque lo ocultéis peleándoos. Tienes a un hombre que quemaría el mundo hasta los cimientos por ti. Por poder amarte. Bajo toda esa locura, está obsesionado contigo.

Aprieto los párpados para intentar controlar el fuerte dolor de cabeza que me hace latir las sienes.

—Piénsalo. Es tu vida y la decisión es tuya; ni mía, ni de tu madre, ni de tu familia. Solo tuya. Haz caso a tu corazón. Yo solo quiero que seas feliz. Y creo que esa búsqueda del príncipe azul solo te está alejando de lo que quieres de verdad. Del hombre que deseas.

Tiene razón.

Toda esta obsesión es fruto de mi necesidad de contentar a mi madre.

Quería que, por una vez, no me mirara con decepción, que estuviera orgullosa de mí, y la única forma que tenía de conseguirlo era encontrar un marido respetable.

—Ven aquí —me dice mi amiga, abriendo los brazos.

Yo me dejo abrazar y ella me aprieta contra su cuerpo y me acaricia el pelo.

Cuando todo se va a la mierda, al menos siempre me quedará mi mejor amiga.

26

Maddie

Tras pasar el fin de semana con Sienna, comiendo helado y viendo comedias románticas sin parar, me siento mejor. No he dejado de buscar hombres que pensaba que mi madre aprobaría, que me hacían imaginarme una vida que ya no estoy segura de querer. Ahora mismo estoy en un punto en el que me siento feliz sola. Tengo un apartamento, un estudio y una carrera floreciente por delante. ¿Por qué estoy tan obsesionada con encontrar al hombre perfecto?

Me paso toda la semana muy ocupada con el trabajo. El estudio está reluciente. Tengo todos los productos organizados en cajas de almacenaje e incluso he ordenado los rotuladores de Evie por colores. Cualquier cosa para no pensar.

Mi madre me llamó ayer para decirme que mi prima, Masie, se va a casar a final de año. Me ha invitado a la boda con un acompañante. Más bien lo que quiere es obligarme a encontrar a ese acompañante. Pero el único hombre que quiero no es el adecuado para mí.

A veces las cosas no tienen que pasar.

Pero esta semana sin él se me ha hecho larguísima.

Sienna me sonríe cuando me acerco a la zona de los reservados del End Zone. Un Keller con actitud posesiva la tiene cogida por la cintura. La saludo con una mano y acelero el paso.

—Maddie. —Luca me hace un gesto con la cabeza y alza su vaso, lleno de un líquido ámbar, en dirección a mí.

Frankie saluda con un gesto de asentimiento. Sus ojos grises contrastan con su piel aceitunada. La verdad es que es muy atractivo. No es Grayson, pero tiene un aire de dios griego, irradiando poder y envuelto en la oscuridad.

Tal vez ese sea mi tipo.

Luca señala el asiento a su lado y yo me acomodo allí. Keller me sirve una copa de champán y me la pasa por encima de la mesa.

—¿Todo bien, Maddie? —pregunta, y me mira con las dos cejas levantadas.

Lo sabe.

—Sí. —Cojo la copa y le doy un buen trago.

Luca se ríe entre dientes. Genial. Todos lo saben.

Siento todas las miradas fijas en mí mientras sigo bebiendo. Entonces noto algo en el aire y se me eriza el vello de la nuca.

—Buenas noches. —Su voz me produce corrientes eléctricas que me recorren el cuerpo.

«Grayson».

Todo el mundo le da la bienvenida, pero yo no dejo de mirar al frente.

Él se sienta al lado de Sienna, delante de donde yo estoy.

—Cielo.

—Hola —contesto con una sonrisa tensa, intentando con todas mis fuerzas no revolverme en el asiento.

Una camarera muy poco vestida aparece y le coloca delante un vaso de whisky. Los dedos de ella le rozan la camisa negra, que se le pega al bíceps. Yo aprieto la copa. Sus ojos no se han apartado de los míos. Veo su nuez subir y bajar cuando traga y no puedo evitar humedecerme los labios.

—Oye, ten cuidado con esa copa —advierte Luca—. La vas a romper dentro de un segundo.

Aflojo de inmediato los dedos con los que sujeto la copa.

—Estás muy callada, Maddie. ¿Qué te pasa? —pregunta, y eso me desconcierta.

He estado muchas veces con Luca, pero nunca hemos tenido una conversación como tal. Pero siempre deja caer chistes y comentarios.

Y no para de observarlo todo, analizándolo.

—Tengo muchas cosas en la cabeza. No sé ni lo que hago, la verdad.

Siento los ojos de Grayson fijos en mi cara.

—Él lleva toda la semana igual... Insoportable. —Se echa a reír.

Los dos estamos hechos una mierda sin el otro.

—Estoy casi segura de que la he cagado de forma irreversible —le susurro a Luca al oído. El fuerte olor a sándalo de su *aftershave*, mezclado con el del tabaco, me llena la nariz.

—No creo que puedas alejarlo. Está obsesionado contigo. Lleva así todo este último año. Pero le has hecho daño. Piensa en lo que le ha pasado antes en su vida. En el fondo, en lo más profundo, es un blandengue. Y también demasiado impulsivo. —Sonríe y mira de reojo a Grayson—. Si los dos aceptarais por fin que os queréis, nos haríais la vida mucho más fácil a los demás. Dejad de una vez de intentar alejaros.

«Amor...».

Nunca he sentido nada tan abrasador, tan apasionado y tan puro en los veintiséis años que llevo en este mundo.

—Tal vez. Habrá que ir viendo.

—Piénsalo —pide, y se encoge de hombros.

Me fijo en la cara atormentada de Grayson y me ruborizo. Dios, se pone muy sexy cuando está cabreado.

Cruzo las piernas bajo la mesa y le rozo intencionadamente la espinilla.

Su expresión pasa del cabreo al deseo y sus ojos ardientes conectan directamente con mi entrepierna.

Se levanta. Yo alzo la barbilla para mirarlo mientras me tiende la mano.

—¿Bailas conmigo?

Todos los que están en la mesa giran la cabeza para observarnos. Luca me empuja el muslo con el suyo para que acepte.

Le doy la mano a Grayson, y, en cuanto lo hago, me hierve la sangre en las venas. Vamos a la pista, abriéndonos paso entre la gente.

No dice una palabra, solo me hace dar vueltas delante de él, me envuelve el torso con los fuertes brazos y me apoya la cabeza en el hombro. Comienza a moverse al ritmo de la música y yo froto el culo contra él.

Todo lo que nos rodea se difumina. Solo estamos nosotros. Giro entre sus brazos y le rodeo el cuello con los míos. No decimos nada, solo nos miramos.

Tenía razón: una vez que empezamos esto, ya no había vuelta atrás.

—¿Te veo mañana? ¿En mi gimnasio? ¿A la una, por ejemplo?

—¿Te vas ya?

—He venido a por Frankie. Te prometí que te daría tiempo y quiero hacerlo, Maddie. Lo del fin de semana pasado fue demasiado, incluso para nosotros. Tienes que decidir qué es lo que quieres de verdad. No

quiero solo una parte de ti, lo quiero todo. Cada centímetro. Sin faltar nada. Diviértete esta noche. Mañana será hora de decidir, ¿vale?

Noto las palabras en la punta de la lengua: quiero decirle que me lleve a casa. Yo también lo quiero todo. Pero algo me impide decírselo.

Tiene parte de razón, pero solo pensar en perderlo, en estar sin él como esta semana, me da todas las respuestas que necesito.

—Mañana. —Le pongo la mano en la mejilla cubierta por la barba. Este momento es muy intenso.

Me da un beso en el pelo y me suelta. Frankie se acerca adonde estamos.

—Pase lo que pase, siempre serás tú. —Grayson me coge la mano y le da un apretón antes de volverse para irse.

Frankie y él se dirigen a la salida y un segundo después noto que me abraza Sienna.

¿Puedo hacerlo? ¿Dárselo todo?

—Vamos a por una copa, Maddie. Me parece que te vendría bien.

—La verdad es que sí.

27

Maddie

El pelo me azota la cara por el viento. Estoy plantada en la acera, mirando la entrada del gimnasio. Mierda, lo voy a hacer de verdad.

Reúno el valor y abro la puerta. Noto el olor característico del lugar, a sudor y cuero. Oigo gruñidos y el eco de los golpes. La puerta se cierra detrás de mí y de repente cesa cualquier movimiento y todo el mundo me mira.

Hay músculos por todas partes.

—¡Todos a lo vuestro! —grita Grayson, y la gente retoma los puñetazos al instante.

Se inclina sobre las cuerdas rojas del ring de boxeo que hay en el centro de la sala. Tiene el pelo empapado de sudor y los bíceps tensos le brillan.

Y está... desnudo. Bueno, al menos de cintura para arriba. Todos sus músculos definidos destacan aún más por el sudor.

—Ven aquí, cielo.

Pasa por debajo de las cuerdas, baja la escalerilla y se acerca. Yo levanto la cabeza cuando llega a mi lado. Jugueteo con la manga de la chaqueta y me quedo mirando los brillantes guantes de boxeo rojos que tiene a un costado.

—Cuánto te he echado de menos, joder —susurra.

—Yo también.

Cuando me abraza, me envuelve con los brazos y me aprieta la cara contra su pecho duro y pegajoso con tanta fuerza que casi no puedo respirar.

—Lo siento. Te prometo que nunca jamás volveré a hacer nada que te haga daño. —Le tiembla la voz. Está sufriendo tanto como yo.

Pero no, no debería haberme dejado allí tirada. Aunque yo tampoco debería haber utilizado sus inseguridades contra él como lo hice. Si les

hubiera hablado a sus padres de mí así, habría querido matarlo con mis propias manos.

—Yo también siento haberte hecho daño. —Suspiro y apoyo la cabeza contra su pecho, donde oigo el latido errático de su corazón bajo mi oreja.

—No tienes que disculparte por nada, cariño. Ha sido todo culpa mía. ¿Me dejas compensártelo?

—¿Qué tienes en mente?

—Es una sorpresa. Y te prometo que es una buena. Tengo que terminar esta sesión y soy todo tuyo. —Me da un beso en la punta de la nariz.

Yo le pongo las manos en las mejillas y tiro de él hacia mí para darle un beso de verdad.

Los silbidos resuenan en la sala. Él sonríe contra mis labios.

—Tenéis toda la noche para comeros lo que haga falta, Grayson, pero ahora ven aquí arriba para que te dé unos cuantos golpes. Todavía me quedan diez minutos de sesión —exclama Luca.

—Los dos sabemos que no me vas ni a tocar. Espera un momento.

—No te voy a dejar mal delante de tu chica —responde Luca con un guiño.

La risa de Grayson hace que vuelva a mirarlo.

—¿Te importa esperar a que deje KO a ese capullo? —me pregunta—. Después te enseño tu sorpresa.

La curiosidad me llena de mariposas el estómago.

—¿Me das una pista? ¿Por favor?

—Mueve el culo, tío —insiste Luca.

Grayson pone los ojos en blanco.

—Paciencia, cariño —murmura—. Siéntate por ahí y mírame boxear.

—Entendido, señor. —Le guiño un ojo y le doy una palmadita en el pecho.

Me da la espalda y vuelve al ring. Yo voy a donde están las colchonetas, a mi izquierda, al lado de un saco de boxeo que hay colgado del techo. Me siento en el suelo, con las piernas estiradas y la espalda apoyada en la pared.

—Venga, enséñame de qué estás hecho —provoca Grayson a Luca.

Este lanza un puñetazo y Grayson lo esquiva.

—¿En serio, Luca? Qué chapuza. Venga, pégame —le incita Grayson.

Luca prueba con un gancho de izquierda directo a la mejilla de Grayson. Cuando el guante impacta, la cabeza de mi chico sale despedida hacia atrás. La sacude y le sonríe a Luca.

—Mejor, pero te falta fuerza.

Así transcurren diez minutos. Grayson y Luca se agachan y apoyan las manos en las rodillas, con las respiraciones trabajosas. Grayson tiene la frente perlada de sudor.

—Me voy. Te veo la semana que viene —le dice a Luca y pasa entre las cuerdas. Viene hacia mí y se quita los guantes—. ¿Preparada? —Me tiende una mano cubierta de vendas.

Se la cojo y me ayuda a ponerme de pie.

Salimos por una puerta de madera que hay en la parte de atrás del gimnasio. En la pared se ven fotos enmarcadas de Keller y Grayson cuando el primero ganó el título mundial. Una sonrisa asoma a mis labios al recordar ese día. Fue la primera vez que vi a Grayson desde «el beso». Estuvo evitándome todo lo que pudo. Hasta la boda.

En el centro del espacio hay una enorme mesa de roble cubierta de papeles. Frunzo el ceño cuando veo allí dos maletas pequeñas, una rosa claro y otra negra.

Grayson se coloca a mi espalda y me abraza por detrás, apoyándome las manos en el vientre y la cabeza en el hombro.

—¿Cuál era ese sitio al que siempre habías querido ir?

—¿Rusia? —miento.

—Prueba otra vez.

—¿Londres? —Intento contener la emoción, pero me sale la pregunta con voz aguda.

—Voy a ofrecerte la mejor cita de tu vida, cielo.

—¡No puede ser! —chillo—. Gracias, gracias, gracias. —Le cubro el cuello de besos—. ¿Cuándo nos vamos?

—Ya.

—¡Pero si no he hecho el equipaje!

—Ya me he ocupado de eso. Todo lo que necesitas está en esa maleta.

—¿Cómo?

—Soy un hombre con muchos recursos, cariño.

—Entonces vete a la ducha. Tenemos que ir a coger un avión. —Le empujo el hombro.

—Es un jet privado, Maddie.

Me coge en volandas y yo le rodeo la cintura con las piernas. Me besa y su lengua invade mi boca. Yo gimo en la suya. Noto su erección frotándose contra mis bragas y provocándome corrientes eléctricas que van directas a mi entrepierna.

—Joder, cielo. No quiero volver a pasar una semana sin ti —afirma con voz ronca.

—Yo tampoco.

La puerta tiembla cuando me empotra contra ella.

—¿Estás preparada para unirte al club de la gente que ha practicado sexo en un avión en pleno vuelo, cariño?

—Claro que sí.

28

Grayson

El entusiasmo que irradia es contagioso. Lo que ocurrió el fin de semana fue la revelación que necesitaba. Ahora sé que no puedo perderla.

Cuando salgo a correr todos los días a la hora de comer, me paso por su estudio. Aunque no pudiera estar con ella, necesitaría verla. Es mi droga. Mi corazón le pertenece. Estoy seguro de ello desde la primera vez que me amenazó con clavarme el tacón en el ojo, el año pasado. Pero ahora sé lo que tengo que hacer. Tengo que ser mejor para ella. Darle todo lo que se merece.

Soy adicto a ella. A su fuerza, a su personalidad alegre, a su impertinencia. A todo. Y voy a hacer lo que esté en mi mano por mantenerla a mi lado. Aunque para eso necesite fingir delante de sus padres para que no se metan con ella.

No he sentido esto por nadie nunca. Solo hemos estado una semana sin tener contacto y por poco pierdo la cabeza. No me podía concentrar en nada que no fuera recuperarla y no dejarla ir nunca más. Esta mujer se lo merece todo, por eso estamos aquí, a más de diez mil metros sobre el suelo, de camino a pasar el fin de semana rodeado de las brillantes luces de Londres.

Ella está bebiendo champán y leyendo en su Kindle. No sé cuántas veces he visto la palabra «polla» en esa pantalla. No va a tardar en ver una en la vida real. Estoy esperando pacientemente a que la azafata deje de pasearse por la cabina.

Maddie me clava las uñas largas y pintadas de rosa en el antebrazo justo antes de decirle «educadamente» a la azafata que se largue ya. Ella me mira horrorizada, pero yo solo me encojo de hombros. No me voy a disculpar por que Maddie se ponga posesiva conmigo. Es muy sexy.

La azafata por fin se va a la cabina de mando. He visto cómo la miraba el piloto antes; seguro que están ocupados un rato. Pienso aprovechar mi oportunidad.

—¡Oye! ¡Que estaba leyendo! —se queja Maddie cuando le quito el lector de libros electrónico.

Le beso un lado del cuello y ella ladea la cabeza hacia la ventanilla. Le lamo la piel suave y subo hasta la mandíbula. Se le escapa un gemido.

—No hace falta que leas sobre pollas cuando tienes una dura esperándote aquí mismo.

Le acaricio las piernas desnudas hasta el dobladillo del vestido negro ajustado. Meto los dedos por debajo, esperando encontrar un tanga de encaje. Ella separa los muslos, solo un poco, para que tenga el acceso libre a su sexo descubierto.

—Vaya, ¿hoy no te has puesto bragas para mí? —pregunto con voz áspera.

Ella niega con la cabeza. Tengo ya una colección considerable de ropa interior en el coche. Le muerdo el cuello y noto su perfume floral en la lengua.

—Siéntate en mi regazo —susurro.

—¿Aquí?

—No era una sugerencia, cariño. Encima de mí. Ya.

Ella se humedece los labios, se sube un poco el vestido, solo lo justo para que le siga tapando el culo por detrás mientras ya tengo una vista completa de su sexo mojado. Toda la sangre se me concentra en el pene. Se encarama a mi regazo, con una pierna a cada lado, apoyada en el asiento de cuero. Me rodea el cuello con los brazos y sus tetas me quedan justo delante de los ojos. Cuelo la mano por debajo y le introduzco tres dedos. Con la otra le bajo el vestido para dejarle las tetas al aire. Le envuelvo un pezón con la boca y se lo chupo mientras meto y saco los dedos. Sus caderas me siguen el ritmo. Ella jadea y yo no dejo de chupar y morder. Sus gemidos me excitan aún más. Se inclina hacia delante, yo saco los dedos y los cambio de sitio para poder acariciarle el contorno del ano con el índice e introducir el dedo corazón y el anular de nuevo en su interior. Ella forma una o perfecta con los labios cuando el índice entra despacio.

—¡Jooodeeer! —gruñe.

Yo le tapo la boca con la palma de la mano para acallar sus gemidos. Bajo el ritmo y ella me fulmina con la mirada. Le sonrío y saco los

dedos.

—Si no te la meto en los siguientes veinte segundos, voy a explotar —mascullo con los dientes apretados.

Sus manos van directas al cierre de los vaqueros, me desabrochan el cinturón y por fin liberan mi pene durísimo. A continuación, se sujeta en mis hombros para levantarse y situarse justo encima de mi miembro, para un momento después ir bajando sobre él. Las paredes de su interior me envuelven y me aprietan y ella suelta una exclamación cuando llega hasta la base.

—Joder, joder, joder. ¡Me vas a matar, mujer! —gruño cuando ella se eleva de nuevo y se deja caer. Casi se me salen los ojos de las órbitas. Noto sus paredes cerrándose sobre mí todo el tiempo.

Le pellizco el clítoris y ella echa la cabeza para atrás.

—Bésame —pido con esfuerzo. Me está costando contenerme.

Sin esperar ni un segundo, me atrapa los labios con pasión y gime dentro de mi boca sin parar de subir y bajar. Yo levanto las caderas siguiendo su ritmo. Nuestros dientes chocan. La agarro por la nuca y la empujo para que se pegue aún más a mí. Tengo todos los músculos del cuerpo tensos.

—¡Ya! —grito.

Ella suelta un gemido largo, así que la beso otra vez para que no se la oiga. Y entonces me sacudo violentamente y me derramo en su interior.

Dios.

Pasan unos segundos. Tiene la frente apoyada contra la mía mientras recuperamos el aliento.

—¿Qué le ha parecido el servicio a bordo, señorita Peters? —pregunto mientras le acaricio el labio inferior hinchado.

—Hmm, perfecto. ¿Cuántas horas de vuelo nos quedan? —Sonríe y tira de mi mano para que la saque de debajo de su cuerpo.

—Unas tres horas.

—Pues, señor Ward, creo que voy a necesitar su boca en mi entrepierna antes de eso. ¿Qué le parece dentro de una hora?

—Puedes utilizar mi boca siempre que quieras, cielo.

Se levanta de mi regazo y se deja caer en su asiento. Yo me inclino, recojo el Kindle y se lo devuelvo.

—¿Mejor que el porno literario?

—Dios, mucho mejor. —Se echa a reír, apoya la cabeza en mi hombro y enciende la pantalla.

Yo dejo descansar la cabeza sobre la suya, cierro los ojos y le rodeo la espalda con un brazo para que pueda acurrucarse contra mí.

—Oye, levántalo un poco, que yo también quiero leer —pido.

—Tengo que reconocer que creo que tú utilizas mejor la boca que este tío.

—¿Ah, sí? En ese caso, no pienso esperar una hora para demostrártelo.

Su cuerpo vibra contra el mío y aparece en su pecho ese enrojecimiento que tanto me gusta.

Creo que este va a ser el mejor vuelo de mi vida.

29

Maddie

En cuanto hemos aterrizado en Londres, nos ha recogido una limusina negra en la puerta del aeropuerto de Heathrow. No tengo ni idea de dónde nos vamos a alojar ni de lo que ha planeado, pero me da igual.

La limusina nos lleva por las calles bulliciosas de Londres y me da la sensación de que nos detenemos en todos los semáforos que hay por el camino. Tampoco es que me importe, porque estoy encantada mirando por la ventana. Grayson no para de escribir en el móvil con una mano; la otra la tiene entrelazada con la mía. Londres está bastante gris esta mañana... Bueno, según mi teléfono es por la tarde. No domino la diferencia horaria; me duele la cabeza solo de intentar calcularla.

Las calles están llenísimas de gente. Parece una versión un poco más pequeña de Nueva York. La enorme noria me llama la atención. Sienna me ha dicho muchas veces lo impresionantes que son las vistas desde ahí arriba al atardecer. Cojo el teléfono, le hago una foto y se la envío.

—Oye, Grayson...

—Dime, cariño. —Deja el teléfono en el regazo.

—¿Podemos ir al London Eye?

—Vamos a ver todas las atracciones turísticas que podamos en cuarenta y ocho horas. Bueno, las que podamos encajar entre polvo y polvo mirando la silueta de la ciudad, más bien. —Me guiña un ojo y yo tengo que morderme la lengua para no chillar por la emoción.

—Gracias por traerme. La mejor cita de mi vida.

—¿Qué es lo primero que quieres hacer?

—Ver el Palacio de Buckingham. Y el Puente de la Torre iluminado por la noche. Ah, y también ir de compras por Oxford Street. —Hago una mueca.

—Seguro que Sienna te ha dado una lista bien larga.

—Es posible que le haya mandado un mensaje preguntándole...

—¿Y qué te parece que, lo que no consigamos hacer en este viaje, lo dejemos para el próximo?

«El próximo».

El estómago me da un vuelco solo de pensarlo.

—Trato hecho.

El coche se para delante de una entrada con una alfombra roja. Hay varios coches llamativos aparcados en la calle.

—Pero qué sitio más increíble, Grayson.

—Solo lo mejor para mi chica —responde, bajándose de la limusina.

El chófer, vestido de negro y con la cara muy seria, me sostiene la puerta, y Grayson aparece para tenderme la mano y ayudarme a salir.

Dos hombres con uniforme negro y unas gorras un poco raras cogen el equipaje del maletero. Grayson saca la cartera y le da un fajo de billetes al chófer, que lo agradece con un gesto de la cabeza.

—¿Preparada, cariño?

Asiento, porque es lo único que se me ocurre. Cuando cruzamos las puertas giratorias de cristal del Shangri-La, me siento abrumada por tanto glamur y belleza. Yo no encajo aquí. Mis botas moteras chirrían al pisar el suelo de mármol gris reluciente. En el aire se nota el aroma de la bergamota en la recepción, que está cuidada hasta el último detalle, con adornos dorados en el mármol.

Grayson hace el *check-in* mientras yo espero un poco por detrás. Después me coge la mano, me sonríe para calmarme y me lleva al ascensor. De camino pasamos delante de enormes jarrones con flores rojas e impresionantes lámparas de araña que cuelgan del techo.

Encontramos el ascensor vacío. Yo me acurruco contra él al entrar. Sube hasta el piso treinta y nueve. Suelto una exclamación cuando se abre la puerta y veo la suite. Está decorada con tonos neutros y un papel de pared con motivos florales. Grayson me lleva adentro y enseguida me quedo embelesada con las vistas de Londres. No puedo apartar los ojos del Puente de la Torre. Hay un sofá de color crema con cojines marrones y un juego de té diminuto de porcelana china en la mesita de centro.

Nuestro equipaje ya está colocado junto a la cama. Dejándome llevar por la emoción, me tiro en ella y reboto sobre el colchón, rodeada por el lujoso edredón. Me tiendo bocarriba con los brazos y las piernas abiertas, como una estrella de mar.

—Grayson, ven. Esta cama es la más cómoda en la que me he tumbado.

El colchón se hunde cuando deja caer su enorme cuerpo a mi lado. Apoyo la barbilla en la mano y me giro para mirarlo. Tiene el pelo rubio alborotado, y la fuerte mandíbula menos tensa de lo habitual. Joder, y qué guapo está vestido todo de negro.

—Tenemos que estar en un sitio dentro de una hora.

—¿Qué vamos a hacer?

—Si te lo digo, no será sorpresa. —Me acaricia la mejilla con el pulgar —. Eres preciosa, Maddie.

Bajo la vista. Supongo que, cuando te has criado con una madre que se pasa la vida señalándote tus defectos, no estás acostumbrada a otra cosa.

Él me levanta la barbilla con el dedo índice.

—Eres la mujer más hermosa de este planeta. Y no quiero que me ocultes esa belleza, cielo. Lúcela.

—Lo intentaré.

—Muy bien. Yo no te mentiría.

Nos damos un beso lento y sensual. Me pone la mano en la mandíbula y lo hace más profundo. Yo le coloco la pierna sobre el muslo.

Le beso el labio inferior y noto su gruñido dentro de la boca.

—Mía —dice con voz áspera y acerca su frente a la mía.

—Tuya —respondo con una sonrisa.

Él me coge por la muñeca y pone mi mano sobre su corazón, que noto que late con fuerza bajo las costillas.

—Y esto es tuyo.

—Gracias por confiármelo —susurro.

No quiero presionarlo demasiado; sé que tiene cicatrices muy profundas. Lo que ha dicho ya es confirmación suficiente de que los dos sentimos lo mismo.

—Vamos a ducharnos antes de irnos —propone.

Se incorpora para sentarse, pero yo le agarro la muñeca donde tiene el Rolex. Él me mira con una ceja levantada. Le llevo la mano hacia mi muslo y abro las piernas.

—A la ducha. Ya.

Me bajo de la cama a regañadientes, me quito el vestido y lo dejo tirado en el suelo. Grayson, que ya está desnudo, observa todos mis

movimientos. Me quedo plantada delante de él, me muerdo el labio inferior y digo:

—Yo primero.

Y él viene corriendo detrás de mí.

30

Grayson

—¿Qué me pongo? —me pregunta al salir del baño, secándose el pelo con una toalla y con el cuerpo envuelto en otra.

Las gotas de agua resplandecen sobre su piel de porcelana. Mi pene cobra vida, a pesar de que acabo de estar dentro de ella hace nada.

Se oye un golpe en la puerta.

—Voy yo —digo, y voy a abrir. Es mi primera sorpresita para ella.

Solo llevo una toalla cuando abro. Me encuentro a un hombre mayor, que me da una botella de champán y dos cajitas negras.

—¿Quién es? —pregunta Maddie.

El hombre asiente y cierra la puerta antes de que me dé tiempo a darle propina. Cojo las cajitas y guardo una discretamente en mi maleta, pero no suelto la otra. Estoy deseando verle la cara cuando la abra. Vuelvo al dormitorio.

Me acerco y me quedo detrás de ella, mirándola a través del espejo. Maddie sonríe al verme y apaga el secador. Tengo las manos tras la espalda. Ella se gira en el taburete del tocador y alza la cabeza para mirarme. Joder, cómo puede ser tan perfecta.

—Extiende la mano y cierra los ojos —le digo.

Ella levanta una ceja, pero hace lo que le pido.

—Más te vale que no sea para metérmela en la boca.

—¿Por qué no?

—Es broma. —Abre la boca todo lo que puede, tanto que incluso le veo las amígdalas, y tengo que contenerme para no aprovechar su oferta—. Venga.

Le pongo la cajita entre los dientes. Abre los ojos como platos por la sorpresa. La coge, quita la tapa y se encuentra con un collar hecho a mano con incrustaciones de diamantes y un colgante en forma de sol.

Se le llenan los ojos de lágrimas y roza el colgante con el índice de una mano que no deja de temblarle.

—Dios mío, Grayson. Es una preciosidad. —Sorbe por la nariz—. Es demasiado bonito para ponérmelo. Seguro que lo pierdo.

—Entonces te compraré otro. Ver esa sonrisa en tu cara hace que merezca la pena.

Le caen lágrimas por las mejillas cuando saca la joya de la caja y me la da. Le aparto a un lado en pelo y ella se gira y me da la espalda.

Le pongo el collar. La cadena de oro le queda estupenda sobre la piel clara. Me inclino y le doy un beso en la nuca. Después me agacho a su lado.

Ella gira en el asiento otra vez.

—Esto no es por dinero, lo sabes, ¿verdad? Quiero que lo tengas claro. No necesito que me hagas regalos para que siga contigo. Solo te quiero a ti. —Se queda callada un momento—. Y a tu polla enorme.

—Joder, no sé cuál de los dos es peor.

—Estamos hechos el uno para el otro —bromea, abriendo las piernas y volviendo a girarse.

Me paso la mano por la cara y resoplo. No hay ni un minuto del día en que no me imagine dentro de ella. Pero sé, en el fondo de mi corazón, que esto va mucho más allá del sexo. Me encanta acurrucarme con ella, besarla, reírme con ella, sacarla de quicio. Quiero hacerlo todo con ella. La amo, joder.

—Pórtate bien y vístete. Tenemos que irnos. Me da a mí que esto te va a parecer mejor que el sexo.

Ella suelta una exclamación, horrorizada.

—No me digas que me porte bien si no tienes intención de follarme a continuación, Grayson. Sabes que oírte decir eso me pone a mil.

«Madre de Dios».

Vuelve a encender el secador.

Será mejor que me vista en el otro cuarto, porque, si no, no voy a poder resistirme a la tentación. Y no quiero que se pierda esta sorpresa por nada del mundo.

31

Maddie

El Bentley aparca delante de un pequeño pub que hay en una esquina. A la derecha está el London Eye iluminando el cielo de rojo.

Grayson sale del vehículo, le da la vuelta y viene a abrirme la puerta, tan sexy como siempre, aunque esta noche lo está un poco más con el traje negro, la camisa blanca inmaculada y corbata negra. El vestido negro que llevo, que es como una segunda piel, me llega hasta la rodilla, lo que restringe un poco mi capacidad de movimiento. Grayson, como es un caballero, me ayuda a salir y me ofrece el brazo para que me sostenga.

Hace mucho frío. Creía que haría mejor temperatura porque casi estamos en abril, pero me alegro de que metiera en la maleta mi chaqueta de cuero. Dejamos atrás el pub y cruzamos la calle hacia el césped que hay justo delante de la noria.

—Guau, mira qué bonita.

—Impresionante —responde, pero solo me mira a mí. Me ruborizo—. ¿Preparada para ver Londres desde el cielo?

—No es posible. Está cerrada, ¿no?

—Para nosotros no, cariño.

Me lleva hasta una barandilla metálica, donde nos espera un chico que nos abre el cordón rojo para darnos acceso a la plataforma. Las luces de los edificios cercanos se reflejan en la superficie del Támesis. Es precioso.

En la entrada, nos espera una de las cabinas de cristal abierta. Se me llenan los ojos de lágrimas al contemplar lo que tengo delante. La cabina está iluminada por la luz parpadeante de unas velas que han colocado en el interior de unos faroles. Hay pétalos de rosas rojas cubriendo el suelo.

—Grayson —exclamo llorando, y me tapo la cara con las manos.

Él me abraza con fuerza.

—¿Qué te pasa, cariño?

—Es que no me puedo creer que hayas preparado todo esto para mí —confieso con la voz entrecortada.

—Oye, mírame. —Se aparta un poco y me sujeta con fuerza por los hombros—. Te lo mereces todo, nada menos. Te he prometido que voy a hacer todo lo posible por dártelo. Y lo voy a hacer siempre. Así que ve acostumbrándote. No tengo intención de dejar de hacerlo.

Me abalanzo sobre él, le envuelvo el cuello con los brazos y él me agarra el culo para mantenerme pegada a él.

Todo lo que me rodea es maravilloso, pero yo solo tengo ojos para ese hombre. Un hombre lleno de oscuridad que es el único que trae luz a mi vida. Puede ser que me esté equivocando, que él no sea perfecto, pero es mío y lo quiero.

—Te quiero, Grayson —susurro contra su mejilla.

—Me has estropeado el plan.

—¿Qué quieres decir?

Se me acelera el corazón y me sudan las manos.

—Eso era lo que quería decirte ahí arriba —contesta señalando lo más alto de la noria.

—Bueno, me lo puedes decir ahora.

—Te quiero.

El corazón me da un vuelco. «Gracias a Dios».

—Te quiero más que a nada. Eres la luz de mi vida. Cuando te vi por primera vez, supe que estaba perdido. No sé por qué he intentado resistirme durante tanto tiempo. Pero me alegro mucho de que por fin hayamos decidido olvidarnos de eso.

—Entonces..., ¿ahora soy tu novia?

—Puedes ser lo que quieras. Eres mi todo. Y lo digo en serio: haría cualquier cosa por ti.

Mi corazón no puede soportar todo esto. Está a punto de explotar. De repente me siento completa. Es como si el universo acabara de entregarme la otra parte de mi alma. La pieza que me faltaba.

—Aunque no sé cómo se va a tomar esto tu madre —continúa riendo entre dientes—. No soy el príncipe que esperaba para su princesa.

—Pues es una suerte que yo no quiera un príncipe aburrido, sino al villano que me folla como a una puta mientras me dice que me quiere. Estoy harta de vivir para los demás. Te deseo a ti. Y solo a ti.

—Además, los villanos follan mucho mejor.

Joder, ¿cuánto tarda esto en dar una vuelta entera?

—Puedes volver a decirme eso luego —lo provoco.

—¿Por qué crees que he alquilado toda la puta noria?

—¿Cómo sabías que te iba a corresponder? —pregunto, mordiéndome el labio inferior.

—Porque no hay forma humana de que puedas negar lo que hay entre nosotros. —Me coge la mano y me lleva hacia la cabina.

—¿Ves? Hay un romántico ahí dentro, en el fondo. —Lo miro y le clavo un dedo en el pecho. Él me lo coge y se lo lleva a los labios. Las puertas se cierran y el suelo se sacude cuando la noria empieza a moverse.

Entonces se mete ese dedo en la boca. Yo aparto la vista del horizonte iluminado cuando él me lo chupa. Se lo saco y lo voy bajando por su barbilla y después por el cuello. Le aflojo la corbata y comienzo a desabotonarle la camisa, despacio, hasta llegar al cinturón. Me excito solo de ver esos tatuajes asomar bajo la camisa abierta.

Me pongo de rodillas, le desabrocho el pantalón y le saco el enorme pene. Nunca he visto nada parecido. Le acaricio la punta con la lengua, saboreando el líquido salado.

Cuando me lo meto en la boca, hasta el fondo, cierro los ojos porque los tengo llenos de lágrimas.

—Si no estás a punto de asfixiarte es que no lo estás haciendo bien —dice con voz grave y yo lo empujo todavía más adentro, haciendo todo lo posible por evitar las arcadas—. Mírame, cielo. Quiero verte con la boca llena con mi polla, casi sin aire. Luego, tal vez te asfixie también con las manos.

Aprieto las piernas y empiezo a moverme; acerco la boca a la punta y después vuelvo a introducirla todo lo que puedo.

—Más profundo, cariño. Te aseguro que voy a hacer que merezca la pena. Te lo prometo —masculla con los dientes apretados. Me pone una mano en la cara y me limpia una lágrima con el pulgar—. Qué bien te portas.

Yo me agarro a su cadera cuándo él me embiste la boca unas cuantas veces antes de salir. Me limpio con el dorso de la mano.

Tengo todo el cuerpo ardiendo, a punto de explotar.

—Levántate. Quítate el vestido. Pon las palmas en el cristal. Pero déjate los tacones.

Asiento, me saco el vestido por la cabeza y lo tiro al suelo. Voy hasta la ventana y apoyo las manos en el frío cristal. Ya estamos casi en lo más alto de la noria, con la ciudad de Londres a nuestros pies, iluminada en medio de la noche. Es magnífico.

Noto el aliento cálido de Grayson en la parte de atrás del hombro. Me recorre con la lengua toda la columna y yo tengo que arquear la espalda, de forma que me quedan los pechos apretados contra el cristal y el culo pegado a él.

—Cada centímetro de ti es delicioso.

El suelo que tengo bajo los pies se sacude y él se arrodilla. Me da un golpecito en la parte interior de la pantorrilla y yo abro más las piernas. Me estremezco por la excitación cuando mete las manos entre mis muslos y tira hacia atrás, para que me agache aún más, sin apartar las manos del cristal.

—Mía —gruñe antes de llevar la boca a mi sexo.

Lame toda su extensión, desde la entrada hasta el clítoris, y luego repite, todo el tiempo con movimientos lentos.

—Joder, Grayson.

—Creo que puedes gritar un poco más, cariño.

Vuelve a poner la boca donde más la necesito. Aprieto los párpados cuando empieza a meter y sacar la lengua de mi interior y me agarra con fuerza los muslos. Es como si me estuviera follando con la lengua.

—Abre los ojos, cielo. Quiero que veas la ciudad a nuestros pies mientras te demuestro que eres toda mía.

Obedezco y me encuentro con nuestro reflejo. Grayson se coloca detrás de mí y sus ojos se cruzan con los míos en el reflejo. Llevado por el deseo abrasador, no aparta sus ojos de los míos mientras me acaricia las nalgas. Me muerde una con fuerza. Eso me produce un relámpago de dolor, pero enseguida me da un beso con la boca abierta en ese mismo lugar. Ya estaba mojada antes, pero ahora aún más.

Me rodea un pecho con la mano y lo muerde.

—¿Estás preparada para esto?

—Para ti, siempre.

Frota la punta del pene por toda mi extensión antes de hundirse en mí. Yo tengo que proyectar el cuerpo hacia delante.

—Joder. —Aprieto los dientes mientras mi cuerpo se acomoda a su alrededor.

—Hmm, qué bien te portas.

Grito cuando me da un azote en la nalga izquierda.

—¿Te gusta, cielo?

—¡Sí, otra vez!

—Mi putita viciosa —murmura, antes de que su palma se estrelle en el mismo lugar—. Quiero tus labios —dice con voz ronca, agarrándome por las caderas para levantarme y llevarme hasta un banco de madera redondo que hay en el centro.

Se sienta y yo me giro en su regazo para que quedemos cara a cara.

Me hundo sobre su pene y tengo que echar la cabeza atrás de puro placer.

—Muévete, cielo.

Me muerdo los labios hinchados.

—Sí, señor. —Le guiño un ojo antes de unir nuestros labios.

Empiezo a mover la cadera para conseguir algo de fricción en el clítoris mientras estoy encima de él.

Con una mano en mi culo, y la otra en mi mejilla, hace el beso más profundo y gime en mi boca. En este momento todo es perfecto. Interrumpe el beso, con una mirada salvaje, y me acerca dos dedos a la boca.

—Chupa —ordena.

Cierro los ojos, sin dejar de subir y bajar sobre su miembro, y le chupo los dedos a la vez. Los saca, y con la otra mano me abre las nalgas.

Sus dedos me rozan la entrada.

—Relájate, cielo —dice antes de besarme y meterme los dedos despacio.

Me quedo muy quieta mientras va entrando, concentrada en su boca junto a la mía y no en la sensación de incomodidad. Hace tiempo que no me han metido por ahí nada más que un dedo.

—Dios, Maddie. Qué sexy eres. —Baja por mi cuello dándome besos. Yo empiezo a subir y bajar de nuevo, porque quiero más, necesito más. Con esos dedos entrando y saliendo, lo necesito a él dentro también.

—Necesito más, Grayson. Fóllame más fuerte.

Antes de que entienda lo que está pasando, suelto una exclamación cuando me levanta de su regazo y me gira. Mis manos aterrizan en el banco de madera. Con una mano dirige su pene entre mis nalgas, pero se detiene justo delante del ano.

—Todos tus orificios son míos para follármelos cuando quiera —anuncia antes de entrar—. Pórtate bien y quédate quieta.

Acerca el pecho a mi espalda, me da un beso en la columna y noto un hormigueo por todo el cuerpo. Sus dedos encuentran de nuevo mi sexo.

—Abre más las piernas —me susurra contra la espalda.

Hago lo que me dice.

—Dios, eres increíble. Ábrete para mí.

Su aliento cálido me hace cosquillas en la espalda. Mete los dedos sin dejar de entrar y salir por detrás. Llenándome por las dos partes. La presión y el placer se mezclan y hacen que mi cuerpo se acerque rápidamente al orgasmo. Grayson aprieta las manos.

—Llevo mucho tiempo soñando con follarte el culo —dice jadeando, y acelera el ritmo.

Me cubre la garganta con la mano y me presiona la tráquea.

«Joder».

Empiezo a ver estrellas justo cuando le oigo susurrar:

—Córrete para mí, cielo.

No necesito más. Mi cuerpo arde y el clímax me consume. Un instante después, él llega también al orgasmo.

—Hostia puta.

Me dejo caer sobre el banco, intentando recuperar el aliento cuando afloja la mano que tiene en mi garganta. Sale de mi interior. Yo apoyo la cabeza en la madera.

—Te quiero, Maddie. Muchísimo. —Me recoge, me da la vuelta para que quede frente a él y me aprieta contra su pecho.

Levanto la cabeza para mirarlo. Veo admiración en sus ojos, que brillan como las luces de la ciudad que tenemos detrás.

—¿Me lo prometes? —pregunto, abrazándole el cuello.

—Con todo mi corazón. No me voy a ir a ninguna parte, ni tú vas a poder apartarme.

—Te quiero, Grayson. Tal y como eres. No lo olvides nunca.

—Sabes que te voy a proteger siempre, ¿verdad? Haré todo lo posible para no exponerte a ningún peligro. No puedo prometértelo, pero ten presente que daría mi vida por ti. Vivo en un mundo oscuro y peligroso. Tienes que ser consciente. Pero siempre te voy a poner a ti por delante de mí, ¿vale?

No me voy a resistir. Quiero que él esté a salvo y sentirme así yo también. Hasta ahora no me ha dado ninguna razón para no pensar otra

cosa.

Asiento despacio.

—No quiero ni imaginarme que te pueda pasar algo malo, Grayson. No te voy a pedir que cambies de mundo por mí, solo que procures que los dos estemos a salvo. Es lo único que quiero. Tú eres muy importante para mí. Te necesito aquí conmigo.

Acerca mi cara a la suya y me besa.

—Me alegro de que acabaras con mi norma de no dar besos, pero ahora es que no puedo parar.

—¿Eso hice?

—Sí, no quería tener ningún tipo de intimidad. Después de lo que me hizo Amelia, quería seguir follando, sí, pero no soportaba la idea de tener a nadie en mi vida. Eso dejaba claros los límites. Y funcionó, hasta que apareciste tú.

Me encantaría darle un buen bofetón a esa mujer, pero también me alegro de que la cagara, porque así él ha podido llegar hasta mí.

—Pues me alegro de que mis labios te hayan sido tan útiles.

Grayson levanta una ceja, muy serio.

—¿Dice algo malo de mí que me haga sentir bien por dentro saber que soy la única persona a la que has besado desde hace tanto tiempo?

Él suelta una risita grave y ronca.

—No, me encanta que seas tan posesiva, porque yo me siento igual contigo. Estoy celoso de todos los hombres que te han besado.

—Vas a ser el único que lo haga a partir de ahora. Y ningún hombre me ha follado como tú —contesto con el tono más seductor que tengo y le doy un beso rápido. —Me acurruco contra él y apoyo la cabeza en su hombro.

—Será mejor que nos vistamos, porque, si no, ese chico se va a encontrar con mi trasero al aire cuando abra la cabina. —Me da un azote.

—Dios, Grayson, no puedes hacerme eso y esperar que después me ponga la ropa.

—Ese culo es mío ahora —gruñe junto a mi oreja, y me muerde el lóbulo.

En cuanto termino de ponerme la ropa, la noria para junto a la plataforma y las puertas se abren. Grayson le da las gracias al chico que nos ha abierto y los dos caminamos hacia el muro que hay junto al río.

—¿Lista para ir a cenar? —pregunta Grayson, y me atrae hacia su costado.

Al instante dejo de sentir frío.

—Estoy muerta de hambre, así que sí.

Felices y enamorados, seguimos paseando envueltos en la noche.

32

Maddie

Tras un fin de semana sin parar en Londres, estoy exhausta. Anoche dormimos diez horas del tirón. Ni siquiera sé qué hora es. Grayson está desnudo, mirando su teléfono. Yo me acurruco a su lado y le acaricio los abdominales.

Conseguimos ir a ver el Palacio de Buckingham y cruzar el Puente de la Torre. Nos tomamos un helado en un banco de Hyde Park, contemplando a los cisnes que comían el pan que les daban unos niños. Me pareció raro, pero supongo que es algo británico. Yo no le acercaría una mano a un cisne ni loca.

Nos hicimos un selfi delante del palacio y se lo envié a Sienna. Evidentemente, se puso contentísima de que se nos viera tan felices. Ahora mismo no sé quién está más encantada de las dos.

Oigo reír a Grayson y eso me devuelve a la realidad. Mi cerebro funciona a toda velocidad. Me dijo durante el viaje que era tauro, así que su cumpleaños tiene que ser el mes que viene.

—Oye, ¿cuántos años tienes? —le pregunto sin dejar de acariciarme el estómago.

—Treinta y cinco. ¿Algún problema? —replica arqueando una ceja.

—Vale, nueve años, está bien. ¿Debería empezar a llamarte «papi»? —Hago todo lo que puedo para mantener la expresión seria.

Él rueda para ponerse encima de mí y me obliga a abrir las piernas con su cuerpo. Noto que su pene se endurece contra mi ropa interior. Su mirada es muy intensa y arde con deseo.

—Puedes llamarme como te dé la gana. Siempre y cuando lo grites mientras subes y bajas, montada encima de mí, me da igual.

—Creo que por ahora me voy a quedar con «señor» —contesto con una sonrisa tímida.

Suena su teléfono, que está en la mesita. Resopla ante la interrupción, apoya todo su peso en un brazo. Yo me quedo embelesada observando las venas que sobresalen en sus antebrazos tatuados. Una voz masculina habla al otro lado de la línea. Grayson levanta las dos cejas y me mira.

—Vale, no la esperaba, pero que suba. Dile que se quede en la cocina —contesta, cuelga y deja el teléfono a un lado.

Hundo los hombros.

—Parece que vas a conocer a mi madre hoy, cielo. —Sonríe.

Yo me quedo pálida.

«Mierda».

Intento zafarme de sus brazos, pero él me agarra las muñecas con una mano y me las coloca sobre la cabeza.

—Le vas a encantar, te lo prometo. Y ella sabe que no le conviene entrar en mi dormitorio cuando viene a casa.

—Vale —respondo.

Él sonríe, se acerca y me besa con pasión. Yo no puedo evitar gemir.

—Grayson, tenemos que vestirnos —le recuerdo intentando que me suelte las manos, pero él me sujeta con más fuerza.

—No va a entrar aquí. —Me quita la ropa interior rápidamente y empuja su erección contra mi entrepierna—. Además, no puedo salir con la polla así de dura.

Me ruborizo cuando él desliza el pene arriba y abajo. Todo mi cuerpo se enciende.

—¿Puedes no hacer ruido? —susurra, mordiéndome el cuello.

—Lo intentaré.

—Que bien te portas. —Me besa con ganas y entra en mi interior mojado y caliente.

Yo dejo salir el aire entre los dientes. Mis paredes se estiran para acomodarlo. Le rodeo la cintura con las piernas para que profundice más.

—Joder, cielo —masculla.

Justo en ese momento la puerta del dormitorio se abre y en el umbral aparece una mujer, que se queda horrorizada. Grayson tiene la cabeza enterrada en mi cuello.

No es posible que sea su madre.

—Grayson —susurro, y me muerdo el labio inferior mientras él sigue embistiéndome. Yo no puedo apartar los ojos de la mujer de la puerta

—. Hay una mujer en nuestro dormitorio.

Él para inmediatamente y se vuelve hacia la puerta. La mujer tiene el ceño fruncido y se le está enrojeciendo el pecho.

—¿Me puedes explicar por qué te estás follando a mi marido? —El tono agudo de su voz me hace poner los ojos en blanco.

A mí se me escapa una risita. Pero ¿quién se cree que es la tía esta?

Con una exclamación de horror fingida, suelto:

—¡Grayson, pero cómo has podido!

Grayson, con cara de confusión, se gira de nuevo hacia mí. Yo le guiño un ojo antes de fulminar con la mirada a esa tipa, que supongo que será su exmujer.

—¿Te vas a quedar ahí como un pasmarote o quieres unirte a la fiesta? —Mi tono es condescendiente.

Ella abre la boca, con las mejillas rojísimas, y me mira a mí y después a Grayson. Gracias a Dios estamos bajo el edredón.

Se produce un silencio. Entonces Grayson empieza a reírse a carcajadas, se deja caer sobre mí y entierra la cara en mi cuello. Todo su cuerpo vibra contra el mío, sin salir en ningún momento de mi interior.

Cuando consigue recuperar el aliento, me atraviesa con la mirada. Esos ojos azules como el hielo solo muestran adoración.

—Te quiero, cielo —dice lo bastante alto para que la imbécil que está en la puerta lo oiga.

No quiero mirarla, no puedo. Estoy hipnotizada por este hombre. Ahora mismo no veo nada más.

—Yo también te quiero. Mucho.

Sonríe de oreja a oreja, enseñando sus dientes blancos y perfectos y haciendo que le salgan unas arruguitas en la comisura de los ojos.

Un carraspeo irritante interrumpe el momento. Él vuelve a girarse y desaparece el Grayson feliz para dar paso al monstruo rabioso. Juro que sus ojos parecen oscurecerse cuando la mira.

—Lárgate ahora mismo de mi casa, Amelia. Creo que ya te lo dejé bien claro. No quiero volver a ver tu horrenda cara nunca más. —Su tono está lleno de ira.

Todavía me tiene las muñecas agarradas con fuerza, así que no puedo usar las manos para calmarlo. Lo que hago es apretar más las piernas que le rodean la cintura, lo que consigue que se hunda más profundo dentro de mí.

Ella sigue en el mismo sitio, mirándonos fijamente.

—No me hagas repetirlo, Amelia —advierte.

—Tengo que hablar contigo... en privado —murmura.

—Pues tengo cosas más importantes que hacer ahora mismo. No tengo ni la más mínima intención de dejar a mi novia a medias por tu culpa. Así que sal y cierra la puerta. —Tras echarla, vuelve a centrarse en mí. Al oír cerrarse la puerta, él se relaja visiblemente y cierra los ojos.

—Grayson, mírame.

—Lo siento. Joder, es la última persona a la que quería ver hoy. Te prometo que no es mi mujer y que nunca antes había venido aquí.

Me suelta las muñecas. Tengo los dedos dormidos.

—No pasa nada. Sabes que puedes mostrar tus emociones, ¿verdad? Sobre todo conmigo. Te hizo daño, Grayson. Te conozco. Confío en ti. Venga, ve a librarte de esa tía para que salga definitivamente de nuestras vidas. Y después vuelve y termina de follarme. No creas que voy a permitir que me dejes aquí desnuda y empapada. A partir de ahora solo pienso estar así contigo.

Él gruñe.

—¡Joder!

Le apoyo las palmas en el pecho y lo empujo.

—Vamos, grandullón, quiero gritar tu nombre, pero no puedo hasta que ella se vaya. Me da vergüenza. —Sonrío burlona.

Él sale de mi interior sin ganas. Yo cojo el edredón y me tapo con él hasta el cuello mientras Grayson se pone unos pantalones de chándal grises.

—¿En serio? ¿Vas a salir ahí enseñándole ese cuerpo estupendo, solo vestido con unos pantalones de chándal? ¿Es que quieres que se te tire encima?

Él me mira con una ceja levantada y se acerca a la cama de nuevo.

—Que te quede clara una cosa: la única mujer que quiero que se me tire encima eres tú. Todo mi cuerpo te pertenece a ti.

Me quedo sin aliento al oír esas palabras tan intensas. Se agacha y me da un beso muy suave en los labios. Yo entrelazo las manos tras su nuca y tiro de él hacia mí.

Interrumpe el beso, coge una camiseta negra que hay en el suelo y se la pone. Tiene el pelo rubio todo despeinado. Me guiña un ojo y va hacia la puerta.

—Tienes cinco minutos. Si no vienes, tendré que acabar yo sola —le aviso cuando cruza el umbral.

—Solo te vas a correr con mi polla dentro y un dedo metido en el culo. Así que te sugiero que me esperes —contesta.

Genial. No sé qué es peor: que nos pille en la cama su madre o su exmujer.

Me tapo la cabeza con el edredón y cierro los ojos, intentando concentrarme en otra cosa que no sea en la entrepierna que no deja de latirme.

Será mejor que Grayson se dé prisa.

33

Grayson

Toda la diversión se ha desvanecido, y se ve sustituida por la ira cuando doblo la esquina y encuentro a mi exmujer instalada tranquilamente en mi ático. Está buscando una taza en los armarios. Veo detrás de ella que ha encendido el hervidor de agua.

—No te vas a quedar mucho rato, así que no te molestes en prepararte un café.

Lo único que evita que le retuerza el cuello es Maddie.

—Vamos, Grayson, no seas idiota. Ve a librarte de la putita y después vuelve a hablar conmigo como es debido. —Se muerde el labio y me mira de arriba abajo.

¿Está colocada o algo?

Tengo la mandíbula muy tensa cuando me acerco a ella.

—Ni hablar. Y no se te ocurra volver a llamar así a mi novia. No te olvides de quién se estaba follando a mi mejor amigo a mis espaldas. Solo hay un putón en esta casa y esa eres tú.

—No lo dices en serio. Estabas enamorado de mí.

—¿Ah, sí? —exclamo. Se me está acabando la paciencia. Sé con total seguridad que solo he sentido amor por una mujer en mi vida y es la que está en mi cama.

—Sí, pasamos juntos cuatro años estupendos. ¿De verdad puedes olvidarlos? Te echo de menos. —Me apoya las uñas largas y rojas en el pecho. Yo hago una mueca y me aparto.

—¿Por qué has venido?

Ella se revuelve y fija la vista en el suelo.

—Me encontré con tu madre el otro día, en una cafetería al final de la calle de nuestro apartamento. Me habló de tu maravillosa nueva vida en Nueva York. Y el año pasado vi el combate de Keller. Y pensé que tal vez

había pasado ya el tiempo suficiente para que pudieras perdonarme. Podemos volver a construir un hogar, una vida.

Se me dilatan las fosas nasales. Pero ¿a qué coño juega mi madre? Si casi no hablo con ella, ¿por qué se le ha ocurrido interferir ahora?

—Mañana sería el cumpleaños de Casper. —Le cae una lágrima por la mejilla y yo tengo ganas de vomitar.

—Será mejor que te vayas antes de que te estrangule. —La fulmino con la mirada para asegurarle que no lo digo en broma. Ya no soy el hombre con el que estuvo casada.

—Podemos ayudarnos. Tal vez lo que necesitas es sacarlo todo conmigo, follar como lo hacíamos antes —continúa.

Tengo que apretar los puños. Se me tensan todos los músculos del cuerpo. Una rabia incontrolable me emborrona la visión. Cuando la veo mirar mi casa, parece que le salieran en los ojos símbolos del dólar.

—¿Qué me dices? ¿Un polvo por los viejos tiempos? ¿Para ayudarnos a pasar el duelo? —Se acerca seductora, humedeciéndose los labios.

Yo pongo cara de asco y me alejo de ella.

Está delirando.

Algo pasa detrás de mí y yo giro bruscamente la cabeza. Lo que veo es la estela de una melena rubia.

—Ya he oído suficiente. A ver si pillas la indirecta, tía. No quiere follar contigo. Te odia con todas sus fuerzas. Así que vete de aquí antes de que te mate yo.

Maddie se lanza hacia delante rabiosa, agarra a Amelia del pelo y la lleva arrastrando hasta la puerta principal.

—¡Grayson, quítame a esta loca de encima! —chilla Amelia, sufriendo y clavándole las uñas en los brazos a Maddie.

Intento contener la risa. Abro la puerta y Maddie me mira un segundo.

—Gracias —dice.

Amelia cae desmadejada al suelo con un golpe seco cuando mi chica la saca de un empujón.

—¡Maldita zorra! —Se levanta y va a por Maddie, pero yo me pongo delante de ella de un salto y Amelia choca contra mí.

—¡Fuera! —grito—. Y no vuelvas a acercarte a mí, Amelia. No hay nada en este mundo que pudiera hacer que volviera contigo. —Abrazo a Maddie con fuerza contra mi costado—. Esta mujer es mi vida. Quiero que te largues de mi propiedad inmediatamente.

Con los ojos llenos de lágrimas, se va.

Madre de Dios.

—Gracias —digo con un suspiro.

Su cara se ilumina.

—Tus paredes son muy finas. Me preocupaba que terminaras matándola. Entonces oí lo que te proponía y me dieron ganas de matarla a mí. Además, no podrías seguir follándome si acabas en la cárcel.

La luz de mi vida tiene su lado oscuro.

—Eres perfecta, lo sabes, ¿no?

Ella se muerde el labio y me mira desde detrás de las pestañas, con los ojos entornados.

—Perfecta para ti, tal vez.

—Para mí, sí.

Esta mujer saca todas las emociones que tengo dentro. Pero es a la que más deseo. Adoro su capacidad de verme y aceptarme. Es algo que nunca tuve con Amelia. Estuve toda la relación ocultándome tras una máscara, fingiendo que una vida normal era suficiente para mí. Ella nunca quiso oírme hablar de la gente a la que tuve que matar cuando estaba de servicio. No se dio cuenta de que era la única manera de calmar al monstruo que tengo dentro.

Pero Maddie... Ella me comprende. No quiere que cambie, solo que esté a salvo. Solo desea que la amen.

—Era en serio lo de antes. Te quiero. —Le recorro con el dedo la cadena de oro con el colgante con forma de sol que le regalé en Londres.

—Y yo a ti, Grayson. Y ha sido genial oír que me llamabas «tu novia». Dímelo otra vez.

Por muy oscura que sea mi vida, voy a necesitar su luz en ella todos los días.

—Vas a ser algo más que mi novia algún día.

La sonrisita que asoma en su boca me demuestra que eso pasará. Que se convertirá en mi esposa.

34

Maddie

Hemos adoptado una rutina bastante normal. Tras el episodio de tener que echar a la desgraciada de su exmujer de su casa el mes pasado, hemos sido inseparables. Cocinamos juntos, nos acurrucamos en el sofá a ver películas... La mayoría de las noches tiene que levantarse de la cama para ir a «trabajar». Cree que sigo dormida cada vez que me da un beso leve en la mejilla y me dice que me quiere. Yo paso el resto de la noche inquieta, hasta que regresa a casa de una pieza.

No sé por qué, pero esta noche ha sido peor que otras. No he hecho más que dar vueltas, sin poder frenar mi mente, imaginándome lo peor. Las dos últimas noches no ha vuelto a casa hasta el amanecer. Entonces se ducha y se mete en la cama.

Estoy preocupada.

Con un resoplido, aparto el edredón y salgo al salón. Cojo el primer libro erótico de la pila que hay junto al sofá. Me siento, me pongo cómoda y abro el último libro picante que me ha prestado Sienna por donde tengo el marcapáginas.

Oigo el pitido del ascensor. Me levanto, dejo el libro y voy hacia allí.

Desde el viaje a Londres, Grayson y yo no hemos pasado ni un día separados. Viene a comer conmigo a diario. Casi siempre estamos en el ático, aunque en el último mes nos hemos quedado a veces en mi casa.

Suelto una exclamación cuando Grayson sale tambaleándose del ascensor. Mis ojos se fijan en el líquido rojo que le resbala por el cuello.

—¡Dios mío, Grayson! —Lo rodeo con un brazo y lo ayudo a llegar hasta el sofá.

—Joder —dice con los dientes apretados.

—¿Qué necesitas? —pregunto, intentando no prestar atención a la sangre.

Me mira a los ojos y su cara se relaja.

—Hay un botiquín debajo del fregadero. ¿Me lo traes, cariño?

Voy corriendo, abro la puerta del armario y saco el botiquín rojo.

—¡Ah, y un trapo! —grita, y después se queja.

Giro de nuevo, cojo un trapo negro que hay en el escurridor y vuelvo a toda velocidad. Acerco el trapo y se lo aprieto sobre la herida.

—¿Y ahora qué?

Busca en el botiquín y saca unos cuantos objetos blancos que deja sobre el asiento de sofá. Abre uno de los paquetes con los dientes.

—Límpiame la herida con esto y dime de qué tamaño es el corte.

Le atiendo la herida despacio, con todo el cuidado posible, pero con los dedos temblorosos.

Cuando la zona está desinfectada, veo un corte horizontal en la parte izquierda del cuello, de unos cinco centímetros.

—No es muy grande, no sé por qué montas tanto escándalo.

—Intentaré ser menos blandengue la próxima vez que me apuñalen.

«La próxima vez».

Mierda, la próxima vez podría ser peor.

Me da una cinta adhesiva con pinta rara.

—Pégala encima del corte. Después véndamelo y ya estaré como nuevo.

Me muerdo el interior de la mejilla al colocar la cinta sobre la herida. Le muestro la palma para que me dé algo para vendarlo. Le coloco un apósito sobre la cinta y pego los laterales.

—Terminado, mi soldado herido —anuncio, frotándome las palmas.

—Hay algo más que puedes hacer por mí para curarme del todo.

—¿El qué?

Estira la mano y la dobla, señalándome que me acerque a él. Entonces me agarra la muñeca y tira de mí para ponerme en su regazo. Mi trasero aterriza bruscamente sobre su muslo. Levanto las piernas para apoyarlas sobre las suyas.

—¿En qué puede ayudarte tu enfermera?

Se señala los labios con el dedo índice. Yo pongo los ojos en blanco. Él se ríe y un instante después me agarra la nuca y tira hacia él para atraparme la boca. Sonrío y le muerdo el labio inferior.

—Gracias —dice con mucha sinceridad.

—Que esto no se vuelva habitual. Creía que tu trabajo se te daba bien —bromeo.

—¿Qué puedo decir? Estaba deseando volver a casa contigo y no vi al tío que me esperaba al lado del coche. Pero al menos yo sigo respirando, así que confía un poco en mí.

Sus palabras caen sobre mí como una tonelada de ladrillos.

Yo soy la razón por la que ha resultado herido. Su obsesión conmigo podría acabar con él.

—Oye... —Me levanta la barbilla—. El problema lo tengo yo, no es culpa tuya. No puedo evitar estar total y absolutamente obsesionado contigo, mujer. No voy a dejar de estarlo. Solo necesito encontrar la forma de sacarte de mi cabeza cuando trabajo.

Lo miro con una sonrisa tensa y me zafo de su abrazo.

—Venga, vamos a dormir. Tengo que despertarme temprano para ir a trabajar. —Le doy un beso suave en los labios.

Me voy al dormitorio, entro en el baño y echo el pestillo.

Mierda.

Apoyo la espalda en la puerta y me voy deslizando hasta el suelo. Me caen lágrimas por la cara.

—¿Me dejas entrar, cariño? —Oigo el eco de su voz profunda que llega desde el dormitorio.

Sorbo por la nariz, me limpio los mocos, me levanto y abro la puerta. No quiero que me vea así. Es patético.

Noto su calor cuando me abraza y me aprieta contra él.

—Tienes que contarme lo que te pasa, cielo. Joder, siento que hayas tenido que curarme. No volverá a ocurrir, ¿vale?

Asiento.

—Mírame.

Levanto la vista hacia su rostro, parpadeando para apartar las lágrimas. Tiene cara de preocupación.

—Maddie, no quiero dejarte nunca, jamás. Quiero vivir contigo y envejecer juntos. Falta poco para que todo esto se calme. Estamos a punto de consolidar nuestra posición y eliminar a los Falcone. Todo será más fácil después. No me ocultes tus sentimientos. No puedo soportar verte tan triste y saber que la causa soy yo.

Lo interrumpo.

—No estoy triste, estoy preocupada por ti. Solo pensar en que te pueda pasar algo me da náuseas.

—No sé qué hice en alguna otra vida para merecerte, Maddie. —Suspira y acerca su frente a la mía—. Confía en mí. Siempre voy a volver

contigo, pase lo que pase.

—¿No va a ser así siempre?

—No. Cuando nos quitemos de en medio a Marco, los Falcone caerán. Después Luca tendrá el camino libre para dominar la ciudad y actuar como el líder que es en realidad. A partir de entonces estaremos todos fuera de peligro.

—Vale. Puede que me sirva saber lo que tienes que hacer. Así mi imaginación no me jugará malas pasadas.

Noto que duda.

—No necesito todos los detalles explícitos. —Le acaricio la mandíbula fuerte.

—Me apuesto algo a que jamás pensaste que tu vida iba a ser así. Nada que ver con un cuento de hadas, ¿eh?

—Es mejor. Estoy enamorada del hombre de mis sueños, que tiene sus cosas, pero que me compensa todo eso de muchas otras formas.

—Solo quiero que seas feliz, cariño. Eso es lo único que me importa. Vamos a la cama. No puedo dormir sin tener a mi Maddie a mi lado.

35

Grayson

Le mando un mensaje a Maddie para decirle que llegaré tarde a casa. Tras el incidente de la herida de la semana pasada, no puedo evitar ver el dolor de su cara cuando tengo que salir por las noches. Y que intente ocultármelo me duele. No quiero causarle ningún dolor, pero ella sabía que se estaba metiendo en la cama con un monstruo.

Ahora, sin embargo, todo es diferente.

No está solo en mi cama. Ocupa toda mi vida, mi corazón y mi cabeza. Solo tengo que encontrar una forma de dejar de preocuparla.

Por eso Frankie y yo le hemos aconsejado a Luca que redoble los esfuerzos para acabar con los Falcone. Cuanto antes desaparezcan, antes se terminarán las salidas nocturnas. Tengo cientos de tíos apuntados al King's Gym que están preparados y deseando derramar sangre. Podría entrenarlos rápidamente para trabajar con Frankie y conmigo. Luca ha intentado quitarme esa idea, pero no podemos negar que necesitamos más hombres y rápido. Frankie y yo solos no podemos resistir indefinidamente. Somos buenos, pero no invencibles.

La última semana hemos detectado nuevos lugares de encuentro de los Falcone en las afueras de la ciudad. Siguen prefiriendo almacenes viejos y abandonados. Apago el motor y abro la guantera. Frankie se queja porque tiene que apartar la rodilla para dejarme espacio. Casi se me salen los ojos de las órbitas cuando un par de tangas rojos de Maddie aparecen encima de la pistola.

Frankie suelta una carcajada.

—Joder, Grayson. ¿Dónde has encontrado una mujer así?

—Supongo que he tenido suerte —respondo con total sinceridad. Cojo el arma y guardo los tangas.

—¿Cómo lo vamos a hacer? —Sonríe al ver las granadas que tengo también en la guantera.

—Hace un par de semanas que no volamos nada por los aires. Me apetece una explosión. ¿Cuántos tíos hay dentro? —pregunto.

—Siete por lo menos. Están esperando la llegada de un cargamento, según ha dicho Carlo.

Coge una granada y me pasa a mí la otra mientras sube y baja las cejas varias veces.

—Vamos a hacerlos volar —digo, y él suelta una risita.

Cierro la puerta del coche y voy hacia el edificio, con la granada en una mano y el arma en la otra.

Cuando nos acercamos, uno de los hombres, vestido de negro, me apunta con su pistola. Aprieto el gatillo sin dudar y la bala le impacta el pecho. El tipo cae al suelo, con las manos sobre la herida. No puede respirar y le sale sangre por la boca.

Le doy una patada para quitarlo de en medio.

—Buen tiro —dice Frankie desde detrás de mí.

—Gracias. Ve a la puerta de atrás. —Miro el Rolex—. Voy a volar este sitio en sesenta segundos exactamente.

—Entendido, jefe.

Según van pasando los segundos, noto que aumenta mi adrenalina. Me encanta hacer estallar edificios y verlos convertirse en cenizas.

Diez segundos...

Abro la puerta metálica de un empujón, acciono el percutor y tiro de la anilla. Todas las cabezas que hay en el interior se giran y yo les sonrío justo antes de lanzar la granada dentro y volver a cerrar la puerta, para enseguida salir corriendo lo más rápido que puedo.

El edificio explota y queda envuelto en llamas. Me paro en mitad del aparcamiento y me doy la vuelta para admirar la vista.

—Es una mierda acabar hecho mil pedazos por una explosión. Aunque creo que lo prefiero a quemarme vivo —comenta Frankie con una cara muy seria.

—Lo tengo en cuenta, por si tengo que matarte algún día.

—Gracias, tío. Oye, menudo regalo de cumpleaños, ¿eh? —dice con una sonrisa traviesa.

No se me ocurre nada mejor.

Pero estoy deseando ver qué regalo tiene preparado Maddie para mí.

—Vamos, que tengo que darle unos azotes a mi chica por haber dejado las bragas en un sitio donde las puede ver alguien como tú.

Habla con Luca e insístele en que necesitamos más hombres para seguir con nuestro plan. Yo intentaré que nos ayude Keller.

—Hecho, jefe.

El olor de una tarta recién horneada me llega en cuanto cruzo la puerta. Busco en los bolsillos, saco el tanga rojo y enredo los dedos en él. Cuando me acerco a la cocina, veo el moño rubio y descuidado de Maddie asomando por encima de la encimera. Está de rodillas en el suelo, mirando fijamente el horno, comprobando que las tartas suben. La encimera está cubierta de polvo blanco; mi cocina parece un narcopiso.

Estar con Maddie es así. Siempre es una sorpresa. Nunca sé lo que me voy a encontrar cuando vuelva a casa. El otro día estaba haciendo una postura de yoga muy extraña con unos *leggings* que se trasparentaban y el culo levantado. Algunos días, cuando llego me la encuentro medio dormida en el sofá con un libro. Y otros está tomándose una copa de vino y cantando al ritmo de rap de Eminem.

No he sonreído tanto en toda mi vida. En cuanto regreso a casa junto a ella, consigue alegrarme el día, por muy duro que haya sido el trabajo para Luca. Siempre lo hace. Creo que por eso estoy obsesionado por estar con ella todo el tiempo.

—Hola, preciosa —la saludo, con su ropa interior entre los dientes.

Maddie gira la cabeza.

—Hola, cumpleañero. —Da un salto y se lanza a mis brazos envolviéndome el cuello—. Ya veo que has encontrado tu primer regalo.

—¿Quién te ha dicho que era mi cumpleaños? —pregunto levantando una ceja.

No lo celebro nunca, al menos desde que murió Casper. Como los dos cumplíamos años en fechas cercanas, hacíamos la fiesta juntos. Siempre.

—Es posible que haya obligado a Keller a decírmelo. Me dijiste que eras tauro. Por cierto, eres todo lo típico de ese signo: muy testarudo y un gran amante. Por eso estuvimos un año sin poder soportarnos. —Suelta una risita—. Acuario no tiene muy buena compatibilidad con tu signo.

—Cielo, te has liado con un hombre que pertenece al signo más leal del zodiaco. Mientras que yo me he quedado con una impredecible y a veces un poco temperamental acuario.

—Querrás decir liberal y morbosa.

—Sí, eso lo tengo claro. A las acuario les gustan los cumplidos... —Le acerco la boca a la oreja—. Y el sexo anal.

Es cierto que encontré eso cuando estuve investigando. No entiendo cómo demonios pueden saberlo.

Le pongo las manos en el culo y le doy un apretón.

—Veo que se te ha ocurrido una idea para tu segundo regalo de cumpleaños —dice coqueta, con un brillo en los ojos.

El horno pita, ella escapa de entre mis brazos, va corriendo hasta allí y agita las manos para disipar el vapor que sale por la puerta al abrirlo. Saca las tartas con cuidado y las deja en la encimera.

—Joder, cómo quema.

Coge una cuchara de madera y empieza a remover la crema de mantequilla con mucha fuerza, sujetando el recipiente blanco bajo el brazo. Cuando se enjuga la frente con el antebrazo, se deja un rastro de polvo blanco. No paro de sonreír, tanto que me duelen las mejillas. Este se ha convertido ya en el mejor cumpleaños que he tenido, que yo recuerde.

Voy hasta ella, me coloco a su espalda, la abrazo por la cintura y tiro de ella hacia mí. Mi pene se despierta cuando su culo se frota contra él.

—Grayson...

—Dime, cariño.

Espero que la siguiente palabra que salga de esos bonitos labios sea: «Fóllame». Es mi cumpleaños, ¿no?

—¿Preferirías sentarte encima de una tarta y comerte una polla, o sentarte en una polla y comerte una tarta?

—La segunda. ¿Cómo voy a desperdiciar una deliciosa tarta? —Me río por lo bajo—. Pero lo que quiero de verdad es que tú te sientes en mi polla y me des tarta para que yo me la coma. ¿Eso no es una opción? Es mi cumpleaños, cielo.

No le veo la cara, pero sé que esos ojos verdes estarán llenos de deseo y sus mejillas sonrosadas. Meto las manos bajo la camiseta de tirantes que lleva, le acaricio el vientre plano y después le cubro las tetas con las manos y le toco los pezones duros con el pulgar. Maddie echa la cabeza atrás para apoyarla en mi cuerpo, dándome acceso a su esbelto cuello. No puedo resistirme a mordérselo al mismo tiempo que le pellizco los pezones. Ella gime y arquea la espalda.

—Eres perfecta, cielo.

Le lamo el cuello y noto el sabor de su perfume dulce en la lengua. Saco una mano, hundo el dedo índice en el recipiente de crema de mantequilla que todavía sostiene y lo mojo bien en ella.

—Abre la boca, cariño. —Su lengua caliente me lame todo el dedo y después se lo mete entero y chupa con fuerza.

—¡Grayson! —grita, y se zafa de mis manos—. Es posible que haya organizado una cena para celebrarlo. Que va a empezar enseguida.

Mierda.

No puedo. Esta noche tengo que ocuparme de una misión en el casino. Dos de los principales asesores de Marco van a estar allí para una velada benéfica. Luca ha acordado con el director que podremos llevarnos a dos de los Falcone de allí. A cambio, blanquearemos nuestro dinero utilizando sus casinos.

—Tengo que trabajar esta noche, cielo.

—Pero si es tu cumpleaños. ¡Nadie debería trabajar en su día, Grayson! —se queja y hace un mohín.

—Sabes que tengo un trabajo en el que no me puedo pedir un día libre, ¿verdad? —Me echo a reír, pero me duele haberle estropeado los planes.

Aunque tal vez pueda hacer las dos cosas. Es una misión rápida y limpia. Luca y Frankie también estarán. Y es en un sitio público.

—¿Y si te vienes conmigo esta noche?

—No creo que te venga bien hacer de niñera. Y, además, soy bastante impresionable.

—Es en el casino. Ni siquiera tengo que ocuparme yo de la misión. Frankie también estará. Solo debo asegurarme de que no salga mal. Estaré contigo y podemos apostar un poco. Cuando terminemos la misión, ya quedaremos libres. ¿Qué te parece?

Creo que esta es una de las peores ideas de mi vida. No debería ponerla en peligro así. De ninguna manera. Perderla me mataría.

—¿Podemos quedar con Keller y Sienna en el End Zone después? No quiero ver a Keller metido en esas mierdas en las que andáis Luca y tú. No estaría bien. Ya ha abandonado esa vida.

Dios, esta mujer me alucina.

—Vale, cariño, gracias. —La abrazo y, al hacerlo, la levanto un poco del suelo.

—Voy a arreglarme. No puedes ir al casino con una mujer con el pelo grasiento cubierto de azúcar glas. Además, tengo que acabar esta tarta,

para luego sentarme en tu polla y dártela para comer. Feliz cumpleaños. —Antes de que me dé tiempo a responder, me planta un beso en los labios.

Se escapa de entre mis brazos, todavía con el recipiente en la mano y una mirada traviesa en la cara. Yo me siento en el taburete de la cocina y contemplo cómo esa bomba de mujer se concentra en decorar mi tarta en la cocina de mi casa.

Tengo claro lo que quiero para mi cumpleaños.

Solo espero que ella acepte.

36

Maddie

Me quedo sin aliento al verlo. Es un dios del sexo de los pies a la cabeza con su esmoquin negro hecho a medida y esa pajarita. Lleva el pelo rubio peinado con una pequeña cresta en la parte superior y la barba muy bien arreglada, marcándole esa mandíbula increíble que tiene. Solo mirarlo me pone cachonda. Noto que me sube el calor por el escote. Es todo lo que se esperaría de un sicario de la mafia rico y poderoso.

Me acerco a él con las sandalias de tiras plateadas en la mano. Él se muerde el labio inferior cuando me examina de arriba abajo. El fuego que hay en esa mirada hace que se me tense la entrepierna. Estoy a punto de pedirle que nos quedemos en casa.

—Estás impresionante.

Le sonrío.

—Y tú eres como un dios del sexo hecho carne, señor. —Le guiño un ojo y él suelta una exclamación cuando le rozo al pasar por su lado para dejarme caer en el sofá.

El vestido me llega justo por encima de las rodillas y es tan ceñido que no me puedo mover. Voy a ser como un pingüino toda la noche. Pero merece la pena. El escote corazón me hace unas tetas increíbles, y el corpiño ajustado oculta la hinchazón premenstrual que tengo. Intento ponerme los zapatos subiendo la pierna para alcanzarme la mano. Resoplo, frustrada, y trato de agacharme, pero no hay forma. Me tiro en el sofá con un suspiro.

Él se pone de rodillas sin decir nada.

Me coge el pie derecho y se lo apoya en el muslo. Me abrocha la sandalia y yo siento un cosquilleo en la pierna al notar su contacto.

—Me gusta verte así de rodillas delante de mí —bromeo.

—Tú eres la única persona que va a decirme eso en la vida. —Me da un beso suave en el tobillo antes de hacer lo mismo con el otro pie.

Me emocionan esos gestos de cariño.

Se levanta y me tiende su enorme mano. Yo se la cojo y me ayuda a incorporarme. Alzo la cabeza para mirarlo. Grayson me acaricia la mejilla con los nudillos y yo me derrito. Le abrazo el cuello y él me pone las manos en el culo.

—Siete años, Maddie. Ese es el tiempo que había pasado desde mi último beso. Hasta que tú entraste como una tromba en mi vida y uniste esos labios perfectos con los míos. —Se ríe entre dientes—. Joder, cómo me alegro de que lo hicieras. Te prometo que vas a ser la última mujer a la que bese, pase lo que pase.

Se me llenan los ojos de lágrimas. He soñado toda mi vida con encontrar a alguien que me quiera con esta pasión. Lo amo con todo mi ser. Pero sé que le he entregado mi amor a un hombre que solo puede amarme con restricciones, que no puede prometerme nada para siempre. Bajo la vista al suelo. Me pone el dedo bajo la barbilla y me levanta la cabeza para que lo mire.

—¿En qué piensas, cielo?

Me examina la cara con el ceño fruncido y veo preocupación en su rostro. Sabía quién era y lo que podía ofrecerme antes de empezar esto con él. Qué tonta soy por creer siempre en los cuentos de hadas y dejar que me roben el corazón. Por desear en el fondo que el villano se convierta en príncipe.

—En nada. —Me tiembla la voz.

Él me agarra por los hombros y se aparta un poco.

—No me mientas. Sabes que no tienes por qué hacerlo. Estás preocupada. ¿Por qué?

—No quiero que esto termine —contesto con total sinceridad.

Él hace una mueca de dolor al oírme.

—Cielo, eres tú quien tiene todo el poder aquí. Yo seré tuyo hasta el día en que me muera. Total y absolutamente tuyo —asegura, y a mí se me escapa un sollozo. Me limpia una lágrima con el dedo y me mira con una sonrisa triste—. Te quiero. Creo que te he querido desde la primera vez que te vi. Este no es el cuento de hadas con el que has fantaseado toda tu vida, pero debes saber algo: yo te voy a tratar como una princesa todos los días. Te voy a querer como te mereces. Solo tienes que aceptar que te has enamorado de la bestia, no del príncipe. Yo no

soy ese príncipe, no puedo serlo, ni tampoco quiero fingir serlo. Pero te prometo que el amor y la vida que te voy a dar te lo van a compensar con creces.

Me creo hasta la última palabra que ha dicho.

Estoy enamorada de la bestia, del monstruo. Lo último que se me ha pasado por la cabeza desde que empecé a salir con Grayson ha sido una boda y un cuento de hadas. Él ocupa toda mi vida.

Quiero todo lo que pueda darme. Voy a aprovecharlo. Dejar que este hombre me ame el resto de mi vida. ¿Qué otra cosa podría necesitar?

—¿Me lo prometes?

—Te lo juro.

—Te quiero, Grayson. Si te tengo a ti, no necesito nada más.

—¿Me prometes que yo soy suficiente para ti? —pregunta nervioso.

Ese hombre tan poderoso no está seguro de si es suficiente...

—Créeme. Eres mucho más que suficiente.

Recorremos la alfombra roja del casino cogidos del brazo. Lo primero que me llama la atención son las fuertes luces parpadeantes de las máquinas tragaperras.

Vamos a la barra, pero Grayson tiene la vista clavada en el otro extremo de la sala. Está en modo soldado ahora mismo. Me lleva del brazo, pero su mente está desconectada de mí. Sigo su mirada y veo a Luca, vestido con un traje negro. A su lado hay un hombre enorme, con el pelo oscuro y la piel aceitunada. Es Frankie. Sus ojos intensos me ponen los pelos de punta. Da un poco de miedo. Aprieto la mano que tengo en el brazo de Grayson.

—¿Quieres algo de beber, cariño? —pregunta, haciéndome volver a la realidad.

—Champán, por favor.

Grayson se inclina sobre la barra y le pide las bebidas al camarero.

—Toma. —Me pasa la copa alta y yo doy un sorbo.

Sigue examinando la sala, con los ojos cambiando rápidamente de un lado a otro y la mandíbula tensa. Suspiro y me bebo el resto del champán de un trago. No tiene sentido fingir ser alguien que no soy, así que será mejor que me emborrache.

Dejo a Grayson a lo suyo, me inclino sobre la barra, le sonrío al camarero para que me preste atención y, dándole unos golpecitos a la

copa que tengo en la mano, le pido otra. Él se ríe, me coge la copa y me la llena hasta arriba.

—Gracias.

Al darme la vuelta, veo que Luca y Frankie no están en el mismo sitio que hace un momento. Deduzco que está a punto de pasar algo malo. Grayson me da la mano y entrelaza sus dedos con los míos.

—Lo siento por esto. Acabaremos enseguida y podremos irnos.

Su cara se relaja durante un segundo cuando me mira, pero enseguida vuelve a ponerse la máscara y me lleva a la mesa de ruleta que tenemos justo delante.

Me saca un taburete tapizado con terciopelo rojo y, cuando me siento, me rodea la cintura. Yo me apoyo contra su vientre duro. No tengo ni idea de lo que estoy haciendo. Él se agacha desde detrás y pone delante de mí un montón de fichas de póquer amarillas que tendrá unos siete centímetros de alto.

—¿Qué quieres que haga con eso? —pregunto. Cojo una de las fichas y jugueteo con ella.

—Lo que quieras, es todo tuyo. —Se encoge de hombros.

Joder, es una ficha de mil dólares. Y en el montón tiene que haber por lo menos veinte.

—Grayson —digo entre dientes—, no pienso jugarme tu dinero así.

—¿Por qué no? Solo es dinero.

—Demasiado. No sé jugar a esto.

—Esa es la gracia.

Vuelvo a dejar la ficha con las otras y las acerco a mí, pero él me agarra del brazo para impedírmelo.

—Vale, ¿qué te parece que si hacemos una apuesta nosotros?

—Cuéntame más...

—Dividimos el dinero. Tú pones la mitad en el rojo y yo en el negro. Si ganas tú, te quedas con el dinero. Si gano yo, te vienes a vivir conmigo.

—¿Cómo? —exclamo. Las mejillas me arden.

—Ya me has oído. Y si no te gusta el ático, compraré otro sitio para los dos. Ese sería el mejor regalo de cumpleaños que podría tener. —Se agacha un poco más y acerca la boca a mi oreja—. Bueno, el segundo, porque prefiero que te sientes encima de mí y me des de comer tarta. Eso sí que lo estoy deseando.

—Sabes que yo estoy perfectamente conforme con la relación como está ahora, ¿verdad?

—Cariño, nunca hago nada que no quiera hacer. Te quiero a ti. Eres todo lo que no sabía que necesitaba. Mi luz, mi rayo de sol, siempre.

Su mirada intensa se me clava en el corazón.

—Pero primero tengo que ganar. —Me guiña un ojo, se inclina y coge el montón de fichas. Las divide en dos y me da una de las partes.

Yo las cojo con las manos temblorosas.

El crupier pide que hagamos las apuestas.

Yo apoyo los zapatos en la barra del taburete para levantarme, alargo la mano y pongo todas las fichas en el rojo. Tengo la palma de Grayson apoyada al final de mi espalda cuando él pone las suyas con total tranquilidad en el negro. El crupier tira la bolita en la ruleta. Yo contengo la respiración y cierro los ojos.

«Negro, por favor, negro».

El tiempo parece detenerse mientras la bolita gira y va parando despacio.

—Dieciséis. Rojo.

Hundo los hombros al oír el número. Debería estar encantada, porque acabo de ganar un montón de dinero.

—Esta vez has ganado tú, cariño.

—Sí —exclamo nerviosa, con una sonrisa tensa para ocultar mi decepción.

A mi lado Grayson resopla, recoge mis ganancias y me las pone delante. Está tan decepcionado como yo.

—Te propongo otra cosa —sugiero. Cojo las fichas y se las doy.

Él me mira sin entender.

—Tú aceptas el dinero a cambio de que yo me vaya a vivir contigo.

—Hecho.

Busca en el bolsillo y saca algo pequeño y plateado. Lo sujeta entre los dientes, me coge el montón de fichas de las manos y lo deja en la mesa. Yo no puedo apartar los ojos de la llave que tiene en la boca. Con una sonrisa, la coge y me la pone en la palma.

Nuestras manos se rozan cuando la cojo y me la guardo en el sujetador.

Apoyo los dedos en el antebrazo de Grayson, me acerco y le susurro al oído:

—Voy al baño un momento. Traeré otra copa cuando vuelva.

Él se pone a ordenar las fichas formando una fila. Yo me bajo del taburete y le acaricio la mandíbula cubierta por la barba.

—Muy bien, cielo —contesta acomodándose en el taburete. Solo eso ya hace que se me despierte la entrepierna.

—Si no vuelvo dentro de diez minutos, ven a buscarme. Seguro que me estaré peleando con el vestido —digo con una risita. El champán está empezando a hacerme efecto.

Voy al baño. Me distraigo con las luces de las tragaperras y de repente me choco con algo duro y tengo que detenerme en seco. Extiendo los brazos y giro la cabeza para mirar lo que tengo delante. «¡Mierda!». Lo que tengo delante es el pecho de un hombre bastante grande. Un vello denso y oscuro asoma por la camisa abierta. Puaj.

—Ay, Dios, perdone. —Me aparto enseguida.

—No pasa nada, señorita —contesta con un fuerte acento italiano, y vuelve a acercarse a mí.

Yo le dedico una sonrisa falsa y lo esquivo para seguir hacia el baño. Cuando llego, cierro la puerta y me encierro en un cubículo. El corazón me martillea contra las costillas. Inspiro hondo un par de veces.

Ese hombre me ha puesto los pelos de punta.

Empiezo a bajarme la cremallera de este vestido tan ridículamente ceñido y oigo la puerta del baño abrirse y cerrarse de nuevo. Unos pasos pesados se acercan. Yo me quedo muy quieta, conteniendo la respiración.

Me sobresalto cuando el hombre abre bruscamente el cubículo de al lado y hace temblar las paredes del mío.

Joder.

Espero, con los párpados apretados y la sangre atronándome en los oídos.

—Sé que estás aquí, preciosa. —Ese fuerte acento italiano me hace sangrar las orejas.

Me quedo pálida.

Ese loco empieza a aporrear la puerta de mi cubículo. Me aparto, con las piernas temblando, hasta que mi espalda choca con la pared de azulejos que hay junto a la taza. No puedo ir a ninguna parte, no hay escapatoria.

Saco el teléfono del bolso y llamo a Grayson. Como no lo coge, con los ojos llenos de lágrimas abro los mensajes y le escribo.

Yo: ¡¡¡Ayúdame!!!

Casi ni veo las letras.

Yo: Por favor.

Noto el aire frío cuando la puerta se abre de repente. El teléfono se me cae de las manos y rebota en el suelo.

—Podrías haberme dejado entrar, preciosa. —Esa forma de hablarme me da ganas de vomitar.

Viene directo a por mí con una sonrisa sádica, me agarra la muñeca y me arrastra fuera del cubículo.

—¡Me haces daño!

—Bien.

Me coge del brazo y me empuja contra los lavabos, de cara a los espejos.

—¡Suéltame ahora mismo! —grito, pero lo que hace es sujetarme más fuerte, tanto que tiene los nudillos blancos.

Veo en el espejo, con cara de horror, cómo se pasa la mano por el pelo negrísimo. Después me pone la mano en la nuca y me empuja para que me incline sobre el lavabo. Intento resistirme con todas mis fuerzas, pero no sirve de nada. Me abre las piernas con un pie. Se me tuerce un tobillo y noto un intenso dolor.

—Hmm, hueles muy bien —dice, apartándome el pelo para lamerme la columna.

Se me sube la bilis por la garganta y cierro los ojos.

Estoy petrificada, no puedo moverme ni respirar. Me sobresalto cuando me acaricia los pechos por los costados.

—No lo hagas, por favor —suplico.

El ruido de la cremallera de sus pantalones resuena en el baño. Unos gritos ahogados al otro lado de la puerta del baño me llaman la atención. Él se gira y yo siento un alivio enorme cuando me suelta. Veo el pánico claramente en su cara mientras se intenta subir los pantalones. Antes de que me dé tiempo a incorporarme, la puerta del baño se abre y entra Grayson, hecho una furia, con el arma apuntando al italiano. Yo suspiro, aún temblando, y me enderezo.

Grayson me mira a los ojos y después el resto del cuerpo, como si quisiera evaluar los daños. Casi siento su alivio cuando ve que todavía estoy completamente vestida.

—Maddie, cariño. Necesito que te metas en un cubículo y cierres la puerta.

Asiento y me meto en el más cercano. Cuando entro, voy a echar el pestillo, pero algo me dice que no lo haga. Quiero asegurarme de que ese hombre no vuelva a hacerle esto a ninguna otra mujer. Despacio, abro un poco la puerta, solo una rendija para poder ver.

—De rodillas —ordena Grayson con autoridad. El hombre obedece—. Vas a morir por haberle puesto la mano encima, pedazo de cabrón.

Yo suelto una exclamación cuando Grayson le apoya el arma en la cabeza.

Aprieta el gatillo y el hombre cae al suelo sangrando por la cabeza.

«Joder».

Abro la puerta y me abalanzo sobre Grayson, con las piernas todavía temblando y con cuidado de no pisar el cadáver del suelo. Él abre los brazos y yo me dejo abrazar. Me estrecha fuerte, mucho, como si le diera miedo soltarme.

Me caen lágrimas por las mejillas.

—¿Está muerto? —pregunto entre hipos.

Asiente.

—¿Te ha hecho daño?

Niego con la cabeza. Él suelta el aire despacio y echa la cabeza atrás.

—Joder —suspira—. Lo siento mucho.

—Pero si esto no me lo has hecho tú. Tú me has salvado.

Ahora soy yo la que tiene que alejarlo de sus demonios. Le cojo la cara entre las manos y la acerco a mí. Él se deja llevar por el beso y su cuerpo se relaja contra el mío. El arma cae al suelo y me rodea la cintura con un brazo.

—Te quiero, Grayson.

—Dios, te quiero mucho, cielo.

37

Grayson

Noto que aprieta la mano que tiene en mi brazo y me vuelvo para mirarla. Está muy pálida.

—Grayson, no me encuentro bien. —Le tiembla la voz.

La furia que sentía hace un momento se está convirtiendo en pánico. Le dije a Luca que necesitábamos más hombres. Le puse un plan en bandeja. Esto no habría ocurrido si nos hubiera hecho caso.

Ella se tambalea y cae contra mi pecho. La agarro por los hombros para sostenerla. Mierda. Se le cierran los ojos. El pánico me llena el pecho. Tengo que estar tranquilo y concentrado.

—Maddie, cariño, ¿me oyes? —Levanto la voz para que me oiga bien, pero no me responde. La cojo en brazos y acerco su cuerpo inmóvil al mío—. No pasa nada, cielo. Yo me ocupo de ti.

Veo el mundo como borroso mientras corro a la salida de incendios para llegar a mi coche. Busco las llaves en los bolsillos. Cuando abro la puerta del acompañante, su cara se mueve contra mi pecho. Casi me fallan las piernas por el alivio. Está despierta.

Me agacho y la dejo con cuidado en el asiento. Todavía tiene los ojos vidriosos; está consciente, pero no del todo. Le pongo la mano en la mejilla fría y ella acerca la cara, buscando el contacto conmigo.

—Te voy a llevar al hospital. Sigue despierta. No te voy a abandonar, te lo prometo.

Ella asiente débilmente. Le doy un beso en la frente, salgo y rodeo el coche.

Maddie se pasa el trayecto alternando entre el sueño y la consciencia. Le aprieto la mano todo el tiempo, porque necesito asegurarme de que está bien.

La llevo en brazos a urgencias. El olor a desinfectante me invade la nariz en cuanto cruzo la puerta. No oigo el ruido de las conversaciones

en la lista de espera porque la sangre me atruena en los oídos. Voy al mostrador.

—Necesito un médico. Mi novia, Maddie Peters, se ha desmayado y no está del todo consciente. Necesita ayuda. Ya.

La mujer de la recepción alza la vista de la pantalla y centra su atención en el cuerpo flácido de Maddie. Veo preocupación en su cara cuando la mira.

—¡Ya! —repito. No tengo tiempo para tonterías.

—Venga conmigo, señor. —Se levanta de la silla y cruza la puerta de cristal.

Yo la sigo por unos pasillos pintados de blanco y muy iluminados. Abre una puerta que hay a la derecha, que da a una habitación diminuta con una cama individual y una silla de plástico.

—Ahora mismo pido que venga un médico.

Asiento, voy hasta la cama y tumbo a Maddie.

—Cariño, ya viene el médico.

Abre los ojos y frunce el ceño.

—¿D-Dónde estoy?

—En el hospital.

—¿Qué ha pasado?

—Te has desmayado. ¿Necesitas algo? —pregunto, y ella niega con la cabeza.

Veo aparecer de nuevo ese destello en sus ojos y yo sonrío.

—¿Un beso? —pide con ternura, y se muerde el carnoso labio inferior.

—Cuando quieras, cielo. No quiero parar de besar tus dulces labios —murmuro, inclinándome hacia ella. Pero oigo la puerta y me quedo parado en seco.

Alguien carraspea en el umbral y Maddie suelta una risita, lo que provoca que su aliento cálido me roce los labios. Le doy un beso rápido y me incorporo para girarme hacia la puerta. Un médico delgado, larguirucho y con el pelo negro está ahí parado, sin saber dónde mirar.

—¿Señorita Peters? —pregunta con voz aguda. No se atreve a mirarme.

—Sí, soy yo —responde Maddie.

Como si eso fuera algún tipo de señal, yo me siento en la diminuta silla de plástico.

El médico se acerca, revisando unos papeles. Pero ¿de verdad tiene la cualificación necesaria para atenderla?

—Quiero hacerle un análisis de sangre, si le parece bien —explica, y se acerca a la cama de Maddie, dándome la espalda.

—Sí, claro, doctor.

—¿Cómo se encuentra?

—Mejor. Me duele mucho la cabeza y tengo náuseas. Pero aparte de eso estoy bien.

Le hace unas cuantas preguntas más y le saca sangre. Maddie aprieta los párpados y aparta la cara. El médico nos dice que esperemos a los resultados antes de irnos. Yo acerco la silla a la cama y le cojo la mano. No quiero soltarla.

Ella mira la sangre que tengo en la camisa. Una clara evidencia de que puede que yo sea la causa de su desmayo. Ha tenido que presenciar algo horrible.

Como si notara mi tormento interior, saca la mano de debajo de la mía y la pone encima.

—No me ha afectado, Grayson. —Yo la miro con una ceja levantada—. Lo que ha pasado antes —aclara—. Me has salvado. Y no lo voy a olvidar.

Se me tensa todo el cuerpo. Le he volado los sesos a alguien delante de ella y me está dando las gracias. Ella no necesita esto. Se merece mucho más. Más de lo que yo podría ofrecerle.

Clavo la vista en la pared blanca que tengo enfrente.

—Grayson, escúchame. Sé quién eres y lo que haces. No te tengo miedo.

No es ni momento ni lugar para esta conversación. No debería sentirme mal por lo que hago por ella. Maddie se ha hecho un lugar en mi negro corazón y desde ahí proyecta su luz sobre mi vida entera. No puedo evitar la sensación de terror que me atenaza el estómago. Es mía y debo cuidarla.

—Bien —respondo con una sonrisita.

Ella me mira sin entender, a punto de decir algo, pero cierra la boca porque no encuentra las palabras. Solo suspira y se acomoda sobre la almohada, sin soltarme la mano.

Nos quedamos esperando así, en silencio.

La puerta se abre y vuelve el médico, que no deja de toquetear el picaporte, como si no hubiera querido entrar de esa forma. No puedo

evitar poner los ojos en blanco.

—Señorita Peters, ya tengo los resultados. ¿Quiere que se los dé en privado?

Yo me enderezo y me giro hacia él.

El doctor tiene los ojos clavados en Maddie, pero el temblor de sus dedos delata su miedo. Maddie me aprieta la mano y yo la miro. Veo su pulso bajo la piel del cuello.

—Me voy, si quieres. Tú decides, cielo.

Le cubro su mano con la que tengo libre para tranquilizarla.

—Grayson se queda —dice con un temblor en la voz.

Contengo la respiración mientras espero a ver lo que va a decir el médico.

—Señorita Peters, está usted embarazada. Felicidades.

Maddie suelta una exclamación y a mí se me nubla la vista. La habitación empieza a darme vueltas.

Joder.

Joder, joder, joder.

38

Maddie

Madre mía. ¿Embarazada?

El médico sale de la habitación.

—Grayson, dime algo, por favor. —Me caen las lágrimas por la cara. Se me acelera la respiración. Pero ¿qué he hecho?—. No ha sido a propósito, te lo prometo. Lo siento —explico sollozando y sin soltarle las manos.

Me abrazo las rodillas contra el pecho y apoyo la cabeza en los muslos. El somier chirría. Miro por encima de las rodillas y veo que está sentado en el borde de la cama y me coge una mano.

—¿Qué vamos a hacer, Grayson?

Me da un apretón en la mano. Tiene los ojos llenos de lágrimas, lo que provoca que yo llore todavía más.

—Lo afrontaremos juntos. Te apoyaré hagas lo que hagas, Maddie. —Casi se le quiebra la voz, pero consigue mantener la compostura.

—¡Por eso me apretaba tanto el vestido! —replico entre hipos.

Él me mira con una sonrisa triste. Después baja la vista a mi vientre y sonríe.

—Túmbate —me ordena, y, como siempre que usa esa voz autoritaria conmigo, obedezco al instante.

Me dejo caer en la almohada. El colchón se hunde cuando se apoya para levantarse. Se agacha y se recuesta sobre mi vientre. Yo me incorporo sobre los codos.

Empieza a besarme toda la zona.

—Nuestro —murmura con voz ahogada.

Descansa la cabeza sobre mi cuerpo. Yo pongo todo el peso en el brazo derecho y entierro la otra mano en su pelo. Para cualquier otra persona, este momento sería perfecto.

Pero, en nuestro caso, no sé lo que significa.

Siempre he soñado con tener un hijo. Sé que seré una mamá buenísima. Pero ¿puedo traer a un bebé a este mundo con el tipo de vida que llevamos?

—Te oigo pensar desde aquí, cielo.

Ni siquiera soy capaz de contestarle. No puedo.

—Os protegeré al bebé y a ti con todo lo que tengo. No lo dudes jamás. Nadie puede tocar lo que es mío y vivir para contarlo. —La violencia que se oye en su voz me pone los pelos de punta.

No dudo de sus palabras.

Ese hombre lo arriesgaría todo por nosotros.

Inspiro hondo y reúno el valor para hacer la pregunta.

—¿Tú quieres ser padre? Esto no estaba en los planes. No puedo obligarte a ser algo que no eres. Me has dicho que no puedes cambiar. Esto —digo señalándome el vientre— es un cambio radical en la vida, Grayson.

No puedo hacerlo sola.

Ni tampoco estar sin él.

—Todo eso era antes de enamorarme de ti, Maddie. Ahora quiero dártelo todo. Joder, tú has cambiado mi vida, cielo. Como sabía que pasaría. —Me mira a los ojos. Los suyos están llenos de lágrimas, como los míos—. Esto es lo que quiero. —Me pone la mano en la mandíbula —. ¿Qué me dices, cielo?

—Yo también.

Me da un beso en la coronilla.

—Te quiero.

Yo me acurruco contra su pecho y cierro los ojos. El olor fresco de su *aftershave* me envuelve y me voy dejando llevar por el sueño.

Vamos a tener un bebé.

39

Grayson

Guantes puestos y listo.

Llevo cuarenta y ocho horas viviendo en el filo de la navaja. Casi no he dormido. Mi cerebro no para. No pude protegerla y otro hombre le puso las sucias manos encima.

Quiero acabar con todos y cada uno de esos cabrones hoy.

Pero no puedo.

Con la cabeza así, es imposible. Voy a ser padre. ¿Qué niño se merece un padre como yo?

Lo único que puedo decir con total seguridad es que quiero hacerlo. Más que nada en el mundo. Lo que me está matando es no poder protegerlos.

No importa cuántas veces me diga Maddie que está bien y que el bebé también, que la salvé; no sirve para calmar mi sed de sangre, esta furia que tengo dentro de mí, a punto de explotar. Me he pasado las noches viéndola dar vueltas en la cama, empapada en sudor mientras duerme. Seguro que está reviviendo ese momento.

Cuando Keller me ha llamado esta mañana para pedirme que le ayude a entrenar a unos nuevos boxeadores, no lo he dudado un segundo. El boxeo fue en el pasado una de mis válvulas de escape para mi ira. Puede que ahora me sirva otra vez. Algo tengo que hacer.

Paso entre las cuerdas para entrenar con uno de los alumnos más prometedores del gimnasio dentro del ring.

—¿Estás bien, Grayson? —grita Keller.

—Sí —aseguro. Y, dirigiéndome al boxeador, digo—: A por ello. Venga, enséñame lo que tienes. ¿Quieres ser el próximo Keller? Demuéstrame que tienes lo que hace falta —lo provoco mientras correteo por el centro del ring, con los guantes en alto, listo para atacar.

Imito su postura y anticipo su primer golpe. Empieza con un gancho de izquierda.

—Muy mal —me burlo.

Él gruñe y prueba con un golpe de derecha, que me impacta en la mandíbula. La cabeza me gira bruscamente y siento el dolor en toda la cara.

Me recupero rápido y ataco con una andanada de puñetazos rápidos. Él se retira, pero yo no cedo terreno. Cuando le pego con todas mis fuerzas, se tambalea hacia atrás.

—Grayson, ¿qué coño estás haciendo? —grita Keller desde fuera del ring.

Ahora mismo lo que único que veo es al cabrón despreciable que intentó violar a Maddie.

La ira me hierve en las venas. Cojo ese cuerpo debilucho y lo arrojo sobre la lona. La sangre me atruena en los oídos.

—¡Basta! —grita de nuevo Keller, me aparta y me da un empujón en el pecho.

Lo miro, parpadeo una vez y él me da un buen golpe en la sien, que prácticamente me hace ver las estrellas.

—Vete a que te dé un poco el aire y luego ven a verme al despacho. ¡Ya! —ordena.

Me sangra una ceja. Mierda.

Hay un silencio total en la sala. No se oye nada.

Pero ¿qué coño estoy haciendo?

Keller se arrodilla al lado del alumno y se ocupa de él.

—¡Que te largues!

Tiro los guantes al suelo, voy al despacho como una tromba y cierro de un portazo.

—Siéntate. —Keller señala el sofá del despacho.

—Lo siento, joder.

—No quiero que te disculpes, sino que me digas qué ocurre. Podrías haber matado a ese chico. Con todo el mundo mirando. Quieren ser como nosotros. Estamos aquí para entrenarlos y tú vas y haces esto. Así que suéltalo de una vez.

Saca una botella sin abrir de whisky y la pone sobre la mesa. A continuación, aparecen dos vasos de cristal. Los llena hasta la mitad y me pasa uno.

—Tómate esto primero. Tienes muy mala pinta.

Cojo el vaso y le doy un trago largo.

—Atacaron a Maddie el fin de semana pasado en el casino. —Me duele incluso decirlo en voz alta.

—¿A qué te refieres con que la atacaron?

—Uno de los Falcone intentó violarla.

Noto la bilis subiéndome por la garganta cuando las imágenes se reproducen de nuevo en mi mente.

—Joder. ¿Está bien?

Me crujo los nudillos e inspiro profundamente.

—Lo está llevando bien. Aunque creo que se está haciendo la fuerte para no preocuparme. Estoy pendiente de ella.

Keller asiente, reflexivo.

—¿Y tú? ¿Estás bien? —pregunta estudiándome.

—No —respondo con total sinceridad. Joder, qué bien sienta verbalizarlo—. Ni mucho menos. Maddie está embarazada. Les he fallado a los dos. ¿Cómo voy a ser padre? No creo que pueda, Keller.

Tengo los ojos llenos de lágrimas. Agacho la cabeza y la apoyo en las manos.

La he cagado. No pude evitar que mi mujer se tirara a mi mejor amigo, ¿qué me hace pensar que puedo ser un buen marido o un buen padre? No estoy hecho para esto.

Oigo las patas de la silla arrastrándose por el suelo de madera y él sale de detrás de la mesa para venir a mi lado.

—Mírame, Grayson. Tienes que recomponerte, joder. Esas dudas solo están en tu cabeza. Nadie puede proteger a Maddie y a vuestro bebé mejor que tú. Ni una sola persona en el planeta. Ella está bien, ¿no? Y supongo que el tío ese está muerto.

Asiento.

—No te olvides de eso que me dices siempre: no puedes ganar un combate si no estás centrado. La regla número uno, Grayson. Tu regla. Ahora tienes que aplicártela a ti. No necesitas que yo te diga que vas a ser un padre increíble. Pero no vas a poder serlo si huyes de los problemas, o si dejas que te pueda la rabia. Eres mejor que todo eso y los dos lo sabemos.

No hay excusa para lo que he hecho en el ring. Estoy dejando que la furia se apodere de mí.

—Vete a casa con tu mujer y demuéstrale lo contento que estás con todo esto. Sé el hombre que necesita ahora mismo. No sirve de nada que estés aquí intentando matar a nuestros aspirantes a boxeadores.

Tiene razón.

Mi cabeza es peligrosa. Siempre lo ha sido. Pero puedo controlarla. Soy capaz de hacer cualquier cosa con Maddie a mi lado.

—Gracias, Keller. Lo necesitaba.

—Felicidades, por cierto. Ser padre es el mejor trabajo del mundo, te lo prometo.

Pero qué blandengue está hecho.

Me da un apretón con la mano.

—Pero si vuelves a perder la cabeza así, te dejo KO sin pensármelo dos veces, ¿entendido? —Me mira con una ceja levantada y yo me echo a reír.

—Tú inténtalo.

40

Maddie

Después de la noche del casino, que fue el sábado, hemos estado el resto de la semana trasladando mis cosas a su ático. La verdad es que le vendría bien un toque de color. No quiero pasarme la vida mirando paredes negras y grises. No estoy segura de que le gusten mucho mis cojines color *nude* y las fotos nuestras, en Londres y en la boda de Sienna, que he colgado en la pared.

Por fin empieza a parecer una casa en la que vive alguien.

Yo he procurado mantener la mente ocupada. La sorpresa del embarazo ha podido con el shock de que alguien intentara violarme y de que mi novio le volara la cabeza delante de mí. Las dos cosas me han quitado el sueño durante varias noches. Estoy haciendo todo lo posible por ser fuerte y parecerlo. Se nota que Grayson está lleno de ira, a punto de explotar. Me ha contado lo que ocurrió en el gimnasio, con Keller, al principio de la semana. Me duele saber que lo estaba pasando tan mal y no podía decírmelo.

Cuando le dije que no era culpa suya era en serio. Y también que me había salvado. No hay muchos hombres en este planeta que sean capaces de matar a alguien por haberle puesto las manos encima a su chica. Y Grayson lo hizo sin dudar un segundo.

Solo estoy embarazada de unas pocas semanas, seis como mucho. Así que hemos decidido no contarlo hasta que pase por lo menos un mes más. Estoy aterrada por si algo sale mal. Los dos lo deseamos muchísimo. No puedo evitar la sensación de que la vida no me va a dejar tener ese final feliz que siempre he buscado.

Le sonrío a Grayson, que lleva una caja marrón llena de ropa a la habitación de invitados. O, como ahora la llama, mi vestidor.

—Pero ¿cuántos vestidos tienes? —grita desde el cuarto, soltando la caja en el suelo.

Me apoyo en la encimera de la cocina.

Todavía no ha encontrado mi colección de juguetes. Está en una de esas cajas y me muero de ganas de verle la cara.

Mi teléfono, que tengo al lado, empieza a vibrar.

Descuelgo conteniendo la respiración. Voy al salón y me siento en el sofá.

—Hola, hija. ¿Vas a venir a la cena esta noche?

Grayson me observa atentamente desde el pasillo. Se acerca y se sienta a mi lado.

—Sí. Y voy a llevar a alguien a quien quiero que conozcáis —le digo a mi madre, hecha un manojo de nervios.

—¡Ay, por fin! Estoy deseando conocerlo. ¿Lo has oído, Robert? ¡Maddie tiene novio!

Pongo los ojos en blanco.

—Os veo luego —me despido y cuelgo.

Dios, ya estoy muerta de miedo por hacer esto.

—Entonces me vas a presentar formalmente a sus señorías esta noche. Qué sorpresa.

Me vuelvo para mirarlo.

—¿Y si no aprueban a tu novio asesino? ¿Qué vas a hacer? —Lo dice con voz despreocupada, pero en el fondo está muy serio.

—No sé. Lo más seguro es que te deje —contesto mordiéndome el labio.

—¿Ah, sí? —Acerca su boca a la mía—. Puedes intentarlo, pero no te vas a librar de mí fácilmente. —Me muerde el labio y me acaricia el muslo con un dedo, haciendo que la piel me hormiguee a su paso—. Vamos, cielo. Tenemos que arreglarnos. Y necesito al menos media hora en la ducha contigo.

Interrumpe el beso a regañadientes y me deja excitada. Dios, es frustrante, pero tiene razón. No podemos llegar tarde a ver a la insufrible de mi madre.

Me tiende la mano, yo entrelazo los dedos con los suyos y él me ayuda a levantarme del sofá.

La media hora inicial ha acabado siendo una hora. Nunca he estado tan limpia. Creo que es consciente de lo nerviosa que estoy cuando vamos de camino, porque no me ha soltado la mano desde que hemos entrado en el coche.

No dejo de mover la pierna bajo la mesa mientras esperamos a mis padres.

Grayson me agarra el muslo con su fuerte mano y me obliga a parar. Yo exhalo despacio y lo miro.

—Todo va a salir bien, cielo. Es solo una cena con tus padres. Me voy a portar impecablemente hoy, te lo prometo —susurra, y me aparta un mechón de pelo para colocármelo detrás de la oreja—. Bueno, a no ser que alguien entre con un arma en el comedor. Si pasa eso, puede que tengamos un problema.

No puedo evitar echarme a reír.

—Aunque no me importaría repetir lo que ocurrió después de eso. —Su voz grave está llena de deseo y yo solo puedo apretar las piernas.

Él se ríe por lo bajo, se acerca a mi mejilla y me da un beso.

Oigo la voz de mi madre anunciándole su llegada a la camarera. Estiro mucho la espalda.

Mi padre me alborota el pelo.

—¡Oye! —exclamo, y él se ríe.

Mi madre pasa por mi lado.

Se sientan frente a nosotros. Grayson se levanta y le tiende una mano a mi padre, que le da un firme apretón.

—Encantado de volver a verlo, señor Peters.

—Ah, sí. Grayson, ¿verdad? —saluda mi padre con una sonrisa.

Vale. «Uno menos, solo queda la otra».

Grayson le ofrece la mano también a ella, que la escudriña escéptica. Nos mira a los dos alternativamente con cara de desaprobación.

—Mamá, te presento a Grayson. Mi novio —intervengo.

—Sí, ya nos conocíamos —dice con una risita sarcástica.

—Carol —advierte mi padre, que me dedica una sonrisa de disculpa.

La camarera interrumpe el silencio.

Grayson tiene la mano apoyada en mi muslo. Se la cojo y se la aprieto para intentar tranquilizarme. «Qué mujer, en serio».

—¿Puedo traerles algo de beber? —pregunta la camarera.

—Agua, por favor —pido yo.

Cuando la camarera se va, mi madre centra su atención en mí.

—¿Cuánto tiempo hace que estáis juntos?

—Cuatro meses, pero nos conocemos desde hace más de un año —responde Grayson.

Ella pone los ojos en blanco.

—Venga, mamá, dilo ya. Cuéntanos lo que piensas de verdad. Ya estoy harta de tus miradas y tus comentarios.

Grayson me da unos golpecitos en la pierna con un dedo. Yo le doy la mano y me preparo para la respuesta.

—No sé a qué te refieres. Si este es el tipo de hombre con el que quieres estar, es tu decisión, por muy mala que sea. No sabía que te gustaban los matones. Bueno, seguro que no está dispuesto a tener nada a largo plazo, solo te está utilizando para «ya sabes qué» —afirma mirándome de arriba abajo, como si fuera una puta barata.

Grayson se tensa a mi lado y ahora le aprieto la mano yo. Si algo sé con seguridad, es que no se lo piensa dos veces a la hora de defenderme.

—No dejes que te afecte lo que dice. Te quiero, cielo —me susurra.

He soportado años de menosprecios, de que me haga sentir que soy una decepción para ella, de que me obligue a buscar una historia de cuento de hadas, pero resulta que ahora tengo todo lo que necesito sentado a mi lado.

Mi madre coge la carta y se esconde detrás de ella. Yo se la arranco de las manos.

—Estoy embarazada —le suelto.

—Felicidades, cariño —dice mi padre con una enorme sonrisa en la cara.

Mi madre suelta una carcajada como de bruja malvada.

—No me digas que lo vas a tener —contesta horrorizada.

Siento una enorme tristeza, pero enseguida la sustituye el enfado.

—Pero ¿cómo te atreves?

Grayson acerca la silla y me rodea los hombros con un brazo.

—No, ya estoy harta. Me das asco. ¿Eso es lo que vas a decir sobre tu primer nieto? ¿Cómo puedes seguir tratándome así? No lo aguanto más. He soportado tu horrible comportamiento, tus comentarios hirientes y tus faltas de respeto durante años. Pero no voy a seguir intentando complacerte, mamá. Esta soy yo y este es el hombre al que he decidido amar. Yo no quiero tu sueño de vida perfecta. Quiero el mío, y si eso no es suficiente para ti, ya sabes dónde está la puerta. No pienso dejar que trates así a mi hijo. Intentaré ser con él todo lo que tú no has sido. Así que gracias por enseñarme cómo no debe ser una madre.

—No me hables así, Maddison.

Doy un golpe en la mesa con una mano temblorosa y me levanto. Grayson se pone de pie también y me rodea la cintura con el brazo para sostenerme.

—Grayson, llévame a casa, por favor. —Me empiezan a caer las lágrimas que me esforzaba por contener.

Él saca la cartera del bolsillo y tira sobre la mesa un fajo de billetes. Mi madre mira el dinero con los ojos como platos.

—Pueden tomar lo que quieran, invito yo. Y le sugiero que no se acerque a mi familia. Nadie va a tratar a Maddie así. Pienso proteger a nuestro hijo y a ella por encima de todo. Y ya ha visto de lo que soy capaz.

Su discurso la deja sin palabras.

Vuelve a ponerme la mano en la parte baja de la espalda y salimos del restaurante. Una vez en la acera, siento que las cadenas que me han estado atando toda mi vida se han roto. Me siento libre por primera vez en mi vida. Me llevo las manos al vientre y dejo de contener las lágrimas. Él me aprieta contra su cuerpo musculoso, yo entierro la cabeza en su pecho, y el olor fuerte de su *aftershave* me ayuda a calmarme. Oigo el latido de su corazón bajo mi oreja.

—Tranquila, cielo. Estoy muy orgulloso de ti por plantarle cara, por luchar por ser la persona que eres en realidad. No te merezco, ni tampoco la vida que me estás regalando. Pero gracias. —Se le quiebra la voz—. Te quiero, cielo. Muchísimo.

Aparto la cara de su pecho y lo miro. Tiene los ojos llenos de lágrimas.

—Yo te quiero más. Venga, llévame a casa.

41

Grayson

Maddie se tira todo el trayecto hasta La Brasserie mirando por la ventanilla. Lleva muy callada las dos últimas semanas, desde la discusión con su madre. Sé que lo está pasando mal. Se merece algo mejor.

Así que se me ha ocurrido la mejor forma de hacer que lo deje atrás, algo que la va a mantener ocupada.

Algo que volverá a hacerla sonreír.

Una boda.

La nuestra.

Antes de Maddie, habría jurado que nunca me volvería a casar. Creo que por eso intenté poner un muro entre ella y yo. En el fondo algo me decía que ella era la persona indicada para mí. No quería abrirle mi corazón a nadie después de que Amelia y Casper me lo destrozaran.

Ahora Maddie es todo mi corazón, que late solo para ella.

Lo supe en cuanto nuestros labios se tocaron. Por eso encargué el anillo de compromiso en Londres. Quiero esto más que nada en el mundo, vivir el resto de mi vida con ella a mi lado.

Apago el motor y la miro.

—Sabes que puedes contarme todo lo que esté dándote vueltas en esa cabecita, ¿verdad? —Le acaricio la mandíbula con el pulgar.

—Lo sé —suspira, y me dedica una sonrisa triste—. Según internet, lo más probable es que sean solo las hormonas. Estoy cabreada con mi madre. Y más enfadada todavía conmigo misma por no darme cuenta de cómo me ha manipulado durante toda mi vida. Ojalá no hubiera pasado tantos años intentando vivir esa idea retorcida de vida que ella tiene.

—¿Estás contenta? ¿Yo te hago feliz?

—Dios mío, Grayson, ¿feliz? Nunca lo he sido más. Ni tampoco he estado tan enamorada. No puedo explicarte lo agradecida que estoy de haberte encontrado. Nunca habría reunido el valor para hacer esto sin ti.

Se quita el cinturón y pasa por encima de la caja de cambios para colocarse en mi regazo.

—Siento estar tan tristona. Aunque es un poco culpa tuya. —Se mira el vientre.

Estoy deseando verla con la barriga de embarazada. Ese deseo primitivo que surge de saber que eso se lo he hecho yo, que lleva dentro a mi hijo, es lo más sexy del mundo.

—No me importa que estés así. Me estás dando una vida totalmente distinta. Solo quiero que seas feliz, cariño. Siempre haré todo lo que esté en mi mano para ahuyentar tus demonios. Siempre, ¿vale?

Ella se revuelve encima de mí, frotándose un poco con mi miembro, y ese movimiento hace que la sangre se me acumule ahí enseguida.

—Vamos a comer, que me muero de hambre. Y ya sabes que voy a acabar tomándote a ti de aperitivo si vuelves a apretarte contra mí así.

Ella sonríe y sube y baja las cejas.

—Vale, pero solo si me prometes que me vas a dejar acaparar tu lengua después. —Se inclina y abre la puerta.

En cuanto abro la puerta de madera de ese acogedor restaurante al que ella ha decidido traerme, sé que algo va mal. Es instintivo.

El comedor se queda en silencio cuando Maddie cruza la puerta que yo le mantengo abierta. Sus zapatos de tacón repiquetean sobre el suelo de madera. Sin pensar, me acerco y la coloco junto a mi costado.

—Bienvenidos a La Brasserie. ¿A qué nombre está la reserva? —pregunta la camarera, subiéndose las gafas por el puente de la nariz.

—Ward.

Sus ojos se iluminan y me dedica una sonrisa cómplice.

—Ah, señor Ward, sí. Síganme. Los acompaño hasta su mesa.

Maddie me mira preocupada. Tal vez me parece que pasa algo raro porque estoy nervioso. Suelto una risita y sacudo la cabeza.

La camarera nos lleva a una mesa para dos que está en el rincón más alejado del restaurante. Veo una mesa en la que hay cuatro italianos, que no me han quitado ojo desde que he entrado. La nuestra tiene un mantel blanco cubierto de pétalos de rosa roja con una vela cilíndrica

encendida en el centro. Le saco la silla de madera a Maddie. Ella tira del vestido negro corto y se lo baja un poco antes de sentarse.

Yo rodeo la mesa y me siento en la esquina de la sala.

Una camarera rubia y joven viene corriendo con una sonrisa y nos trae dos copas de champán.

—Pero no hemos pedido... —empieza a decir Maddie, cogiendo la copa para devolvérsela a la camarera.

—Es un detalle de la casa, señora —responde en voz baja.

—Gracias.

Maddie me acerca su copa.

—Yo no puedo.

—¿Significa esto que voy a poder beber el doble durante los próximos siete meses?

—Ni se te ocurra. —Entorna los ojos, pero está ocultando una sonrisita.

Le doy un trago al champán y la miro fijamente a los ojos. Ella sacude la cabeza y aparece esa sonrisa resplandeciente en sus labios. Ilumina cualquier habitación solo con su presencia.

Gira la cabeza para echar un vistazo al comedor. No recuerdo la última vez que estuve tan nervioso. Como está distraída, busco la cajita en el bolsillo del traje.

Carraspeo y vuelve a centrar su atención en mí. No se ha fijado en la cajita que tengo en las manos. Sus ojos brillan mientras me mira.

Joder, estoy sudando.

Me levanto y las patas de la silla chirrían contra el suelo de madera. Maddie me observa confundida. Yo bordeo la mesa e hinco la rodilla en el suelo.

Abro la cajita delante de ella y le enseño un diamante negro enorme rodeado de diamantes naturales más pequeños, que también están engastados en todo el perímetro del anillo de oro. Lo he encargado especialmente para ella y es un reflejo perfecto de nuestra relación. Ella es la dueña de mi negro corazón.

Suelta una exclamación y se tapa la boca. Se le llenan los ojos de lágrimas.

—Cielo, sé que he dicho alguna vez que no te lo podía dar todo, pero quiero hacerlo. Deseo darte la vida que te mereces. No soy lo que te habías imaginado, pero no creo que puedas encontrar a nadie en este planeta que te quiera tanto y tan profundamente como yo. Quiero que

seas mía de todas las formas posibles. Hacer las cosas bien para nuestro hijo. Y lo que más deseo en el mundo es que seas mi esposa. —Se me quiebra la voz, así que respiro hondo para tranquilizarme un poco—. Maddie, ¿me harías el honor de ser mi mujer? ¿Quieres casarte conmigo?

Durante unos segundos solo se queda mirándome alucinada. A mí me parece una eternidad.

—Cielo, di algo.

Acerca la mano y cierra la cajita que tengo en la mano.

—Grayson, sabes que te quiero más que a nada, ¿verdad? No necesito esto. Contigo y con el pequeñín tengo todo lo que necesito. Sé que no querías volver a casarte. Y yo, tras esa conversación con mi madre, me he dado cuenta de que no necesito una boda. Solo a ti.

No sé cómo explicarle cuánto deseo esto.

—Grayson, mírame.

Cuando levanto la vista, percibo un movimiento en la mesa que hay al otro lado del comedor.

El tiempo se detiene cuando los tres primeros hombres pasan junto a nuestra mesa en dirección al baño. Instintivamente, agarro la pistola que tengo en la parte de atrás de los pantalones. El último hombre se queda a medio camino entre su mesa y el baño, a unos cinco metros de mí. De repente se gira para mirarme con una sonrisa sádica, saca el arma y la apunta a la parte de atrás de la cabeza de Maddie.

«Joder, no».

Todavía con una rodilla en tierra, desenfundo el arma y pongo mi cuerpo como escudo delante de la silla de Maddie.

Daré mi vida por protegerla si es necesario.

La puerta del baño se abre a mi derecha. Cambio de postura, pero no dejo de encañonar al hombre que tengo delante. Antes de que él pueda disparar, yo apunto y aprieto el gatillo. La bala le atraviesa la sien. Maddie grita detrás de mí. El hombre cae redondo al suelo.

No oigo el otro disparo, pero mi cuerpo reverbera por el impacto. Me tambaleo, doy un paso hacia atrás y tropiezo con la silla de Maddie. Noto un dolor en el pecho tan intenso que se me nubla la vista.

Joder.

Intento apuntar al otro hombre, pero el cabronazo ya no está. Cuando miro hacia los baños, veo una figura que sale corriendo por la puerta,

pero, antes de tener tiempo de apuntarle, el comedor se sume en el caos: hay gritos por todas partes y gente corriendo.

—¡Grayson!

No puedo morir aquí. No puedo dejarla indefensa.

Con la mano libre me toco la camisa. Un líquido caliente se desliza entre mis dedos. Joder. La sala empieza a dar vueltas y el dolor ocupa todos mis pensamientos.

«No. Necesito sacarla de aquí».

Con todas las fuerzas que me quedan, me agarro a la silla. Sé que esto no pinta bien. Siento que todo el calor abandona mi cuerpo. Pero me mantengo en pie, a duras penas. Tengo el tiempo justo para sacarla de aquí.

—Maddie, tenemos que irnos —digo con voz ahogada.

Ella me da una servilleta de algodón y yo la aprieto sobre la herida.

Me rodea la cintura con un brazo. Oírla sollozar me desgarra por dentro. Avanzo apretando los dientes e intentando con todas mis fuerzas no apoyar mi peso sobre ella. Cuando salimos a la calle, veo luces azules que parpadean.

—Por el callejón —ordeno con dificultad.

Giramos bruscamente a la izquierda y yo hago una mueca de dolor. Es el trayecto más largo de mi vida. Parece que me estuviera acercando al infierno con cada paso. Maddie no deja de decirme que todo va a salir bien, pero el pánico que oigo en su voz no me tranquiliza mucho.

Cuando llegamos al coche, resoplo y apoyo una mano en el techo del Audi. Maddie rebusca en los bolsillos de la chaqueta hasta que oigo el tintineo de las llaves. Abre la puerta del acompañante y me ayuda a entrar. En cuanto estoy dentro del coche, reclino el asiento y me abro la camisa empapada de sangre de un tirón. Intento palpar la bala. No ha salido por el otro lado, así que está por ahí, incrustada en alguna parte.

—Grayson, te vas a recuperar.

Supongo que, si tengo que morir, al menos voy a tener a la luz de mi vida a mi lado.

—Quédate conmigo, Grayson.

—Te quiero, cielo.

42

Maddie

Conduzco hasta el hospital a toda velocidad. No dejan de caerme lágrimas por la cara. Es el trayecto más largo de mi vida. No sé cómo he logrado no tener un accidente con su precioso coche.

Tengo el corazón en la garganta todo el tiempo.

Grayson sigue presionando la herida con la servilleta que he cogido de la mesa, pero no para de salir sangre, que resbala por sus abdominales.

—Grayson, cariño, quédate conmigo.

Él solo me responde con un gruñido.

—No se te ocurra morirte aquí. Me acabas de ofrecer estar conmigo para siempre. No nos lo arrebates ahora.

—Te quiero, cielo —dice con una voz tan ahogada que me cuesta reconocerla.

—No nos hagas esto, por favor.

No dejo de sollozar. Le doy un apretón en el muslo.

—Quédate conmigo, por favor. Te lo suplico. ¡Grayson! —El pánico en mi voz es evidente.

Su respiración es trabajosa y no me responde.

—¡Grayson!

Nada.

Llego al hospital, piso bruscamente el freno y salgo a toda prisa del vehículo.

—¡Que alguien me ayude! ¡Han disparado a mi novio!

Vienen corriendo tres hombres. Uno apaga un cigarrillo.

—Está en el coche.

Respiro hondo, temblando, cuando veo que se acerca alguien con una camilla. Tumban su cuerpo inmóvil en la camilla y van corriendo a la entrada.

Abro de nuevo el coche, agarro su teléfono y la cajita negra que he recogido del suelo del restaurante, y después cierro de nuevo. Los sigo a través de las puertas de cristal.

—Señorita, espere aquí. Lo van a llevar directamente al quirófano.

Veo un baño en el otro extremo de la sala de espera. Voy corriendo y cierro la puerta. Dejo el teléfono y la cajita en el suelo de azulejos, levanto la tapa de la taza y vomito todo lo que tengo en el estómago. Cuando termino, tiro de la cadena y me siento en el suelo.

Se va a recuperar.

Su teléfono suena a mi lado. Veo el nombre de Luca en la pantalla.

—¿Lo has hecho? —dice su voz por el auricular.

No sé si se refiere a lo de pedirme matrimonio.

—L-Luca, le han disparado.

Se oye un ruido.

—¿Dónde estás, Maddie? —pregunta.

—En el hospital St. Luke's-Roosevelt.

—Te veo allí dentro de quince minutos. No lo pierdas de vista.

—Lo han llevado al quirófano, Luca. Yo estoy encerrada en el baño.

—¡Mierda! Vale, Maddie. Voy para allá. Quédate donde estás. Tengo que ponerte a salvo. No abras la puerta. Yo iré a buscarte cuando llegue.

—Luca, ¿y si se muere?

Intento introducir algo de aire en los pulmones, pero no lo consigo.

—Maddie, va a salir de esta. Grayson no se va a rendir sin luchar. Hará todo lo que pueda para volver con vosotros dos. Te veo enseguida.

Cuelgo, dejo el teléfono de nuevo en el suelo y espero.

Un golpe en la puerta del baño me sobresalta.

—Maddie, soy yo.

No sé por qué, pero saber que Luca está ahí para ocuparse de nosotros me calma.

Me pongo de pie, recojo la cajita y el teléfono, quito el pestillo y me encuentro sus ojos verdes inyectados en sangre fijos en mí.

Abro la puerta, me abalanzo sobre él y lo abrazo. Él se pone tenso, pero pronto se relaja y me abraza también. Grayson no está aquí para volverse loco por que me esté tocando. Y necesito un abrazo, joder. Me aferro con fuerza a su cuerpo musculoso y aprieto los párpados.

—Tranquila, todo se arreglará, Maddie —me dice en voz baja.

Tiene el corazón acelerado, a pesar de que su voz suena tranquila.

—Nos van a llevar a su habitación. Va a tener que estar en el quirófano un rato, pero podemos esperarlo allí.

Asiento contra su pecho. No quiero soltarlo.

—Frankie, tráenos dos cafés, por favor —dice Luca—. Ya conoces a Frankie —continúa dirigiéndose a mí—. Él se ocupará de ti.

Asiento de nuevo contra su pecho, aunque hay algo dentro de mí que me grita que no confíe en él.

—Vamos. —Me agarra por los hombros y se aparta un poco—. ¿Estás lista?

Asiento. Él me coge la mano y abre las puertas dobles de una patada.

Me lleva por un pasillo gris. Ese horrible olor a desinfectante me invade la nariz. En la habitación 14 hay dos sillas de cuero, una mesita blanca y unos monitores. Solo se oye el segundero del reloj.

—Lo siento mucho, Maddie —dice Luca en cuanto Frankie sale de la habitación para hacer guardia junto a la puerta. Se me había olvidado por completo que estamos en plena guerra entre clanes mafiosos.

—No es culpa tuya, Luca. No le has disparado tú.

Sé que a Grayson le encanta trabajar para Luca. No es muy normal, pero así es él.

—Debería haber sabido que tomarían represalias. —Suspira y le da un sorbo al café.

—¿Represalias?

—Secuestramos a la hija mayor de Marco. Esa chica malcriada está en mi casa ahora mismo, dándome todo tipo de quebraderos de cabeza.

No sé qué decir.

—Pero mataron a Nico, ¿no?

Veo tristeza en su cara. Se pasa la mano por el pelo oscuro y se arrellana en la silla.

—Tengo que tomar el control de esta organización. Soy un puto desastre.

—Oye, no digas eso. —Le cojo la mano—. Grayson te respeta. No trabajaría para ti si no fuera así. No es posible que todo salga según los planes todo el tiempo. Lo de hoy ha sido mala suerte. Si Grayson no hubiera estado tan centrado en mí, esto no habría ocurrido.

Luca me mira la mano.

—¿Dónde está el anillo?

Se me llenan los ojos de lágrimas y niego con la cabeza.

—Le dije que no, Luca. Y puede que ese sea el último recuerdo que tenga de mí. —Le suelto la mano para taparme la cara con ella.

—Maddie, escúchame. Grayson te quiere, lo ha hecho desde la primera vez que te vio. No lo olvides nunca. ¿Por qué le has dicho que no? Creía que siempre habías soñado con casarte. —Cruza las piernas y me mira muy fijamente.

—Lo soñaba. Bueno, sigo haciéndolo, pero no quería que Grayson se sintiera presionado para casarse conmigo por... ya sabes... —Bajo la vista a mi vientre.

—Él se muere por casarse contigo, Maddie. No lo estaba haciendo solo por ti. Él lo deseaba también.

Se me rompe el corazón al oírle decir eso. ¿Cómo he podido entenderlo todo tan mal?

—La he cagado.

Luca se levanta, coge la cajita que está en la mesa y me la da.

—¿Quieres casarte con él?

—Sí.

—Entonces ponte el anillo. Cuando se despierte y te vea con él en la mano, se olvidará del dolor.

Abro la cajita y me quedo mirando el precioso anillo que resplandece ahí dentro.

Es perfecto. Bueno, es demasiado, pero Grayson es así.

Me lo pongo en el dedo anular. Alzo la mano para que le dé la luz y contemplo cómo brilla.

—¿Quién sabe? Igual se le olvida que le has dicho que no. —Luca se ríe por lo bajo y me guiña un ojo.

El tiempo pasa. Me tomo el café. No puedo apartar los ojos del anillo. Luca, sentado a mi lado, no para de escribir en el teléfono. Miro el reloj: la una de la madrugada. Lleva ya dos horas en el quirófano.

—Oye, Maddie, tengo que irme. Va a llegar un cargamento y tengo que asegurarme de que todo vaya bien. Te dejo aquí a Frankie. Si necesitas algo, pídeselo a él. Volveré por la mañana. Si hay alguna novedad, cuéntamelo.

Asiento. Él se guarda el móvil en el bolsillo, se acerca y me da un beso en la coronilla.

—Llámame si necesitas algo.

—Gracias, Luca.

43

Maddie

Han pasado tres horas y sigo sin saber nada de Grayson. Sigo aquí sola. Frankie me ha traído otro café, pero no se ha atrevido a mirarme. He llamado a Sienna después de que se fuera Luca. Ha dicho que quería venir a estar conmigo y no he podido convencerla de lo contrario. Es de madrugada y habrá que ver cómo lo lleva Keller. No se lo va a tomar bien, porque quiere a Grayson como a un hermano.

El anillo de compromiso me pesa en el dedo. Siento una oleada de tristeza cuando pienso que tal vez no llegue a vérmelo puesto. Creía que ya no me quedaban más lágrimas, pero ahora vuelven a caerme por la mejilla, así que me equivocaba.

Una necesidad urgente de ir al baño me distrae de esos pensamientos. Cuando me levanto, noto un fuerte calambre en el vientre, un dolor similar al de la regla, pero peor, porque se me extiende a las lumbares y a las piernas. Doy un respingo y apoyo la palma en la pared.

Mierda, duele mucho.

Un momento después me recupero un poco de lo que fuera que me ha pasado, me aparto de la pared y voy como puedo hasta la puerta. Me tambaleo y me estrello contra ella cuando el dolor aparece de nuevo, esta vez mucho peor, tanto que veo estrellas delante de mis ojos. Trato de encontrar el picaporte al tacto. Necesito ayuda. Me está pasando algo malo.

Entro en pánico. Abro la puerta y entonces siento de nuevo ese dolor. Me doblo por la mitad. Frankie se agacha delante de mí.

—¿Estás bien? —pregunta.

—No. Me duele —grito, abrazándome el vientre en un intento por calmar el dolor—. ¡Ve a buscar a alguien! —le pido, retorciéndome.

Frankie me mira horrorizado.

Sale corriendo por el pasillo y yo cierro los ojos. Los voy a perder a los dos. Todo lo que he amado me va a abandonar. «Por favor, pequeñín, aguanta. Tu mamá te necesita ahora más que nunca».

Frankie vuelve con una doctora que tiene el pelo recogido en un moño tenso.

—Señorita Peters, venga conmigo.

Frankie asiente, así que yo me aparto de la pared y me levanto. El dolor cesa un momento. Él me ofrece el brazo para que me apoye. Yo se lo cojo y me lleva por el pasillo a una habitación que está a la derecha.

Vamos hasta la cama y yo me subo. El cabecero está levantado, así que me apoyo en él. Estoy muerta de miedo. La habitación da vuelvas a mi alrededor.

La doctora cierra la puerta y se acerca a la cama con un portapapeles en la mano. Tiene una sonrisa tranquilizadora y eso me calma un poco. Nada que ver con el guardaespaldas de la mandíbula tensa que me acompaña.

—¿De cuántas semanas está?

—De unas diez ya. Tengo la cita de las doce semanas dentro de quince días.

—¿Puede levantarse el vestido para que le vea el vientre? Quiero hacerle una ecografía. ¿Es el padre? —pregunta señalando a Frankie.

—No —decimos los dos al unísono.

Frankie debe de sentir lo incómodo que es esto, porque decide salir de la habitación.

—¿Ha tenido algún sangrado? —me pregunta la doctora.

—He sangrado un poco antes de salir esta noche. Lo he mirado en internet y ponía que podía ser un manchado leve. Era muy poco.

Sé que estoy hablando sin parar. ¿Y si he hecho algo mal? No he querido decírselo a Grayson.

—Voy a por el ecógrafo y así podremos ver cómo va todo, ¿le parece bien?

Asiento y sale.

Frankie entra rápidamente.

—Es hora de irse, Maddie.

—¿Qué? No puedo irme.

Me fulmina con la mirada. Yo me encojo en la cama, intentando apartarme de él.

Él lleva la mano a su espalda, después extiende el brazo y veo que me apunta con una pistola a la cabeza.

—¿Q-qué estás haciendo?

Se pasa una mano por la barba oscura.

—Si vienes conmigo ahora, vivirás; si no, te mato ahora mismo.

Mi mente no para.

—Pero si trabajas para Luca —replico.

—Yo no trabajo para nadie.

«Mierda».

—Luca y Grayson te matarán.

Si me toca, Grayson lo encontrará y lo mandará directo al infierno.

«Pero Grayson no puede ayudarte ahora, Maddie».

—Ahora mismo Grayson no puede hacer nada. Necesito quitarte de en medio para que funcione mi plan.

Nada de esto tiene sentido.

—Pero ¿qué plan? ¿De qué coño hablas?

Da un paso hacia mí y yo me encojo un poco para intentar alejarme de él.

—No te acerques a mí —grito.

Viene corriendo y me tapa la boca con la mano. Tratando de respirar, le golpeo los brazos musculosos para que me libere.

—Calla, Maddie. Ya me dijo Grayson que eras peleona, y tenía razón. No podías ponérmelo fácil, ¿no? Estoy haciendo esto para salvaros a los dos —añade, porque yo no dejo de resistirme—. Maddie, cálmate. No te voy a hacer ningún daño. Solo necesito que vengas conmigo. Si te quedas aquí, Marco vendrá a por ti para intercambiarte por su hija. Necesito a Grayson. Tiene que estar furioso y con ganas de arrasar la ciudad.

No, esto no puede estar pasando. No puedo dejar a Grayson.

—Si te quito la mano, ¿me aseguras que no gritarás?

Asiento. Aparta la mano y yo boqueo para introducir aire en mis pulmones y me llevo las manos al cuello.

—No puedo dejarlo —digo entre sollozos.

—Es temporal. Es la única forma de manteneros a salvo a los dos. Grayson no puede protegerte ahora mismo. Tienes que escribirle una carta en la que rompas con él. Necesito mantenerlo controlado, y no lo conseguiré si cree que te ha pasado algo.

—¿Qué? No, no puedo hacerle eso. No me obligues. ¿Y qué ocurre con mi bebé?

Saca un trozo de papel doblado y un rotulador negro y me los da. Se los cojo de entre los dedos tatuados. Me tiemblan las manos.

Quiero clavarle algo en el ojo y salir corriendo. Pero sé que ahí fuera el mundo está lleno de peligros y no tengo a Grayson para protegerme. Además, este lunático me está apuntando con un arma.

—Que sea creíble, Maddie. Necesito que tenga toda la atención centrada en lo que vamos a hacer.

Querido Grayson:

Quiero que sepas que te voy a querer siempre.

Eres el hombre de mis sueños. Que te traten como a una princesa, como haces tú, es el sueño de cualquier mujer.

Pero no puedo seguir contigo.

No puedo vivir una vida en que estés constantemente arriesgando la tuya por mí.

Ya no aguanto más esta oscuridad. No es lo que quiero para nuestro hijo.

No me busques, por favor.

No quiero romperte el corazón. Hacer esto me destroza el mío, pero es lo mejor.

No estábamos hechos para estar juntos, pero me alegro de haber compartido estos meses.

Voy a recordar con cariño todos los momentos que hemos vivido juntos.

Lo siento.

Maddie

Doblo el papel por la mitad. Frankie me tiende la mano para que se lo dé.

—Quiero dejárselo en su habitación.

—Vale —gruñe—. Tenemos que darnos prisa, Maddie.

Me bajo de la cama y lo acompaño. Cuando llegamos a la habitación de Grayson, abro la puerta y se me para el corazón al verlo ahí, tumbado, con un tubo en la boca y monitores pitando por todas partes. Al menos está vivo.

—Necesito despedirme.

—Cinco minutos. Luca volverá dentro de diez.

Contengo la respiración, entro y me siento al lado de su cama.

Está muy quieto, parece tranquilo. Le cojo la mano.

—Grayson, no sé si me oyes, pero quiero decirte que me voy a casar contigo. Tengo el anillo puesto ya, así que no hay marcha atrás. No pares de buscarme, te lo suplico.

Mis lágrimas le caen en el brazo. Le dejo la carta en la mesita y pongo el teléfono encima.

—Volveré a verte. Pronto, espero.

Tengo que ser fuerte, por Grayson y por el bebé.

Alzo la cabeza y se me ocurre que tengo una oportunidad de escapar.

Miro por la ventana de la puerta y veo que Frankie consulta el reloj y después echa un vistazo por el pasillo que lleva a la entrada.

Abro la puerta sin hacer ruido, con los ojos fijos en el letrero rojo de salida que hay a la izquierda. Creía que los hospitales siempre estaban llenos de gente... ¿Dónde demonios está todo el mundo? ¿Y adónde ha ido la doctora que me estaba atendiendo?

Inspiro hondo, abro la puerta de par en par y salgo corriendo lo más rápido que puedo hacia la salida de incendios.

—Maddie... —lo oigo gruñir.

Sus pesados pasos se oyen cada vez más alto detrás de mí. Empujo la barra y cruzo la puerta. Me giro y se la cierro en la cara a un Frankie hecho una furia.

—¡Socorro! —grito.

La puerta se abre y me golpea con tanta fuerza que acabo rodando por la gravilla y aterrizo sobre el trasero. Me escuecen las manos; me las he rozado contra el suelo.

—¡Mierda! —exclamo al ver a Frankie cerniéndose sobre mí.

—Muy bien, pues como quieras —dice entre dientes. Se agacha, me levanta y me cuelga sobre su hombro.

Le golpeo la espalda con las manos heridas lo más fuerte que puedo y agito las piernas sin parar.

—¡Suéltame, capullo!

—¡Cállate!

Cruzamos el aparcamiento en medio de una oscuridad total hasta que veo parpadear las luces de su Mercedes negro.

—No me hagas esto, Frankie.

—Es la única forma de manteneros con vida a Grayson y a ti. Entra en el coche y no vuelvas a salir corriendo. Si lo haces, solo necesito hacer una llamada para que Grayson acabe muerto en esa cama de hospital, ¿lo has entendido?

Asiento y contengo las lágrimas.

44

Grayson

La cara de Luca aparece borrosa ante mis ojos. Lo único que oigo es un pitido persistente. Parpadeo unas cuantas veces para aclararme la visión. Esas luces tan fuertes no me ayudan. Dios, tengo la boca muy seca. Toso y siento un dolor agudo en el costado izquierdo.

—¡Joder! —exclamo.

—Voy a por el médico, Grayson.

¿Médico?

Necesito un momento para entender.

«Maddie».

«¿Dónde está Maddie?».

Entro en pánico y me incorporo bruscamente en la cama. Es lo peor que podría haber hecho, porque siento un dolor casi insoportable.

—Túmbate, Grayson. ¡Has estado a punto de morir, por el amor de Dios!

—¿Dónde está Maddie? Luca, ¿dónde coño está Maddie? —bramo, e inmediatamente me da un ataque de tos.

Él me da un vaso de plástico con agua. Cuando me lo acerco a la boca y bebo, noto que me pesan mucho los brazos. Incluso tragar supone un esfuerzo agotador.

—Espera. Deja que el médico se ocupe de ti y luego hablamos.

Lo atravieso con la mirada. El médico entra. Me abre la bata y el aire frío me hace apretar los dientes. Después me quita el vendaje que tengo bajo las costillas.

—Está curando bien. No hay señales de infección. Ha tenido suerte. Unos milímetros más allá y estaría mucho peor, o muerto. Tiene que descansar. Lleva dos días semiinconsciente.

Ah, fantástico.

—Tiene que seguir unos días en observación. El señor Russo se ha ocupado de todos los gastos.

—Genial, gracias.

El médico se va y cierra la puerta.

—Dímelo, Luca.

Él se revuelve en el asiento. Se inclina hacia la mesita y me da un papel doblado por la mitad.

«Pero ¿qué coño...?».

Desdoblo el papel y leo. Las manos me tiemblan de rabia.

—Esto es mentira, Luca.

—Lo sé.

Leo la carta varias veces. Veo las marcas de sus lágrimas donde han corrido la tinta negra. No me creo nada de lo que dice, ni por un segundo. Arrugo el papel, lo hago una bola y lo tiro al otro extremo de la habitación.

—¡Joder!

De repente las máquinas que tengo al lado se ponen a pitar como locas y solo oigo a Luca a lo lejos, diciendo mi nombre, mientras me sumo de nuevo en la oscuridad. Y ahora no tengo a mi lado a la luz de mi vida para sacarme de ella.

45

Grayson

Han pasado tres putos días desde que leí la carta de Maddie y acabé desmayándome. Tres días mirando esas mismas paredes blancas aburridas y escuchando a Luca y a Keller charlar de chorradas.

He vuelto a leer esa carta de Maddie que no me creo. La he arrugado y la he tirado lejos.

Conozco muy bien a esa mujer y, al parecer, ella también sabe cómo soy.

Las marcas de lágrimas que emborronaban la tinta negra son una señal de que algo no está bien. Si Maddie quisiera dejarme, me lo diría a la cara; no elegiría esa forma tan cobarde. Además, no es tan tonta como para huir de mí, embarazada de mi hijo, y esperar que yo no haga nada.

—¿Por qué estáis los dos aquí como dos imbéciles en lugar de estar ahí fuera, buscando a Maddie? —Doy un respingo cuando noto una punzada de dolor en los pulmones.

Esos cabrones me apuntaron bien esta vez. La bala no me mató, pero cómo duele, joder.

—Grayson, Enzo y su equipo están haciendo todo lo que pueden. Y mis hombres tienen vigilados a los Falcone. Pegarte un tiro no era su movimiento final, sino solo el principio.

—¿Y si Maddie no está en el país? —continúo con dificultad.

—He hablado con mis contactos en Europa. Es posible que lleguemos a un acuerdo. Estoy en ello. Confía en mí.

Keller lo mira con recelo. Lo último que necesito es que convenza a Luca para que no lo haga.

Está a punto de desatarse una guerra y necesitamos un ejército.

Keller me mira.

—Grayson, ¿y si te ha dejado de verdad? Tal vez necesite un poco de tiempo. Al fin y al cabo, te dijo que no cuando le pediste matrimonio.

Luca le susurra bruscamente a Keller que se calle.

—No, Grayson, lleva el anillo. Mira. —Luca me muestra la cajita. El anillo no está dentro—. Estaba muy arrepentida. Le pregunté qué diría si se lo volvías a pedir y me aseguró que aceptaría. Así que le di el anillo y se lo puso. Te quiere, de eso no hay duda.

—¿Y qué te dijo Frankie? —pregunto.

—Que desapareció. Que la habían llevado a otra habitación por unos dolores en el estómago y que no la volvió a ver.

«Nuestro bebé».

Me paso las manos por el pelo y cierro los ojos. Esto es demasiado.

—¿Enzo ha buscado los historiales médicos?

—Sí, pero no hay nada de ese día.

—Te juro que les voy a arrancar la cabeza a todos cuando les ponga las manos encima.

Luca se ríe entre dientes.

—No lo dudo.

—Sácame de este agujero. Pienso formar un ejército, lo quieras o no. Nos han declarado la guerra y yo tengo intención de terminar con ella. Dispongo de por lo menos cincuenta hombres en el King's Gym, los mejores luchadores que hay. En un par de semanas puedo entrenarlos para convertirlos en despiadadas máquinas de matar. ¿Tú me ayudarás? —le pregunto a Keller.

Antes de que pueda responder, cruza la puerta una Sienna cansada y con la cara manchada por las lágrimas, sorbiendo por la nariz. Él la abraza fuerte.

—He hablado con su madre, su hermano y todas nuestras amigas de la universidad. Nadie la ha visto. —Apoya la cabeza en el pecho de su marido y sigue llorando.

—Princesa, todo se va a arreglar —le susurra él.

—Necesito que vayas tú a buscarla, Keller. Eres demasiado bueno para estar aquí sentado conmigo, esperando a que la encuentre otro. Por favor, campeón.

Keller me mira a mí y después a Luca. Los dos sabemos que está deseando hacer algo. Y Sienna le ha dado permiso en estas circunstancias.

—Una sola vez, Keller —advierte Luca.

—Hermano, la única persona que ahora puede decirme lo que tengo que hacer es Sienna.

Ella se pone de pie y le susurra algo al oído. Él levanta las dos cejas al oírla.

—Encuentra a mi amiga. —Vuelve a sorber y viene junto a mi cama. Me coge la mano y me sonríe—. Ella te quiere, Grayson.

—Lo sé, y yo a ella también. La encontraremos, te lo prometo.

—Te veo en casa, cariño. Y dale un beso a Darcy de parte de su papi —dice Keller mientras ella sale por la puerta.

Al verlos, siento como si algo me atravesara el corazón. Mi vida podría ser así, pero ahora me parece que todo eso me queda muy lejos. El dolor del disparo no es nada comparado con el que siento por dentro.

Keller se levanta muy decidido.

—¡A la mierda todo! Vamos a reunir un puto ejército.

46

Grayson

Dos semanas después

Estoy rodeado de oscuridad cuando me bebo el whisky de un trago para que me caliente las entrañas. El gimnasio por fin está vacío, así que ya puedo ponerme de nuevo a darle vueltas a las cosas.

Dejo el vaso sobre la mesa de madera de mi despacho con un golpe seco.

«Cielo, ¿dónde estás?».

Con cada minuto que pasa sin encontrarla, más me sumo en la oscuridad.

Nada.

Ni rastro de ella.

Es como si se hubiera desvanecido.

Se me llenan los ojos de lágrimas mientras miro al techo fijamente.

Nunca en mi vida me he sentido tan desesperanzado. Tan perdido. Creo que no he salido de este gimnasio desde que Luca obligó a los médicos a darme el alta, de una forma nada sutil. Todavía no he recuperado las fuerzas del todo, pero eso no me impide convertir a mis boxeadores en guerreros sedientos de sangre. Keller ha venido todos los días, sin faltar ni uno. Entre los dos estamos formando para Luca un ejército temible. Enzo se está colando en todos los sistemas de seguridad a su alcance. No hay ningún registro de que haya usado su pasaporte, ni ningún registro en un historial médico. Tampoco ha usado sus tarjetas.

Frankie ha estado persiguiendo a los Falcone porque yo se lo he pedido. Se pasa por el gimnasio todos los días para informarme y ver cómo me estoy recuperando, por orden de Luca. Estoy deseando volver al caos y quemar esta puta ciudad hasta los cimientos. Pero Frankie y

Luca tienen razón: no puedo salir y ponerme en peligro. Necesito estar en plenas facultades para acabar con todos de una vez. Si me matan, no podré encontrar a Maddie. Ni protegerla.

Alguien ha borrado las cámaras de seguridad del hospital. Aunque cuento con la ayuda de Enzo y su equipo, no tienen nada con lo que trabajar.

Perderla ha sido como dejar de tener la capacidad de respirar. Me ahogo. Ahora mismo daría cualquier cosa, hasta mi vida, por saber que está a salvo.

Y no puedo ni pensar en el bebé. Si lo hago, perderé la cabeza y haré alguna estupidez, seguro. Me mantengo ocupado, revisando imágenes de cámaras con Enzo y planeando ataques con Frankie. Tengo la sensación de que algo no está bien.

La gente no desaparece así sin más, y los Falcone no son lo bastante inteligentes para planear eso. No sé qué es lo que no encaja, pero hay algo. Me paso la mano por el pelo, cojo el vaso y lo arrojo contra la pared.

Mi teléfono, que está en la mesa, pita. Lo agarro y miro el último mensaje de Luca.

> **Luca:** Todavía no he llegado a un acuerdo con los Capri. Estoy organizando un operativo alternativo para buscar en Londres. Vuelvo mañana. No hagas ninguna gilipollez antes de que regrese.

Me hace advertencias del estilo todos los días. Por eso me ha puesto a Frankie de niñera. Los Capri son muy famosos, la organización mafiosa más grande de Europa. Son un bloque, casi indestructibles. Tenerlos de nuestro lado cambiaría mucho las cosas.

Se abre la puerta y aparece un Frankie desaliñado. Tiene la camisa blanca desabrochada y manchada de rojo. Echa un vistazo a los añicos del vaso a sus pies.

—Deja de volcar tu furia con los vasos. Vamos a matar a unos cuantos Falcone. —Me mira con una ceja levanta, saca una Glock de la funda y me la tiende con la culata por delante.

«Sí, coño».

—¿Adónde vamos primero?

—Marco va a abrir una nueva pizzería la semana que viene. Sería una verdadera pena que se le incendiara ahora la cocina.

—Si hay unos cuantos de sus hombres dentro, me apunto.

Cojo el arma.

—Me alegra que hayas vuelto. —Me da una palmadita en el hombro y yo lo fulmino con la mirada. Joder, ¿por qué todavía tengo el cuerpo como si me hubiera atropellado un autobús?

—Y yo de estar en activo otra vez. Pero como me des otra vez así, te la devuelvo, ¿está claro?

—Perdón, jefe. Se me había olvidado que eres un soldado herido.

Capullo.

Siento la adrenalina correrme por las venas cuando cruzamos las puertas de cristal del gimnasio.

Ya es hora de recuperar mi vida.

Y también mi luz.

47

Maddie

Levanto la cabeza del cojín cuando oigo que se abre la puerta.

—Despierta, bella durmiente —dice Frankie, que entra con una bolsa de papel marrón en cada mano.

Después de un mes viviendo en este piso diminuto en medio de Dios sabe dónde, ya no me molesta la compañía de Frankie. Tras mi ataque de rabia inicial, me ha demostrado que me equivocaba con él.

—Nada de durmiente, solo aburridísima, embarazada y cansada.

—Bueno, te traigo más libros picantes. —Se echa a reír y deja una bolsa llena de libros a mi lado. Luego se dirige a la cocina.

—También te he traído un libro sobre maternidad. Por si a tu cerebro le apetece descansar un rato de pollas.

—¡Oye! Que también tienen argumento.

Voy con él a la cocina. Está llenando la nevera. Veo un recipiente enorme de helado de fresa que le he pedido, diciendo que era un antojo.

—Voy a preparar pasta a la carbonara esta noche. Receta de mi madre.

—¿Necesitas ayuda?

—No. Se hace rápido. Soy un profesional.

No insisto. Él cocina fenomenal, soy muy consciente.

Me pongo a ordenar los libros nuevos en la estantería de mi habitación, en el orden en que quiero leerlos, y, cuando termino, oigo que Frankie me llama.

—Huele muy bien. —Sonrío y me siento en una de las dos sillas que tiene la mesa.

No puedo evitar fijarme en que Frankie frunce el ceño cuando me ve cortar los espaguetis con un cuchillo. Supongo que no es la forma correcta de comerlos.

—¿Qué tal está Grayson? —pregunto.

—Bien.

No me da muchos detalles. Me ha contado que se está recuperando del disparo y que le han recomendado reposo. Aparte de eso, cada vez que pregunto, me dice siempre lo mismo. Pero tengo que preguntar, asegurarme de que se recupera.

—¿Cuántos días quedan?

—No lo sé. Llevo más de un año preparando esto. No puedo cagarla ahora.

—Vale... ¿Y cuál es el gran plan?

—Eliminar a todos los enemigos y recuperar lo que es mío por derecho. —Se encoge de hombros y le da un mordisco al pan de ajo.

—¿Y Grayson y Luca? ¿Dónde encajan ellos en tu operación para «dominar el mundo»? —pregunto nerviosa, deseando que no sean solo medios para lograr un fin. Aunque, cada vez que habla de ellos, solo he visto un profundo respeto.

—Yo lo veo como una sociedad. Luca y yo podemos conquistar el mundo.

—Si no te matan antes —comento con una sonrisita.

—Bueno, si les hablas bien de mí, es posible que sobreviva.

Suelto una risita burlona.

—Depende de cuánto tiempo más tenga que seguir aquí. Cada día que pasa se reducen las posibilidades de que vaya a decir algo bueno de ti.

—Entiendo por qué le gustas a Grayson. Eres de armas tomar.

—Vaya, gracias.

—Vamos, tienes que comer. Si no lo haces por ti, piensa en el pequeñín.

Después de lo que ocurrió en el hospital, Frankie me ha traído aquí médicos particulares para comprobar que tanto el bebé como yo estamos bien. No he vuelto a tener sangrados y aparentemente todo va como debería.

—Mañana van a traer una tele nueva. Para reemplazar la que te cargaste —dice sonriendo.

Ups.

—Sí, perdona por eso.

—No pasa nada. ¿Eso servirá para congraciarme contigo?

—Puede ser. Pero date prisa y acaba lo que sea que estés haciendo para que pueda recuperar mi vida.

—Lo intento, créeme. En cuanto sea seguro para ti salir de aquí, te dejaré hacerlo.

—Oye, ¿cómo es que puedes venir a cenar conmigo la mayoría de las noches? ¿No tienes mujer o alguien que te espere en casa?

Me muero de curiosidad. Estoy convencida de que no le faltan candidatas. Además, tendrá ya treinta y muchos. Me cuesta creer que no haya encontrado nadie con quien compartir su vida todavía.

—No. Estoy demasiado liado para eso.

—¿No quieres tener una familia?

—No sigas por ahí.

—Es una pregunta inocente —digo, y me lleno la boca de pasta.

—Estoy más que satisfecho siendo «el tío Frankie».

—Puede que te arrepientas de decir eso. Los tíos acaban haciendo de canguro muy a menudo, lo sabes, ¿no? —bromeo.

—No hay problema. No es tan difícil. Crecí en una familia numerosa. Tengo un montón de sobrinas.

—Ya lo veremos. —Me encojo de hombros y aparto el plato.

De vez en cuando me embarga una tristeza enorme. Echo muchísimo de menos a Grayson.

Pase lo que pase, me aseguraré de que Frankie haga las cosas bien.

Por ahora, estoy agradecida porque los dos estamos bien y sanos.

48

Grayson

Introduzco el código de la puerta de la mansión gótica de Luca, en las afueras de Nueva York, y recorro el camino de gravilla.

Estoy trabajando con Enzo y coordinando las operaciones en Europa. Pero, por la noche, mis demonios andan sueltos. Frankie ha estado investigando los movimientos de los Falcone, para que podamos saber dónde atacarlos cuando llegue la noche. No me gusta decirlo, pero lo hace muy bien. No se ha equivocado ni una vez.

He dejado a Keller encargado de terminar el entrenamiento de los nuevos. Durante las últimas seis semanas hemos avanzado mucho, y creo que ya están preparados para lanzarse de cabeza al caos.

Anoche entramos en una de las principales naves industriales de los Falcone. Sacamos la droga y quemamos el edificio. Ver las llamas consumir la nave hizo que se me calentara un poco el corazón helado.

He acabado con cuatro de los asesores de Marco. Uno por uno, en sus propias casas. Me siento a esperar a que vuelvan tras sus partidas de póquer nocturnas. La sorpresa que se dibuja en sus caras cuando abren la puerta y me encuentran repantingado en su sofá es impagable.

Ninguno de ellos me ha dado información sobre el paradero de Maddie. De hecho, ni siquiera saben de qué les hablo. Aprieto aún más el volante.

Hay algo en esto que no me cuadra.

Salgo del coche. Luca, en pleno pánico, abre la puerta de la casa.

—¿Qué pasa?

—Entra.

Frankie está junto a la gran escalinata, vestido de forma impecable con un traje azul marino y corbata.

Lo saludo con un gesto de la cabeza y miro a Luca.

—¿Qué? —pregunto sin molestarme en ocultar mi irritación.

Desde que Maddie desapareció, no tengo ni la más mínima paciencia con nadie.

—Rosa está muerta.

Mierda.

Frankie se tensa a mi lado y yo me giro hacia él con la cabeza ladeada. Su mandíbula se tensa, pero no me mira.

«Qué raro».

—¿Y?

—Era lo que le íbamos a ofrecer a los Falcone a cambio de Maddie.

Frankie se revuelve a mi lado, incómodo. Pero ¿qué coño le pasa hoy?

—¿Qué problema tienes? —pregunto con los dientes apretados.

Frankie se acaricia la barba.

—Ninguno. ¿Quieres que me lleve el cuerpo, jefe?

—Sí. Ve a por lo necesario al almacén y luego vuelve. Grayson, ven conmigo.

Luca pasa por mi lado y se dirige a las escaleras. Lo sigo sin dejar de pensar en el extraño comportamiento de Frankie.

Entramos en su despacho y cierro la puerta. Luca se sienta en el sofá de cuero negro, delante del escritorio de roble oscuro. Hay papeles cubriendo toda la mesa. Veo imágenes de las cámaras de seguridad, de la noche en que Maddie se fue del hospital.

—¿Quieres que le envíe mis condolencias a Marco? —pregunto con una sonrisa, pero Luca me atraviesa con la mirada. Me siento—. ¿Qué hacemos ahora, jefe?

De repente se abre la puerta del despacho tan bruscamente que se estrella contra la pared. Yo giro la cabeza.

—¡Luca, no consigo que funcione la cafetera! —exclama una voz femenina. Al verla tengo que parpadear varias veces.

Rosa Falcone. Vivita y coleando.

Levanto una ceja cuando se acerca, con una bata negra de seda abierta que deja ver su ropa interior de encaje. Aparto los ojos de ella al percibir la irritación de Luca. Él no para de mirarla, pero no sé si es porque quiere evitarme o porque no puede pensar en otra cosa que no sea en comérsela con los ojos y se ha olvidado de que estoy aquí.

Carraspeo y él gira la cabeza para mirarme. Rosa le rodea el cuello con los brazos. Vaya, esto se pone interesante. Ella le susurra algo al oído.

Él me mira con cara de «ni se te ocurra decir nada», se inclina y le dice algo al oído a ella que hace que se ruborice.

Solo a él se le ocurriría tirarse a la hija de su enemigo.

Ella me observa con una sonrisa tímida, sale del despacho y cierra la puerta. Luca resopla y se pasa las manos por el pelo negro.

—Veo que te estás tirando a tu prisionera. No me esperaba eso de ti. —Me muerdo el interior de la mejilla para no reírme.

—Que te den. No es lo que parece.

—Lo que tú digas, jefe. A mí me da igual. Lo que me importa es por qué le has mentido a Frankie.

Suspira y saca el teléfono del bolsillo.

—Por fin he llegado a un acuerdo con Romano Capri. Creo que Frankie trabaja para los Falcone. Tenías razón; había cosas que no encajaban. Apareció de la nada, buscando trabajar para mí. Frankie no solo era el guardaespaldas de Romano, sino su mano derecha. Lo dejó porque tenía que atender un asunto familiar en Nueva York. Siempre sabe dónde están los nuevos escondites de los Falcone, todas las veces. Y fue el último que vio a Maddie.

Joder.

Tiene razón.

¿Cómo es que no me he dado cuenta? ¿Y qué precio ha pagado Luca por esa información?

—Es listo. Prácticamente lideraba a los Capri en Europa. Su reacción a la noticia de la muerte de Rosa es justo la que esperaba. Se ha negado en todo momento a acercarse a ella. Siempre tenía una excusa para no ir a comprobar cómo estaba.

—¿Crees que era porque lo reconocería?

—Exacto.

—¿Puedo hacer los honores cuando vuelva? —Ese puto cabrón va a tener una muerte lenta y dolorosa—. Te juro que le arrancaré las extremidades, una por una, si se ha atrevido a tocarla.

—Estoy seguro de que lo harás. No sé cómo no le he pegado un tiro ahí mismo. Pero necesitamos recuperar a Maddie antes de matarlo. Estoy esperando la llamada de Enzo. Lo está investigando. Hay algo que he aprendido de ti: que necesitamos información antes de actuar.

El corazón se me llena de esperanza al pensar en que estamos más cerca de encontrar a Maddie.

Luca suelta el teléfono.

—Vamos a encontrarla. Estamos muy cerca.

Me dejo caer en el sofá y me tapo la cara con el brazo.

—Tengo que ir a ver a Rosa. Dame cinco minutos —dice de camino a la puerta.

—¿Solo cinco? Yo habría dicho que eras capaz de aguantar más que eso —respondo contra mi manga.

Luca se echa a reír.

—No se puede estar más de cinco minutos cerca de ella.

Cuando vuelve, su móvil empieza a sonar.

Veo claramente la ira en su cara cuando contesta.

—¿Dónde está ahora? —pregunta con un tono muy violento.

«Estoy preparadísimo para esto».

—No lo pierdas. ¿Marco ya está en el restaurante?

Al oír ese nombre me pongo de pie.

—Frankie es hombre muerto. Va de camino a ver a Marco en el restaurante familiar. ¿Estás listo? —pregunta Luca cuando cuelga.

Abre un baúl gris oscuro que hay en un rincón de la habitación y me encuentro ante un arsenal de armas de fuego y cuchillos. Me quedo mirándolo todo con una enorme sonrisa en la cara.

—Joder, sí. Vamos a por él.

Los dos elegimos nuestras armas favoritas.

—Llama a Keller. Que traiga a algunos de los nuevos para ver qué tal se las arreglan —dice sonriendo.

—Ahora mismo —contesto antes de sacar el teléfono y llamar.

Luca se marcha con paso decidido. Nunca lo he visto tan furioso. Yo lo estoy deseando. Meto el arma en la funda, guardo un cuchillo en el bolsillo y lo sigo.

49

Maddie

La puerta se abre bruscamente y yo me sobresalto. Retrocedo en la cama hasta que mi espalda choca con los listones metálicos del cabecero.

Frankie entra corriendo, con la cara rojísima. Está casi sin aliento.

—Recoge tus cosas. Tenemos que sacarte de aquí.

—¿Qué? ¿Por qué?

Se acerca a los pies de la cama. Joder, parece agotado. Lleva un poco crecida la barba negra, por lo general perfectamente recortada. Tiene parte de la camisa abierta y le faltan botones.

Deja una maleta sobre la cama, abre la cremallera y se pone a correr por el cuarto, como si estuviera poseído, para recoger mis escasas posesiones.

—No es seguro. Si te pasa algo, Grayson me matará, y necesito que esté de mi lado por ahora.

—No entiendo nada de lo que dices.

—No es lo crees, ¿vale? Seguro que Grayson te lo explicará más adelante. Solo necesitas saber que estoy haciendo esto para protegerte. Es lo que he estado haciendo todo el tiempo. —Noto tristeza en su tono, a pesar de su dura fachada.

Pero me está mintiendo. Y, lo que es peor, también está engañando a Grayson y a Luca.

Cuando lo guarda todo, cierra la cremallera y se dirige a la puerta principal agrietada, que tiene cientos de cerrojos. La puerta de mi prisión.

—¡Vamos, Maddie!

—¿Adónde me llevas ahora?

—Con un antiguo amigo mío, Theo, a Londres.

—No pienso salir del país, Frankie. —Me abrazo el cuerpo. Solo he podido soportar esto porque estaba cerca de Grayson.

—No te lo estaba preguntando. No hagas que te lleve a rastras, por favor. No quiero hacerlo. —Su expresión se suaviza—. Solo son unos días más. Volverás pronto al lugar al que perteneces, y estarás a salvo. Te lo prometo.

Con un suspiro, bajo las piernas de la cama y me calzo las botas de motera.

Me da un gorro de lana y me dice:

—Póntelo.

Cuando termino de prepararme, baja corriendo las escaleras y abre la salida de incendios. El sol se cuela por el umbral.

Dios, cómo he echado de menos el aire libre.

Solo unos días más de este infierno.

Con la cabeza alta, me dirijo hacia el Mercedes negro. Frankie me abre la puerta de atrás y yo me meto en el asiento de cuero color crema. El conductor, Theo, supongo, me mira por el espejo retrovisor.

—Siento todo esto, Maddie. Espero que algún día lo entiendas. Quién sabe, tal vez incluso lleguemos a ser amigos. —Suena casi sincero.

Yo contengo una carcajada.

Grayson no lo permitirá, imposible. Lo único que puedo hacer es sonreír.

Me da una tarjeta de crédito.

—Llévate esto. Cuando sea seguro, informaré a Theo. Haz lo que te apetezca. Quédate unos días en Londres, vete a hacer turismo y gasta lo que quieras. No me importa.

—¿Es tu forma de disculparte por haberme secuestrado?

Apoya la mano en el techo del coche.

—Me caes bien, Maddie. Entiendo por qué Grayson está obsesionado contigo. Eres de las buenas.

—Adiós, Frankie. Y no te atrevas a hacerle daño a mi Grayson.

Él sonríe, cierra la puerta y nos vamos.

Jugueteo con la American Express negra que me ha dado, pero el nombre que hay escrito en letras doradas me llama la atención.

«Francis Falcone».

Cabrón mentiroso.

50

Grayson

Aparcamos frente a Rico's, el restaurante italiano, bastante descuidado, que regenta la familia de Marco. La i del cartel está a punto de caerse. El toldo que hay sobre el escaparate, que alguna vez fue verde, ahora es de un marrón desvaído.

Keller apaga el motor. Enzo está viendo las imágenes en directo de las cámaras de seguridad del restaurante. Estoy deseando estrangularlo. Estoy incluso impaciente por hacerlo.

—Qué ganas tengo de matar a ese hijo de puta —dice Luca con los dientes apretados y sin apartar la vista de la puerta del restaurante.

—Pues ya somos dos. Pero no te olvides de que, antes de matarlo, tenemos que averiguar dónde está Maddie, ¿eh?

Luca está a punto de perder la cabeza. Si hiciera falta, renunciaría a matar a esos dos por recuperar a Maddie. Me estoy aferrando a esa última brizna de esperanza.

El teléfono que tiene Luca en el regazo se ilumina.

—Frankie acaba de entrar por la puerta de atrás. Ya es hora del espectáculo. —Me sonríe, sale del coche y cierra la puerta. Yo suelto el aire despacio. Ha llegado el momento. Necesito mantener la cabeza fría para conseguir lo que quiero.

Keller, que está en el asiento del conductor, se gira para mirarme, sin soltar el volante.

—Que no le pase nada, Grayson. Está al límite ahora mismo. Yo lo estaré viendo todo en las imágenes de las cámaras con Enzo. Nuestros hombres tienen el edificio rodeado, esperando mi orden.

En unas pocas semanas, el número de miembros de la organización de Luca se ha duplicado y vamos a plantar batalla de verdad.

—Haré lo que pueda. —Asiento y salgo para reunirme con Luca, que ya cruza a toda prisa la calle hacia el local.

Joder, lo último que necesito es que entre ahí y les pegue un tiro a los dos antes de que podamos conseguir respuestas.

—Luca, espérame, joder —digo con los dientes apretados, corriendo tras él.

Llego a su altura y lo agarro por el hombro antes de que abra la puerta.

—No la cagues aquí, Luca. Esto es por Maddie, no lo olvides. —Le clavo los dedos para retenerlo. Veo puro odio en sus ojos. No puedo arriesgarme si está así—. Entro yo primero —afirmo, y cojo el picaporte metálico de la desconchada puerta roja. Chirría cuando la abro. Coloco la pistola por delante y pongo un pie en el interior.

Marco y Frankie están sentados en el centro del comedor. Yo apunto directamente a Frankie, que parece relajado. Se limita a sonreírme y mantiene las dos manos apoyadas en la mesa, delante de él.

—Bienvenidos, pasad, sentaos. —Nos señala los dos asientos que tiene enfrente.

Marco me mira con el ceño fruncido, pero no se mueve. Tiene las manos atadas detrás de la silla. Mira a Frankie, pero no dice nada.

—Ni de coña. ¿Y si te pego un tiro mejor? —responde Luca, que pasa por mi lado, va directo hacia él y le pone la pistola en la sien.

Frankie se echa a reír y me mira. Joder, Luca.

—Yo no lo haría, si es que quieres volver a ver a tu preciada Maddie.

Se me acelera el corazón y necesito todo mi autocontrol para no disparar a ese desgraciado entre los ojos.

—¿Dónde coño está? —grito.

—¿Qué gracia tendría si te lo digo sin más? Vamos, sentaos. —Señala la mesa, que está puesta con esmero.

Yo miro a Luca con las cejas levantadas y le indico la silla con la cabeza. Voy hasta donde están ellos, saco una silla y me siento delante de Frankie. Está demasiado tranquilo, teniendo en cuenta que se encuentra en una sala con dos capos de la mafia rivales y un monstruo desatado a cuya novia ha secuestrado.

—Pégale un tiro a este cabrón —dice Marco con los dientes apretados.

Frankie lo fulmina con la mirada.

Luca aparta la pistola de la sien de su hombre y apunta a Marco.

—Aquí solo hay una persona que va a matar a mi hermano, y soy yo —masculla Frankie.

Luca se queda con la boca abierta. El otro saca una pistola del bolsillo interior de su traje azul marino, la coloca entre los ojos de Marco y aprieta el gatillo sin inmutarse.

«Joder».

La cabeza de Marco cae hacia atrás y la sangre salpica todo el mantel blanco. Con el arma todavía humeante en la mano de Frankie, Luca se lanza a por él.

—¡Serás hijo de puta! —le grita antes de darle un puñetazo en la mandíbula.

Un buen puñetazo, tengo que reconocerlo.

Frankie se frota el lugar del golpe y mira a Luca divertido.

—Me lo he ganado. Buen gancho —contesta, me mira y asiente—. Voy a tener que entrenar alguna vez contigo.

—Ni de coña.

—Siéntate, por favor —insiste Frankie—. Voy a explicároslo todo primero.

Luca saca la silla que hay a mi lado, reticente, se sienta y enciende un cigarrillo. Sigue teniendo el arma en la otra mano.

—Suéltalo —pide Luca, dejando escapar una bocanada de humo.

—Voy a empezar presentándome formalmente. —Se lleva una mano al pecho—. Soy Frankie Falcone. Y este de aquí —señala al cadáver de Marco, que está a mi otro lado— era mi hermano mayor.

Sabíamos que estaba trabajando para los Falcone, pero no que el capo era su puto hermano. Aprieto la culata de la pistola. Si no fuera por Maddie, los dos estarían muertos a estas alturas. La bestia que tengo dentro está deseando salir.

—Eres un cabrón mentiroso —dice Luca, y se pone en pie de golpe, pero yo lo agarro del brazo y lo obligo a volver a posar el culo en la silla.

—¿Esa te parece la forma correcta de hablarle al nuevo cabeza de la familia Falcone? —Frankie levanta una ceja, como si estuviera muy orgulloso de sí mismo.

A estas alturas ya me hierve la sangre.

—Tengo una ofrenda de paz para vosotros. —Sonríe, se abre la chaqueta y saca el teléfono—. ¿Qué os parece si las dos organizaciones empezamos de nuevo? Luca, creo que podemos trabajar juntos y dominar toda la ciudad.

—¿Qué te hace pensar que me haces falta para algo? No puedo confiar en ti —contesta Luca.

—Estás perdiendo el control, cada día un poco más. La mitad de tus hombres son traidores, créeme. ¿Cómo piensas que he conseguido organizar todo esto y permanecer fuera de los radares de ambos? Mi plan inicialmente era hacerme con el control de mi familia y después aniquilar tu organización. Pero, con el paso de los meses, os he cogido cariño a los dos.

—Tanto como para secuestrar a Maddie —intervengo.

—Lo hice para protegeros. Puede que ahora no lo entiendas, pero lo harás. Me he asegurado de que esté bien cuidada y a salvo. Pero he tenido que utilizarla para conseguir lo que quería, lo siento. Me hacías falta tú, Grayson. Que estuvieras lo bastante furioso como para acabar con la mayoría de los Falcone por mí. No podía arriesgarme a que Maddie se interpusiera, y menos después de ver el estado en el que estaba en el hospital.

Me mira fijamente a los ojos y deja el arma en la mesa.

—Te juro que no le he hecho ningún daño, aunque se ha resistido de lo lindo. No me lo ha puesto fácil, eso te lo puedo asegurar.

—¡¿Dónde coño está?! —rujo, me pongo de pie y estrello el puño contra la mesa.

—En un lugar seguro. Tenemos que llegar a un acuerdo antes de que pueda liberarla, así que siéntate.

Contengo las ganas de matarlo con mis propias manos y aprieto los puños.

Frankie mira a Luca.

—Quiero que nuestras organizaciones se unan, Luca. Que esta ciudad se convierta en nuestro imperio. Y después expandirnos por Europa.

—Libera a Maddie y luego hablamos —contesta Luca muy serio.

Frankie pone los ojos en blanco.

—No lo voy a hacer hasta que no alcancemos un acuerdo. No soy idiota. En cuanto la suelte, alguno de los dos acabará conmigo. Maddie ya me ha avisado bastantes veces de que voy a terminar muerto pronto.

En eso no se equivoca.

Luca me mira. Si Frankie dice la verdad, podrían controlar la ciudad entre los dos. Tienen el cerebro y el poder para hacerlo. Lo cierto es que en estos últimos meses Frankie ha demostrado ser útil. ¿Podemos confiar en él? Sin duda no. Acaba de volarle la cabeza a su propio hermano.

—Nosotros podemos hablar del acuerdo en privado. Grayson necesita ir con Maddie. Cuando la sueltes, quedaremos solo tú y yo. Me interesa oír lo que tienes que decir. Pero no olvides que la ventaja la tengo yo. Así que te sugiero que empieces a compensarme por tus errores si quieres que vuelva a confiar en ti —advierte Luca, atravesándolo con la mirada.

Frankie asiente, riendo entre dientes.

—Grayson, llévate nuestras armas —ordena Luca.

Yo me acerco y los dos deslizan sus pistolas por encima de la mesa.

Me guardo una en la cintura y apunto con la otra a Frankie. Él levanta ambas manos al instante, en un gesto de rendición.

—Suéltala.

Señala el teléfono que tiene en la mesa.

—¿Puedo? —Acerca la mano despacio para coger el teléfono y se lo lleva a la oreja.

—Pon el altavoz.

Solo se oyen dos tonos y al otro lado cogen la llamada.

Por el altavoz se oye una voz italiana.

—¿Sí, jefe?

—Déjala ir, Theo —ordena Frankie antes de colgar.

El corazón me late como loco en el pecho. Maddie está libre. Suelto el aire despacio y hago todo lo posible para mantener a raya mis emociones.

—Grayson, ve a por tu mujer. Esto lo tengo controlado —dice Luca con una sonrisa tensa.

Bajo el arma con la mano temblorosa. Estoy muy cerca de recuperarla por fin.

—Te juro por Dios que, como tenga un solo pelo fuera de su sitio, te despellejo vivo, Frankie.

—No esperaba menos de ti, Grayson. Por cierto, te vendría bien coger el jet privado para ir a buscarla; Londres está bastante lejos. Después de la muerte de Rosa, me pareció que sería mejor sacarla de la zona de guerra antes de matar a mi hermano. Por si algo salía mal, ya sabes. —Mira el cadáver de su hermano, desmadejado en la silla.

Londres. Está a miles de kilómetros.

Luca me observa con una sonrisa comprensiva.

—Vete. —Señala la puerta—. Dile a Keller que salgo dentro de veinte minutos.

El teléfono me vibra en el bolsillo y me olvido durante un segundo de las ganas que tengo de retorcerle el pescuezo a Frankie. Lo saco y veo en la pantalla un número con el prefijo +44.

Lo cojo.

—¿Grayson? —La preciosa voz de Maddie resuena en mis oídos.

Se me escapa un sollozo.

—Cielo.

Me masajeo el puente de la nariz. Está viva y bien.

Mi corazón vuelve a estar completo.

51

Maddie

El enorme y corpulento Theo gruñe, cuelga el teléfono y abre la puerta. Estamos en un bonito Airbnb en el centro de Londres. Muy lujoso, con vistas al London Eye.

Me he tomado un té en la mesa del comedor, contemplando cómo flotaba la bolsita y recordando la visita que hice con Grayson a la ciudad. En cierto momento me he puesto tan roja que Theo me ha preguntado si quería que abriera una ventana. Hace un día soleado. El sol veraniego es espectacular.

Theo interrumpe mis pensamientos.

—Ya puedes irte. Estás libre.

Sonrío de oreja a oreja.

—¿De verdad? —pregunto.

Asiente y me sostiene la puerta abierta.

Solo llevo unas horas en la ciudad y ni siquiera he deshecho la maleta marrón que está junto a la puerta, sigue todo dentro. Salgo corriendo y la agarro del asa.

—El jefe ha dicho que gastes lo que quieras y te quedes en Londres el tiempo que te apetezca, pero puedes volver a Nueva York si lo prefieres.

Grayson. Necesito a Grayson.

Salgo por la puerta sin mirar atrás. No puedo arriesgarme a que cambie de opinión.

Soy libre.

Por fin puedo recuperar mi vida.

Y a mi hombre.

Subo al ascensor y pulso el botón para bajar. Tengo las mejillas empapadas por las lágrimas de felicidad. «Malditas hormonas».

El sol me quema la piel pálida. Supongo que eso es lo que pasa cuando llevas seis semanas encerrada. Me pongo la mano sobre el

estómago que me ruge y no puedo evitar sonreír.

Paseo arrastrando la maleta, cuyas ruedas resuenan sobre la acera. Esta parte del Embankment está llena de gente. Hay niños corriendo y riéndose de los hombres con maquillaje plateado que fingen ser estatuas. Seguro que alguna de estas personas me presta su móvil.

Veo delante de mí a una mujer que no para de escribir mensajes. Tiene el pelo rubio recogido en una coleta alta y unas enormes gafas de sol que le tapan media cara.

—Perdone, señorita —llamo su atención y me acerco.

Ella levanta la vista del móvil, frunce el ceño y viene hacia mí apresuradamente.

—¡Hola! ¿Está usted bien?

—¿Me podría prestar el teléfono para hacer una llamada rápida? Es que no llevo el mío.

—Claro, tome. —Me pasa el aparato.

—Es una llamada a los Estados Unidos. ¿Puedo pagarle?

Ella sacude una mano y niega con la cabeza.

El teléfono hace un ruido de conexión extraño.

«Cógelo, cógelo».

Contengo la respiración todo el rato y no paro de moverme mientras espero.

Lo coge, por fin.

—¿Grayson? —susurro.

Nada.

Se me cae el alma a los pies. ¿Y si se ha creído que quería romper con él? ¿Y si ahora me odia?

—¿Cielo? —Su voz resuena por el auricular y el corazón me da un vuelco en el pecho.

—Dios mío, Grayson. —Se me quiebra la voz y me caen más lágrimas.

—Joder, Maddie. Cuánto te he echado de menos. Dime que estás bien.

—Sí, sí, te lo prometo. Frankie ha estado cuidando de mí. No lo mates, si es que no lo has hecho ya. No es un mal tío en el fondo.

—Ya hablaremos de eso, cariño. ¿Dónde estás exactamente? Voy a buscarte.

«Gracias a Dios».

—En Londres. Bueno, cerca del London Eye.

—Llegaré dentro de unas horas. Espérame. Voy a reservar una habitación en el Shard de camino al aeropuerto. Ve a descansar.

Después encuéntrate conmigo en el London Eye dentro de... ¿unas ocho horas?

Oigo que arranca el coche. No tiene intención de perder el tiempo.

—Tengo la tarjeta de Frankie. Seguro que se me ocurre algo para entretenerme durante unas horas.

—Me decepcionarías si no fuera así.

—Te quiero, Grayson. Nunca he dejado de hacerlo. Nada de lo que ponía la carta era cierto, créeme.

—Cariño, nunca me creí que quisieras dejarme. Llevo cubriendo de sangre la ciudad desde entonces, buscándote. Todos los segundos de cada día. No te voy a dejar ir nunca más, cielo. Te quiero mucho. Sin ti he sobrevivido a duras penas.

Jugueteo con el anillo de compromiso.

—Te veo pronto.

—Más vale que estés preparada para mí. Soy un hombre hambriento, deseando comerte entera.

Suelto una carcajada y sacudo la cabeza. Dios, amo a ese hombre.

—Eso espero.

—Te quiero más que a mi vida, Maddie. Y espero poder demostrártelo cada día de lo que nos quede de vida.

—Me encantaría.

Nos despedimos y cuelgo.

Solo ocho horas más.

Eso es fácil.

52

Grayson

Veo pasar a toda velocidad las luces de la ciudad mientras nos acercamos al Embankment a la altura del puente de Waterloo. El chófer me estaba esperando en el aeropuerto de Gatwick. No paro de mover la pierna; todo el estrés de las últimas semanas se está disipando. Todos los asesinatos y las lágrimas ya quedan atrás.

Lo único que me importa en la vida es ella.

Juro que, en cuanto vuelva a tenerla en mis brazos, no la voy a dejar ir.

No puedo volver a soportar este dolor.

No me he atrevido a preguntarle por el bebé. Solo espero que, por el bien de todos, los dos estén bien. No podría soportar la idea de que a Maddie le hubiera pasado algo, y mucho menos que nuestro hijo no estuviera sano y salvo.

Yo nunca había querido tener hijos, hasta que llegó ella.

Ahora lo quiero todo.

Quiero dejarla embarazada todas las veces que me lo permita. Una vez le dije que no podía ofrecerle la vida familiar que tanto deseaba. Pero me equivocaba. Puedo y voy a hacerlo, pienso darle todo lo que ha soñado.

El coche se detiene. Veo las luces rojas del London Eye. Esta es la última vez que voy a estar sin ella. Salgo del coche y noto el aire frío que me envuelve. Se me pone la carne de gallina cuando me acerco al acceso. La busco entre la multitud.

Mi mundo se para cuando aparece ante mis ojos su pelo rubio, que se agita con la brisa. Me está dando la espalda, con las manos apoyadas en el muro que da al Támesis.

Joder, no puedo esperar ni un segundo más.

Echo a correr en su dirección, con el corazón en la boca todo el tiempo. Reduzco la velocidad cuando llego a su lado y la abrazo por detrás. Su aroma a melocotón me calma al instante. Casi me había olvidado de lo bien que huele.

—¿Me has echado de menos? —susurro, enterrando la nariz en su pelo.

Ella da un respingo. Bajo las manos que tengo en sus costillas hasta su vientre un poco abultado, redondo y perfecto. Me las cubre con las suyas, que están frías.

Nuestro bebé.

Los he recuperado a los dos.

Se gira entre mis brazos y me rodea el cuello con los suyos. En cuanto nuestras miradas se encuentran, es como si hubiéramos vuelto a encajar. Todas las piezas desperdigadas han vuelto a su lugar.

Mi corazón al fin late de nuevo.

Le pongo las manos en el culo y la beso, entregándole todo lo que tengo. Vuelco en él todas estas semanas de dolor y sufrimiento. Me separo de ella a regañadientes y apoyo la frente en la suya.

Le sujeto la cara entre las manos y se la examino, y también el cuerpo, buscando lesiones. Ella se echa a reír. Ese sonido me calienta las entrañas. Me fijo en su mano izquierda. El anillo de compromiso brilla gracias a las luces de la ciudad. Se la cojo y me la llevo a los labios para darle un beso al anillo.

—Sí —susurra—. Si me aceptas.

Le levanto la barbilla con el pulgar para que me mire a los ojos.

—No hay nada que desee más, Maddie. Me casaría contigo ahora mismo. Quiero que seas mía de todas las formas posibles.

Ella sonríe contra mis labios. Yo le acaricio la mandíbula y después bajo por el cuerpo, hasta detenerme en su vientre. Apoyo la palma debajo de su ombligo. A simple vista no se ve la curva, pero sí se nota.

—Gracias —digo con voz ahogada y cierro los ojos.

—Este de aquí dentro es muy fuerte. No te voy a mentir, hemos tenido un par de momentos en que he pasado miedo. Pero Frankie me ha traído un médico particular para revisarme todas las semanas.

Tenso la mandíbula al oírla mencionar a ese tío con esa familiaridad.

—Me ha cuidado. Bueno, a los dos —insiste.

Asiento e inspiro hondo. No quiero que mi ira asome su fea cabeza en este momento. Quiero centrarme en el amor de mi vida.

—Ya me lo contarás todo luego.

Asiente.

—¿Me llevas a casa?

—Eso es lo que he querido hacer desde que me desperté en esa cama de hospital. ¿Estás preparada para volver y pasar el resto de tu vida conmigo? ¿Una vida de sexo con el mismísimo demonio?

—Necesito que me folles, Grayson. No te haces una idea de lo cachonda que estoy ahora mismo. Estas hormonas enloquecidas y el olor de tu *aftershave* hacen que tenga ganas de desnudarte aquí mismo. Así que sí, lo estoy deseando.

Esta mujer está hecha para mí.

No hay duda de que nuestro destino en este planeta era encontrarnos. No hay nada ni parecido a esto.

—Vámonos. —Le doy otro beso en los labios.

Entrelazo los dedos con los suyos y volvemos al Bentley, que nos está esperando. Yo le abro la puerta del coche. Cuando se agacha para entrar, gruño porque me roza el muslo con el culo. Le doy un azote y ella gira la cabeza bruscamente. Levanto las dos cejas, cierro su puerta y rodeo el coche para sentarme a su lado.

—¿Qué te parece si hacemos uso de esa habitación que tenemos en el Shard y cogemos el vuelo de vuelta mañana por la mañana? —le susurro al oído. Noto el calor de su mejilla contra la mía.

Me lo tomaré como un sí.

53

Maddie

En cuanto se cierran las puertas del ascensor, me encierra entre sus brazos y su cuerpo musculoso.

Aprieto las piernas. No recuerdo cuándo fue la última vez que pasé tanto tiempo sin sexo. Se acerca a mí. Los cuerpos de los dos arden. Su erección me roza la cadera. Me muerdo el labio y lo miro. Le acaricio por encima de los vaqueros toda la zona hasta que poso la mano sobre el bulto de su pene. Gruñe y echa la cabeza atrás.

—Joder, tengo la polla a punto de explotar.

Me quedo muy quieta cuando recuerdo cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que estuvimos juntos. Mierda, creyó que quería romper con él. «¿Y si...?».

—No podía permitir que nadie me tocara. Soy tuyo y lo voy a ser siempre.

—Pero te dejé. Lo entendería.

—Cariño, mírame. —Levanto la cabeza para hacerlo—. Nunca me creí que me hubieras abandonado. Ni consideré que hubiéramos roto. Durante las últimas seis semanas solo he estado centrado en encontrarte.

El ascensor pita y se abre para dejarnos entrar en la misma suite en la que estuvimos la última vez. Mi equipaje sigue junto a la cama, donde lo puse antes, cuando me registré. Me he tirado la mayor parte de la tarde metida en esa bañera independiente con vista a la ciudad. Dios, ha sido perfecto.

Él se aparta de la pared que tengo detrás, me coge la mano y entramos en la suite. Se ríe al pasar por el salón y ver la montaña de bolsas.

—¡Menudo maratón de compras has cargado en esa tarjeta!

—Bueno, creo que me lo debe.

Él me persigue como un león a su presa. Se desabrocha el abrigo, se lo quita y lo deja caer al suelo.

Desliza los dedos por el vestido negro de punto hasta llegar al borde.

—¿Qué te he dicho sobre ponerte medias? —murmura, sacudiendo la cabeza.

Me quita el vestido por arriba y yo levanto los brazos para que le sea más fácil. Es como si mi vientre estuviera hinchado por la regla; todavía no parece una barriga de embarazada, sino más bien da la impresión de que he tomado demasiada comida basura.

No me siento especialmente sexy ahora mismo.

Un golpe seco me distrae de mis pensamientos. Grayson está de rodillas, bajándome las medias poco a poco.

—Preciosa —dice dándome un beso en el centro del vientre.

Sonrío. Con solo una palabra ha hecho que mejoren mucho mis inseguridades. Cuando me mira y sus ojos azul hielo se encuentran con los míos, vuelvo a sentirme sexy.

—Dios, mujer. Es que eres perfecta.

Comienza a besarme el interior del muslo mientras me va bajando las medias por las piernas. Cada beso produce corrientes eléctricas por todo mi cuerpo. Levanto una pierna y después la otra. Me quita las botas y luego las medias. Las tira hacia atrás, por encima de su hombro, y sigue besándome, esta vez subiendo por la pierna.

Hasta que llega justo donde lo necesito.

—A la cama, con esas piernas lo más abiertas que puedas. Quiero ser el dueño de cada centímetro de tu cuerpo esta noche, cielo. Y voy a empezar por hacerte llegar al clímax con la lengua. Estoy famélico, Maddie. Y lo que más me apetece es comerte entera.

—Hmm, sí, por favor —digo mirándolo a los ojos—. Señor.

Él gruñe, se abalanza sobre mí, me agarra por la cintura, me levanta y los dos nos tiramos sobre la cama. Yo le rodeo el cuerpo con las piernas y lo acerco más a mí. Noto su aliento en la mejilla. Su traje me roza la piel desnuda. En cuanto sus dedos tocan mi sexo empapado, no puedo evitar un fuerte gemido.

—Dios, sí que me has echado de menos. Me encanta que me mojes así los dedos —asegura mientras los mete en mi interior.

Yo apoyo la cabeza en el colchón y arqueo la espalda para que llegue mejor. Grayson me lame la mandíbula y baja por mi cuello, mientras

mete y saca los dedos. Encuentro los botones de su camisa. Él se para y me agarra la mano.

—Nada de tocar.

Se sienta sobre los talones y se afloja la corbata. Yo suspiro de frustración cuando sale de mí. La entrepierna me late sin parar. Lo miro con una ceja levantada.

—No sé si voy a ser capaz de no tocarte.

Él sonríe y se quita la corbata.

—Sube las manos por encima de la cabeza —ordena.

Mis brazos se mueven, aunque mi cerebro no ha dado la instrucción. Él se inclina y me ata las muñecas con la corbata. La cama se mueve cuando se baja. Me agarra los muslos y me arrastra por la cama hacia él.

Apoyo las piernas en sus hombros y él se arrodilla.

—¡Dios! —chillo cuando me lame desde la entrada hasta el clítoris.

Vuelve a meter los dedos mientras me chupa el clítoris, pero acelera el ritmo de sus movimientos. Yo me retuerzo en la cama. Tengo todo el cuerpo a punto de explotar. Saca los dedos y los lleva a mi trasero.

«Joder, sí».

Sigue lamiéndome y con la otra mano me abre las nalgas. Me acaricia despacio en el ano con el dedo y yo bajo las caderas para que pueda introducirlo. Me escuece un momento, mientras me adapto, porque he perdido la costumbre. Pero todo queda ahogado por el puro placer que siento cuando me levanta el culo y hunde la lengua en mi interior, sin dejar de meter y sacar el dedo que tiene atrás.

—¡Grayson! —grito apretando los dientes.

Las piernas no paran de temblarme. Intento soltarme las manos para tocarlo. Todas las células de mi cuerpo buscan la liberación.

—Córrete para mí, preciosa. Quiero que me empapes la cara.

No necesito más. Tengo un orgasmo como nunca, siento como si me desgarrara entera. Chillo su nombre y mi cuerpo se sacude mientras él me sigue chupando el clítoris, recogiendo todos los fluidos de mi orgasmo con la boca.

—Dios, cómo me ha puesto eso —dice antes de levantarse.

Le brilla la cara por mis fluidos. No se molesta en limpiárselos. Se desabrocha la camisa y se la quita, a la vez que la chaqueta. La visión de su cuerpo musculoso y tatuado hace que me humedezca los labios. Aprieto los párpados cuando le veo la cicatriz bajo las costillas. En mi mente aparecen imágenes de aquel día. El día que nos destrozó.

—No pasa nada, cariño. No es más que una cicatriz; un recordatorio de que moriría por ti, Maddie. Por ti y por nuestros hijos. Sufriría cualquier dolor por manteneros a salvo. Te lo prometo.

Hago una mueca cuando los recuerdos vuelven en una oleada. Es como una pesadilla hecha realidad. Cómo me sentí cuando sacaron su cuerpo inconsciente del coche; fue como si me arrancaran el corazón del pecho.

—No puedo perderte, Grayson. No podría vivir sin ti. Y tampoco quiero criar a este niño sin su padre. No te pido que dejes tu trabajo, solo que estés a salvo. Y que vuelvas con nosotros.

—Te lo prometo. ¿Ahora puedo hacerle el amor a mi prometida? Tengo que recuperar las seis semanas perdidas.

—No quiero que me hagas el amor. Quiero que me folles.

—A la princesa le gusta que su villano la folle fuerte y muy sucio. No lo he olvidado. —La punta del pene se acerca a mi entrada.

—Tú no eres mi villano. Eres mi todo. Me encanta tu oscuridad. Pero también adoro tu luz. Amo todo lo que hay en ti.

Con un movimiento brusco, entra en mi interior y yo suelto un gruñido.

Por fin estoy en casa, en el lugar al que pertenezco.

—Fóllame como la putita preciosa que soy, Grayson —le susurro, mordiéndome el labio.

Veo asomar la oscuridad en sus ojos. Se inclina, me atrapa los labios, me coloca una pierna rodeándole la cintura y se hunde hasta el fondo.

—Joder, Maddie. Casi se me había olvidado lo bien que se está dentro de ti.

Vuelve a besarme antes de que pueda responder. Tengo la frente empapada de sudor mientras él me embiste, sin dejar de hacer círculos alrededor del clítoris al mismo tiempo. Me agarra por la cadera y me da la vuelta, obligándome a pegar la cara al colchón y poner el culo en pompa. Todavía tengo los brazos atados por encima de la cabeza.

Suelta el aire con los dientes apretados cuando se hunde de nuevo en mi interior y me clava los dedos en los muslos. Yo muerdo el colchón para acallar los gemidos.

—Quiero oírte gritar mi nombre, cariño.

Su voz profunda me produce un relámpago de placer que va directo a mi entrepierna. Continúa con los círculos alrededor del clítoris, con el dedo empapado en mis fluidos. Después acerca dos dedos al ano,

mientras sigue embistiéndome con tanta fuerza que todo mi cuerpo se ve proyectado hacia delante.

Grito su nombre cuando empiezo a ver estrellas. Él suelta una maldición que logro oír por encima de mis latidos, que me retumban en los oídos.

Pego un salto hacia delante cuando me da un azote en la nalga izquierda. El dolor intensifica el placer que siento por todo el cuerpo. Un líquido caliente se derrama dentro de mí y me resbala por la cara interior de los muslos.

Se queda un rato dentro de mí. Es como si acabáramos de correr un maratón. Cuando al fin sale, me da un beso en la mitad de la espalda. Después me desata y me frota las muñecas.

Se deja caer en la cama a mi lado. Yo me acurruco contra su pecho y acaricio con suavidad la cicatriz roja.

—Estoy deseando casarme contigo —aseguro, jugueteando con el anillo de compromiso que tengo en el dedo—. Y ser la señora Ward.

—Encargué ese anillo aquí, en Londres, ¿sabes? A la vez que el collar que llevas.

—¿Ya querías casarte conmigo antes de saber lo del bebé? —No puedo evitar el tono de sorpresa. Había supuesto que esa era la razón de su proposición.

—Maddie, supe desde el momento en que me besaste que, si me iba a volver a casar con alguien en esta vida, sería contigo. Por eso quise mantener las distancias y por lo que dejé que intentaras apartarme. Sabía que, si lo probaba, no podría parar. Así que sí, era inevitable que quisiera tratar de hacerte mía de todas las formas posibles. Con bebé o sin él. Eso solo ha sido una grata sorpresa.

—Me preocupaba que lo último que te había dicho era que no quería casarme. Lo siento, Grayson. Pensé que en el fondo no necesitaba una gran boda, porque ya no había nadie presionándome con lo de cumplir el sueño del cuento de hadas. Pero la verdad es que sí la quiero. —Inspiro hondo—. Lo necesito contigo y solo contigo.

—Te daré todo lo que has soñado en tu vida, la boda, la casa y los hijos incluidos. No puedo volver a perderte.

—No lo harás.

—Entonces, ¿cuánto tengo que esperar para que te cases conmigo?

—Pues, o lo hacemos enseguida antes de que me ponga enorme, o esperamos a que llegue el bebé...

—No, tanto no. ¿Dentro de tres semanas? ¿Qué te parece? Disponemos de un presupuesto ilimitado. Quiero que tengas todo lo que desees, hasta el último detalle. Supongo que tendrás un álbum de novia o algo así preparado, ¿a que sí?

Le doy un golpe en el pecho.

—¡Oye! ¿Es que eso no lo tienen todas las mujeres?

—Ni idea. Tú eres la que está obsesionada con las bodas. Yo solo lo estoy contigo.

—Qué bonito. Cuando dices «presupuesto ilimitado», ¿de cuánto estamos hablando? —pregunto mordisqueándome un dedo y pestañeando coqueta.

—Te doy cinco millones. Y mi única petición es que quiero una luna de miel en algún lugar exótico y en la playa. Con una villa privada en la que pueda follarte donde y cuando quiera.

—¡Cinco millones es una exageración!

—Esa sonrisa tuya no tiene precio, cariño. Gástate lo que te dé la gana. Solo asegúrate de que podamos casarnos dentro de tres semanas, ¿vale?

—Vas a estar muy sexy con una alianza en el dedo.

—La verdad es que he pensado tatuarme el anillo. Yo he estado casado antes. Los anillos te los puedes quitar. Los tatuajes son más permanentes. Llevaré el anillo al cuello, colgado de una cadena.

—Me encanta.

Paso la pierna por encima de su cuerpo para ponerme a horcajadas sobre él. Sus ojos me recorren entera.

—Tres semanas más —murmuro.

—Lo estoy deseando, cielo. Pero tenemos que dormir un poco para poder volver mañana a casa, a nuestra casa. —Me agarra por la cintura y me aparta.

Yo le doy la espalda para que pueda acurrucarse contra mí, con el pene pegado a mi culo y abrazándome fuerte.

—Que duermas bien. Te quiero, cariño. —Me acaricia el vientre.

Nuestra familia.

—¿Podemos adoptar un perro?

Su risa reverbera contra mi espalda.

—Pero no uno pequeño y esponjoso. Quiero uno lo bastante masculino para poder llevármelo a trabajar conmigo. Sí, podemos

buscar una enorme casa familiar cuando volvamos. El perro necesitará un jardín.

Sacudo la cabeza y contengo una sonrisa. En este momento, la vida es perfecta. Resulta que estaba totalmente equivocada. Nunca he sido una princesa a la espera de un príncipe que me robara el corazón. No he leído los libros correctos. No buscaba un cuento de hadas; lo que yo anhelaba estaba en las novelas de *dark romance*.

Deseaba que me adorara un villano durante el resto de la eternidad.

¿Un príncipe quemaría el mundo hasta los cimientos por mantenerme a salvo? ¿O se dejaría disparar para salvarme? No.

Necesitaba esa oscuridad para hacerme arder el alma.

Por eso tratamos de resistirnos durante tanto tiempo. Nuestro amor estaba condenado a no ser fácil. Es intenso. Abrasador. Lo es todo.

Ese es nuestro final feliz.

Epílogo

Grayson

Tres semanas después

Tengo la frente cubierta de sudor mientras observo la entrada del granero.

En solo tres semanas Maddie ha logrado organizar esta obra de arte. Reservó un granero, que ha llenado hasta arriba de flores de todos los tonos de rosa imaginables que lo cubren todo, hasta las vigas del techo. Y hay unas lucecitas asomando entre las flores. Mis padrinos (Keller y Luca) están a mi lado.

Fuera hace frío, pero yo estoy ardiendo. No sé por qué me siento tan nervioso. Sé que la luz de mi vida va a cruzar esas puertas dentro de unos minutos. Me apostaría la vida.

Queríamos hacer algo pequeño e íntimo, pero también deseaba darle a Maddie la boda lujosa de princesa con la que siempre soñó. Eso no era negociable. La señora Russo tiene en brazos a Darcy, y Keller no les quita ojo. Solo espero ser la mitad de buen padre que es él con esa pequeñaja.

Joder, incluso mis padres han conseguido venir. Se quedaron bastante sorprendidos cuando los llamé para darles las noticias. Nunca he tenido una relación muy cercana con ellos, al menos desde que me enviaron lejos cuando era adolescente. Creo que nunca vamos a recuperar la confianza, pero quiero darles la oportunidad de conocer a su único nieto. Así que quién sabe lo que pasará.

La madre de Maddie me mira con el ceño fruncido desde el otro extremo de la sala. La hemos sentado al fondo para que no la vea cuando pronuncie mis votos. Si fuera por mí, no la habría invitado. Pero se ha disculpado con Maddie. Tiene suerte de que su marido, Robert,

sea un buen hombre. A él lo tolero. Además, quiere a Maddie incondicionalmente. Pero juro por Dios que, como su madre haga llorar a mi mujer otra vez, la echo.

Se abren las puertas y yo inspiro hecho un flan. Todas las cabezas se giran. Y entra Frankie, tan arreglado como siempre.

—Perdón, tenía que hacer unas cosas de camino —dice disculpándose, y se sienta en la primera silla que ve libre.

Lo fulmino con la mirada y Luca se ríe detrás de mí.

Sí, el tío que secuestró a la que está a punto de convertirse en mi esposa también está aquí. Resulta que Maddie y él entablaron amistad y, técnicamente, además, supongo que también es mi jefe, desde que Luca y él unieron fuerzas y empezaron a planear cómo dominar el mundo juntos. Así que ahora no puedo matarlo. Pero sabe lo que pienso de él. No estoy convencido del acuerdo al que ha llegado con Luca. Estaré ahí para recoger los pedazos si las cosas salen mal. Pero ahora tengo otras cosas en las que concentrarme, mucho más importantes que todo eso.

La sala se queda en silencio cuando empieza a sonar *If I Ain't Got You* de Alicia Keys. Se me llenan los ojos de lágrimas. Sienna, con una sonrisa de oreja a oreja, un vestido largo de color rosa fuerte y un ramo a juego en la mano, comienza a recorrer el pasillo. Oigo a Keller murmurar algo detrás de mí. Sonrío. Ella no aparta la vista de su marido.

En cuanto Maddie cruza la puerta, es como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago. No podría dejar de mirarla aunque quisiera. El pelo rubio, peinado con ondas, le cae sobre los hombros.

Es la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

El vestido blanco hasta el suelo se ciñe a su figura, que no para de cambiar. Le marca la tripita que ya tiene y luce un escote profundo que me hace humedecerme los labios al ver cómo le queda sobre los pechos, ahora algo más grandes. La Maddie embarazada me deja sin palabras. Es perfecta, joder.

Tiene puesto el resplandeciente colgante en forma de sol. A juego con el tatuaje de un sol que me he hecho detrás de la oreja. Me lo hice a la vez que el tatuaje de la alianza: tengo en el anular una banda gruesa permanente, con una M encima. Quiero que el todo el mundo sepa que soy suyo para siempre.

Me mira con una gran sonrisa. A mí me caen lágrimas por las mejillas, que me limpio con el dorso de la mano. Ella avanza por el pasillo, repartiendo sonrisas a amigos y familiares. Le hace un gesto con la cabeza a Frankie y él responde con una sonrisa. Cuando llega a la última parte del pasillo, me dedica una sonrisilla traviesa, se levanta un poco el vestido, viene corriendo hacia mí y se lanza a mis brazos. Yo le rodeo la cintura y Maddie me envuelve el cuello.

Toda la sala se echa a reír.

—No podías esperar treinta segundos más —bromeo.

Ella acerca su nariz a la mía. En sus ojos solo veo amor.

—Ni un solo segundo.

—Te quiero —murmuro—. Vamos a convertirte en mi esposa —añado con voz grave.

Baja pegada a mi cuerpo. Yo la poso en el suelo y le doy un beso en la mejilla.

El oficiante carraspea y se sube las gafas por la nariz. Sienna se acerca y le coge el descomunal ramo a Maddie.

Nunca en mi vida he estado tan preparado para lo que está por venir.

Por fin puedo ser la persona que estoy hecho para ser.

Se acabó lo de esconderse.

La fiesta posterior a la boda está en pleno apogeo. Maddie ha puesto una carpa en el exterior, decorada por todas partes con flores, lucecitas y faroles colgados del techo. Y no podía faltar la pista de baile resplandeciente en el centro.

Todos están sentados a sus mesas.

Miro a Maddie, que echa un vistazo a la sala y sonríe para sí. Al anillo de compromiso que llevaba, ahora lo acompaña una alianza a juego, con diamantes negros y plateados engarzados.

Mi esposa, joder.

—¿Cuánto tiempo tenemos que quedarnos? Me muero de ganas de arrancarle ese vestido a mi esposa y follármela. Ya he esperado mucho, me he portado muy bien.

—Una hora más.

Puedo aguantarlo.

Me sube la mano por el muslo bajo la mesa.

—Pero en el campo hay unos cuantos sitios bastante aislados. Se me ocurren unas cuantas maneras de ayudarte a pasar esa hora. —Se

muerde el labio y veo un brillo en sus ojos.

Le doy la mano y me levanto. Ella suelta una risita y viene conmigo. Soy un hombre con una misión.

—¡Grayson! ¡Maddie! ¡Venid! —grita Luca.

—Joder, ¿ahora qué? —farfullo, y Maddie se ríe.

A regañadientes voy hasta su mesa. Sienna, Keller, Luca, Frankie y Enzo están en silencio, observándonos. Keller tiene una expresión especialmente gélida. Lo miro con una ceja levantada, y él niega con la cabeza.

Luca se pone de pie cuando llegamos a la mesa. Yo apoyo la mano en el respaldo de la silla de Sienna.

Pero Keller habla primero.

—Anda, toma tus diez mil dólares y cállate ya. —Le tira un fajo grande de billetes a Luca. Capullos.

—Gracias, hermano. Y felicidades. Una boda preciosa y una novia guapísima. —Le sonríe a Maddie.

Mete la mano en el bolsillo de la chaqueta y saca unas tarjetas blancas, que lanza al centro de la mesa.

Abro los ojos como platos cuando leo:

Reserven esta fecha.
Por la presente les invitamos a la boda de Luca Russo y Maria Capri.

Está escrito con letras negras y hay unas alianzas dibujadas debajo.

—Eres un puto idiota —dice Keller, y tira la invitación en la mesa.

Maddie me la quita de la mano, suelta una exclamación e intercambia miradas con Sienna. Yo tengo la vista fija en Luca, con cara de incomprensión. No puedo evitar la culpa que siento. Este debe de ser el acuerdo al que llegó con los Capri a cambio de que buscaran a Sienna por Europa. Miro a Frankie, que está sonriendo al ver las reacciones de todos.

—No tienes por qué hacerlo, Luca. Encontraremos otra forma. ¿Y qué pasa con Rosa?

Sé que le ha dolido tener que dejarla.

Luca sacude la cabeza.

—Necesito una copa. —Es lo único que dice, y se va hacia la barra.

Joder.

Este juego en el que se ha metido es peligroso.

Menos mal que estamos preparados.

Epílogo extra

Maddie

Cinco años después

Noto la enorme mano de Grayson en el muslo e intento quitarme el antifaz.

—Si miras no va a ser sorpresa, cielo.

Cubro su mano con la mía, la dirijo hacia abajo y abro las piernas.

Su risa entre dientes, que es solo una leve vibración en su pecho, hace que el corazón me lata con fuerza.

—¿Crees que puedes distraerme con eso? —Oigo la diversión en su voz.

Asiento.

—Funciona la mayoría de las veces —aseguro, y me muerdo el labio.

—Todo en ti me distrae, cariño. Pero no te vas a quitar el antifaz. Todavía nos quedan diez minutos de camino. Así que sé buena y haz lo que te he dicho.

Trato de apartarle la mano, pero él me aprieta la carne y me clava los dedos en la piel.

—¿Y si me das una pista? —intento otra vez.

Es como si lo viera poniendo los ojos en blanco.

—No. ¿Te he decepcionado alguna vez?

—Nunca —me apresuro a responder.

Es el amor de mi vida. Yo soy el centro de su mundo. No hay nada que ese hombre no sería capaz de hacer por mí.

Incluso después de llevar casados cinco años, nuestro amor es tan intenso como al principio.

Nada ha cambiado. Ni siquiera tras el nacimiento de Hope y Kai.

Todavía lo saco de quicio constantemente, para que luego me quite la tontería a base de sexo. Así funcionamos. Y no lo cambiaría por nada del mundo.

Oigo el ruido que hace la gravilla al golpear la parte de abajo del coche y eso me acelera el pulso.

—¿Puedo mirar ya?

—Maddie, nunca he conocido a nadie tan insistente como tú. Como sigas así un minuto más, lo primero que vas a hacer es ponerte de rodillas para compensarme por haberte portado tan mal.

Oigo como se quita el cinturón de seguridad y abre la puerta. Después viene a abrir la mía y noto el aire frío.

Chillo cuando me coge para colgarme sobre su hombro. Su mano firme baja por mi muslo y se cuela por debajo del vestido.

—Será mejor que me encuentre que tienes las bragas empapadas para mí, esposa.

Me da un azote en el culo y yo me revuelvo bajo su mano.

—¡Bájame!

Un momento después, mi espalda aterriza sobre un colchón sorprendentemente blando y enseguida noto que apoya su peso sobre mí con un gruñido, cubriéndome entera. Abro despacio un ojo y espero, porque anticipo el fogonazo de luz repentino cuando me quita el antifaz.

—Por fin veo esos preciosos ojos —murmura.

Le pongo las manos en las mejillas y tiro de él para acercarlo y besarlo con fuerza, a la vez que le rodeo la cintura con las piernas.

Él decide llevar la voz cantante en el beso. Yo me quedo sin aliento y noto su erección contra la entrepierna.

—Joder, Grayson. Por favor. —Muevo las caderas, desesperada por tenerlo dentro.

Él me aparta la ropa interior y me introduce dos dedos. No puedo evitar arquear la espalda.

Han pasado dos días desde la última vez que estuvo dentro de mí.

Está muy ocupado con el trabajo, y además están los niños y los preparativos de este viaje.

—Bien, estás mojada para mí, cielo.

Asiento, pestañeando coqueta, y él sonríe. Esos ojos azules están llenos de deseo.

—Yo siempre estoy preparada para ti, señor.

Me quedo con la boca abierta cuando noto que introduce otro dedo.

Le rodeo el cuello con los brazos y me aprieto contra él.

—Fóllame, por favor. Necesito algo más que los dedos. Por favor.

Me acaricia el cuello con la nariz y después me lo chupa, al tiempo que acelera el ritmo de los dedos.

—Te vas a conformar con lo que yo quiera darte. Y ahora mismo necesito sentirte en la lengua.

Me gira y yo suelto un chillido, pero permito que me agarre por las caderas y me levante el culo.

Abro las piernas y entierro la cara en la almohada. Doy un respingo cuando me sopla en el sexo, que no para de latirme.

—Deja de provocarme —me quejo. No puedo aguantar mucho más.

Él se ríe entre dientes y me aferro a las sábanas. Estoy a punto de explotar de la frustración.

Siento un gran alivio cuando me agarra el culo y empieza a darme lametones lentos desde el clítoris hasta mi entrada.

—¿Mejor, cielo? —pregunta, y yo solo puedo ronronear para expresarle mi satisfacción.

—Joder, qué bien, Grayson. Sigue. —Empujo la cadera contra su cara mientras él continúa lamiéndome con habilidad.

Esa combinación de dedos y lengua la domina a la perfección.

—Podría pasarme todo el día con tu sexo en mi cara, Maddie. Todo el puto día.

—Bueno, pues tenemos tres días enteros. No te cortes —replico, y no puedo evitar que se me cierren los ojos.

Me chupa el clítoris y sigue con el movimiento de los dedos. Instintivamente, abro más las piernas.

—Muy bien, nena. Te estás portando muy bien —dice con voz ronca y eso me vuelve loca.

Según me voy acercando a la liberación, con el clímax haciéndome arder el cuerpo, baja el ritmo y empieza a darme besos suaves en el muslo.

—Grayson, ¿qué coño haces?

Se aparta de mí y yo me tumbo bocarriba.

—Como tenga que acabar yo sola, te vas a arrepentir —amenazo con un resoplido de irritación.

Me mira con una de esas sonrisas traviesas y se ajusta la erección dentro de los pantalones.

Yo levanto una ceja y sonrío.

—De eso puedo ocuparme yo —me ofrezco.

—Ese era el plan, cariño, pero quiero enseñarte algo antes. Eso era solo para calentarte un poco. Lo que viene después es lo verdaderamente excitante. —Se humedece los labios y me tiende la mano.

—Más te vale que sea algo bueno. —Contengo la sonrisa como puedo.

Con él siempre es más que bueno.

Me da un azote en el culo y yo doy un brinco. Ignoro el escozor del golpe, que solo sirve para excitarme aún más.

—Cuando antes lo veas, antes podrás correrte.

Grayson

Le cojo la esbelta mano y le enseño la cabaña. Veo sus ojos iluminarse de felicidad mientras me sonríe de esa forma que siempre me hace perder la cabeza.

Y el tono rojo de sus mejillas me vuelve loco.

—Es maravillosa, Grayson.

La obligo a girarse, la abrazo y la aprieto contra mí.

Es la cabaña más lujosa que he encontrado. Jacuzzi, chimenea de leña, mantas y lo mejor de todo: silencio. No hay nadie en varios kilómetros a la redonda. Solo estamos nosotros en medio del bosque.

Todo serenidad.

—Solo lo mejor para ti, cariño. —Le doy un beso en la cabeza—. Sabes que haría cualquier cosa por ti, ¿verdad? —murmuro contra su pelo rubio y sedoso.

Me recorre los abdominales con la mano y yo sonrío.

—¿Cielo?

—¿Cualquier cosa? —Levanta la vista para mirarme. Veo un brillo en sus ojos.

Le acaricio la mandíbula con el pulgar, agacho la cabeza y la beso despacio, explorando su boca con la lengua mientras ella me desabrocha el cinturón.

—Cualquier cosa, la que sea. Solo quiero hacerte feliz, Maddie.

Sonríe contra mis labios. Tengo el cuerpo ardiendo por ella.

—Quiero otro hijo, Grayson —susurra.

Sabía que me iba a pedir eso. Y mi mujer sabe que le voy a dar todo lo que quiera.

Pero, en este caso, va a tener que ganárselo.

—¿Me estás pidiendo que te haga otro hijo? Ya tenemos a Hope y a Kai. ¿De verdad quieres hacerlo otra vez?

Ella le da vueltas a la alianza que lleva en el dedo. Sus ojos verdes me quitan el aliento.

—Sí. Me encanta ser mamá. ¿Tú no quieres tener más hijos?

Cuando la veo fruncir el ceño, le pongo las manos en las mejillas.

—Nuestra familia lo es todo para mí. Podemos tener todos los hijos que quieras, pero... —Dejo la frase sin terminar y tiro un poco de su labio inferior con el pulgar.

—Pero ¿qué? —pregunta con las cejas levantadas.

—Esta vez tienes que ganártelo, cielo. Si quieres otro hijo, vas a tener que esforzarte.

Contengo la sonrisa al ver la expresión de su cara mientras lo procesa.

—¿Cómo? ¿Así?

Se aparta y se pone de rodillas, pero yo la agarro por el cuello y la hago levantarse.

—Chupármela no te va a dejar embarazada. Vamos, cielo, ya sabes cómo va esto. Ya lo hemos hecho dos veces.

Ella suelta una risita y yo le aprieto un poco más la garganta.

—¿Sexo anal tampoco, entonces? —dice con expresión decepcionada.

Joder, me encanta esta mujer.

—No, cariño. —Me acerco a ella, riendo, y le rozo la oreja con los labios—. Vamos a jugar a algo —susurro, y noto que su piel se calienta al sentir mi cercanía.

—¿A qué? —Me araña los abdominales.

No importa cuántos años llevemos juntos; su contacto me pone a mil.

—Una persecución. Tú sales corriendo y yo voy detrás de ti. Y, cuando te atrape... —me quedo callado unos segundos y le doy un beso en la mejilla—, te voy a follar hasta hacerte ese hijo que quieres. Aunque tendrás que suplicármelo primero.

Me aparto un poco y la observo, divertido, mientras se mira las zapatillas de diseño que lleva.

—¿Me das ventaja?

Echa un vistazo a las puertas dobles ornamentadas, por las que se cuela el olor a leña que llega desde abajo, y al bosque silencioso que hay al otro lado.

Me doy golpecitos con un dedo en la barbilla.

—Vale. Diez segundos.

Niega con la cabeza.

—Ni hablar. Estás entrenado para cazar. Veinte por lo menos —exige, y se cruza de brazos, lo que proyecta hacia arriba sus pechos perfectos.

—Quince. —Me remango y miro el Rolex—. Que empiezan ya.

Me quedo muy quieto, viendo cómo le aumenta la adrenalina cuando sale corriendo hacia las puertas, las abre de un tirón y desaparece.

Yo la sigo despacio. El aire frío me azota la cara cuando me apoyo en el marco, esperando mientras pasan los segundos.

Me da igual si está preparada o no; voy a por ella para darle todo lo que quiere.

Maddie

Dios. Tengo el corazón a mil.

Respiro por la nariz y por la boca. No estoy en baja forma, porque Grayson me ha estado enseñando a boxear en casa.

Corro lo más rápido que me permiten las piernas hacia los árboles. Las hojas crujen bajo mis pies.

Quiero que me atrape. Pero la emoción que ahora mismo me recorre las venas hace que esto merezca la pena.

Sus pasos pesados resuenan detrás de mí y yo sonrío. Me lleno de excitación. Aunque el aire frío me envuelve la piel, ardo de deseo.

Estoy deseando que me ponga las manos encima.

Apoyo la palma en la corteza áspera de un árbol cuando me paro a pensar en qué voy a hacer a continuación. El bosque tiene muchos kilómetros de extensión.

—¿Es que quieres que te pille ya? ¡Corre! —grita Grayson desde detrás de mí, y eso me obliga a ponerme en marcha.

Giro a la izquierda. Las piernas cada vez me pesan más.

Su olor, una mezcla de cuero y humo de leña, me llega antes de verlo. Me roza la cadera con la mano y su contacto me produce un escalofrío que me recorre la espalda, pero enseguida me zafo y sigo corriendo.

Aunque no tarda en alcanzarme de nuevo. Esta vez me agarra con firmeza y los dos caemos al suelo. Yo aterrizo sobre él, que rueda para ponerse encima.

Le empujo el pecho con todas mis fuerzas con un gruñido, y la inercia me tira otra vez sobre la hierba fresca.

Intento escapar, pero él se acerca a mí a cuatro patas, con las palmas ásperas apoyadas en la tierra, me coge por el tobillo y me da un tirón para traerme de vuelta a donde está él.

—Te pillé, cielo. —Me pone la mano en el cuello y me obliga a sentarme.

Nuestros labios se unen, me aprieta el cuello con los dedos y me deja sin aire.

Estoy a punto de explotar.

El ruido de la cremallera de sus pantalones resuena en el bosque. Me baja los tirantes del vestido en un movimiento hábil. Yo echo la cabeza atrás cuando él me recorre la piel ardiendo con la lengua.

Me agarra por las caderas y me levanta para ponerme a horcajadas sobre él. Yo froto las caderas contra su miembro y él me clava los dientes en el cuello, me cubre los pechos con las manos y me los aprieta.

—Joder, cómo me pone esto —gruñe, y me arranca las bragas.

Yo alzo las caderas, le cojo el pene y lo acerco a mi entrada.

—Estás mojadísima para recibirme. Perfecto —susurra.

Cierro los ojos y me dejo caer sobre él, sintiendo cómo me llena.

Me pone una mano en el culo y empieza a embestirme, decidiendo el ritmo.

Fuerte. Profundo. Salvaje.

Nuestros dientes chocan y su lengua baila dentro de mi boca.

Me hace suya.

—Esto es lo que necesita mi chica mala, ¿verdad? —susurra junto a mi oreja.

—¡Sí!

Echo atrás la cabeza y sigo su ritmo hasta que estoy muy cerca del éxtasis.

—Grita todo lo que quieras, cariño. Quiero oírte demostrar lo mucho que te gusta tener dentro la polla de tu marido.

Al instante, mis gemidos se vuelven más fuertes y él me obliga a tumbarme en el suelo. Me acerca el muslo al pecho y me agarra del cuello.

Cada embestida me consume. Me tiembla todo el cuerpo y la sangre me retumba en los oídos.

—Me falta poco, Grayson, por favor.

Me muerde la mandíbula y sus gruñidos intensifican mi necesidad de alcanzar la liberación.

—¿Quieres ese hijo? Pues suplícamelo más. Dime cuánto deseas que te folle.

Inspiro bruscamente.

—Grayson, lo necesito. Necesito que te corras dentro. Que me marques como de tu propiedad. Que dejes hasta la última gota dentro de mí. Por favor, por favor.

Me quedo sin aliento, mi espalda se arquea y él sigue embistiendo hasta llegar a lo más profundo de mi interior.

—Muy bien, has sido muy buena, ¿verdad? Suplicándome que me corra.

—S-sí. Córrete dentro. Dámelo todo.

—Joder, cielo —gruñe.

Chillo cuando me levanta las caderas y me presiona ese punto tan sensible con cada embestida.

—Grita. Quiero oír bien alto quién es el dueño de tu sexo.

Grayson

Es como pulsar un interruptor. Le doy un azote en el culo y ella se deja llevar, su cuerpo tiembla y su interior me aprieta con todas sus fuerzas.

Sus gritos de placer resuenan en el aire y yo me derramo dentro de ella.

Hasta la última gota queda en su interior.

—Eres lo mejor para mí —aseguro apartándole el pelo de la cara.

Me quedo dentro de ella, todavía latiendo, pero la abrazo y la aprieto contra mi pecho, donde puede oír las palpitaciones erráticas de mi corazón.

Cierro los ojos cuando ella levanta la cabeza y me da un beso suave en el cuello, junto al tatuaje del sol que me he hecho por ella.

—Te quiero, Grayson.

Dios, me encanta esa voz ronca postorgásmica.

—Y yo a ti, cielo. Más que a mi vida.

Mientras le acaricio la espalda, ella se vuelve a tumbar contra mí y me pasa la mano por la barba.

—Noto cómo se te está despertando de nuevo la polla, y eso me está poniendo cachonda otra vez —susurra, y se muerde el labio con actitud seductora.

—Cariño, a mí siempre se me pone dura contigo —confirmo, bajando las manos por su espalda y agarrándole el culo.

Ella me empuja el pecho y yo me tumbo, estirando las piernas para que se pueda poner cómodamente a horcajadas sobre mí.

—¿Quieres quedarte encima?

Ella asiente despacio y se coloca el pelo tras el hombro.

Joder, es una belleza. La luz de mi vida.

—Como una buena amazona. Tenemos que fabricar un bebé, así que te quiero dentro de mí al menos el ochenta por ciento de este viaje. Puedes dormir hundido dentro de mí si te apetece.

Noto que se me está poniendo muy dura en su interior hasta que casi me duele.

—Joder, Maddie. Sabes que eso me encanta.

Me guiña un ojo, con un brillo travieso en los ojos, y me dedica una sonrisa deslumbrante y llena de amor.

—Tú me lo das todo y yo quiero hacer lo mismo por ti. —Se inclina y me roba un beso. Antes de que se aparte, le pongo la mano en la nuca y la mantengo en el sitio.

—Enséñame lo que quieres darme. Y después te voy a llevar otra vez a la cabaña.

Mueve despacio las caderas y un gemido suave se escapa de sus labios, un sonido a la vez sensual y torturado.

—¿Y luego? —pregunta jadeando.

—Te voy a empotrar contra los azulejos del baño debajo de la ducha y me voy a asegurar de que te quedas bien limpia, hasta el último centímetro.

—Trato hecho. Pero primero déjame conseguir lo que quiero de mi marido.

Una vez duchados y con la maleta deshecha, estoy deseando hacerlo otra vez.

Pero al final nos quedamos dormidos. Cuando me despierto y ruedo en la cama, me encuentro su lado vacío, pero todavía caliente.

¿Adónde ha ido mi preciosa mujer?

Aparto el edredón y voy al salón, donde la encuentro resoplando, irritada, intentando encender el fuego.

Dios, me encanta verla cabreada. Aunque sea por tonterías, se le enrojecen las mejillas y dilata las fosas nasales.

Reviso la habitación; no puedo desconectar de mi entrenamiento militar. Tengo todas las puertas y ventanas localizadas.

Y una ruta de escape planeada.

Estamos a salvo aquí, pero proteger a Maddie siempre va a ser mi prioridad; a pesar de que han pasado tantos años desde que estuve a punto de perderla, mi mente no lo olvida. Es un dolor que nunca se va.

Ella aplaude, da un saltito y deja caer el atizador en el suelo de madera cuando por fin la llama prende bien.

—¡Ay, mierda! —exclama, y yo me río bajito, lo cual llama su atención —. Podrías haber venido a salvar a esta damisela en apuros —dice

girándose para mirarme, con una mano en la cadera.

Cruzo el espacio que nos separa y la abrazo con fuerza. Noto el calor de su cuerpo contra el mío y oigo que su respiración se acelera.

—No tengo nada de príncipe, ya lo sabes —susurro contra sus labios.

—No. Eres mi villano perfecto. ¿Y sabes lo que eso significa?

Sí que lo sé.

—Dímelo, cielo —pido bajando la voz y plantándole una mano en el culo.

Ella se pone de puntillas y me deja sin aliento cuando susurra junto a mi mandíbula:

—Una mujer muy sabia dijo una vez que los villanos follan mejor.

La levanto y ella me rodea la cintura con las piernas. Yo la empujo contra la pared.

—Pues tenemos toda la vida para demostrar que eso es cierto, cariño —aseguro, y la beso.

Ella se aparta, con una sonrisa seductora en la cara que hace que se le arruguen las comisuras de los ojos.

—Te quiero, Grayson. Ahora y siempre. Al hombre que fuiste y al que eres ahora. Adoro todas las versiones de ti.

Le acaricio la mejilla con el corazón martilleándome en el pecho.

—Y yo te voy a amar hasta el día en que me muera. Vivo por ti y por nuestra familia. Todo lo que hago es por vosotros. Y, con suerte, por el que vendrá en camino. Y tú eres y siempre serás la luz de mi vida, cielo.

Detonate. Disparo al alma
Luna Mason
La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.
Título original: *Detonate*
Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la portada, Jarva Jar / Shutterstock
© de las ilustraciones del interior, Shahtech50 / Shutterstock
© Luna Mason, 2023
First Published by Kensington Publishing Corp. Translation rights arranged by Sandra Bruna Agencia Literaria, SL. All rights reserved.
© de la traducción, María del Puerto Barruetabeña Diez, 2026
© Editorial Planeta, S. A., 2026
Ediciones Martínez Roca, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com
Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2026
ISBN: 978-84-270-5525-4 (epub)
Conversión a libro electrónico: Realización Planeta